PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

MEMORIAS
DIARIO

INTRODUCCIÓN Y NOTAS
POR
ENRIQUE ZULETA ÁLVAREZ

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
BUENOS AIRES
1989

Para el Dr. Alfredo J. Rozzi en homenaje y testimonio de reconocimiento por su obra crítica, que es la que ha hecho posibles todos los estudios posteriores sobre el tema.

Cordialmente

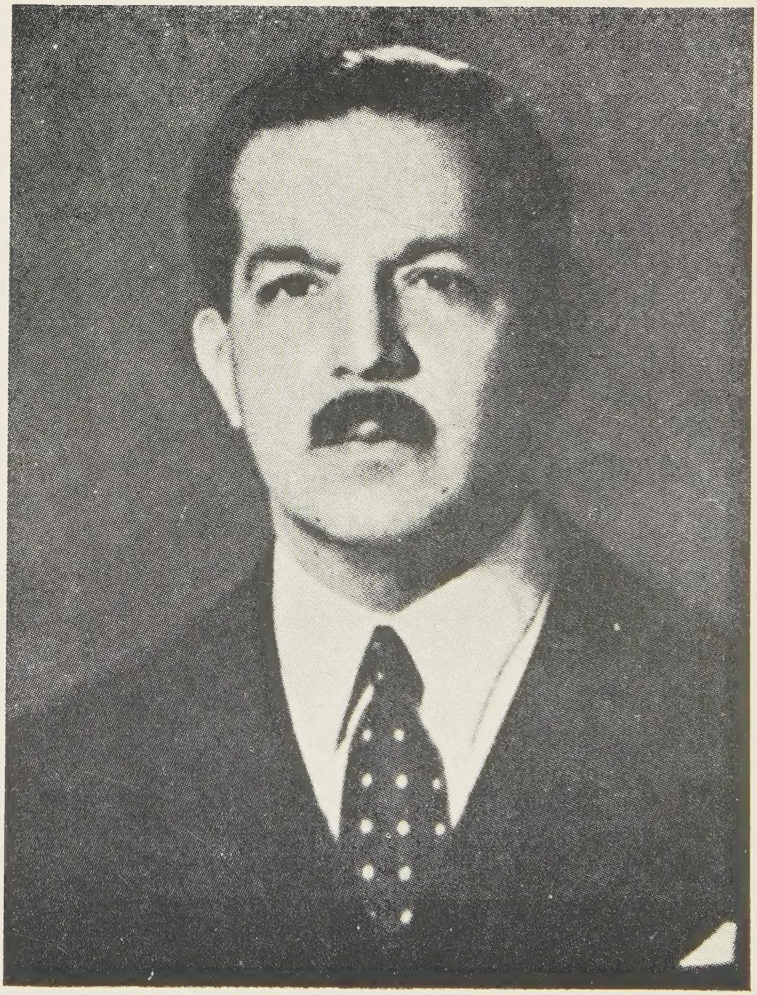
Eduardo Mallea

New York, 12-XI-1989

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/memoriasdiario0000henr

MEMORIAS
DIARIO

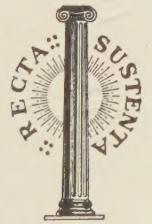


Pedro Henríquez Ureña

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

MEMORIAS
DIARIO

INTRODUCCIÓN Y NOTAS
POR
ENRIQUE ZULETA ÁLVAREZ



ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS
BUENOS AIRES
1989

I. S. B. N. 950-585-026-3
(c) 1989 Academia Argentina de Letras
Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

ACADÉMICOS DE NÚMERO

Presidente: D. Raúl H. Castagnino
Vicepresidente: D. Jorge Calvetti
Secretario general: D. Juan Carlos Ghiano
Tesorero: D. Jorge Vocos Lescano

D. Fermín Estrella Gutiérrez
D. Ángel J. Battistessa
D. Ricardo E. Molinari
Mons. Octavio N. Derisi
D. Carlos Villafuerte
D. Federico Peltzer
D. Enrique Anderson Imbert
D. Carlos Alberto Ronchi March
Da. Alicia Jurado
D. Antonio Pagés Larraya
D. Marco Denevi
D. Roberto Juarroz
Da. Jorgelina Loubet
D. Adolfo Pérez Zelaschi
D. Horacio Armani
Da. Ofelia Kovacci
D. Rodolfo Modern
D. Jacobo Kogan
D. Delfín Leocadio Garasa

ACADÉMICOS CORRESPONDIENTES

Don Aurelio Miró Quesada (Perú)
Don Luis Beltrán Guerrero (Venezuela)
Don Pedro Grases (Venezuela)
Don Pedro Laín Entralgo (España)
Don Rafael Lapesa (España)
Don Alonso Zamora Vicente (España)
Don Juan Drahi Lucero (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Roberto García Pinto (Salta, Rep. Argentina)
Don Emilio Carilla (Tucumán, Rep. Argentina)
Don Paulo Estevao de Berredo Carneiro (Brasil)
Don Alberto Wagner de Reyna (Perú)
Don Arturo Uslar Pietri (Venezuela)
Don Ramón García Pelayo y Gross (Francia)
Don Dámaso Alonso (España)
Don José Manuel Rivas Sacconi (Colombia)
Don Rodolfo A. Borello (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Franco Meregalli (Italia)
Don Diego F. Pró (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Rodolfo Oroz Scheibe (Chile)
Don Léopold Sédar Senghor (Senegal)
Don Austregésilo de Athayde (Brasil)
Don Arturo Sergio Visca (Uruguay)
Don Horacio G. Rava (Santiago del Estero, Rep. Argentina)
Don Daniel Devoto (Francia)
Don Gianfranco Contini (Italia)
Don Paul Verdevoye (Francia)
Don Juan Bautista Avalle-Arce (Estados Unidos de Norteamérica)
Don Juan Filloy (Río Cuarto, Córdoba, Rep. Argentina)
Don Federio E. Pais (Catamarca, Rep. Argentina)
Don Guillermo L. Guitarte (Estados Unidos de Norteamérica)
Doña Emilia Puceiro de Zuleta Álvarez (Mendoza, Rep. Argentina)
Don Gernán García (Bahía Blanca, Buenos Aires, Rep. Argentina)
Don Domingo A. Bravo (La Banda, Santiago del Estero, Rep. Argentina)
Don Gastón Gori (Santa Fe, Rep. Argentina)
Don Oscar Tacca (Resistencia, Chaco, Rep. Argentina)
Don Alfredo Veiravé (Resistencia, Chaco, Rep. Argentina)
Doña María Beatriz Fontanella de Weinberg (Bahía Blanca, Buenos Aires, Rep. Argentina)
Don Roque Esteban Scarpa Straboni (Chile)

Don Luis Rosales (España)
Doña Elena Rojas Mayer (Tucumán, Rep. Argentina)
Don L. Eduardo Brizuela (San Juan, Rep. Argentina)
Doña Ángela B. Dellepiane de Block (Estados Unidos de Norteamérica)
Don José Antonio León Rey (Colombia)
Don Luis Alberto Sánchez (Perú)
Don Roberto Paoli (Italia)
Don Jorge Hurmuziadis (Grecia)
Don Giovanni Meo Zilio (Italia)
Don Raúl Aráoz Anzoátegui (Salta, Rep. Argentina)
Don José Luis Víttori (Santa Fe, Rep. Argentina)
D. Hugo Rodríguez Alcalá (Paraguay)
Don Carlos O. Nallim (Mendoza, Rep. Argentina)

INTRODUCCIÓN

Materiales para una biografía

Los estudiosos de la vida y la obra de Pedro Henríquez Ureña conocían la existencia de unas *Memorias* que a su muerte quedaron, inéditas, en poder de su viuda, Isabel Lombardo Toledano, residente en México y que, a su vez, al fallecer ésta pasaron a las manos de sus hijas Natacha y Sonia.

El primero en utilizarlas fue el profesor argentino Alfredo Roggiano, residente en los Estados Unidos de América, quien adquirió de la viuda de Henríquez Ureña la autorización para copiarlas y aprovecharlas en la edición de su libro *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos*[1]. Esta obra contenía la reproducción y traducción de los principales escritos del dominicano durante esa etapa. Además, en el estudio preliminar a su libro, Roggiano consideraba los aspectos personales, literarios y académicos de Henríquez Ureña en ese ciclo de su vida, para lo cual transcribía extensamente parte de las mencionadas *Memorias*.

Años después, el mismo Roggiano publicó unas *Notas de viaje,* donde Henríquez Ureña narraba el viaje que hizo a Cuba en 1911, y afirmaba que también poseía un *Diario* cuya publicación anunciaba junto con una edición integral de las *Memorias*[2].

Por último, Roggiano publicó el *Texto de las Memorias de Pedro Henríquez Ureña,* que comprendía su *Autobiografía,* en los apartados I y II correspondientes a su infancia y adolescencia en Santo Domingo, hasta el año 1900, cuando viaja a los Estados Unidos. En cuanto a la parte de la primera residencia en México, Roggiano afirmaba que la iba a utilizar en un libro que tenía en preparación[3].

Aparte de Roggiano, muchos estudiosos del tema pudieron examinar dicho material, gracias a las facilidades que han proporcionado sus hijas. Cuando escribí mi libro sobre la vida y la obra del maestro -actualmente en curso de edición-, la hija de Don Pedro, Sonia Henríquez Ureña de Hlito, me permitió la consulta del original mecanografiado de las *Memorias* y el *Diario* -en parte manuscrito-, que me fueron de utilidad en la preparación de mi obra, debido a su gran valor documental.

Pedro Henríquez Ureña fue parco en testimonios autobiográficos, como cuadraba a su temperamento reservado y al decoro y seriedad que, desde su juventud, imprimió a su conducta pública y privada. Con excepción de las efusiones volcadas en su correspondencia epistolar, sobre todo con Alfonso Reyes, su gran amigo mexicano, y las piezas que hasta ahora se han podido conocer, a través del rescate de otras cartas, no abundan los elementos documentales que permitan entrar en su intimidad.

Además de las cartas y de algunos pocos ensayos en los que brindó fragmentos de su experiencia de vida, tal como el que dedicó a las relaciones entre la Revolución Mexicana de 1910 y la cultura de su tiempo[4], su biografía sigue teniendo como base el ensayo escrito por su hermano Max Henríquez Ureña como introducción a la antología de sus escritos, seleccionada y anotada por él mismo[5].

La Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", de Santo Domingo, que publicó sus *Obras completas,* editó el *Epistolario íntimo* con Alfonso Reyes que cubre los años que van desde 1906 a 1946[6]. Ambas colecciones brindan cartas que son de gran valor para la biografía de Henríquez Ureña, pues a través de la espontaneidad y franqueza de la comunicación epistolar entre amigos, podemos completar

nuestro panorama de la personalidad del maestro dominicano, en la perspectiva de una relación que abarca tanto la evolución del pensamiento como lo que corresponde al sentimiento, ese reino interior siempre enigmático y de acceso difícil.

Para mayor felicidad de los que se interesan en este tema, la correspondencia con Reyes está siendo sometida a una nueva edición, esta vez crítica, anotada y completa, a cargo de José Luis Martínez, crítico mexicano que es un gran conocedor de la obra de ambos y, desde luego, de la literatura hispanoamericana, gracias a lo cual ya tenemos un primer tomo[7], que seguramente será seguido por otros que completarán esta colección. Este primer tomo cubre, precisamente, los años que corresponden a la primera estada de Henríquez Ureña en México (1906-1914), que es la etapa en la cual emprende la redacción de las *Memorias* y el *Diario*, textos donde recuerda su infancia, adolescencia y el comienzo de su vida en México.

La lectura de la correspondencia es esencial para el conocimiento de la biografía de Henríquez Ureña y la lectura de las *Memorias* y el *Diario*, sin duda, se beneficia mucho con el estudio y las notas de José Luis Martínez en la mencionada edición, porque nos introducen en los hechos y personajes del México cultural y político en el cual se movía Henríquez Ureña, lo mismo que en el universo de ideas, autores y libros en que moraban tanto el dominicano como su entrañable amigo mexicano.

Pero, como señala muy bien Martínez en su *Introducción* a la obra citada, si bien las cartas cruzadas con Reyes se pueden conocer gracias al orden con que el mismo compuso toda su papelería, y al archivo cuidadoso de su legado literario, no ocurre lo mismo con Henríquez Ureña.

Hace unos años, el crítico cubano Carlos Ripoll publicó parte de su correspondencia con otro escritor cubano, Félix Lizaso[8] y otra cubana, Zenaida Gutiérrez Vega, dio a conocer otras piezas de la correspondencia cambiada con el mencionado Lizaso, Francisco José Castellanos y José María Chacón y Calvo, todos ellos de la misma nacionalidad[9].

También Serge I. Zaïtzeff hizo conocer algunas de las cartas cambiadas con Julio Torri, el gran crítico mexicano[10].

Pero esto es todo lo que se conoce hasta ahora y se debe suponer que hay una multitud de cartas, distribuidas entre quienes fueron corresponsales de Henríquez Ureña y, principalmente, en archivos familiares y documentales de su patria. Recordemos que el erudito dominicano Emilio Rodríguez Demorizi, que fue amigo suyo y a quien Henríquez Ureña, por considerarlo su albacea literario, no sólo le entregó su archivo sino que hasta el día de su muerte continuó enviándole las piezas de su correspondencia para que las guardara, escribió: "Un tesoro. Así puede calificarse el va-"liosísimo Archivo personal de P. H. U. cuya custodia me "hizo el honor de confiarme. Son centenares de cartas de "singular valor literario y a la vez político, particularmente "la política de su patria, de Cuba y de México, acerca de "la cual hay curiosísimas noticias que sólo podían figurar "en la correspondencia privada de amigos y parientes"[11].

Con lo dicho acerca de la correspondencia, pues, sólo queremos subrayar que el tema de la personalidad de Pedro Henríquez Ureña y de la formación de sus ideas y sentimientos, es decir, su biografía cabal a la cual tanto contribuyen las *Memorias* y el *Diario,* al poseer tan escaso apoyo documental, es una empresa por realizar, en la cual siempre cabe esperar que la profundicen y completen[12].

Emilio Rodríguez Demorizi, al final, no escribió la obra que aprovechara aquel archivo e ignoramos cuál ha sido el destino de dicha documentación. Por desgracia, no hemos podido viajar a Santo Domingo para trabajar directamente en esta investigación, razón por la cual no sabemos si en ese archivo existe un original manuscrito de las *Memorias* y parte del *Diario* –como explicaremos más adelante, para esta edición manejamos un original mecanografiado que poseía su hija–, así como tampoco sabemos si allá se conservan textos inéditos de carácter autobiográfico, ni si hubo alguna continuación de las *Memorias.*

Sabemos, sin embargo, que en la República Dominicana hay una gran devoción por la figura y la obra de Pedro Henríquez Ureña, por lo cual pensamos que la misma Universidad

que lleva su nombre, seguramente habrá organizado y puesto ese material a disposición de los investigadores. Entre tanto, la publicación de testimonios como las cartas, estas *Memorias* y el *Diario*, resulta de valor extraordinario como material básico para una biografía de Pedro Henríquez Ureña.

El sentido de las memorias

Las *Memorias* que ahora se presentan, fueron escritas por Pedro Henríquez Ureña a partir de junio de 1909. Tenía entonces veinticinco años y se hallaba en México, adonde había llegado procedente de Cuba, desde comienzos de enero de 1906.

Nacido en Santo Domingo, capital de la República Dominicana, el 29 de junio de 1884, Pedro Henríquez Ureña había dejado atrás una infancia encuadrada en una familia ilustre en las letras y en la vida pública de su patria. Su padre, el Doctor Francisco Henríquez y Carvajal era una de las personalidades de la política y su madre, Salomé Ureña de Henríquez era la poetisa dominicana más célebre de su tiempo y ambos formaron a su hijo en el amor a la patria, el arte, las letras y la cultura.

En enero de 1900 viajó a Nueva York en compañía de su hermano Max y los dos vivieron una experiencia feliz en materia de estudios y espectáculos artísticos, aunque padecieran ciertas estrecheces económicas. Pedro ya escribía poesías, ensayos sobre literatura e ideas y pugnaba por afirmar una decidida vocación intelectual. En marzo de 1909 pasó a Cuba y en La Habana publicó su primer libro: *Ensayos críticos* (1905), apenas un poco más que un folleto, pero con rasgos de una madurez sorprendente por la perspicacia de su inteligencia, el afinamiento de su sensibilidad y la capacidad para la expresión literaria, siempre afanosa por el rigor y la precisión como notas de un estilo superior.

Estuvo en Cuba hasta que emprendió la aventura de una carrera literaria en México, país que entonces se hallaba en el esplendor del régimen de Don Porfirio Díaz, en el cual culminaba el autoritarismo conservador de la organización

política y social junto con el liberalismo Positivista de las ideas; sistema que se encaminaba a la consagración del Centenario de 1910.

Pedro Henríquez Ureña inició su etapa mexicana con toda la fuerza de un espíritu joven, tan pobre de medios materiales como rico en ideales de cultura. Había decidido ser un escritor, un hombre de saberes filosóficos, artísticos y literarios y se sumó a los jóvenes mexicanos que, desde las aulas, las letras y el periodismo criticaban las viejas instituciones del Positivismo oficialista y soñaban con la renovación del México moderno.

Los años de esta primera residencia de Pedro Henríquez Ureña en México (1906-1914), fueron decisivos, tanto para su vida como para la historia de este país. Se incorporó a la primera fila de los promotores del "Ateneo de la Juventud" (fundado en octubre de 1909) y participó de los actos generacionales con que se demolía el dogmatismo cultural que acompañaba al quietismo político del Porfirismo. Henríquez Ureña carecía de título universitario y sin profesión ni medios de subsistencia, tenía que ganarse duramente la vida, mientras estudiaba y escribía, con esa pasión implacable en su voluntad de realización.

Lector curioso y voraz de todas las disciplinas y artes, se convirtió en maestro de sus amigos y coetáneos. Para muchos era un joven Sócrates y su trayectoria de vida e inteligencia se mezclaba con los hombres y sucesos que formaban la trama íntima del México en plena transformación. Asumió como propias las cuestiones nacionales y pronto tuvo partidarios y adversarios, "simpatías y diferencias", como diría su amigo y en cierto modo, discípulo–, Alfonso Reyes, quien desde su adolescencia ligó su formación espiritual al magisterio de este sobrio y serio dominicano, tan firme en sus ideales de cultura como austero en esa integridad moral que fue una de las características esenciales de su personalidad.

Cuando comenzó a escribir sus *Memorias*, Henríquez Ureña se hallaba en un momento de prueba interior. No tenía dudas en cuanto al destino que se había fijado, pero las dificultades y los esfuerzos que debía realizar para alcanzar

su propósito eran muy grandes y pesados. No es raro, pues, que el pesimismo y la amargura ensombrecieran su ánimo. En esas circunstancias y con plena conciencia de la forja en que ponía su propio carácter, sin duda pensó en la utilidad de un repaso autobiográfico que lo confirmara en su ruta y lo acicateara para empeños nuevos.

Sometido a obscuras labores de oficinista, luchando contra la mezquindad de hombres y situaciones que no advertían sus méritos ni capacidades, apenas un muchacho extranjero que pugnaba por abrirse paso, podemos conjeturar que, muchas veces, se habrá preguntado ¿quién era él, en realidad? ¿Cuáles eran sus raíces de estirpe y cultura? Más aún: ¿qué había hecho, hasta ese momento, por el adelanto de su propio proyecto vital?

A diferencia de muchas otras del mismo género, estas *Memorias* no son obra de la vejez, ni siquiera de la madurez de una vida. Cuando comenzó a redactarlas, Pedro Henríquez Ureña pensaba que tenía más tiempo por delante del que había vivido hasta ese momento; aunque, en realidad, iba a morir sólo veintiún años después. Estaba orgulloso de la familia histórica y cultural a la cual pertenecía y podía exhibir una dedicación total a su vocación de inteligencia y sensibilidad, pero su problema entonces era proyectar todo ese bagaje hacia el futuro. Es decir, que para comprender el sentido profundo de sus *Memorias* no debemos verlas como el balance que Henríquez Ureña hacía de la trayectoria que había cumplido, ni tampoco como una rendición de cuentas del propio pasado, sino más bien como una forma de afirmar su personalidad y de prepararla para las empresas del futuro.

De esta circunstancia se desprenden algunas características de las *Memorias* que quizás convenga tener en cuenta al leerlas. En primer lugar, la solidaridad con su propio trasfondo dominicano, entendido como solar patrio pero también como hogar de un estilo humano en el cual se reconocía, emocionado y orgulloso.

En efecto, su amor al terruño implicaba un patriotismo raigal y profundo que mantendrá vivo a través de toda su existencia y en los ambientes más lejanos y diversos. Pero

también iba en ese sentimiento el reconocimiento de lo que representaba su familia: esas virtudes cívicas de su padre y la devoción por su madre, en la cual se le reveló el esplendor de la belleza poética y ambos como modelos de una jerarquía espiritual auténtica.

La familia de la sangre, además, se ampliaba hasta abarcar una sociedad patriarcal, demorada en la creación de valores culturales y en el goce sencillo de una relación humana, en la cual las tertulias, reuniones y grupos definían un modo de vida alejado de zozobras trágicas, a pesar de que todo el mundo hispanoamericano de entonces –y de ahora– y la propia sociedad dominicana vivieran en una conmoción política permanente, atravesada por guerras y penurias de todo tipo.

El relato de sus estudios y ejercicios intelectuales durante la niñez y la adolescencia corresponde al mundo del siglo XVIII, como alguna vez dijo Henríquez Ureña, pero fue entonces cuando se formó su vocación, en el respeto a la norma de la razón y la verdad tanto en la vida personal como en la cultura. Como "Delfín" de una familia y de una sociedad que le infundió el respeto a los valores de la libertad, la tolerancia y la moderación, Pedro Henríquez Ureña fue creciendo mientras se acendraban en su alma las formas de una superior aristocracia espiritual.

Pero como era un joven el que escribía las *Memorias,* la parte que estaba dedicada a Santo Domingo no se detenía en la nostalgia de los bienes perdidos o lejanos, sino que los consideraba como los títulos con que se presentaba a reclamar un lugar destacado en la sociedad y la cultura de su tiempo.

Tampoco atendió especialmente al despertar de los sentidos y esa parte de las *Memorias* muestra un poder y una reserva acerca de su vida y la de los demás, que soslaya toda confesión de intimidad. Henríquez Ureña estaba interesado en contarse la formación en los valores que planeaba desarrollar en el futuro y la reserva natural de su ánimo e incluso esa timidez que despunta en la narración de muchas circunstancias, le impedían la incursión audaz, reveladora de los estratos más profundos de su sensibilidad. Reserva y pudor

que, por otra parte, caracterizan a casi toda la literatura de memorias del mundo hispánico.

Otra característica es la curiosidad del espectador de arte, que ocupa un lugar principal en la parte de las *Memorias* consagrada al viaje a los Estados Unidos. La asistencia de Henríquez Ureña a las funciones de teatro, a los conciertos y óperas era constante y la preocupación por ofrecer una crónica pormenorizada hasta el detalle, de toda esa actividad, exhibe, desde luego, su gusto por esas manifestaciones del arte. Pero interesa subrayar el alarde casi abrumador de nombres de actores, actrices, cantantes, músicos y demás protagonistas del espectáculo. Cabe decir lo mismo del desfile nutridísimo de ideas, autores y libros: conforman una verdadera catarata de nombres, por otra parte muy reveladores de los valores y el gusto de esa época.

Sabemos que los dos hermanos guardaban cuidadosamente los programas de los espectáculos a que asistían y que Pedro comenzó desde muy joven a escribir crónicas de representaciones y conciertos para los periódicos de Santo Domingo, pero más que la precisión del cronista o la voracidad del joven aficionado, en ese registro minucioso debemos ver, la admiración y aun el deslumbramiento ante el espectáculo del teatro, la música y la pintura. Pero, sobre todo, la necesidad de afirmar esas experiencias en el testimonio de las *Memorias*, como una manera de acreditarse, ante sí mismo, la riqueza de la experiencia de saber y gusto estético que le permitiría aspirar a la continuación de su programa de cultura y estudio, la obra de perfeccionamiento de su inteligencia y sensibilidad a la cual se aplicaba desde niño.

En la etapa de los Estados Unidos –nos referimos a su primer viaje– el desfile brillante de la escena apenas si deja espacio para otras impresiones más profundas que la experiencia norteamericana debe haberle provocado. Pero hay momentos en que su relación con esa sociedad se hace más áspera y dura y a través de ella advertimos una inquietud ante la fuerza y la crueldad del mundo de los Estados Unidos y que, sin embargo, Henríquez Ureña deja pasar en silencio.

Al llegar a Cuba en marzo de 1904, las *Memorias* atestiguan la aparición de un rasgo de incomodidad social, como si fuera la manifestación del disgusto interior, por no haber logrado que cuajara aún su carrera intelectual; impaciencia de perfección, diríamos, que se comprende muy bien desde esa perspectiva de unas *Memorias* que preparan el lanzamiento de la nueva etapa mexicana. En Cuba Henríquez Ureña hizo relaciones que apenas si provocan en él algo más que una atención de cortesía. Cuenta, sí, la edición de sus *Ensayos críticos* (1905), a la cual se refiere como si cierta humildad le vedara la alegría que debió experimentar ante esa primera muestra pública de su actividad intelectual.

Este tema de la relación entre el joven Henríquez Ureña y la sociedad de su tiempo es uno de los más incitantes entre los que plantea su biografía. No era jactancioso ni pedante, pero tenía una conciencia clara del valor ético de su empeño de perfeccionamiento y sin duda le molestaba profundamente que su afán de superación tuviera que luchar por afirmarse, frente a una sociedad criolla que a menudo se demoraba en el goce de lo superficial y blando. Una sociedad que no se exigía como él mismo lo hacía en procura de esa jerarquía superior de perfección espiritual.

El joven que escribe las *Memorias*, no muestra piedad ni simpatía por las debilidades individuales y sociales que hallaba en su camino. Sin duda lo hubiera hecho si escribiera desde el relativismo inevitable que traen los años y la vida. Tenso y sacrificado en su propio ideal de realización, los años que van de 1906 a 1911 —fecha en que finalizan estos textos— corresponden a una etapa de esfuerzo máximo y Henríquez Ureña endurece su capacidad de juicio y somete a hombres y acontecimientos al más severo de los criterios. No tiene conmiseración por las debilidades porque tampoco él se da cuartel a sí mismo en la obra de trabajar su personalidad y su vida.

La vida como realización ética

En efecto, una de las lecciones que se desprende de estas *Memorias* es la de la lucha que su forja personal entabla con un medio que no advertía como él hubiera deseado, la seriedad y autenticidad de su propósito. Contra este hecho se revolvía su insobornable sentido de la moral y la justicia.

Este rigor ético, avivado por su juventud y prematuramente endurecido por la aspereza de las dificultades cotidianas, sin duda se transparentó en el trato con la gente de su tiempo. Al lector que no ahonde ni comprenda esta faceta de rigorismo moral, quizás pueda chocarle, en estas *Memorias,* la intransigencia en el juicio sobre hombres y actitudes –como ocurre, por ejemplo, con C. Pereyra, Tablada o Antonio Caso–, pero esa impresión debe entenderse dentro del proceso de formación de una personalidad de excepción, en lucha abierta con las vallas que la sociedad suele erigir frente a sus pretensiones de superación.

En el marco de la crisis ideológica y social de México, cuando comenzaba el final del Porfirismo, las *Memorias* de Henríquez Ureña también nos ofrecen el testimonio de la transformación intelectual que se produjo en él al choque con el clima intelectual mexicano: el paso de la sensibilidad estética y la especulación filosófica del dogmatismo Positivista, a la restauración de los clásicos griegos y latinos, de los valores hispánicos y nativos, de la filosofía del espíritu. Son páginas de una gran claridad, a través de las cuales nos asomamos al secreto de su taller mental, pero también a un ejemplo singular del proceso que se extenderá, después, a toda Hispanoamérica para definir una reforma cultural y moral cuyas consecuencias llegan hasta nuestros días.

Las partes I, II y III (pgs. 1 a 63), corresponden a la infancia en Santo Domingo y a la adolescencia en los Estados Unidos. La parte IV corresponde al comienzo de la estadía mexicana, adonde llega, como dijimos, en 1906, es decir con veintidós años de edad. Esa cuarta parte se interrumpe en el mismo año de 1909 y sin ninguna anotación que lo indique, concluyen las *Memorias* propiamente dichas y a partir del 5 de agosto del mismo año empieza un *Diario*

–Henríquez Ureña no lo denomina así ni de ninguna manera – que llega hasta diciembre de 1909. Las notas se interrumpen hasta el 29 de marzo de 1910, continúan hasta abril y luego de otra interrupción de un año, concluyen el 6 de abril de 1911.

¿Por qué interrumpió Henríquez Ureña sus *Memorias*? ¿Consideró que ya había relatado todo lo que correspondía a su pasado y que ya sólo quedaba emprender un *Diario*? Pensamos, a la luz de lo que llevamos dicho, que la función de las *Memorias* ya se había cumplido: entre junio y agosto de 1909, había revisado su carrera intelectual, se había confirmado en su ideal de ética y cultura y había cobrado las fuerzas necesarias como para continuar con la lucha por su realización personal, de cara a la crisis de México.

El acento puesto en este planteo de su perfeccionamiento ético e intelectual, explica –a nuestro entender– el hecho sorprendente de que en un *Diario* donde se ha dado cuenta prolija de infinidad de acontecimientos menores, nada se diga del estallido de la Revolución Mexicana de 1910.

Pensamos, en primer lugar, que los acontecimientos políticos se desencadenaron abruptamente, en medio de una contienda civil que parecía limitarse al relevo del anciano Presidente Díaz. No fue así, sin embargo y a partir del 20 de noviembre de 1910, con los levantamientos y choques militares que ocurrieron en el norte de México, se inició una guerra civil que concluyó con el derrocamiento y renuncia de Porfirio Díaz.

A pesar de estar informado de la lucha contra la reelección de Díaz, Henríquez Ureña no estaba tan politizado que viviera atento a los acontecimientos que se sucedían en el interior de México y cuando se desencadenó la tormenta sin duda lo sorprendió, como a tantos mexicanos.

La anotación final del *Diario* corresponde al 6 de abril de 1911: todavía no se había producido la caída de Díaz, cuya renuncia y exilio se produjeron el 26 de mayo de 1911, pero nada de la trágica avalancha del final del régimen, se advierte en esas últimas páginas, donde hasta hay un intermedio bucólico, con una excursión al Popocatépelt, de singular fuerza literaria.

Nuestra impresión es, por lo tanto, que las *Memorias* y sobre todo el *Diario* fueron desbordados por los acontecimientos. Sin embargo, Henríquez Ureña siguió en el país. Asistió al comienzo de la Revolución; también al surgimiento y derrumbe del gobierno revolucionario de Francisco I. Madero y a la dictadura del General Victoriano Huerta, es decir, al comienzo de lo que ha llamado la "Decena trágica" de la guerra civil. También plantará dos jalones importantes de su biografía: en 1910 apareció su segundo libro, *Horas de estudio*, editado en París por la Librería Ollendorf, bajo el patrocinio de uno de los ideólogos hispanoamericanos más prestigiosos de ese tiempo: el peruano Francisco García Calderón. En segundo lugar, se inscribió en la Facultad de Derecho para cursar la carrera de abogacía, esa exigencia casi ineludible del intelectual hispanoamericano que aspire a alcanzar los grados superiores de la vida pública. De ambas circunstancias se habla en el *Diario*, pero muy de corrida y como cierre de un registro que ha concluido su objeto y se apura en el final.

Todavía alcanzará a tomar parte en otras actividades culturales de su grupo de amigos y hasta obtiene un puesto en la universidad de la era revolucionaria. Pero las balas ya empiezan a picar cerca y se esfuma, trágicamente, el sueño de la revolución maderista en abril de 1913. Un año más tarde, Pedro Henríquez Ureña ha finalizado su carrera de abogado y se embarca para Cuba, en abril de 1914, sin que alcance a retirar su diploma de abogado, que se queda atrás, con sus libros y sus amigos. Se ha cerrado un ciclo de la historia de de México y también ha terminado la tremenda experiencia de su juventud en medio de una de las crisis más formidables de la América moderna.

Por todo lo que llevamos dicho, podemos afirmar que el espíritu con que fueron redactadas las *Memorias* y el *Diario*, dentro de ese plan de formación y perfeccionamiento ético e intelectual, nos proporciona un conocimiento profundo de la estructura íntima de la personalidad de Henríquez Ureña. Este aspecto interesa e ilumina más que la mera información sobre los sucesos externos a su autor. Desde el punto de vista que podríamos llamar histórico, las *Memorias* y el *Diario*

quizás no resulten todo lo satisfactorios que se hubiera esperado y hasta puede, en cierto modo, defraudar a quien sólo busque en estos testimonios los datos de la vida cultural y política de Santo Domingo, Estados Unidos, Cuba y México.

Sus juicios sobre personas y hechos se fundan, lógicamente, en apreciaciones estrictamente personales pero, sobre todo, se apoyan en una reacción emotiva y ética, más que en una evaluación objetiva de las circunstancias que concurrían para caracterizar en una forma más completa los temas que juzgaba.

En general, las *Memorias* y el *Diario* son relativamente parcos en la información o los comentarios sobre aquellos acontecimientos que Henríquez Ureña no protagonizaba más o menos directamente. Así, por ejemplo, en la parte de México entre 1909 y 1911, ambos textos son muchísimo menos detallados que las cartas cambiadas con Alfonso Reyes, por esas mismas fechas. De allí que la lectura de esta correspondencia sea esencial para completar las *Memorias* y el *Diario;* exigencia imprescindible, si se quiere, para acabar el trazado de la personalidad de Henríquez Ureña contra el fondo de la vida mexicana en tiempos de la Revolución.

Subrayamos, pues, este final abrupto del *Diario* en abril de 1911, rasgo que está más significado por el hecho de que, a partir del 25 de marzo de 1910, Henríquez Ureña abandone la máquina de escribir y pase al uso de la pluma en las páginas que quedan hasta la conclusión del original que ha llegado hasta nosotros. La urgencia de los acontecimientos sin duda le quitó el tiempo y el reposo necesarios para continuarlo; los hechos se acumulaban tumultuosamente, lo mismo que sus compromisos más perentorios.

En resumen, que las *Memorias* y el *Diario,* con ser extremadamente valiosos para el estudio de este aspecto de la biografía de Pedro Henríquez Ureña, sólo ofrecen un testimonio parcial que es necesario completar con otros documentos, tal como ya lo hemos dicho. Pero limitados y todo, conservan un interés enorme, especialmente porque corresponden al comienzo de su carrera intelectual y nos permiten conocer la fundación profunda de sus ideas y sentimientos.

El texto

Esta edición de las *Memorias* y el *Diario* de Henríquez Ureña se ha preparado sobre la base de un texto mecanografiado y en parte manuscrito que su familia conservaba entre sus papeles. Como ya dijimos, no sabemos si existe otro texto, notas o apuntes manuscritos que hubieran podido servir de apoyo al original tal como lo conocemos.

El material que se publica corresponde a 75 páginas de tamaño carta (26,05 x 21,04), de color amarillento, mecanografiadas a un espacio de máquina, casi sin márgenes y con una gran economía de papel. A través de ambos textos se hallan agregados a mano del autor, a veces indicados con un asterisco y otras sin él.

Las páginas llevan una numeración en la mitad superior de cada una de ellas, pero los números no siguen una sucesión regular. Así, después de la página 1 viene la "1 bis"; después de la 2, la "2 bis" y así sucesivamente hasta la "38 bis", con la cual se cubre el total efectivo de las 75 páginas. En la edición que presentamos va indicada, al margen de cada página, la numeración que lleva el original de Henríquez Ureña. También se indican las partes que fueron agregadas de puño y letra del autor.

Desde la página 1 hasta la 40 ("20 bis"), las *Memorias* se dividen en cuatro partes, que llevan la numeración romana del I al IV. Cada parte, además, se divide en parágrafos que van con numeración arábiga. La cantidad de estas divisiones difiere en cada una de las cuatro partes principales.

El texto reproducido es el mismo facilitado por la familia de Henríquez Ureña. Hemos optado por no introducir modificaciones; es decir, respetamos los signos de puntuación, los acentos, los subrayados, los entrecomillados y los paréntesis. Sólo hemos corregido algunos pequeños errores de máquina consistentes, en su mayoría, en alteraciones de letras.

Pensamos que es más útil para el lector que desee hacerse un juicio personal sobre aspectos filológicos y estilísticos del texto de Henríquez Ureña, ofrecerle una transcripción que refleje todas las peculiaridades de su redacción, porque

todos esos rasgos caracterizan el nivel de su prosa, en ese momento de su desarrollo literario.

En lo que se refiere a las notas, hemos tenido en cuenta que las *Memorias* y el *Diario* llevan un número extraordinario de nombres de libros, autores y personajes de la literatura, de actores y actrices de teatro, de cantantes, de compositores e intérpretes de música, de políticos y de figuras importantes o menores de la vida social, parientes, amigos y etc. Ya expusimos las razones que, a nuestro entender, explican este profuso despliegue de nombres pero como había que adoptar un criterio, optamos por anotar la mayor cantidad posible de nombres, tanto conocidos como desconocidos. En muchos casos la anotación es mínima pero en otras, y si ha sido posible, damos referencias más amplias que informen sobre aspectos históricos, sociales, políticos, literarios y personales; en algunos casos hemos vinculado las menciones de los textos con otras facetas de la obra de Henríquez Ureña.

Esta ha sido, naturalmente, una tarea muy difícil, porque muchos de los nombres, por ejemplo, los de actores, actrices y músicos que fueron conocidos en otras épocas y países, ya están olvidados y apenas si hay rastros de ellos, ni siquiera en los repertorios documentales más especializados. El problema era arduo, sobre todo porque en la América hispánica no abundan los diccionarios biográficos amplios y actualizados. Por esa razón nos hemos visto obligados a dejar muchos nombres y circunstancias sin la anotación que hubiéramos querido asentar. Pero, en general, preferimos pecar por abundancia y no por defecto, sobre todo porque pensamos que para el lector actual muchos nombres y cosas que eran familiares en el pasado, hoy ya no lo son y es necesario recordarlos.

En cuanto a los nombres que se repiten, tanto en las *Memorias* como en el *Diario*, sólo hacemos la nota cuando aparecen por primera vez; aunque en algunas ocasiones se las repita. En cuanto a la numeración de dichas notas, va corrida, de acuerdo con la continuidad y la coherencia de ambos textos.

Por último: sólo hemos traducido —en las notas— algunas pocas palabras o locuciones que no están en castellano, ya que son muy conocidas y accesibles.

Pedro Henríquez Ureña y la Academia

Pedro Henríquez Ureña, como es sabido, estuvo muy vinculado a la Academia Argentina de Letras, debido a su larga residencia en nuestro país, a su proficua acción en la docencia y la investigación y, en general, a la jerarquía de la actividad intelectual que desarrolló entre nosotros.

Fue Miembro Correspondiente en representación de la República Dominicana y muchos de sus trabajos se publicaron en su *Boletín*. Por esta razón y sobre todo por la significación de su personalidad en las letras hispánicas y americanas, la Academia Argentina de Letras lo ha hecho objeto de un recuerdo permanente.

Así publicó sus *Observaciones sobre el español en América y otros estudios filológicos* (1976), compilados y prologados por el Señor Secretario General de esta Corporación, el Profesor Juan Carlos Ghiano, a quien se debe el completo y utilísimo estudio introductorio de dicho volumen, trabajo al cual nos remitimos para una consideración pormenorizada de la obra del insigne dominicano, así como también para un balance justo de su significación en las letras y la cultura de nuestra América[13].

Con esta edición anotada de las *Memorias* y el *Diario* de Pedro Henríquez Ureña, la Academia Argentina de Letras sigue, pues, contribuyendo al mejor conocimiento de su personalidad y su obra, labor que habrá de proseguir con otros trabajos enderezados al mismo fin, como el mejor homenaje al maestro que ha dejado tan honda huella en la cultura hispánica y en el desarrollo intelectual y espiritual de la Argentina.

Enrique Zuleta Álvarez

Universidad Nacional de Cuyo
Mendoza, Argentina

Notas

[1] México, Editorial Cultura, 1961.

[2] *Revista Iberoamericana,* 130-131, ene-jun. 1985, 321-343.

[3] Alfredo Roggiano. *Las Memorias de Pedro Henríquez Ureña (Revista Iberoamericana,* 142, ene-mar. 1988. 331-357).

[4] Pedro Henríquez Ureña. *La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México.* En su: *Obra crítica; Edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Speratti Piñero; Prólogo de Jorge Luis Borges.* México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960. 610-617.

[5] Pedro Henríquez Ureña. *Antología; Selección, prólogo y notas de Max Henríquez Ureña.* Ciudad Trujillo, Librería Dominicana, 1950.

[6] Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. *Epistolario íntimo (1906-1946). Prólogo de Juan Jacobo de Lara.* Santo Domingo, Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", 1981-1983. 3 tomos.

[7] Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia. I. 1907-1914. Edición de José Luis Martínez.* México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

[8] Carlos Ripoll. *Pedro Henríquez Ureña y Félix Lizaso: Cartas de un maestro (1917-1924). (Revista Iberoamericana,* 65, ene-abr. 1968. 123-164).

[9] Zenaida Gutiérrez-Vega. *Pedro Henríquez Ureña, Maestro continental. Cartas a José María Chacón y Calvo, Francisco José Castellanos y Félix Lizaso (1914-1919, 1935). (Revista Iberoamericana,* 94, mar. 1976, 103-134).

[10] Serge I. Zaïtzeff. *El arte de Julio Torri.* México, Oasis, 1983.

[11] Emilio Rodríguez Demorizi. *Apuntes adicionales.* En: *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña.* Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, 1947. 48.

[12] Hasta ahora el mayor intento de una biografía completa de P. H. U. es la obra de Juan Jacobo de Lara, *Pedro Henríquez Ureña: Su vida y su obra.* Santo Domingo, Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", 1975, que contiene una bibliografía de los estudios que sobre ese tema se han realizado. Emilio Carilla, autor de muchos y valiosos trabajos sobre Henríquez Ureña, ha escrito un utilísimo artículo: *Pedro Henríquez Ureña; Biografía comentada (Revista interamericana de bibliografía,* Washington, 3 jul-sept. 1977, 227-239).

Para el tema de la correspondencia, es muy importante su: *Pedro Henríquez Ureña en sus cartas* (*Boletín de literaturas hispánicas*, Rosario, 4. 1962, 89-97).

[13] Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, MCMLXXVI.

MEMORIAS

I

México, junio de 1909.

1. Decía Benvenuto[1] que no se debe escribir autobiografías ni memorias antes de cumplir los cuarenta años; porque hasta entonces no se tiene serenidad bastante, ni se contempla perspectiva amplia. Pero creo que también entonces muchas cosas pasadas ya no se sienten, y pierden su color y su carácter; pues por eso acaso conviene, si se tiene afición á hacer recuerdos, poner por escrito muchos que el transcurso de una década podría hacer borrosos. 1

No creo que siempre, al escribir memorias, se piense en el público; antes creo que se las escribe muchas veces por el placer de hacer psicología, no tanto psicología propia, sino de preferencia la de los demás. Nietzsche[2] desconfiaba de las autobiografías, porque las suponía *compuestas;* desconfiaba de San Agustín[3] y de Rousseau[4]; y sin embargo, escribió notas autobiográficas. Oscar Wilde[5], que decía divertirse grandemente con los escritos autobiográficos y no parecía concederles mucha fe, escribió, sin embargo, una de las confesiones morales más artísticamente compuestas y, con todo, una de las que más producen impresión de artística sinceridad. La autobiografía, desde luego, siempre resulta compuesta; pero así debe ser, psicológica y artísticamente; no podemos exigir que en ellas se diga todo, pero sí que se digan cosas esenciales y no se introduzca nada fal-

so. Sabemos que en las Memorias de Goethe[6] faltan muchas cosas: todas las que resultaron inútiles para formar el Goethe que el mismo Goethe concebía y el que nosotros preferiremos a cualquier otro que á retazos fabriquen los eruditos. Las Memorias nos pintan el Goethe que se *realizó* en todos los momentos en que su vida y su ideal se fundieron y obraron de consuno. ¿Qué nos importan, pues, los momentos en que Goethe cedía á la presión de la vida ó las horas en que su pensamiento no tenía relación interesante con ella?

2. Yo estoy todavía lejos de los cuarenta años; voy á cumplir los veinticinco; pero ya he vivido lo bastante para temer que en mi memoria comiencen á formarse lagunas, y además tengo excesiva afición á *psicologizar*. Ya alguna vez emprendí un diario, cuando tenía quince años, en 1899, y lo continué hasta 1902; pero lo destruí porque en él apenas apunté otra cosa que impresiones literarias y hechos de vida externa. Pero ahora quiero componer (sí, *componer*) una relación detallada de mi vida con los puntos que han ido quedando en mi memoria, especialmente en cosas literarias.

¿Mi memoria? Ciertamente he de comenzar por recuerdos ajenos. Nací el 29 de junio de 1884, en Santo Domingo de Guzmán, capital de la República Dominicana[7]; era domingo, y cuentan que esa tarde, á la hora de mi nacimiento, había procesión de octavario de Corpus en la parroquia de Santa Bárbara. Mi padre, Francisco Henríquez y Carvajal[8], era ya entonces Licenciado en Derecho y en Medicina de la Facultad Dominicana, y maestro co-director, con José Pantaleón Castillo, de la extinta Escuela Preparatoria; había sido también Secretario del Presidente Meriño[9]. Mi madre, Salomé Ureña, casada después de sus triunfos poéticos entre 1874 y 1880, dirigía el Instituto de Señoritas, el primero en que se dio enseñanza superior a la mujer dominicana[10]. No fui primogénito, sino el segundo hijo. A fines del mismo año de 1884, sufrí una fiebre grave; y los parientes atemorizados ante la posibilidad de una muerte sin bautismo, según la creencia católica, me hicieron bautizar apresuradamente en la casa, con nombres tomados al azar: Pedro, por el día del nacimiento; Nicolás, por mi abuelo el poeta Ni-

colás Ureña[11]; Federico, por el padrino, mi tío Federico Henríquez Carvajal[12]. Mi madrina fue Valentina Díaz de Morales, pariente de mi madre.

No conocí á mi abuelo materno, ni á mi abuela paterna Clotilde Carvajal. Mi abuelo Noel Henríquez[13], que murió en 1904 á los noventa y un años, era hijo de holandés é inglesa; no había nacido en Santo Domingo, sino en la posesión holandesa de Curaçao, y en su ascendencia hubo judíos; por lo cual supongo que el apellido Henríquez, con su H, nos viene de judíos españoles ó acaso portugueses que pasaran á Flandes. Mi abuela paterna tenía sangre de los últimos indios dominicanos que permanecieron en la población de Boyá, en la jurisdicción concedida al cacique rebelde Guarocuya[14] (Enriquillo) en el siglo XVI, de los cuales existían algunos puros todavía en el siglo XVIII.

Por la rama materna, todos mis ascendientes, según los recuerdos familiares, que alcanzan hasta la mitad del siglo XVIII, eran dominicanos, salvo uno, que llegó de las Islas Canarias á fines de la misma centuria. Aunque mi familia paterna era con mucho la más numerosa (mi abuelo, ya casado en terceras [nupcias, nueve tíos, de ellos siete casados, **1 bis** y, ya para entonces, unos cuarenta primos) no fué la que más frecuenté en mis primeros años. La familia de mi madre, cercana, era cortísima, y la más lejana apenas pasaba de veinte personas y con ella llevábamos relaciones variables. Mi gran familiaridad fue en la casa de mi abuela materna, Gregoria Díaz de Ureña[15] que aún vive y tiene noventa años justos; con ella vivían su hermana Ana, dedicada durante más de sesenta años a la enseñanza de primeras letras, y muerta en 1896 á los ochenta y cuatro años de edad; y mi tía soltera Ramona, que se consagró especialmente a mí. Desde los dos años de edad hasta cuando salí de Santo Domingo, a los dieciséis, pasé tanto tiempo en mi casa paterna como en la vieja casa de mi abuela, donde vive aún con mi tía y donde han vivido desde 1860; donde también vivió mi madre desde 1860 hasta 1882.

3. Enfermé gravemente el mismo año de mi nacimiento. Era la primera vez que uno de nosotros enfermaba de modo serio; y mi madre, con su naturaleza intensa, se alarmó gran-

demente. Al sanar yo, escribió su poesía *En horas de angustia*[16], donde pinta vívidamente su alarma, no menos que su gozo final. A los tres años de edad, oyendo un día cantar el Himno Dominicano, letra de Emilio Prud'homme[17] y música de José Reyes[18], y en él la palabra Patria, pregunté á mi madre su significado; me contestó: "Ya te lo diré después" y escribió una poesía sencilla, *¿Qué es Patria?*[19], en la cual explicaba á mi inteligencia infantil la noción, aludiendo de paso á su entusiasmo patriótico, que tantos himnos le inspiró entre 1873 y 1880, y que había "plegado las alas y abatido la frente" ante la continuación de los males políticos del país. En 1888 volví á enfermar seriamente; se temió una difteria; pero fui declarado fuera de peligro el mismo día que cumplí los cuatro años.

Por entonces, mi padre se hallaba en Europa; había partido en 1887 á París á cursar en toda su extensión el Doctorado en Medicina, y regresó en 1891, ya titulado. En ese período, mi madre sufrió mucho en su soledad; continuó dirigiendo el Instituto de Señoritas y consagrando el resto de su tiempo á nosotros: ya éramos tres sus hijos, Fran, Max y yo[20]. Mis recuerdos personales conservan algo de esos primeros años: cómo mi madre salía matinalmente, con alguno de nosotros, á dar paseos higiénicos por el campo, antes de las ocho de la mañana, hora en que comenzaban las clases de su Instituto. Hasta 1888 vivimos en una grande y vieja casa de dos pisos, cuyo dueño era el tiránico presidente Ulises Heureaux[21], situada en la esquina de las antiguas calles de los Mártires y de la Esperanza, hoy Duarte y Luperón respectivamente. Luego pasamos á otra casa cercana, de un solo piso, en la misma calle Duarte, cuyo antiguo nombre de "Mártires" evocaba el lugar en que ejecutaba sus autos la Inquisición durante los últimos tiempos coloniales. La mudanza desde la vieja casa, un tanto sombría, á la nueva casa llena de sol y de galerías amplias, tuvo para nuestras imaginaciones infantiles una gran novedad. En el centro del primer patio había una gran pajarera rodeada por un estanque con peces; alrededor, muchas plantas florales. En el traspatio había caballerizas y árboles frutales. Dos hechos recuerdo relacionados con esa casa: el

matrimonio de Altagracia Frier y Troncoso, joven protegida desde su infancia por mi madre y mi tía, con el ingeniero cubano Juan de Dios Tejada, en 1890; y el regreso de mi padre, recibido con gran entusiasmo por sus amigos, que le llevaron música en la noche, en 1891.

Mis padres no gustaban de la educación que en el país se da á los niños, y no nos dejaban corretear, como los otros, por calles y plazas formando amistades de todo orden, ni siquiera las fomentaban entre nosotros y los niños que visitaran nuestra casa. Para desquite de este relativo encierro, vivíamos siempre en casas grandes y corríamos todo el día por patios, galerías y aun techos. Tampoco íbamos á escuelas; concurríamos, sin mucha regularidad á los cursos infantiles del Instituto dirigido por mi madre, instalado en nuestra misma casa. Aprendí a leer desde antes de cumplir los cuatro años, y desde los seis comencé á tomar afición á algunos estudios; por un tiempo los números, y luego la historia natural. Mi afición, por supuesto, se limitaba á desear conocer las especies; y me pasaba las horas recorriendo los grandes libros de zoología (principalmente la enorme obra del alemán Brehm)[22] para conocer todas aquellas especies de mamíferos (en particular) que en mi país eran desconocidas, pues la isla nunca produjo otras que algunos roedores, descritos en los libros de la época de la conquista y ya casi desaparecidos, y ahora sólo tiene los animales domésticos más comunes. [Los grandes felinos, los grandes paquidermos me interesaban muchísimo. Hubo vez en que mi madre ideara distracciones al aire libre, juegos y columpios, para despegarme de la excesiva afición á los libros ilustrados de zoología. La zoología, sin embargo, continuó siendo para mí una costumbre ó una rutina; la geografía, á la cual cobré cierta afición, no logró desterrarla. Luego me dio por el culto católico; por las frecuentes procesiones y las grandes ceremonias, especialmente las de Semana Santa, que en Santo Domingo se celebran á estilo medieval hasta este momento, salvo la intervención de personas reales en los actos simbólicos, costumbre nunca adoptada allí ó adoptada sólo á medias y desterrada hace tiempo. Me aficioné á reunir estampas de santos, de las cuales era fácil conseguir mu- 2

chas, la mayoría obra de los pintores italianos del Renacimiento; y también solíamos reunir, mi hermano Max y yo, estampas profanas que representaban diversos asuntos sencillos; eran, por supuesto, estampas pequeñas y á colores.

La religión, sin embargo, nunca fue para mí sino una afición superficial: el culto me resultaba pomposo y animado y me fascinaba totalmente. Como nunca escuchaba yo cerca de mí ninguna idea anti-religiosa, no podía menos de creerme religioso; pero en realidad nunca se me habían inculcado nociones profundas, y á eso debo la fortuna de no haber sufrido crisis de duda. Hasta los doce años, aceptada la religión como cosa natural; pero desde los trece comencé á pensar, sin desazón alguna, en sus fundamentos, y á los quince, sin haber leído gran cosa sobre la cuestión (sólo recuerdo la exposición de los orígenes de las religiones, en un resumen de la Sociología de Spencer)[2 3], había pasado naturalmente al agnosticismo. De pequeño, sin embargo, alguna vez solía agitar por mí mismo la cuestión religiosa. Cuando tenía de siete á ocho años, oí mencionar el misterio de la Trinidad y lo rechacé de plano; y en los mismos días se me explicó la noción de espacio infinito y poblado de los mundos ante la cual exclamé: "Pero entonces ¿en dónde están Dios y los santos? ¡Seguramente no existen!". Estos hechos, empero, no los recuerdo por mí mismo, sino porque se me han narrado; en el fondo, la cuestión no me preocupaba y mi afición por el culto católico no decaía un punto; y mi padre observaba alguna vez: "Este muchacho parece el más religioso, y en el fondo es ateo". Por supuesto, que mis alegatos infantiles nunca me fueron discutidos, sino que se me negaban suavemente con sonrisa; y ni siquiera mi abuela, profundamente devota, quiso nunca obligarme á prácticas religiosas (confesión, comunión y demás) que mi madre no acostumbraba. Mi madre era, en realidad, deísta, y profesaba gran respeto al cristianismo; tal cual vez entraba á las iglesias católicas, pero nunca en horas de ceremonia. Mi padre siempre ha sido agnóstico. Por todo esto, jamás se me impusieron ideas en pro de la religión ni menos en contra; se me dejaba en mi creencia infantil como en una rutina sin trascendencia; y á los diez años la divini-

dad se me representaba como incorpórea y vaga, y tuve cierto gusto por las vidas de santos. Recuerdo que por entonces me preocupó alguna vez la noción de que existiera ó hubiera existido ó, más bien, pudiera existir, la Nada, de la cual tenía no sé qué extraña representación física; y en otra ocasión, leyendo la Biblia, tropecé en el Evangelio de Marcos, con la narración de la higuera maldita y secada por Jesús porque no había tenido frutos que ofrecerle, y asombrado presenté á mi madre el problema: por fortuna para la solución, no llevaba yo la Biblia en la mano, y mi madre me aseguró que había leído mal. Este problema nunca lo olvidé; y por fin lo he visto resuelto, al parecer, por Loisy[24], el cual explica la narración como una parábola mal entendida y transformada en acto del propio Jesús. Algún tiempo después, cuando ya tenía yo unos doce años, fue mi madre quien me presentó un problema sobre la personalidad de Jesús: me lo presentó como un bohemio, un hombre que predicaba la ociosidad y la vagancia, y cuando mi desconcierto llegaba al máximum, explicó el verdadero significado de esas prédicas: el sacrificio de los goces vulgares y el desdén á los cuidados y ambiciones comunes en favor de fines más altos.

En mi primera infancia, mi carácter era en exceso irritable; una contrariedad fuerte me producía convulsiones de ira. No sé desde cuando comenzó a ceder mi nerviosidad; pero sus accesos fueron anteriores á mis más lejanos recuerdos, [y solo supongo que los cuidados especiales que 2 bis
me prodigó mi tía Ramona para apaciguar mi irascibilidad contribuyeron á hacerla desaparecer. De los seis años en adelante, mi carácter fue siempre tranquilo.

4. Además de mi interés infantil por los números, la zoología y la geografía, y de mi afición al culto católico, tuve la de la lectura; al principio la de cuentos de hadas, y brujas, (y romances) de los cuales llegué á conocer un gran número, tanto en libritos como de boca de las gentes; más tarde narraciones novelescas de diversos órdenes, aunque nunca gusté de leer novelas extensas, y las mismas de Jules Verne[25], que me fascinaban, las leí poco á causa de sus dimensiones. Mis aficiones literarias, y las de mi hermano menor Max, que iban siempre paralelas con las mías, co-

menzaron realmente por la influencia de los espectáculos teatrales. No eran afectos nuestros padres á que concurriéramos al teatro con frecuencia, pues allí el teatro implica permanecer despierto hasta las doce ó la una de la noche, y las *matinées* son rarísimas. Bastó, empero, que concurriéramos al teatro[26] unas cuantas veces, primero á dos ó tres zarzuelas, y por fin en 1895, á tres representaciones del actor italiano hispanizado, Roncoroni (que fueron, todavía lo recuerdo claramente, *Muerte civil* de Giacometti[27], *Hamlet* y *Romeo y Julieta*)[28], para que estas aficiones cobraran vuelo extraordinario, y pasáramos Max y yo todo el día pensando en el teatro y tratando de reproducirlo. Habríamos querido ser nosotros mismos actores; pero el deseo se estrellaba ante la falta de compañeros, y durante mucho tiempo nos dedicamos á hacer teatros de muñecas, movidos por nuestras manos. Los dramas en cuestión los decíamos de memoria, y en abreviatura. Revolvimos la biblioteca de la casa buscando dramas en castellano, y aprovechamos los que había y no nos resultaban ininteligibles; nuestra preferencia escogió á Shakespeare, de quien había varios tomos, especialmente la agradable traducción de Arnaldo Márquez[29], en prosa é ilustrada. Como ninguna representación podía durar demasiado (pues el desarrollo real de un drama resultaba lentísimo para nuestro deseo de acción), nunca seguíamos las obras paso á paso, sino que las leíamos y hacíamos un resumen de acción que desarrollábamos en veinte o treinta minutos, con lenguaje nuestro; así pasaron por aquel conato de escena las tragedias shakespereanas y algunas de sus comedias, especialmente nuestra preferida, el *Sueño de una noche de verano.* Algunos dramas llegamos á hacer por nuestra cuenta: recuerdo que alguna vez leí en un periódico el suicidio del príncipe Ernesto de Rohan, y de ese asunto hice un drama, todo improvisado. Llegamos por fin á ensayar la comedia de costumbres: Max hizo una intitulada *Josefa Fernández,* la cual, sin embargo, y si no me equivoco, tenía fin trágico, á pesar de que el nombre dado á la pieza era el de una señora de la cual nada sabíamos, ni cómico ni trágico; y entre los dos hicimos otra con el título de *Cacusa,* cuyo asunto era una campesina de doce á trece años, que servía en nuestra

casa, y en donde figuraba toda nuestra familia y no pocas visitas. El éxito que tuvo para nosotros mismos (pues no teníamos más público) esta especie de comedia realista fue tal, que la repetimos muchas veces y llegamos á escribirla: si mal no recuerdo, su extensión no era mayor de ocho ó diez páginas manuscritas*.

En 1892, mi madre se hallaba débil de salud, é hizo un viaje de dos meses á la ciudad de Puerto Plata[31]. Allí presenciamos las fiestas del cuarto Centenario del descubrimiento de América, celebradas con pompa en todo el país. Cuando regresamos, tomamos una nueva casa de dos pisos, extensísima, en la calle de Santo Tomás. En diciembre de 1893, convencida mi madre de que el trabajo de su Instituto era excesivo para su salud delicada, decidió cerrarlo, llevando á investir á la Escuela Normal de Maestros (fundada bajo la dirección de Hostos)[32] su último grupo de discípulas. Recuerdo mi impresión del día de clausura, en que las alumnas de los cursos superiores lloraban. Mi padre, mientras tanto, había encontrado muchos obstáculos en el país; el tirano Heureaux, á pesar de que en la época del Presidente Meriño había sido amigo suyo, y mi padre había sido padrino de uno de sus hijos, que hoy es el dramaturgo Ulises Heureaux, veía mal su independencia y le hostilizaba por lo bajo. A principios de 1894, mi padre decidió ir á una ciudad extranjera, el Cabo Haitiano, situada en el Norte de nuestra misma isla y bastante rica entonces[33]: allí encontró, en efecto, campo bastante productivo para el ejercicio de la medicina. Hubo de regresar al país, sin embargo, en Abril del mismo año, pues mi madre estuvo al borde la muerte, al nacer su cuarto y último hijo, mi hermana Camila; permaneció en el país algún tiempo, pero volvió a Haití en 1895[34].

3

* Antes habíamos escrito una especie de narración novelesca intitulada *Casa de Ana* (la casa de nuestra abuela y su hermana Ana); y otra escribí yo con el título de *Francisco Isaac Rodríguez*, nombre de un criado nuestro, puertorriqueño, que se dijo había perecido en un naufragio: ambas narraciones de un romanticismo fantástico estrictamente infantil[30].

Entre los años de 1893 á 1985 conocí y traté á una familia extranjera cuyo recuerdo ha sido siempre significativo para mí: la familia del ex-director del Banco Nacional, el francés M. Marcellin Fache, cuya esposa era una dama polaca de talento y de carácter, descendiente de príncipes, á quien mi madre admiraba por la educación que había dado á su prole. Las relaciones de amistad entre esta familia y mi padre llegaron á ser bastante estrechas; y mi madre, aunque no podía visitarles con frecuencia, nos permitía ir á verles muy á menudo; para nosotros era un gran placer recorrer la enorme casa que habitaba la familia, y la serie de amplios patios con vista al río Ozama, bajo la dirección *sage* de la adolescente Ferdinande, que ya se dedicaba á la literatura.

5. Al cerrarse el Instituto de Señoritas, y á causa de las ausencias de mi padre y la mala salud de mi madre, se nos puso un profesor, Francisco Raúl Aibar, joven de talento y rectitud. Por fin, en febrero de 1895 se abrió un importante colegio particular, el Liceo Dominicano, dirigido por Emilio Prud'homme, compañero de estudios de mi padre y padrino mío de confirmación; por primera vez (salvo unos meses en que asistimos á las clases de Geografía en la Escuela Preparatoria dirigida por José Pantaleón Castillo, quien poco después perdió la razón) concurríamos á una escuela fuera de nuestra casa. El Liceo estaba informado en el espíritu de la pedagogía reciente, pues Prud'homme, lo mismo que mi padre y el malogrado Castillo, había recibido la influencia de Hostos, ausente ya del país por la hostilidad del tirano Heureaux. Entre sus profesores se contaban el joven Aibar (quien nos había enseñado la gramática según Bello, cuya ortografía usé yo hasta 1903), mi tío Federico (profesor de Literatura española), y más tarde, entre otros muchos, el matemático Eladio Sánchez y el distinguido botánico Rafael M. Moscoso[35]. El inglés lo enseñaba el pastor protestante Mr. Gooding. Durante año y medio, á pesar de mi poca costumbre de tratar muchos muchachos (aun ahora, para evitar un contacto demasiado disolvente, mis padres nos hacían acompañar á la escuela por algún sirviente), mi experiencia en el Liceo fue agradable: no hice grandes amistades, y sólo recuerdo en particular

la de Mariano Soler y Meriño[36], joven mucho mayor que yo que ya obtenía aplausos como poeta y que fue muerto trágicamente en 1899; fui siempre alumno distinguido, y nadie me molestó en cosa alguna.

Ya en 1896 mis aficiones teatrales comenzaron á volverse más estrictamente literarias. Como complemento de los teatritos, escribíamos á veces conatos de periódicos, en los cuales, por supuesto, se hablaba casi exclusivamente de teatro. También hacía resúmenes de algunas lecciones orales que recibía en el Liceo, y, como con remordimiento por el olvido en que había dejado ya la zoología, todavía hice un compendio bastante extenso de la clasificación de los animales, siguiendo siempre la obra de Brehm. . . y doblé esa hoja definitivamente. Pero lo que vino á decidirme francamente por la literatura fue el asistir á una velada solemne que celebró la antigua Sociedad "Amigos del País"[37], en Mayo de 1896, al cumplir veinticinco años de fundada: de esta sociedad habían sido fundadores mi padre y varios de sus amigos, y en aquella velada dijo un discurso Prud'homme, leyeron trabajos en prosa Leonor Feltz[38] y Luisa Ozema Pellerano[39], maestras educadas en el Instituto de mi madre, se recitaron versos de José Joaquín Pérez[40], leyó Penson[41] su sorprendente *Víspera del combate*, leyó mi padre la poesía intitulada *La fe en el porvenir*[42], que mi madre había dedicado en 1877 á aquella sociedad, y dijo algunas palabras breves contando la historia de esa poesía, que los entonces juveniles "Amigos del País" recibieron como una consagración. Había ignorado yo hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso. Pero á partir de ese momento, la literatura, sobre todo la poética, fue mi afición favorita. *Descubrí* que mi madre era poetisa afamada[43], y principié por formar dos pequeñas antologías, de poetisas dominicanas y de poetisas cubanas (mi madre me habló mu [cho de éstas). En seguida, nos lanzamos Max y yo a 3 bis
formar sendas Antologías de poetas dominicanos: Max recorrió y devastó las grandes colecciones de periódicos de la casa, recortando cuantas poesías llevaran las firmas de poetas dominicanos aceptables (nuestra madre nos señalaba los nombres de ellos); yo preferí hacer una más selecta, clasifi-

cada, también bajo las indicaciones de mi madre, y con ayuda de la *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo* que la Comisión nombrada por el Gobierno (en ella había figurado precisamente mi madre) había presentado á la Academia española para el proyecto de Antología americana[44]. Al mismo tiempo, comencé á redactar, manuscrito, un periódico con el nombre de *La Patria:* ocho paginitas, conteniendo tres ó cuatro poesías ó artículos, cada semana. Comencé también á hacer versos; pero no me tomaba en serio como poeta, y mi género preferido eran los articulitos en prosa, del género miniatura que estuvo tan en boga en América hasta hace poco. Los versos me salían con toda facilidad, y no sé por qué no los tomaba en cuenta: hice unas estrofas describiendo las noches de Santo Domingo, otras á la muerte de la poetisa Perdomo[45], una breve silva á Colón[46], y algunos otros á motivos fútiles, como por juego. Pero en donde ponía toda atención era en los articulitos de prosa poética, que me parecían un género perfecto. Recuerdo algunos: una comparación de las zonas geográficas con las almas; un conjunto de frases en elogio de Cuba revolucionaria[47]; una explicación del cuadro *El conscripto* de León Perrault[48], que vi en una colección de fotograbados de algún *Salón* parisiense; una descripción de la ciudad de Puerto Plata, donde estuvimos nuevamente á fines de ese año. . .

Estimularon estas aficiones literarias la presencia diaria de un grupo de intelectuales en mi casa: mi tío Federico, Prud'homme, Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, y con más ó menos frecuencia, otras discípulas de mi madre, especialmente las que se ocupaban de literatura; Ana Josefa Puello[49], Mercedes Laura Aguiar[50], Mercedes[51] y Anacaona Moscoso[52]. . . Su conversación y sus lecturas comenzaron á interesarme. Muchas horas no escolares las pasaba con mi madre y con mi tía Ramona, la cual vivía ya la mayor parte de su tiempo con nosotros; y en esos momentos todo eran consultas á ambas. Fue por aquella época, un poco antes, cuando mi madre solía sondear mi aparente religiosiad, con problemas como el de la significación de la prédica de Jesús; y en alguna ocasión en que nuestras carreras y

excursiones por patios y techos (pues las aficiones literarias no nos impedían irnos á los lugares distantes de la casa á correr, saltar y trepar) provocaron cierta riña de palabras con unos muchachos y jóvenes judíos de alguna casa vecina, insulté á éstos llamándoles judíos y temerosos de la carne de cerdo; de lo cual se enteró mi madre, y me reprendió haciéndome ver que, de un modo u otro, todos los hombres adoraban á la divinidad y que era incultura notoria censurar á las gentes su religión. Mi impresión (lo recuerdo) fue de estupor al ver que no había caído antes en la cuenta de lo que ahora me explicaban.

Como la salud de mi madre decaía cada vez más, mi padre regresó al país y emprendimos viaje: mi madre, á instalarse de nuevo en la ciudad de Puerto Plata, en busca de aires puros; mi padre, otra vez al Cabo Haitiano, que precisamente dista de Puerto Plata solo unas cuantas horas. Estuve dos meses con mi padre en el Cabo, en la casa de la familia Lauransón; y aquella ciudad extraña me interesó mucho: las correctas costumbres de sus habitantes cultos en contraste con el estado salvaje del bajo pueblo, que apenas si se viste; el buen gusto y la comodidad en el interior de sus casas, y sus espléndidas quintas de recreo, en contraste con sus calles sucias, sin alumbrado, y cuyo empedrado del siglo XVIII ha deshecho el tiempo, sin que nadie lo reponga. Pero pronto fui a Puerto Plata á estar cerca de mi madre, á quien acompañaba Natividad Lauransón. Asistía á la Escuela superior, dirigida por Dubeau[53], otro de los amigos juveniles de mi padre; y me dedicaba á la literatura, redactando siempre el periodiquito *La Patria,* escribiendo los articulitos de marras y, por fin, organizando una sociedad, la cual, como todo lo nuestro, no salía de nuestro círculo: los socios éramos mis dos hermanos y yo; la presidente era mi madre, y todas las demás personas que admitimos fueron socios honorarios. El único objeto de la sociedad era dar veladas, como aquella para mí memorable de la Sociedad "Amigos del País" y como las otras que la misma Sociedad había seguido dando, después de nuestra salida (de Santo Domingo salimos para Puerto Plata y Cabo Haitiano [en junio de 1896); y el 4
nombre mismo de la Sociedad, *Siglo Veinte,* lo tomé de

una poesía escrita por la mexicana Laureana Wright de Kleinhans, dedicada á una sociedad fundada en México: poesía que me pareció de perlas para la velada de inauguración. Por supuesto, que á la primera velada no asistimos sino los miembros de la familia, entre ellos mi padre, que con frecuencia pasaba del Cabo á Puerto Plata; pero enterados de que proyectábamos una segunda algunos amigos de la casa, concurrieron á ella Dubeau y su esposa, Antera Mota de Reyes, directora del colegio superior, oficial, de mujeres, su hermana Mercedes, que acababa de ser muy celebrada en todo el país por algunos trabajos en prosa, y su sobrina Beatriz Dalmací. . . Mercedes Mota leyó un trabajo en aquella velada, lo cual fue para nosotros inesperado triunfo. Así llegamos á dar cuatro ó cinco veladas en la casa entre Septiembre y Diciembre de ese año; y las hermanas Mota, entusiasmadas con esta diversión infantil, organizaron otras en su escuela, en las cuales tomaron parte muchas de sus alumnas: movimiento que llegó á llamar la atención del público y á mencionarse en periódicos[54]; en ellas, por supuesto, también tomábamos parte nosotros. Max escribía el mismo género del articulito que yo; y aun nuestro hermano mayor, Fran, hizo alguna que otra página para las veladas; páginas, en realidad, mejor escritas que las nuestras, á pesar de que él no *cultivaba*, como nosotros constantemente, la literatura.

6. En esto nos llegó la noticia, desde Santo Domingo, de que había muerto la anciana tía de mi madre, Ana Díaz; esto me causó honda pena. Escribí por entonces un trabajito en prosa, intitulado *Nostalgia*[55], echando de menos mi ciudad nativa (¡de la cual solo había estado ausente poco más de cinco meses!) y recordando á *la buena anciana*. Mi madre se impresionó por el sentimiento del trabajito, y me envió á Santo Domingo, á la casa de mi abuela. Un mes después, partía ella misma de regreso, y llegó á la capital el 2 de enero de 1897. Ya no había para ella esperanza de salud y después de dos meses de constante zozobra, murió el 6 de marzo á la una del día[56]. Las impresiones de aquellos dos meses y aquel día llenaron mi espíritu por largo tiempo. Mi madre había llegado á ser para mí la guía espiritual consultada á cada minuto; y todavía en Puerto Plata, después de dos años

transcurridos durante los cuales no hizo un solo verso, había agregado dos estrofas á una composición comenzada en 1890, completándola y titulándola *Mi Pedro*[57]. La muerte de la anciana tía había preparado mi espíritu al dolor; y la muerte de mi madre vino á colmarlo. Los últimos dolores de su enfermedad herían mis nervios; y los dos días de su muerte y su entierro fueron para mí de inconciencia y estupor. La multitud de gente que desfiló por la casa, y, sobre todo, la presencia fría de *ella*, el ser que para mí tenía más vida y más realidad; la multitud sofocante del entierro, y el largo camino, con paradas frente á las casas donde habíamos vivido y donde estuvo el Instituto de Señoritas, cuyas antiguas alumnas concurrieron casi todas; el acto de la inhumación, en una bóveda del viejo templo de la Merced (adjunto al Convento en el cual estuvo como visitador Tirso de Molina)[58], y los discursos pronunciados, y la inesperada y vibrante poesía de José Joaquín Pérez, todo ello se envolvió para mí en niebla. Ni siquiera la admiración que mi propia madre me había hecho concebir por José Joaquín Pérez fue bastante para que me diera yo cuenta de sus versos. Al regresar á la casa (una casa pequeña que habíamos tomado provisionalmente en la calle Duarte), oí una tos, y tuve la impresión física de que aún estaba allí mi madre: no era sino la tos de una de sus discípulas, algo enferma en esos días, Mercedes Laura Aguiar. Durante meses, mi espíritu continuó en cierto estupor, del cual apenas salía sino para hacer recuerdos de mi madre. Todos los sábados iba al templo de la Merced á colocar flores sobre su tumba; concurrí á la velada fúnebre, solemne, que en honor de su memoria organizó la Sociedad "Amigos del País", y en seguida organizamos una velada íntima, de nuestra sociedad "Siglo Veinte", y todavía después no hice sino escribir y pensar sobre ella.

Pero otro suceso vino á convertir en desastre mi desconcierto. Altagracia Frier y Troncoso, esposa de Juan de Dios Tejada, y protegida de mi familia, de la cual había llegado á considerarse miembro cercanísimo, había partido á Nueva York desde 1893; su recuerdo no estaba para mí muy vivo, pero su afecto seguía viviendo para nosotros, y en la familia se comentaban siempre con regocijo sus cartas, pues te-

nía ella don especialísimo para el estilo epistolar; ya tenía cuatro hijos, y ahora había pensado regresar á Santo Domingo, con su esposo y sus hijos. Embarcaron en Nueva York precisamente el 6 de marzo, día de la muerte de mi madre, á bordo del vapor francés *Ville de Saint-Nazaire;* y debían llegar á Santo Domingo el 14. Tuvimos cierta alarma cuando vimos que el buque no llegaba; supimos que corrían rumores de naufragio, y de pronto llegó un enigmático telegrama dirigido por Tejada á mi padre: "Catástrofe general. Calme familia". El telegrama, por supuesto, se comentó en todos los tonos; pero muy pocos se aventuraron á sospechar la verdad. Al día siguiente, sin embargo, la prensa trajo noticias telegráficas detalladas: el vapor había naufragado el día 8 frente al cabo Hatteras; los pasajeros se había refugiado en los botes, y uno de ellos, en el cual iban Tejada y su familia, estuvo seis días aislado en el oceáno Atlántico; en ese tiempo, murió Altagracia con sus cuatro hijos, lo mismo que otras veinte personas, de frío, de hambre y sed; y cuando un buque que pasaba acudió en auxilio del bote perdido, solo recogió vivos á Tejada y á otros tres supervivientes. Esta espantosa noticia, tan á raíz de la muerte de mi madre, produjo verdadero desconcierto en todos nosotros. Todavía recuerdo cómo, durante un año, Asunción Troncoso, la pobre madre de Altagracia, lloraba siempre que entraba á nuestra casa. Pero la noticia, por lo inusitada, provocaba comentarios constantes; y era de ver cómo una superstición al modo indostánico negaba al infeliz Tejada el derecho á la vida, declarando que la única solución de su desgracia habría sido arrojarse al mar con el cadáver de su último hijo. La verdad es que aquel hombre abandonado de la suerte, ya que de modo sorprendente había sobrevivido á tan inaudita catástrofe, no habría podido resistir largo tiempo si se hubiera dejado vencer por el influjo de sus recuerdos; pero el impulso de la vida suele sobreponerse á las más poderosas fuerzas de la destrucción, y Tejada, cuando recobró sus fuerzas físicas y mentales que el desastre había afectado, buscó solución á su caso; se decidió á enterrar el pasado, y se casó de nuevo, seis meses después del naufragio. Ya se comprende que los comentadores del

primer suceso recibieron como escándalo semejante matrimonio; pero yo, que en aquel tiempo no veía modo de aceptarlo, comprendo hoy que esa solución era la única.

7. Después de la muerte de mi madre, permanecimos unos cuantos meses en Santo Domingo, y concurrí de nuevo al Liceo Dominicano, del cual fui desde entonces mal alumno; en Julio, nuestro padre, que había vuelto al Cabo Haitiano á raíz de estos sucesos, nos hizo ir á su lado. En Puerto Plata, donde nos detuvimos unos días, las hermanas Mota organizaron para nosotros una pequeña velada. Llegamos al Cabo, adonde nos acompañaron algunos familiares; mi padre había tomado una casa de tres pisos, de las más extensas en la ciudad, y en general, no vi con total desagrado el cambio. Sin embargo, de cuando en cuando tenía accesos de nostalgias y de tristezas, en uno de los cuales escribí una larga poesía hablando de mi ciudad y de *mis muertas*. Comencé entonces una actividad literaria febril, cuyo centro era el recuerdo de mi madre; formé una antología de escritoras dominicanas, con biografías y juicios, en la cual figuraban las poetisas Encarnación Echavarría de Delmonte, Josefa Antonia Perdomo, Josefa Antonia Delmonte, Isabel Amechazurra de Pellerano, Virginia Ortea, la novelista Amelia Francasci, la joven puertoplateña Mercedes Mota, y las discípulas de mi madre: Leonor Feltz, Luisa Ozema Pellerano, Ana Josefa Puello, Mercedes Laura Aguiar, y Mercedes y Anacaona Moscoso. Incluí también, ignorando que se trataba de un brillante engaño de José Joaquín Pérez, á *Flor de Palma*, que pasaba por ser una poetisa incógnita; y agregué al final un conjunto de escritoras menos importantes[59]. En seguida emprendí una *Vida* de mi madre, la cual escribí muy por extenso y conservo todavía, recopiada en 1903[60]; emprendí también coleccionar todos los artículos y poesías escritas á la muerte de mi madre[61], y reuní más de un centenar*; escribí otros trabajos sueltos sobre ella; y escribí también otras cosas: algunos perfiles de escritores hispano-

* Coleccioné también sus poesías inéditas, para complemento del tomo publicado en 1880.

americanos; algunas poesías, que ya tomaba más en serio, y traducciones, en prosa y en verso, del francés, idioma que desde tiempo atrás me había comenzado á enseñar mi padre y que ahora casi do [miné, tanto por hallarme en Haití, donde la gente culta lo habla, aunque el bajo pueblo usa un *patois* paupérrimo, como por ser franceses en su mayoría los libros de la biblioteca de mi padre[62]. De Sully Prud'homme[63] traduje dos ó tres composiciones, y una de ellas, *Ici-bas*, traducida incorrectísimamente, fue enviada á Santo Domingo y á disgusto mío se publicó. Pero mi continuo afán por el recuerdo de mi madre y mi interés por la poesía dominicana me hicieron concebir un proyecto: el de escribir la historia de la poesía dominicana. La documentación, por supuesto, la tenía ya: la informe Antología de Max; la más escueta hecha por mí; los tomos de versos publicados por algunos poetas; la colección *Lira de Quisqueya*[64] publicada en 1874[65]; y por último, la *Antología de poetas hispano-americanos*, con prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, quien acababa de formular juicio encomiástico sobre mi madre y sobre José Joaquín Pérez[66]. Quise, sin embargo, obtener ideas generales sobre la poesía, y registré la biblioteca, dejando á un lado las Estéticas y decidiéndome por los trabajos de retórica de Hermosilla[67] y del abate Marchena[68]. No acertaba yo á explicarme por qué estos autores trataban tan mal á otros que yo solía oír citar con elogio; me abrumaba, sobre todo, ver que condenaran a Shakespeare, lo mismo que Leandro de Moratín[69], cuya traducción del *Hamlet* leí entonces; pero decidí que en esto se equivocaban, y los acepté en sus clasificaciones y en los juicios sobre autores que yo ignoraba. Con tales armas comencé á escribir, entre Diciembre de 1897 y Enero de 1898, una *Introducción* á la historia de la poesía dominicana[70], considerando los aspectos que presentaba en los diversos géneros de la clasificación hermosillesca. De la tiranía de este dómine (cuya traducción de la *Ilíada* leí entonces con placer) solo me libertaban en parte, mi gusto por Shakespeare, al cual íntimamente prefería yo sobre todos los escritores que conocía, hasta el punto de que en esos mismos días le hice una oda, y la lectura de algunos libros de historia antigua (el Dr. George Weber[71], la colección de

Historia de las Naciones, en traducción castellana, *Las antiguas civilizaciones* de Gustave Lebon)[72] en los cuales buscaba yo siempre la historia literaria, encontrándome ideas muy diversas de las sancionadas por los cánones seudo-clásicos. (Ensayé traducir del francés parte del *Ricardo III* de Shakespeare)[73].

Si mi madre hubiera vivido, todos estos problemas los habría sometido á su criterio; pero mi padre estaba siempre ocupado, y las horas que dedicaba á nosotros las ocupaba en darnos lecciones científicas; y además, veía con disgusto mi retraimiento y mi afición exclusivamente literaria, que me hacía descuidar los estudios de ciencia. Por esa razón, mi vida fue haciéndose bastante triste, ensombrecida por el recuerdo de la muerte y por la poca aprobación que encontraban mis tendencias. Comencé á aprender el piano, al mismo tiempo que Max (con quien, como de costumbre, lo hacía todo); pero mis manos nunca fueron dóciles á mis deseos, y no pasé de tocar con dificultad algunas piezas cortas, como el *Adiós al piano* atribuida a Beethoven y la *Serenata* de Schubert[74].

8. Mi padre decidió por fin enviarme de nuevo á Santo Domingo, con mi hermano mayor Fran, á que estudiara otra vez en el Liceo Dominicano. Regresé á mi ciudad en febrero de 1898, y asistí á algunos actos en memoria de mi madre, cuyo nombre acababa de darse á una Sociedad formada por sus amigos y discípulas, al nuevo Instituto de Señoritas fundado por Eva y Luisa Ozema Pellerano[75] (ésta última casada hoy con mi tío Federico), y á una calle, precisamente la calle en que vivió mi madre y en donde se halla situada la casa de mi abuela, en cuyo frente se colocó una lápida conmemorativa.

Al ir en camino á Santo Domingo, me detuve en Puerto Plata tres ó cuatro días, en la casa de Dubeau, el amigo de mi padre, mientras llegaba el vapor que debía conducirme á mi ciudad; allí encontré por acaso el extravagante libro de Victor Hugo sobre *Shakespeare*, lo devoré ansiosamente, y llené mi cabeza con fantasmagorías sobre el genio. Aquel libro formulaba lo que yo íntimamente me había atrevido á desear: la destrucción de los cánones seudo-clásicos; el endio-

samiento de Shakespeare; una re-valuación literaria. . . Por supuesto, que no hice sino salir de una retórica ignorante y estrecha[76] para caer en otra desordenada y no menos ignorante, pero más libre: en vez de la valuación según la cual *Homero* es el primer poeta de la humanidad, Virgilio el segundo, Tasso el tercero, Racine un modelo, Boileau un maestro, y, en cam [bio, Shakespeare un bárbaro, Dante poca cosa, y los dramaturgos españoles unos descarriados, acepté la valuación que pone á Shakespeare en el lugar más alto, cerca de él á *Homero,* á *Job,* á *Isaías,* á Esquilo y á Dante, cerca de ellos á otros ocho autores escogidos al azar, y en lugares *planetarios* á Virgilio, y demás autores de epopeyas artificiales; colocando en rincones oscuros á los seudo-clásicos. En suma, atravesé mi 1830; me dediqué á leer Hugo, el cual (¡naturalmente!) me parecía debiera ocupar el décimo quinto puesto, continuando su lista de catorce genios; y me dediqué también á buscar y á leer los autores por él señalados como genios: en la Biblia de Scio[77], el libro de Job, las profecías de Isaías y Ezequiel, el Cuarto Evangelio y el Apocalipsis, y hasta ensayé las Epístolas de Pablo, para mí muy pesadas entonces; Esquilo, en la traducción de Brieva Salvatierra[78], admirable trabajo que me parecía duro y árido; Dante, en prosa castellana[79], Cervantes[80], y hasta Juvenal, traducido en verso. Algo escribí en elogio de Hugo, con muchas citas, á su modo, ya que no mucho en su estilo; pero bien pronto refluí á mis antiguas aficiones, y volví á ocuparme de la Historia de la Poesía dominicana, pero con más descanso, sin el afán febril del año anterior. Entre 1898 y 1899 escribí un capítulo sobre las costumbres y los balbuceos artísticos de los aborígenes de Santo Domingo; y otro sobre la poesía que allí escribieron los españoles en los siglos XVI y XVII, utilizando los datos obtenidos por Menéndez y Pelayo y por Jiménez de la Espada[81]; ambos los conservo. Comencé entonces á formarme estilo; esos capítulos están en prosa bastante sobria, distante de la influencia de Victor Hugo, aunque con la peculiaridad de introducir con frecuencia, en frases que expresan nociones centrales, ideas incidentales de poco interés.

5 bis

Al examinar, en Washington Irving[82] y otros autores, las costumbres y leyendas de los aborígenes, encontré una curiosa, la del Diluvio; y como cerca de mí tenía el ejemplo de la poesía *indigenista* (las *Fantasías indígenas* de José Joaquín Pérez, la *Iguaniona* de Javier Angulo Guridi[83], la *Anacaona* de mi madre[84], el *Maireni* de Gastón Deligne[85]; además, entre obras extranjeras de la misma tendencia, conocía el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín)[86], escribí una breve narración poética sobre ella. Más tarde, en 1899, escribí unos versos en memoria del poeta D. Félix María Delmonte[87], autor del primitivo Himno dominicano, á quien había visitado en los meses anteriores á su muerte; y una especie de *pequeño poema* descriptivo, sugerido por los de Gastón Deligne, con el título de *Incendiada:* este también fue publicado á disgusto mío: acaso más que otra cosa me disgustaba ver que pusieran mi edad al calce de los versos[88].

9. Al volver á Santo Domingo, iba, como dije, nuevamente al Liceo Dominicano: volví á estudiar allí, en efecto, pero ya no era el alumno distinguido, pues había llegado á perder interés por la ciencia, y además comencé á sufrir con el trato de los alumnos. Mi educación retraída no me había dado armas para el trato de las gentes, mucho menos de las gentes de mi tierra, bruscas y poco reservadas: y allí el caso se agravaba, pues eran muchachos que crecían y corrían tras toda malicia: muchos de ellos ni siquiera eran de la capital; el Liceo había llegado á extender su fama por todo el país, y muchos provincianos ricos enviaron allí á sus hijos. Me hallé mal entre aquella multitud, tan distinta ya del primitivo grupo de alumnos capitaleños, con quienes no había sentido disgusto alguno al salir de mi aislamiento, á los once años, y relacionarme por primera vez con otros niños; estos provincianos, no sin puntas de semi-barbarie, me traían á mal traer; y llegué á concebir la idea de que la amistad era imposible entre jóvenes. Además, ya había llegado yo á la edad en que, sobre todo en las Antillas, los adolescentes principian á interesarse por todas las cosas de la vida de los adultos, y á alardear de hombres; y mi inexperiencia no me permitía hacer tales alardes, ni tampoco me venía en deseo el hacerlo. Conocí entonces, en una fiesta en casa de parien-

tes de mi padre, á Blanca, adolescente que pertenecía á una familia de mujeres bellas; y tuve por ella amor infantil y tranquilo. Pero no era mi suerte poder gozar en paz de mis aficiones; mis mejores tiempos en ese amor (el primero de que me daba cuenta, pues antes mi propia madre había impedido que se me hicieran alusiones mortificantes sobre el cariño que había mostrado por ciertas niñas, especialmente por la hija de un diplomático venezolano), fueron los breves días en que iba á la iglesia de Regina Angelorum, en las noches de mayo, cuando Blanca asistía á las fiestas del mes consagrado á María. Bien [pronto las gentes se enteraron, y sobre 6
todo los muchachos; me abrumaban á comentarios y preguntas; y para colmo, mi hermano mayor, que asistía conmigo al Liceo Dominicano, ideó enamorarse de una hermana de mi Blanca; por todas partes, comenzaron las instancias de por qué no hacía esto y lo otro ¡yo, que me sentía contento con la simple amistad que me fue fácil tramar con ella, sin que me ocurriera que por el momento fuese necesaria otra cosa, ni siquiera su respuesta de aquiescencia! Ello es que este amor, que comenzó en Mayo de 1898, se sintió acosado bien pronto, no sé cómo; y habiéndose trasladado la familia de ella á una calle distante de la casa de mi abuela, donde yo vivía, empezó á alejarse de mí: aunque todavía solía verla, á ella, que asistía al Instituto *Salomé Ureña*, cuando las horas de salida de clases no coincidían con las mías.

En esta crisis de mi adolescencia, cuando todas mis aficiones tranquilas tropezaban con la incultura ambiente, preferí estar retirado en la casa á sufrir el trato variable de las gentes; y por fortuna, mi tía Ramona, que siempre me ha tenido especial cariño, me apoyaba en mis tendencias y me ayudaba con sus indicaciones en mis trabajos literarios: pues aunque ella nunca escribió para el público, había compartido en su juventud las aficiones literarias de mi madre, había leído los mismos libros y formado las mismas ideas y tenía el don de los consejos técnicos hijos del buen gusto.

10. Mi situación, que iba convirtiéndose ya en estancamiento, cambió de pronto con una decisión de mi padre, quien había seguido viviendo en el Cabo Haitiano; contrajo matrimonio con Natividad Lauransón, la misma joven que

acompañó algún tiempo á mi madre en Puerto Plata, y cuya familia residía en la ciudad haitiana antes dicha, é hizo que regresáramos á su lado mi hermano mayor y yo, en mayo de 1899. Al llamarnos a su lado, en realidad, obedecía á otros temores: la situación de la República Dominicana se hacía alarmante; los empréstitos del gobierno y la excesiva emisión de papel moneda habían creado al gobierno del tirano Heureaux una situación tirante, y habían sumido al país en la miseria; por todas partes se sentía que el malestar del pueblo iba á producir un estallido. . . y mi padre, que de cerca, aunque en país extranjero, observaba la situación, juzgó prudente llamarnos á su lado, como había juzgado prudente vivir fuera del país más de cuatro años, salvo breves intervalos[89]. Volví, pues, al Cabo Haitiano, á la misma casa que había conocido dos años antes; y ¡caso curioso! hice el viaje en los buques de guerra del gobierno dominicano, y llegué al Cabo junto con el mismo Presidente Heureaux, que iba á Haití á celebrar entrevistas políticas. Mi primo Enrique Henríquez[90], que era ministro del tirano, iba en aquel viaje; recuerdo que en mi casa, tuvo con mi padre serias discusiones sobre la situación política de Santo Domingo. Sin embargo, por corrección, mi padre, que era el dominicano más prominente en la ciudad, asistió al baile que dio el Presidente á bordo del crucero *Restauración;* baile al cual asistió toda clase culta del Cabo Haitiano, formada por comerciantes alemanes, ingleses y franceses, y por buen número de haitianos ricos, que en sus usos sociales calcan á maravilla la *manera* francesa, y cuyas hijas, educadas en Europa, suplen con la multitud de sus *accomplishments*[91], sus frecuentes deficiencias en el orden físico. Aquellos primeros días de mi retorno fueron animados; pero bien pronto volvió á pesar sobre mí el trato de las gentes. La casa de mi padre era en aquel entonces un pequeño pueblo, pues él ha sido siempre aficionado á tener cerca de sí á sus parientes; y de esta manera, aunque la familia inmediata la componíamos realmente seis personas, la casa contenía doce, sin contar los *adláteres* que fungían de ayudantes y empleados de mi padre, amén de la servidumbre nada corta. Mi padre notó que mi retraimiento continuaba, que mi interés por el estudio

que no fuera literario no había aumentado; y no quiso ser indulgente conmigo. Pero al fin y al cabo, en la libertad de que inevitablemente debía gozarse en casa tan extensa, adicionada con una casa campestre muy cercana de la ciudad; en la ladera de una colina, encontré modo de organizar mi vida a mi gusto; y volví a trabajar con actividad en cosas literarias. Las ex [cursiones al campo, á las montañas y á las playas, sitios todos muy cercanos de la intransitable ciudad, me agradaban; llegué á salir diariamente á caballo, unas veces solo, otras con mis hermanos y primos, y la equitación fue para mí uno de los más agradables ejercicios. Volvimos á organizar la "Sociedad Siglo Veinte", con ayuda de nuestros primos (Fernando Abel, hijo de mi tío Federico, y Ángel Salvador, nieto de mi tío Daniel) y de algunos amigos de la casa; mi hermana Camila, que tenía ya cinco años, contribuía leyendo poesías de mi madre; Max, que durante mi año y medio de ausencia había avanzado rápidamente en la ejecución pianística, tocaba música, así como el pianista haitiano M. Morin. Volvió Max á redactar un periódico, manuscrito, pero ya extenso, y para él y para nuestras veladas escribí verso y prosa, y traduje del francés. **6 bis**

11. Como lo había previsto mi padre, la situación del país dominicano colmó la medida, y el 26 de Julio de 1899 fue muerto el presidente Heureaux. El país despertó de su letargo, y el 31 de Agosto del mismo año la situación política se había transformado: otro era el gobierno, aunque provisional; y la prensa política y las campañas oratorias habían surgido con extraordinaria fuerza. Desde el Cabo, seguimos con febril interés este movimiento; y bien pronto nos tocó sentir de cerca su hálito: á raíz de la muerte de Heureaux, como el Cabo Haitiano se halla tan cerca de la frontera dominicana que desde él se divisa el Morro de Montecristi, comenzaron á pasar grupos de dominicanos expatriados que regresaban al país: primero, para ayudar á la revolución que aún no triunfaba; después, para entrar en las nuevas actividades. Por fin, pasó por el Cabo Haitiano D. Juan Isidro Jiménez[92], candidato á la Presidencia de la República, y pidió á mi padre le acompañara en su regreso al país. La muerte de Heureaux me hizo escribir el que consideré mi primer

artículo serio: era un breve esbozo de aquella siniestra personalidad (Escribí también uno como juicio y crónica sobre el original poeta haitiano Oswald Durand y sus veladas de recitación, que acababa de dar en el Cabo con el propósito de obtener recursos para mejorar las cárceles de su país).

Mi padre regresó poco después, acompañado entonces, en su viaje por tierra, precisamente por el hijo del tirano muerto, y ahijado suyo, el joven Ulises Heureaux, quien acababa de regresar de París á Santo Domingo y poseía ya cultura y aficiones literarias[93]. El joven Heureaux sólo estuvo con nosotros unos días; y en seguida organizamos nosotros el retorno á Santo Domingo. Encontramos una gran animación política; las elecciones, apresuradamente celebradas, elevaron a la presidencia á D. Juan Isidro Jiménez y á la vicepresidencia al joven general Horacio Vásquez, jefe de la revolución surgida con la muerte de Heureaux. El gobierno se instaló el 15 de Noviembre de 1899, y mi padre fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores.

Mi hermano mayor había hecho amistad con la familia de las adolescentes á quienes se habían dirigido nuestros primeros amores. Vivían ellas en la casa de un tío suyo, quien tenía muchas hijas: así es que aquella casa era una multitud de mujeres, jóvenes y niñas. Las hijas del dueño de la casa me parecieron, á poco, mejor dotadas que sus primas: eran tipos más finos, casi todas rubias, y dos de ellas tenían agradabilísima conversación: Consuelo, que tocaba el piano con bastante brillantez, y Stella, graciosa y espiritual. Mi amor por Blanca había llegado, por fas ó por nefas, á entibiarse; y espontáneamente, mi afición cambió hacia Stella; no se trataba sin embargo, de un amor, ni se me ocurrió nunca pensarlo, así ni menos hablarle en tal sentido. Stella ejercía fascinación espiritual sobre toda persona de aficiones no vulgares; y todos sus amigos cultos le reconocían valor singular. No es extraño, pues, que yo gustara de entretenerme con ella en largas conversaciones, animadas siempre por los inagotables recursos de su graciosa dialéctica, aunque los motivos fuesen fútiles, como muchas veces lo eran. Llegué á visitar diariamente la casa, y las visitas siempre eran

animadas con mucha conversación y música; y en algunas ocasiones (Noche-buena, Año Nuevo) se bailaba.

Al llegar a Santo Domingo, quisimos continuar nuestras veladas de la socie [dad "Siglo Veinte", pero solo dimos una, en la cual tomaron parte varios primos y amigos nuestros: mi prima Rosa de Noel, que tenía don especial para la recitación, dijo versos de Rubén Darío[94]; y en la parte musical, cooperaron Mercedes y Genoveva Amiama, cultas primas de mi madrastra. Pero aquello asumió un carácter formal; hubo demasiada concurrencia, y por esto y porque además sobrevinieron una enfermedad de mi hermana Camila, y el nacimiento del primer hijo de mi madrastra (una niña que sólo vivió un año), y otro caso grave en el cual estuvo envuelto mi hermano mayor, no se continuaron las veladas. En cambio, concurrimos á las veladas que organizó el Club Unión, en forma de reuniones familiares seguidas de baile; Max tocó varias veces en ellas: así mismo, en la fiesta dedicada á Máximo Gómez[95], que por primera vez iba á Santo Domingo después de la terminación de la guerra de Cuba; y concurrí con frecuencia, aunque pocas veces bailaba, pues no lo hacía bien, á los bailes del mismo Club Unión y del Club Juventud, transformado después con el nombre de Casino de la Juventud, los dos centros donde se reúne lo que, por llamarle de algún modo, nombraré sociedad elegante: en la cual no son nada escasos los pecados contra la elegancia. 7

Entre tantos cambios de residencia, era natural que mis estudios avanzaran en desorden: en el Cabo Haitiano, nuestro padre nos puso algunos profesores y nos daba él mismo algunas clases; al volver á Santo Domingo, reingresamos, por tercera vez, al Liceo Dominicano; pero éste había comenzado á decaer: su director Prud'homme[96] había sido electo diputado, y tenía sobre sí algunas labores políticas. El Liceo se cerró bien pronto; entonces, con ayuda de algunos profesores particulares, continuamos nuestros estudios Fran y yo, presentando exámenes de bachillerato en el Instituto Profesional, dirigido entonces por el ex-presidente y ahora Arzobispo Meriño[97]; el examen de Letras lo presentamos en Julio, y el de Ciencias en Diciembre. Concurrí también,

pero pocas veces, á clases de la Escuela Normal, la cual había vuelto á la Dirección de Hostos, á quien se hizo volver al país tan pronto como cambió el régimen político; y hondamente deploro no haber sido más asiduo á aquellas lecciones y no haber sentido más de cerca la influencia de aquel espíritu genial[98].

La vida pública del país, durante aquel año, fue bastante animada: fue significativa, por ejemplo, la agitación cuando el gobierno francés reclamó el pago inmediato de una deuda, y el pueblo hizo una suscripción para pagarla; porque el gobierno se hallaba en situación precaria, después del desorden bajo Heureaux[99]; fue día de *meetings* y de discursos. Otro suceso para mí importante fue la muerte de José Joaquín Pérez[100]; para quien tanta admiración y estimación se tenía en mi casa. Nosotros mismos llevamos coronas á su entierro y á la velada fúnebre que le consagró la Sociedad "Amigos del País"; en esta velada tocó Max una Elegía musical que para ella compuso; Enrique Deschamps leyó, intercalándola en un trabajo suyo, la poesía *Impresiones*[101] que mi madre había dedicado al poeta como respuesta á la dedicatoria de sus *Fantasías indígenas;* y mi prima Rosa de Noel recitó una delicada poesía de Prud'homme. Todavía me parece que pocas veces he oído recitar tan hermosamente: ya había oído á Cristina Morales, joven de singular talento que había logrado formarse por sí sola un severo arte de declamación: la recuerdo sobre todo recitando la *Ofrenda á la Patria* de mi madre, en la velada fúnebre consagrada á su memoria; pero el estilo de Rosa de Noel Henríquez era distinto: su voz no tenía tanta plenitud como la de Cristina, y no era adecuada para los endecasílabos rotundos; en cambio, tenía una multitud de modulaciones é insinuaciones, vagas, esbozadas bajo el velo de una dicción sencillísima; en suma, si Cristina *recitaba,* Rosa de Noel *decía*[102]. Me tocó escribir la reseña de esa velada, para una Revista literaria que publicaba Enrique Deschamps; y además me dediqué á reunir en esos días (mediados de 1900) las poesías de José Joaquín Pérez, logrando reunir más de cien: colección que hoy posee la familia del poeta, en espera de que llegue el momento en que sea posible hacer la edición completa de ellas.

12. No fue el año 1900 para mí un año de producción literaria; hice algunas traducciones en verso[103] y algunos trabajos en prosa, que publiqué en una pequeña [revista que 7 bis
acababa de fundar mi hermano Fran (el cual, con aficiones literarias mucho menores que las nuestras, fue el primero en lanzarse á una empresa ya pública). Escribí, y dejé inédito, un estudio sobre el poeta dominicano Gastón Deligne[104]. También escribí algunas crónicas teatrales: llegó por entonces á Santo Domingo la compañía dramática de la actriz cubana Luisa Martínez Casado, y nos presentó un extenso repertorio español: Tamayo[105], Ayala[106], Echegaray[107], Feliú y Codina[108], Guimerá[109], algo de Dumas hijo[110], y otras obras de menor importancia. Max y yo pedimos, para ejercitarnos, y sin remuneración, por supuesto, la plaza de cronistas teatrales del diario *La Lucha*, que por ser oficioso no podía negárnosla. Max escribía casi siempre, firmando simplemente *Max;* yo escribía tres crónicas firmadas *Bohechío*, siguiendo el gusto por los nombres de nuestros indios. La Martínez Casado, educada en la vieja escuela española de declamación romántica, aunque se resiente de ciertas afectaciones de ella, es sin embargo mujer de talento, y muchas veces se supera á sí misma y á su escuela: especialmente en la *Virginia* de Tamayo[111], obra esplendorosamente versificada y hábilmente concebida. Mis crónicas, con el entusiasmo natural de quien por primera vez gozaba extensamente de los espectáculos teatrales y del espectáculo del verdadero talento dramático, aunque en medio de malas condiciones escénicas y peores ayudantes artísticos, rebosaban elogios á la Martínez Casado; elogios que hoy no podría menos que recortar, pero que contienen su parte de justicia.

Pero ya dije que el año 1900 no fue para mí año de producción; fue en realidad año de grande lectura literaria. Puedo decir que este fue el año decisivo de mi gusto. Con motivo de las funciones de la Martínez Casado, con frecuencia acompañé al teatro á Leonor Feltz, la discípula de mi madre, y á su hermana Clementina, quienes vivían muy cerca de nosotros; las visitas que antes les hacíamos fueron cada vez más frecuentes, y desde el mes de Julio fueron diarias. (A la dis-

tancia, me resulta curioso recordar cómo en aquel año me alcanzó el tiempo para preparar exámenes de bachillerato; leer á todo pasto; visitar diariamente á las Feltz y á mis otras amigas; y todavía, con frecuencia, ir al teatro ó á los bailes de los Clubs). Las Feltz, que por entonces contaban alrededor de treinta años (una más y otra menos), habían sido siempre amigas de la casa; y Leonor, que es hoy la mujer más ilustrada de Santo Domingo, fue siempre la discípula predilecta de mi madre. Bajo su influencia y estímulo, comenzamos una serie de lecturas que abarcaron algunos campos diversos: el *Ariel* de José Enrique Rodó[112] nos hizo gustar del nuevo estilo castellano, y leímos también las impecables páginas de Díaz Rodríguez[113], la prosa vívida de Zumeta[114], y otras páginas de los autores jóvenes de América; leímos a D'Annunzio[115], en las traducciones francesas de Georges Herelle; releímos Shakespeare, en la traducción castellana de Mac Pherson[116]; recorrimos diversas épocas del teatro español, estimulados por las representaciones de la Martínez Casado; y leímos también novelas de Tolstoi[117] y de autores franceses. Estas lecturas no siempre se hacían en compañía; las novelas en realidad, siempre las leía cada quien solo, pero diariamente se comentaban obras nuevas. Pero lo que vino á dar carácter á aquellas reuniones y á aquellas lecturas fue el descubrimiento (sí, para nosotros no fue menor cosa) de Ibsen. Una estupenda sensación de asombro causó en nosotros la lectura de *Los Espectros,* seguida inmediatamente por *Casa de muñecas* y *Hedda Gabbler:* esta era, en verdad, una revelación de la vida moderna; esta clase de humanidad era la que me parecía conocer, y no me explicaba entonces cómo había quien encontrase raros estos dramas: ¡cuando yo conocía más de una Elena Alving, más de una mujer superior - veía á otras muchas en la situación de Nora, y presumía á las semejantes á Hedda Gabbler! En realidad, yo había tratado casi siempre con gentes de excepción; en mi país, sobre todo, me había tocado conocer á todas las mujeres superiores; ya sabía que había una multitud de gentes vulgares, pues algo me había mostrado la compañía de mis condiscípulos y las gentes que ahora solía tratar y la que veía en las fiestas sociales; pero *mi mundo,* mis

gentes, eran así, del temple de los personajes de Ibsen: ¿por qué, entonces, se decía que estas escenas y estos tipos sólo se daban en el Norte? Ibsen, en suma, fue desde entonces mi autor: llegué á saberme de memoria *Los Espectros.* Corrimos desbocados en busca de sus obras, y al fin [logramos 8
leerlas casi todas en francés: *El pato salvaje, Rosmersholm, El enemigo del pueblo, La dama del mar, El niño Eyolf, Juan Gabriel Borkman, Solness el constructor, Brand, Peer Gynt*[118]. . . La casa de las Feltz (que después alguien llamó *Salón Goncourt,* y á sus dueñas *hermanas Goncourt*) se convirtió en centro diario de reunión intelectual[119]: Max y yo concurríamos y formábamos cuarteto con Leonor y Clementina; pero la concurrencia solía aumentarse con Prud'homme, Enrique Deschamps[120], mi tío Federico[121], el Dr. Rodolfo Coiscou y su esposa, mi prima Altagracia Henríquez, maestra normal, otras maestras y amigas, como Eva y Luisa Ozema Pellerano, Ana J. Puello y Mercedes Laura Aguiar[122]; aun mi padre, entonces ocupadísimo, solía ir allí. Pero las lecturas y los comentarios no eran constantes y en toda forma sino con el cuarteto primitivo; y la perspicaz inteligencia de Leonor, con su sagacidad crítica, con su percepción delicada, influyó mucho en la dirección de nuestro gusto: á ella debo en gran parte la orientación de mis gustos en sentido plenamente moderno. Antes, como á destiempo perdí la dirección espiritual de mi madre, había tenido que atravesar por tan ingratos breñales como eran los cánones hermosillescos y las arbitrariedades hugonianas; y, aunque libre de ellos, no había penetrado firmemente en la orientación moderna. Leonor, que poseía sólida cultura científica y lectura literaria mucho más vasta que la mía, fue quien nos guió en la interpretación de la literatura según el más elevado gusto moderno, y en todo aquel tiempo nos guió también en la corrección de la forma de nuestros escritos: porque si ella no es, en realidad, una escritora completa, pues justamente en aquellos días casi había dejado de escribir y nunca había escrito sino trabajos breves, de poca significación, según la rutina juvenil de sus compañeras, su crítica de la forma es tan segura como penetrante su análisis psicológico.

Notas

[1] Benvenuto Cellini (1500-1571). Artista y escultor italiano. Su *Autobiografía* (1728) presenta un modelo de la personalidad renacentista.

[2] Friedrich Wilhelm Nietzsche (1884-1900). Filólogo, poeta y filósofo alemán. Dejo su autobiografía en *Ecce Homo* (1888).

[3] San Agustín (354-430). Santo Padre de la Iglesia cristiana. Sus *Confesiones* (400) es la principal obra del género al fin de la Antigüedad.

[4] Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Ensayista, novelista y filósofo ginebrino. Sus *Confesiones* (1781-1788) reflejan el espíritu de la humanidad moderna.

[5] Oscar Wilde. Nombre literario de Oscar Fingal Flahertie Wills (1856-1900). Ensayista, novelista, comediógrafo y poeta irlandés que en su *De Profundis* (1905) dejó el testimonio de la tragedia de su vida.

[6] Johann Wolfang Goethe (1749-1832). Poeta, dramaturgo, novelista y filósofo alemán. *De mi vida. Poesía y verdad* (1811-1833) es su autobiografía.

[7] Pedro Nicolás Federico Henríquez Ureña (Santo Domingo, 29 de junio de 1884-Buenos Aires, 11 de mayo de 1946) firmó sus escritos juveniles como Pedro Nicolás F., Pedro N. F. o Pedro N., pero a partir de 1904 estabilizó su firma como Pedro Henríquez Ureña. Al comenzar estas *Memorias* tenía 24 años y había llegado a México, desde Cuba, en enero de 1906.

[8] Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1935). Abogado, médico, diplomático y político dominicano. Padre de P. H. U. Ministro de Relaciones Exteriores y Presidente de la República (1915-1916). Ha pasado a la historia como el protagonista de la lucha de su país contra el imperialismo yanqui, que invadió por primera vez la República Dominicana en 1914. Parte de su obra política y literaria está firmada con los seudónimos de "Cayacoa" y "Cotubanama". Vivió años en Cuba, donde ejerció de médico y actuó en la vida cultural, siempre en relación intelectual y política con su patria.

[9] Fernando Arturo de Meriño (1833-1906). Sacerdote, escritor y político dominicano. Presidente de la República (1880-1882) y Arzobispo (1885).

[10] Salomé Ureña de Henríquez (1850-1897). Poetisa y educadora dominicana. Una de las primeras figuras de la literatura dominicana por su producción lírica y patriótica reunida, casi en su totalidad, en *Poesías* (1880), que su hijo P. H. U. reeditará en Madrid en 1920, con algunas correcciones. Tomó parte muy importante en la reforma pedagógica y cultural dominicana hacia finales del siglo XIX y se destacó

por el impulso que dió a la participación femenina en la educación, las artes y la literatura. En 1881 fundó el "Instituto de Señoritas", el primero en su género en la República Dominicana, donde se formaron las primeras maestras normales. Tuvo profunda influencia en la educación sentimental e intelectual de P. H. U.

[11] Nicolás Ureña de Mendoza (1822-1875). Poeta y escritor dominicano.

[12] Federico Henríquez y Carvajal (1848-1952). Jurista, periodista, político e historiador dominicano. Tío de P. H. U.

[13] Noel Henríquez (1813-1904). Abuelo de P. H. U. La conjetura de P. H. U. acerca de sus antepasados judíos está confirmada por el hecho de que hubo judíos sefarditas españoles —los Henríques o Henríquez figuran entre ellos— que en el siglo XVII pasaron a Flandes y de allí, por intermedio de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales a las posesiones holandesas en el Caribe, es decir, a Curazao, donde nacería el abuelo Noel Henríquez. Cfr. Stephen Birmingham, *The Grandees; The story of America's Sephardic Elites* (New York: Dell Publ., 1972) 55 ss.

[14] Guarocuya (? - 1534). Cacique caribe, llamado "Enriquillo", que fue el último en resistir a los conquistadores españoles.

[15] Gregoria Díaz de Ureña (? - 1914). Abuela materna de P. H. U.

[16] "En horas de angustia; En la enfermedad de mi segundo hijo", 1884. Salomé Ureña de Henríquez, en *Poesías*, 5 ed. (1975) 172-175.

[17] Emilio Prud'homme Maduro (1856-1932). Poeta y pedagogo dominicano, famoso por su obra educativa y sus poesías patrióticas. Compuso la letra del Himno Nacional Dominicano.

[18] José Reyes (1835-1905). Músico dominicano. Autor de la música del Himno Nacional Dominicano.

[19] "¿Qué es patria?", de 1887, de Salomé Ureña de Henríquez, en *Poesías,* cit., 175-176. El patriotismo es una de las notas principales de la obra de esta poetisa y de muchos escritores de su tiempo, en razón de los dramáticos sucesos políticos ocurridos en la Isla, que habían amenazado su frágil independencia. Este sentimiento de patria fue transmitido a P. H. U., quien lo mantuvo siempre vivo.

[20] Los hijos eran Francisco (Fran), Max y Pedro H. U. Doña Salomé dirigió el Instituto de Señoritas hasta 1893, cuando debió abandonar el puesto por razones de salud.

[21] Ulises Heureaux (1845-1899). Militar y político dominicano. Presidente de la República (1887-1899), gobernó despóticamente hasta que fue asesinado.

[22] Alfred Edmund Brehm (1829-1844). Zoólogo alemán.

[23] Herbert Spencer (1820-1903). Jurista, filósofo y sociólogo inglés. Uno de los más importantes del Positivismo cientificista, de gran influencia en Hispanoamérica durante el siglo XIX y XX: *Principios de Sociología* (1876-1896).

[24] Alfred Firmin Loisy (1857-1940). Sacerdote y teólogo francés. Condenado por el Modernismo propuesto en sus obras doctrinales, abandonó la Iglesia católica. La lectura de este autor y la educación religiosa que recibió de una madre simplemente deísta y un padre agnóstico, explican el escepticismo confesional de P. H. U., quien, sin embargo, conservó siempre una actitud respetuosa frente a la religión.

[25] Jules Verne (1828-1905). Novelista francés, muy famoso y difundido por sus novelas de aventuras y fantasías científicas.

[26] Esta afición por el teatro será una de las aficiones más permanentes de P. H. U. Las funciones de las "matinées" eran a primera hora de la tarde, y por lo tanto las más accesibles a los jóvenes. El espectáculo de zarzuelas españolas, con letras y músicas agradables y pegadizas contribuyó a arraigar este gusto, que se irá puliendo, afinando y enriqueciendo con las representaciones de las numerosas compañías españolas e italianas que recorrían Hispanoamérica con un variado repertorio de obras clásicas y modernas.

[27] Paolo Giacometti (1816-1882). Dramaturgo italiano. Su obra *Morte civile* era muy popular en esa época por su gruesos trozos dramáticos.

[28] *Hamlet* y *Romeo y Julieta*, son dos famosas obras del dramaturgo y poeta inglés William Shakespeare (1564-1616).

[29] José Arnaldo Márquez (1830-1903). Escritor peruano que tradujo muchas obras de Shakespeare para editoriales españolas.

[30] Esta producción infantil de los hermanos P. y M. H. U., no ha sido hasta ahora recogida en ninguna de las obras de ambos ni tampoco en las compilaciones póstumas. Ignoramos si se conservan en algún archivo.

[31] Puerto Plata está en la costa atlántica de la Isla, en la República Dominicana.

[32] La Escuela Normal de Maestros de Santo Domingo fue fundada en 1880 por Eugenio María de Hostos (1839-1903), escritor, filósofo, jurista, sociólogo y pedagogo puertorriqueño, de la escuela positivista. Gran luchador por la independencia de su patria, Hostos residió casi toda su vida lejos de Puerto Rico y permaneció muchas veces en la República Dominicana, donde promovió una reforma cultural y pedagógica de grandes consecuencias para la vida de este país. La Escuela Normal estaba inspirada en el positivismo pero sobre todo perseguía la incorporación de la mujer a esta actividad educativa e intelectual. Hostos fue amigo de los Henríquez y Carvajal y entre las maestras

que convocó a su empresa estaba Doña Salomé, quien continuó la obra del puertorriqueño, sobre todo durante la residencia de éste desde 1879 a 1888.

[33] U. Heureaux (ver n. 21) hostilizaba a todos sus opositores, entre los cuales se contaban los Henríquez y Carvajal y, desde luego, Hostos, quien desde Santo Domingo desarrollaba una intensa actividad independentista, científica y educativa de cáracter liberal. Francisco Henríquez y Carvajal debió emigrar a Haiti en 1894 pero Hostos ya se había ido en 1888. Ulises Heureaux, hijo (1876-1938), joven dramaturgo dominicano era amigo de los Henríquez y ahijado de Don Francisco.

[34] De los hermanos de P. H. U., Francisco se radicó en Cuba; Max (1885-1968) fue abogado, ensayista, poeta, narrador, crítico literario y diplomático. Desarrolló una actividad intelectual muy valiosa y de entre su numerosa obra se destacan: *El retorno de los galeones* (1930), *Panorama histórico de la literatura dominicana* (1945), *Breve historia del Modernismo* (1954) y *Pedro Henríquez Ureña, hermano y maestro* (1950). Acompañó a su padre en las luchas políticas y escribió *Los yanquis en Santo Domingo* (1930 ?); Camila H. U. (1894-1973), catedrática y crítica literaria, desarrolló casi toda su actividad académica en los Estados Unidos pero por razones patrióticas volvió a Cuba, donde murió. Dejó una obra: *Estudios y conferencias* (La Habana, Letras Cubanas, 1982).

[35] El Instituto de Señoritas se cerró en 1894, y en 1895 la Escuela Normal cambió de nombre y programas, en medio del clima adverso que les planteaba a los reformadores la oposición del gobierno de Heureaux y de la opinión católica, adversa al cientificismo positivista. Emilio Prud'homme (ver n. 17) fundó, entonces, el Liceo Dominicano, sobre las conocidas bases de la nueva pedagogía, con la colaboración, entre otros, de José Pantaleón Castillo (1852-1916), maestro dominicano, y Rafael María Moscoso (1874- ?), botánico de la misma nacionalidad.

[36] Mariano Soler y Meriño (1877-1890). Periodista satírico y poeta dominicano.

[37] La Sociedad "Amigos del País" fundada en 1871 por los hermanos Henríquez y Carvajal y otros amigos del mismo pensamiento, retomaba la tradición de liberalismo y progreso que había caracterizado a estas asociaciones en el siglo XVIII hispanoamericano.

[38] Leonor María Feltz (1869- ?), Maestra dominicana; colaboradora de Salomé Ureña de Henríquez y ensayista literaria. Enseñó a P. H. U. y tuvo gran influencia sobre el mismo.

[39] Luisa Ozema Pellerano de Henríquez (1870-1927). Poetisa y prosista dominicana. Casada con el tío de P. H. U., Federico Henríquez y Carvajal.

[40] José Joaquín Pérez y Matos (1845-1900). Escritor, poeta y político dominicano, popular sobre todo por sus poesías patrióticas. P. H. U. le tuvo en gran estima, recopiló sus poesías y le dedicó un estudio, *José Joaquín Pérez*, coleccionado en su segundo libro, *Horas de estudio* (1910), aparte de referirse a él muchas veces en el curso de otros trabajos sobre literatura dominicana.

[41] César Nicolás Pensón (1855-1901). Periodista, narrador, historiador y poeta dominicano.

[42] "La fe en el porvenir. A la Sociedad 'Amigos del país' " (1878), de Salomé Ureña de Henríquez, en su obra *Poesías,* ya cit., 105-107. En sus *Memorias,* P. H. U. fecha esta composición en 1877. Esta Sociedad había sido la que editó, por vez primera, estas *Poesías,* en 1880, con una breve biografía introductoria suscrita por dicha entidad pero preparada por José Lamarche (1857-1916), ensayista y jurista dominicano.

[43] Al vincular el descubrimiento de la poesía con la obra literaria de su madre, P. H. U. se iniciaba tanto intelectual como emotivamente; lo cual también debe relacionarse con la gran estima que siempre sintió por la actividad de la mujer en las artes y la literatura, impulsado por el superior modelo de Doña Salomé. Actitud sin duda singular en la sociedad hispanoamericana de su tiempo. Ese respeto por el feminismo se consolidó con sus tres residencias en los Estados Unidos, donde las mujeres descollaban ya en muchas actividades culturales y sociales y, más tarde, en la Argentina donde P. H. U. cultivó la amistad de mujeres notables, como Victoria Ocampo. La antología de poetisas dominicanas es un ejemplo concreto de este aspecto de su personalidad juvenil.

[44] La compilación de estas antologías poéticas, emprendida junto con su hermano Max, es prueba de una vocación de investigador nada común en jóvenes de esa edad. La *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo,* a que hace referencia P. H. U., compilada por una Comisión del Gobierno en la cual figuraba su madre junto con otros intelectuales dominicanos, fue parte del material que se remitió a la Real Academia Española de la Lengua, cuando ésta reunía las composiciones que formarían la famosa *Antología* ordenada y estudiada por Marcelino Menéndez Pelayo. En el Museo Nacional de Santo Domingo se conservan, manuscritos, unos *Cuadernos de poesías dominicanas* de P. H. U., que no hemos podido consultar, pero que suponemos contienen parte del material de estas producciones juveniles. La mejor información sobre las primeras andanzas intelectuales de los hermanos, P. y M. H. U., las ha proporcionado Max en su ya citado libro, *Pedro Henríquez Ureña, hermano y maestro,* donde refiere que, fruto de las recopilaciones de poetas que ambos hacían, recortando y pegando, fueron tres gruesos y toscos volúmenes de *Poetas dominicanos,* uno de ellos con una sección para los "Ensayadores". Cfr. *Ob. cit.,* XXI.

[45] Josefa Antonia Perdomo y Heredia (1834-1896). Poetisa dominicana.

[46] Cristóbal Colón (1446-1506). Navegante genovés, descubridor de América, acerca del cual había una particular tradición de admiración en Santo Domingo por ser una de las primeras islas que tocó al llegar al Nuevo Mundo y porque en su catedral se sostenía que se conservaban sus restos.

[47] La mayoría de los intelectuales dominicanos compartían la pasión independentista de cubanos y puertorriqueños. Había una relación de intercambio permanente, y figuras como las de Hostos (ver n. 32) y José Martí (1853-1895), poeta, periodista, orador y político cubano, eran muy conocidas y admiradas, aparte de la amistad que, por ejemplo, unía a los nombrados con los Henríquez y Carvajal. Las guerras de Cuba por su independencia eran seguidas desde cerca y con apasionamiento, lo cual explica la actitud del joven P. H. U.

[48] León Perrault. Pintór francés.

[49] Ana Josefa Puello (1886- ?). Maestra dominicana.

[50] Mercedes Laura Aguiar (1871- ?). Maestra dominicana.

[51] Mercedes María Moscoso de Morel (1872-1913). Maestra dominicana.

[52] Anacaona Moscoso de Sánchez. Maestra dominicana. Todas del grupo de discípulas de Salomé Ureña de Henríquez.

[53] José Dubeau y Bremon (1857-1925). Escritor y pedagogo dominicano.

[54] Las hermanas Mercedes y Antera Mota de Reyes fueron maestras dominicanas del mismo grupo mencionado. Antera fue Directora de la Escuela Normal de Mujeres de Puerto Plata y sobre su hermana, escribió P. H. U.: *Mercedes Mota* (1903). En *Obras Completas*, I, 93-94. Las tertulias familiares con actividades artísticas eran propias de una sociedad provinciana y patriarcal y dejaron en P. H. U. el hábito de una relación social que mantuvo siempre. Cfr. Max Henríquez Ureña, *P. H. U., hermano y maestro*, ya cit., XXIV-XXVII.

[55] "Nostalgia" no figura en ninguna de las compilaciones de la obra de P. H. U., realizadas hasta ahora.

[56] La muerte de Salomé Ureña de Henríquez, ocurrida el 6 de marzo de 1897, se debió a una tuberculosis, enfermedad entonces mortal.

[57] "Mi Pedro" (1896), se considera la última poesía escrita por S. U. de H. y ha sido muy reproducida como un retrato premonitorio de su hijo. En *Poesías*, ya cit., 186-187.

[58] Tirso de Molina (1571-1648). Monje mercedario y famoso comediógrafo del Siglo de Oro español. Vivió en el Convento de la Mer-

ced de la Española (después Santo Domingo), entre 1616 y 1618, como Visitador y teólogo de la Orden Mercedaria.

[59] Esta antología muestra la continuidad de los primeros escarceos de investigador (ver n. 44), ahora renovados por el recuerdo de su madre.

[60] La biografía juvenil de su madre que compuso P. H. U. sirvió de base al prólogo que puso –y no firmó– de la edición de las *Poesías* (1920), hecha en Madrid. Cfr. P. H. U., *Salomé Ureña de Henríquez*. En *Obras Completas*, IV, 367-370.

[61] A la muerte de S. U. de H., se publicaron numerosas composiciones en su homenaje. Cfr. la Bibliografía de la mencionada 5a. edición de sus *Poesías* (1975), 341-348.

[62] El dominio del francés era habitual entre los intelectuales dominicanos, tanto por las estrechas relaciones con Haití como por la conocida afición de los hispanoamericanos a la lengua y la cultura francesas.

[63] René François Armand Sully Prud'homme (1839-1907). Poeta francés.

[64] Este proyecto confirma el definido interés de P. H. U. por estudiar la poesía dominicana, como ya lo había planeado, animado por razones literarias y patrióticas y, sobre todo, por el recuerdo de su madre. Este aprecio lo mantuvo permanentemente y los estudios posteriores se basan en esta temprana vocación adolescente. Además de todo el material que había ido acumulando contaba con la primera compilación antológica de la materia: *Lira de Quisqueya* (1874), compuesta por José Castellanos.

[65] *Quisqueya*. Término de la lengua que hablaban los primitivos aborígenes de la Isla. Significa algo muy grande y denominaba el territorio que Colón llamó La Hispaniola y que, más tarde, correspondería a Haití y la República Dominicana. Quisqueya es una denominación vernácula utilizada por los escritores que defendían el criollismo y P. H. U. pensaba que, siguiendo la indicación de Hostos, debería ser la más apropiada para designar a su país: "República de Quisqueya"; ya que República Dominicana sólo databa de 1844 y no distinguía entre la Isla, la República y la ciudad capital. Cfr. P. H. U., *Literatura dominicana* (1917). En *Obras completas*, II, 311.

[66] Importa esta referencia a Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), porque sus ideas forman una de las bases del pensamiento de P. H. U. acerca de la historia y la literatura hispánica. Al prestigio de que gozaba Menéndez y Pelayo en Hispanoamérica se suma el hecho, subrayado por P. H. U., de que en la famosa *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893), se estudiaba, con elogios no comunes, la poesía de su madre Salomé Ureña de Henríquez.

[67] José Mamerto Gómez Hermosilla (1771-1837). Gramático español conocido por sus estudios de retórica y en especial, por su *Arte de hablar en prosa y verso* (1826).

[68] José Marchena Ruiz de Cueto (1768-1821). Conocido como el Abate Marchena. Sacerdote, gramático y traductor español que realizó muchas traducciones del francés (Molière, Voltaire, Montesquieu), y defendió un rígido neoclasicismo.

[69] El dramaturgo español Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), publicó su traducción del *Hamlet* del inglés William Shakespeare (1564-1616), en 1798. Menéndez Pelayo criticó las ideas del prólogo pero elogió la traducción como tal; aprecio que es general en la crítica por la integridad del texto y la fidelidad de la versión.

[70] Esta introducción a la poesía dominicana que P. H. U. preparó en su juventud fue aprovechada, más tarde, en los numerosos estudios que dedicó al tema, tanto en los trabajos de conjunto como en los que hizo sobre poetas en particular: Pérez, Deligne, etc.

[71] George Weber (1808-1888). Historiador alemán. Autor de una famosa *Historia universal* (1857-1880).

[72] Gustavo Le Bon (1841-1931). Sociólogo francés, autor de numerosas obras sobre psicología social, aplicada a la evolución histórica de los pueblos, dentro de la corriente positivista. Su libro *Psicología de las masas* (1895), tuvo gran difusión e influencia en Hispanoamérica hasta las primeras décadas del siglo XX.

[73] Esta traducción parcial de una obra de Shakespeare por P. H. U., no ha sido todavía recogida en ninguna de las compilaciones de su obra.

[74] El aprendizaje del piano formó parte de la educación musical de P. H. U. y aunque, como él lo reconoce, nunca llegó a tocar el instrumento satisfactoriamente, le proporcionó, sin duda, un conocimiento de las bases técnicas del lenguaje musical, lo cual tendrá gran importancia para la crítica estética que realizará de las obras musicales. Aunque los artículos y ensayos que se refieren a la música (estilos, obras, intérpretes, etc.) y en especial a la ópera y la música sinfónica, corresponden a su juventud, su afición a este arte fue muy grande y la mantuvo toda su vida. Los trabajos históricos, filológicos y de crítica literaria constituyeron su principal dedicación en los años de madurez, pero su sensibilidad musical, fina y trabajada, permaneció intangible y se apoya en estas experiencias de su formación infantil. Franz Peter Schubert (1797-1828). Músico y compositor austríaco.

[75] El Instituto seguía los principios pedagógicos de E. M. de Hostos.

[76] Víctor Hugo (1802-1885). El más famoso poeta del Romanticismo francés; escribió *Shakespeare* (1864), para exaltar los valores de su estética.

[77] Felipe Scio de San Miguel (1738-1786). Sacerdote y escriturista español. Tradujo la Biblia al castellano (ed. 1790), por encargo de Carlos III y fue la primera que se hacía completa, en una versión de gran exactitud literaria y con valiosas notas.

[78] Fernando Segundo Brieva Salvatierra (1845-1906). Helenista español que en 1880 había traducido *Las siete tragedias de Esquilo*.

[79] Cayetano Rossell (1817-1883) publicó una traducción en prosa de la *Divina Comedia* en Barcelona, entre 1870 y 1872, con notas de Juan Eugenio de Hartzenbusch.

[80] Miguel de Cervantes y Saavedra (1547-1616). Poeta y novelista español.

[81] Los estudios de P. H. U. sobre el desarrollo histórico de la literatura dominicana no cesaron jamás a partir de este compromiso juvenil, tanto en enfoques panorámicos y de conjunto como en obras y figuras individuales. Tiene mucha importancia, desde el punto de vista de su filosofía de las letras y la cultura hispánica, esta base en la obra de Menéndez y Pelayo y, en el aspecto documental, en los estudios de Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898), historiador español.

[82] Washington Irving (1783-1859). Historiador, ensayista y narrador norteamericano. Después de vivir en España (1826-1829), escribió historias y relatos sobre temas hispánicos.

[83] J. J. Pérez y Matos (ver n. 40) fue un precursor de la poesía patriótica de inspiración indigenista y criolla que practicaron casi todos los escritores dominicanos por razones estéticas y políticas. Sus *Fantasías indígenas* (1877) es una de sus obras más representativas. Otro de los escritores de la misma época que abrazaron francamente el indigenismo fue Francisco Javier Angulo Guridi (1816-1885), militar y poeta dominicano cuyos *Ensayos poéticos* (1843) preludiaron un tema y una inspiración indigenista que reviste rotundos acentos políticos en el drama *Iguaniona* (1881), en cuyos versos se reflejaba el conflicto de razas y culturas planteado por la conquista española. Esta literatura indigenista exaltaba la figura de los primeros aborígenes, como un símbolo de las preocupaciones independentistas que apasionaban a los intelectuales del Caribe. Santo Domingo apenas si había inaugurado su vida como nación soberana, el problema estaba planteado en Puerto Rico y Cuba vivía bajo una guerra casi permanente, cuyos ecos llegaban a la República Dominicana.

[84] "Anacaona" era el nombre de una indígena que figuraba entre los primeros aborígenes que los españoles encontraron en la Isla Española. Era un personaje mítico de las tradiciones indigenistas dominicanas y se la vinculaba con la interpretación de los "areitos" o primitivas melodías indígenas. Anacaona aparece mencionada en innumerables composiciones en prosa y verso de los autores que reivindicaban el ejemplo y las virtudes de los primeros indígenas. El poema "Ana-

caona" (1880), de Salomé Ureña de Henríquez tenía ese mismo sentido y se inscribe en el mismo capítulo de la historia literaria dominicana; en su *Poesías,* ya cit., 241-328 está este largo poema narrativo y dramático, acompañado de un glosario de voces indígenas.

[85] Gastón Fernando Deligne Figueroa (1861-1913). Poeta dominicano. Su poema "Maireni" (1885) es una composición breve dedicada al suicidio de un cacique del mismo nombre; obra con el ya citado sentido indigenista.

[86] Juan Zorrilla de San Martín (1857-1931). Poeta uruguayo cuyo poema *Tabaré* (1888), de inspiración nativista, es considerado en el Uruguay como "epopeya nacional".

[87] Félix María del Monte (1819-1899). Poeta dominicano de inspiración patriótica. Se lo considera el padre de la literatura dominicana por haber escrito el primer Himno Nacional en 1844, cuando se declaró la independencia de Santo Domingo.

[88] G. Deligne. Ver n. 88. El poema "¡Incendiada!" (1899, a los 14 años), está recogido en las *Poesías juveniles* (1949), 14-16.

[89] Bajo la dictadura de Ulises Heureaux, la República Dominicana había entrado en un proceso de gran inflación monetaria, debido a que se habían contratado empréstitos en el exterior, no se podía responder a los pagos exigidos y había que atender a los gastos del gobierno. Al malestar político y social se agregaba una pobreza general, además de los excesos de la dictadura. Se preparaban protestas de graves dimensiones y los opositores debían exiliarse. El padre de P. H. U., que siempre había combatido a Heureaux, debió irse a Cabo Haitiano.

[90] Enrique Henríquez y Alfau (1859-1940). Poeta y político dominicano. Secretario de Estado de Relaciones Exteriores (1894-1895), bajo la dictadura de Heureaux.

[91] "Accomplishments". En inglés por cultura o refinamientos con que, según la irónica observación de P. H. U., las jóvenes haitianas pretendían compensar su falta de atractivo físico.

[92] Al asesinato de Heureaux se convocaron a nuevas elecciones y el principal candidato fue Juan Isidro Jiménez (1877-1919), que fue Presidente de la República dos veces: en 1899 y en 1914. Su apellido a veces es escrito con "s" final.

[93] U. Heureaux (h). Ver n. 21.

[94] Rubén Darío. Nombre literario de Félix Rubén García Sarmiento (1867-1916). Poeta nicaragüense. La mayor figura de la poesía hispanoamericana moderna y el líder del movimiento Modernista.

[95] Máximo Gómez y Baez (1836-1905). Militar dominicano que participó en las guerras por la independencia de Cuba, donde vivió

muchos años y murió, y a quien se considera uno de los próceres de la Emancipación.

[96] E. Prud'homme (ver n. 17), además de escritor y maestro, era político.

[97] F. Meriño (ver n. 9), tenía un inmenso prestigio como político y religioso.

[98] E. M. de Hostos (ver n. 32), emigrado de Santo Domingo en 1888, volvió el 6 de enero de 1900 y fue recibido triunfalmente. Era Presidente Juan Isidro Jiménes y su gran amigo, el padre de P. H. U., Ministro de Relaciones Exteriores. Se encargó a Hostos una Ley de Enseñanza Pública, inspirada en sus principios racionalistas y positivistas que levantó una gran oposición de los católicos en 1901. Hostos tuvo gran influencia en la formación moral y espiritual de P. H. U., quien lo admiró mucho.

[99] El reclamo de la deuda correspondiente al empréstito suscrito por Heureaux databa de 1895, en el marco de un conjunto de deudas con banqueros belgas y norteamericanos. A través del Banco Nacional de Santo Domingo (establecido en Francia con privilegios para operar en Santo Domingo), aquel reclamo se complicó con el problema de la muerte de un francés y la cuestión de la deuda pública dominicana tomó características muy graves, porque ofreció la oportunidad para la intervención de potencias extranjeras, concretamente los Estado Unidos, para disponer directamente y por la fuerza de la soberanía dominicana. Cfr. Max Henríquez Ureña, *Los yanquis en Santo Domingo* (1930), 21-35.

[100] José Joaquín Pérez y Matos murió en 1900. Ver n. 40.

[101] Enrique Deschamps y Peña (1872-1933). Periodista y poeta dominicano. El poema de Doña Salomé, "Impresiones" fue motivado por el regalo que el poeta José Joaquín Pérez le hizo de su libro *Fantasías indígenas* (1877), inscripto en el capítulo del indigenismo literario dominicano.

[102] La estima que sentía Henríquez Ureña por el "arte de la declamación", aparte de responder a una época en los valores de su sensibilidad, corresponde también a su predilección por el verso y su dicción, como lo prueban sus numerosos estudios sobre el tema.

[103] Sobre las traducciones del francés de P. H. U. ver ns. 32 y 33. Algunas de las traducciones y paráfrasis poéticas inspiradas en diversos autores, corresponden a su obra inicial y fueron reunidas en *Poesías juveniles. Colección de E. Rodríguez Demorizi* (Bogotá: Espiral, 1949).

[104] Sobre Gastón Deligne, ver n. 85. El estudio de P. H. U., con motivo de la publicación del libro de aquél, *Galaripsos* (1908), con el título de *Gastón F. Deligne* fue publicado en México en 1908 y está recogido en *Horas de estudio* (1910).

[105] Manuel Tamayo y Baus (1829-1898). Dramaturgo español.

[106] Debe referirse a Adelardo López Ayala y Herrera (1828-1879), político y dramaturgo español, cuyas obras, con las de Tamayo, integraban el repertorio de las compañías teatrales hispanoamericanas, como representantes de una corriente realista, de tendencia satírica y moralizadora.

[107] José de Echegaray (1832-1916). Dramaturgo español, máximo representante del drama realista y social, cuyo tono melodramático lo hizo muy popular en Hispanoamérica, donde obras suyas como *El gran galeoto* (1881) eran infaltables en los repertorios de las compañías teatrales de entonces; en 1904 ganó el Premio Nobel.

[108] José Feliú y Codina (1847-1897). Dramaturgo español, de la misma tendencia que los citados, con el acento puesto en lo regionalista.

[109] Angel Guimerá (1849-1924). Dramaturgo español, de la misma tendencia literaria que los anteriores. Su obra, escrita, en catalán, fue traducida al castellano y gozó de extensa popularidad. Piezas como *Tierra baja* (1896) eran preferidas por los actores porque permitían el lucimiento de su histrionismo debido a los caracteres fuertes y las situaciones extremas de la acción.

[110] Alejandro Dumas, hijo (1824-1895). Novelista y dramaturgo francés. Sus novelas fueron llevadas al teatro con gran éxito, como por ejemplo, *La dama de las camelias* (1852) y traducidas al castellano, gozaron de popularidad en la escena hispanoamericana.

[111] *Virginia* (1853). Tragedia en verso de Manuel Tamayo y Baus. Ver n. 105.

[112] José Enrique Rodó (1872-1917). Ensayista uruguayo, famoso por las obras que lo colocaron a la cabeza de la prosa de ideas en el Modernismo. *Ariel* (1900) representó la exaltación del idealismo estético como meta moral de la juventud hispanoamericana. P. H. U. lo admiró siempre y le dedicó a *Ariel* uno de los ensayos de su primer libro, *Ensayos críticos* (1905). Escribió, con posterioridad, su conferencia sobre *La obra de José Enrique Rodó*, pronunciada en México en 1910, en el ciclo del Ateneo de la Juventud y publicada en el volumen de dichas *Conferencias* (México: Imprenta Lacaud, 1910).

[113] Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927). Novelista y ensayista venezolano. Por sus ideas y estilo se inscribe en el Modernismo hispanoamericano. P. H. U. tuvo por él una gran admiración y consideraba que libros de ensayos como *Camino de perfección* (1910) representaban un modelo en su género. Carta a Alfonso Reyes, del 20 de diciembre de 1914. Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. *Epistolario íntimo. 1906-1946. Segundo tomo. Recopilación de Juan Jacobo Lara.* (Santo Domingo: Universidad Nacional "P. H. U.", 1981), 113.

[114] César Zumeta (1860-1955). Historiador y ensayista venezolano. Modernista. Su libro *El continente enfermo* (1899) contiene una crítica de Hispanoamérica desde el punto de vista de la sociología positivista.

[115] Gabriel D'Annunzio (1863-1938). Poeta, novelista, dramaturgo y ensayista italiano, de gran influencia en Hispanoamérica a partir del Modernismo.

[116] George MacPherson, escritor inglés que residía en España, tradujo al castellano *Hamlet* (1873), de William Shakespeare y la casi totalidad de las obras de éste, en versiones apreciadas por su fidelidad al original.

[117] León Nikolaevitch Tolstoy (1828-1910). Novelista ruso.

[118] Henrik Ibsen (1828-1906). Dramaturgo noruego. Su teatro de tesis psicológicas y sociales, es famoso por la hondura de la revolución ética que contenía su crítica de costumbres y por su renovación escénica. Como D'Annunzio y muchos otros autores leídos en su juventud por P. H. U., fueron conocidos de inmediato en Hispanoamérica a través de las traducciones francesas, en virtud de la gran difusión que las ideas y las letras de Francia han tenido en todos nuestros países a partir del siglo XIX. Es posible que del mismo modo haya leído las novelas de León Tolstoy.

[119] Las hermanas Clementina y Leonor María Feltz (ver n. 19) fueron maestras, discípulas de la madre de P. H. U. y tuvieron, sobre todo Leonor, gran influencia en la formación cultural del joven dominicano. Se refiere a los hermanos Edmond (1822-1896) y Jules (1830-1870) Goncourt, novelistas, historiadores y críticos franceses, animadores de "salones" literarios; y, Edmundo, promotor de la "Academia de los Goncourt", que convoca anualmente en Francia el premio literario del mismo nombre, otorgado principalmente a novelistas.

[120] E. Prud'homme y Enrique Deschamps. Ver n. 17 y 101.

[121] Federico Henríquez y Carvajal. Ver n. 12.

[122] Este grupo de maestras e intelectuales formaban parte del grupo de discípulas de la madre de P. H. U.

II

1. A fines de 1900, el gobierno de Santo Domingo decidió ensayar un arreglo de la deuda extranjera, que el régimen de Heureaux había dejado intrincadísima; y como la misión era muy delicada, mi propio padre, Ministro, como he dicho, de Relaciones Exteriores, era quien debía partir á los Estados Unidos y Europa. Pensó entonces aprovechar la ocasión para llevarnos á Nueva York, á que permaneciéramos allí algún tiempo estudiando y recibiendo la influencia de una civilización superior. Salimos de Santo Domingo el día 16 de Enero de 1901[123]; íbamos, además de mi padre, mi hermano mayor y yo, Andrés Julio Aibar, uno de mis antiguos profesores, que ahora fungía de secretario de mi padre, mi primo Enrique Henríquez[124], ex-ministro de Heureaux, que tenía ahora como abogado la representación en Santo Domingo de una Compañía americana acreedora, y su hijo Enrique Apolinar: Enrique es poeta elegante y de exigente gusto, y su hijo, aunque nunca ha escrito literatura, tenía desde entonces aficiones intelectuales[125]. Salimos, digo, el 16 de Enero. ¡Nunca hubiera pensado entonces que pasaría tanto tiempo fuera de mi país! Iba contento, lo cual causó extrañeza en quienes me conocían con mis exagerados afectos patrios; pero pensaba que mi ausencia duraría cuatro ó cinco años, y que durante ella tendría ocasión de visitar el país.

El viaje se hizo pasando por Puerto Rico. Desembarcamos, al día siguiente de la partida, en Ponce; de ahí viajamos hasta San Juan de Puerto Rico por la hermosa y empinada carretera que atraviesa la isla: el curioso viaje lo hicimos en coche, pues las condiciones de la carretera se prestan á ello; nos detuvimos en varias poblaciones del interior; y en los momentos en que el camino ascendía á montañas, veíamos, más allá de las extensas vegas de la isla, dos fajas de mar por dos lados distintos.

En San Juan nos detuvimos tres días: era la primera ciudad de carácter algo moderno que veía yo; no es gran cosa mayor que Santo Domingo, pero nada tiene del aspecto colonial y vetusto de mi ciudad, y sí muchos detalles de la población principalmente comercial. Tomamos al fin el vapor para Nueva York, adonde deberíamos haber llegado en seis días; el viaje, sin embargo, duró cerca de nueve, pues por el camino encontramos una tempestad y hasta recogimos la tripulación de un buque desmantelado. Recuerdo, sin embargo, que yo apenas me daba [cuenta de que podían llegar momen- 8 bis
tos de peligro, aunque mi primo Enrique tuvo grandes temores que se callaba; y lo cierto es que yo muchas veces he viajado con mal tiempo.

2. Llegamos, por fin a Nueva York, el 30 de Enero; mi primera impresión fue curiosa: había niebla, nevaba terriblemente, y las grandes masas grises de edificios, sobre los cuales se destacaban los enormes de la ciudad baja ofrecían un conjunto enigmático. Dos impresiones, sin embargo, recibí ese día, que tardé en repetir: la primera, las casas campestres de ciertas poblaciones de la costa, que observamos antes de entrar en Nueva York: todas ellas me recordaban las moradas campestres que veía pintadas en los libros de cuentos franceses; la segunda, el singular aspecto de Bowery, por donde pasamos en coche. Durante meses, juzgué engañosas esas primeras impresiones, pues ni fui al campo ni pasé nunca por el Bowery[126].

Fuimos á dar al Hotel Martin, que era famoso por su cocina francesa. Ese mismo día salimos á la calle y durante todos los siguientes visitamos los lugares importantes de la ciudad. Mis impresiones se atropellaban un poco, y yo las

veía todas á través del prejuicio anti-yankee, que el *Ariel* de Rodó había reforzado en mí, gracias á su prestigio literario; no fue sino mucho después, al cabo de un año, cuan-
á penetrar en la verdadera vida americana, y á
.a en su valer.

Nueva York nos encontramos á varios dominicanos: al ex-presidente D. Alejandro Woz y Gil[127], hombre de inteligencia sutil, grande amigo de mi padre y mi primo Enrique; al Cónsul Leonte Vásquez, hermano del entonces vicepresidente Horacio; á los estudiantes Floricel Rojas y *Niño* Alfonseca; al singular carácter de Abelardo A. Moscoso[128], hombre de energía no del todo vulgar, pero de sentimientos é ideas un tanto anormales por el influjo de largos años de lucha y destierro; y á otros muchos que tratamos menos. Hice también amistad, por una carta de Tulio M. Cestero[129], el elegante escritor, con Francisco García Cisneros[130], joven literato cubano casado con la cantatriz norteamericana Eleanore Broadfoot, conocida hoy en todo el mundo artístico por el nombre de Eleonora de Cisneros: su esposo, más tarde, exhumó un título de Conde que existía en su antigua familia.

Con el fin de que cuanto antes aprendiéramos el inglés en toda forma (pues era poco lo que recordábamos de los cursos recibidos en el Liceo Dominicano) mi padre nos buscó una casa de huéspedes en el barrio de la Universidad de Columbia; y pronto nos instalamos en la casa de Mr. & Mrs. Henry E. Fournier, 329 West 113th Street. El marido era hijo de francés, y hablaba el idioma; la señora era americana, y era mujer perspicaz y amable y conversadora, joven todavía; su conversación fue acaso nuestro mejor maestro de inglés; en la casa solo había por entonces tres huéspedes: Miss Emma W. Knettles, americana que se acercaba á los cincuenta años y profesora de materias fáciles; Miss Elizabeth W. Fette, alemana de unos cuarenta años, y Miss Annina Periam, joven americana de poco más de veinte: estas dos últimas estudiaban algunos cursos de filosofía y letras en Columbia. El matrimonio Fournier no tenía hijos: solo había uno de matrimonio anterior del marido.

En aquellos primeros días me dediqué con ahínco á los teatros: rara vez iba á los ingleses, pues no podía entender todavía

á los actores; pero fui alguna vez á ver el *Hamlet* con Sothern y Virginia Harned[131], *El Mercader de Venecia* con Nat Goodwin[132] y Maxine Elliot[133]; en el teatro alemán de Irving Place, vi *La dama de las camelias* con la vienesa Helena Odilon; y, sobre todo, vi á Sarah Bernhardt[134] en *La dama de las camelias,* dos veces en *L'aiglon* de Rostand[135], y hasta en una piececita de Leon Gozlan[136], *La pluie et le beau temps,* que hizo con Coquelin[137] en una función del Metropolitan Opera House á beneficio del empresario; Coquelin, que la acompañaba en aquella *tournée,* hizo el Flambeau de *L'aiglon* y el *père* Duval[138] en *La dama.* Pero donde concurrí especialmente fue al Metropolitan Opera House[139], en cuya compañía figuraban ese año Jean de Reszke[140], el tenor único, su hermano el bajo Edouard[141], La Nórdica[142], La Ternina[143], la Melba[144], la Schumann-Heink[145], el bajo Plançon[146], y otros cantantes de rango algo menor: las sopranos Johanna Gadski[147] y Lucienne Bréval[148]; los tenores Albert Saléza[149], Ernst Van Dyck[150], Andreas Dippel[151], y Cremonini[152]; los barítonos Giuseppe Campanari[153], Antonio Scotti[154], Theodor Bertran[155] y David Bispham[156]; como director de orquesta en las óperas wagnerianas figuraba Walter Damrosch[157] y en las italianas Mancinelli[158]. Las óperas que [oí en aquella temporada fueron *Tannhäuser, Lohengrin, La Valkiria, Siegfried, Tristán é Isolda, La Africana, Fausto, Rigoletto, Cavalleria rusticana, El Cid* de Massenet; y *Tosca* y *Salammbô* de Ernest Reyer[159], estrenadas ese año. En la función última, á beneficio del empresario Grau, en la que tomaron parte Sarah y Coquelin con la comedietta de Gozlan, oí cantar á la Melba el aria de *Lucia,* á la Nórdica y Jean de Reszke el segundo acto de *Tristán* y á la Nórdica y Bispham el tercer acto de *La valkiria.* Wagner fue entonces mi músico predilecto: fue para mí en la ópera lo que era Ibsen en el drama; y como no tenía prejuicios musicales en favor de la ópera italiana, según lo acostumbra el vulgo de nuestros países hispano-americanos, y en cambio estaba acostumbrado á la música alemana que mi hermano Max ejecutaba de preferencia, y además leía siempre los dramas wagnerianos, nunca encontré dificultad para seguir el hilo de su música; mientras que nunca pensaba en ente- 9

rarme de los libretos de óperas italianas[160]. Oí también la *Misa de Requiem* de Verdi[161], dos veces, dirigida por Mancinelli y cantada por la Nórdica, la Schumann-Heink, Salignac y Plançon; y en algunos otros conciertos dominicales del Metropolitan, fragmentos de *Parsifal* y la *Sinfonía patética* de Tschaikowski[162]. Cuando terminó la temporada del Metropolitan, en Marzo, quise conocer lo más rápidamente posible el mayor número de óperas y no dejé de concurrir á las temporadas de ópera barata que se ofrecen siempre en Nueva York cuando aún no comienza ó ya ha terminado la del Metropolitan; oí *Ernani* y de nuevo *Rigoletto*[163] con una compañía italiana improvisada en el Bowery, en la cual había una modesta pero muy capaz artista de la vieja escuela italiana: Cleopatra Vicini; oí además la Castle Square Opera Company, la cual daba en inglés *Lucia, Trovador, Aida, Bohemia, Cavalleria, Payasos, La Gioconda, Carmen, Fausto, Lohengrin, Tannhäuser.*

Mi padre partió á Europa en Marzo, para tratar principalmente con los acreedores de Santo Domingo en Bélgica y Holanda. Mientras tanto, nos quedamos solos en Nueva York, y con la asistencia á algunos cursos y la conversación diaria de la casa, bien pronto aprendimos inglés. Traduje un artículo de William Archer[164] sobre Ibsen, y escribí algunas cosas breves; en la revista que dirigía Enrique Deschamps, en Santo Domingo, hice publicar la traducción del artículo de Archer y un artículo sobre la *Belkiss* de Eugenio de Castro, que leí en la traducción castellana de Luis Berisso[165]. Leí mucho por entonces (puedo decir que leía diariamente un drama ó la mitad de una novela ó de otro libro); continué con D'Annunzio, al cual leía ya en italiano (las poesías; *La Gioconda;* su *Triunfo de la muerte*[166] fue una de las determinantes de mi entusiasmo por Wagner); completé la lectura de Ibsen, y traduje, cotejando una versión inglesa con una francesa, la última escena de su último drama, *Cuando despertemos. . .;* busqué más literatura escandinava: Björnson[167], Jonas Lie[168], Kielland[169], el exquisito novelista danés Jacobsen[170], el crítico Brandes[171]; continué leyendo novelistas rusos y franceses; leí algunos clásicos griegos y latinos, generalmente en pobres traducciones castellanas, que me hacían penoso este

que yo consideraba deber literario; leí muchos dramas, y conocí entonces el teatro de Maeterlinck[172]; y por último, algunas obras de crítica y de filosofía positivista: entre estas, *El enigma del universo,* de Haeckel[173], que acabó de ayudarme a definir mis negaciones religiosas, y me hizo por algún tiempo positivista y monista. Muchos de estos libros me los enviaba mi padre desde Europa.

3. Regresó él á Santo Domingo, pasando por Nueva York, en Julio. El aspecto de la ciudad había cambiado singularmente, con el paso del invierno al verano, y aquel mes de Julio fue extraordinariamente caluroso. Pasé unos días en Asbury Park, Estado de New Jersey, playa de veraneo no cara, donde se hallaban García Cisneros y su mujer: ésta dio un concierto á sus amistades, en el que cantó con brillantez el aria del Paje de *Los Hugonotes.* Fueron aquellos días de novedad para mí, que no conocía las playas de veraneo: baños de mar, paseos en bote, paseos vespertinos y nocturnos por la playa. . .

El mes de Agosto lo pasé en Búfalo, en la Exposición Pan-Americana. La exposición, en sí, no me causó maravilla: no era muy extensa ni majestuosa; pero sí tenía hermosas perspectivas; sus edificios eran de poca altura y la ma [yoría, de arquitectura elegante; muchos estaban pin- **9 bis**
tados de colores diversos, á imitación de los nuestros en la América tropical; sus canales, lagos y fuentes daban gracia al conjunto, y la iluminación nocturna era profusa, extraordinaria: aun á distancia de Búfalo se divisaba la torre eléctrica, en medio de la noche, como una columna de fuego. Había exhibiciones interesantes y anuncios ingeniosos; de los países hispano-americanos, que no habían concurrido todos, solo Chile hizo una exposición importante; Santo Domingo tenía un pequeño edificio, en el cual llamaba la atención una gran mesa, que ocupaba casi todo el salón central y que afectaba la forma de la isla, con los productos (café, cacao, azúcar, maderas y demás) distribuidos por regiones. El Salón de Artes Plásticas era lo más serio: no era en realidad pan-americano, pues si se exceptúan los cuadros del elegante pintor peruano-parisiense Alberto Lynch y el lote canadiense, no había allí sino pintores norte-america-

nos. Los de Chile, Cuba, México, Ecuador y Santo Domingo exponían los suyos en los edificios de sus respectivos países; y á la verdad, bien pocos hubieran podido parecer aceptables junto á la flor y nata del arte norte-americano, si se exceptúa uno que otro cuadro de Chile, obras de Tomás Sommerskales, Onofre Jarpa, Alfredo Valenzuela Puelma, Pedro Lira y Enrique Swinburn Kirk. El Canadá estaba representado por un corto número de pintores, entre ellos algunos impresionistas avanzados; recuerdo á Cruikshank y Blair Bruce. La exhibición norte-americana era espléndida: Whistler, con una mavarillosa serie de Nocturnos, variaciones (gris y plata, azul y plata, color de carne y verde, un balcón japonés, el *clou* del lote), jardines, marinas y escenas venecianas, y un boceto: *El herrero;* Sargent, con sus vívidos retratos: entre ellos el delicadísimo *Retrato de un niño;* los paisajistas antiguos (ya muertos), George Inness, Homer Martin y Alexander Wyant; Abbey, con su sorprendente *Martirio de Eleonora de Gloucester;* Elihu Vedder, con sus orientalismos simbólicos, de extraño colorido; Winslow Homer, con sus marinas antillanas; y William Chase, y John Alexander, y John La Farge, y Frederick Remington y Horacio Walker, y Francis D. Millet, y George De Forest Brush, y Lockwood De Forest, y Cecilia Beaux, y Henry Tanner, y Mary Cassatt, y Gari Melchers. . . En dibujos, pasteles y acuarelas, Kenyon Cox, Francis V. Du Mond, Howard Pyle, Gibson, el creador de la *girl,* Maxfield Parrish. . . El lote de escultura, con no ser muy numeroso, ofrecía obras de Saint-Gaudens, de MacMonnies, de Charles Grafly, de Daniel Chester French, de Paul Bartlett, de Barnard[174]. . . Era mi primera lección seria de artes plásticas; porque si el Museo Metropolitano de Nueva York tiene una estimable colección de maestros antiguos y algunas importantes obras modernas (como la *Juana de Arco* de Bastien Lepage, que Marie Bashkirtseff[175] ponía sobre su cabeza), no mostraba un conjunto pujante como este, que representaba la más valiosa labor de todo un pueblo, ya señalado en la historia del arte, y la variedad de las tendencias de la época.

Permanecimos un mes en Búfalo, mi hermano mayor y yo; nos tocó acompañar á Mercedes Mota, delegada por

Santo Domingo al Congreso de Mujeres celebrado en la Exposición; en ese Congreso conocí y oí hablar á tres feministas importantes: la americana Mrs. May Wright Sewall, la canadiense Mrs. Adelaide Hoodless, y la jerosolimitana Mme. Mountferd; Mercedes Mota presentó un trabajo sobre la mujer dominicana, que fue comentado en toda la prensa de Búfalo[176]. Visitamos el Niágara, donde estuve un día entero; visitamos la ciudad de Toronto, que dista de Búfalo pocas horas, y así atravesamos parte del Canadá, cuyo terreno árido y quebrado contrasta con la fertilidad casi tropical de los Estados Unidos, lo mismo que contrasta el *cachet* inglés de Toronto con el carácter comercial de las ciudades yankees (salvo los barrios aristocráticos); en el camino, recibí la extraña impresión del Lago Ontario, á distancia, vasto como un mar pero inmóvil y sin rumor; y en la ciudad estuvimos dos días, visitando los edificios y una pequeña exposición regional que duró allí una semana.

Lo que me hizo más agradable la permanencia en Búfalo fue el carácter familiar que llegó á tomar para nosotros la Exposición, la ciudad no nos interesaba; no advertíamos diferencia esencial entre ella y Nueva York, y sí inferioridad con relación á esta; en cambio, á la Exposición entrábamos y salíamos á voluntad, haciéndonos pasar como adjuntos á la Comisión de Santo Domingo; allí comíamos; pasábamos el día visitando y revisitando exhibiciones y di [versiones; á mañana y tarde, había conciertos y retretas en el Templo de la Música y en las glorietas de las avenidas; y por las noches conciertos, bailes y reuniones, casi todos en el edificio del Estado de Ohio. Había allí un grupo de familias con quienes hicimos amistad: las Misses Hopley, tía y sobrina, de Ohio; un joven Bosch, con tres hermanas suyas, jóvenes y alegres, del Estado de Oregón; Mrs. Hopkins, de la ciudad de Washington; el argentino alemán Nelken y su mujer, griega que bailaba muy bien, y otras personas. Allí conocí, de paso, al viejo escritor venezolano Nicanor Bolet Peraza[177]. La Exposición, así, se convirtió para nosotros en centro de diversiones sociales. (Sobre Asbury Park y la Exposición escribí una serie de cuatro artículos que no publiqué).

4. Cuando regresamos á Nueva York, hubo algún cambio en mis relaciones. Mis mejores amistades habían sido, hasta entonces, D. Alejandro Woz y Gil, cuya conversación era culta y amena; y García Cisneros, cuya casa era también centro agradabilísimo: allí concurría una sociedad verdaderamente cosmopolita y heterogénea; cubanos distinguidos, artistas de diversos países (conocí entonces al pianista armenio Vahram Sevadjian y al mexicano Pedro Ogazón)[178], americanos de diversas tendencias, tan pronto un millonario como un semi-bohemio. Y ello es que el General Woz y Gil[179] decidió regresar á Santo Domingo con su familia; y García Cisneros y su mujer marchar á Europa, donde en tres años Eleonora hizo la carrera que la colocó rápidamente en la primera fila de las cantantes del día: en verdad, cuando la conocí era ya artista de mucho temperamento, magnífica voz y excelente escuela; y si no ocupaba mejor puesto, solo se debía á que la empresa del Metropolitan se mostraba reacia á estimular á una artista sin carrera europea[180].

Quedé, pues, un tanto aislado durante algunos meses, si bien veía con frecuencia á algunos dominicanos residentes en Nueva York. Asistí al Curso de Elementos de Derecho general, en la Universidad de Nueva York (distinta de la Columbia), que daba el verboso y ameno profesor Isaac Franklin Russell[181]; y también, durante las noches, á cursos de Derecho comercial y público en una escuela nocturna del barrio de Harlem, donde vivíamos. Como la Universidad de Columbia me quedaba cerca, iba casi diariamente á su gran biblioteca, (también solía ir á la Astor); y asistí también á muchas conferencias, en ese y otros años: así escuché á Percival Lowell[182] hablar de Marte; á Jacques Loeb[183], sobre los orígenes de la vida; al profesor Adolphe Cohn, de Columbia, en francés, sobre Victor Hugo; y a los conferencistas franceses que anualmente invita la Asociación Francesa de Harvard, unas veces en Columbia, otras en otros locales públicos: Gastón Deschamps[184], Huges Leroux[185], Léopold Mabilleau, André Michel[186]. (En 1903 me tocó oír al delicado poeta irlandés William Butler Yeats[187] disertar sobre el nuevo movimiento en Irlanda). Escribí entonces una nota sobre el movimiento modernista en la poesía hispano-

americana, trabajo algo extenso, pero no bien documentado y que no publiqué. La llegada del otoño, con su variedad de tonalidades en las arboledas, fue para mí novedad; y escribí algunos versos *otoñales*, modernistas; también escribí la poesía *Mariposas negras,* que mis gentes en Santo Domingo encontraron bien hecha[188]. A Santo Domingo escribía, siempre muchas cartas, y recibía no pocas de allá; Leonor Feltz continuaba hablándome de cosas literarias.

5. Por fin, mi padre se decidió á enviar á Max á Nueva York; y su llegada y su gran interés por el movimiento teatral y musical me libraron del aislamiento en que se encontraban mis aficiones, pues mi hermano mayor ya se había alejado definitivamente de las cuestiones literarias; Max entró al Conservatorio Nacional, dirigido por Alexander Lambert, y estudió piano bajo la dirección del discreto músico americano Levett, quien le corrigió mucho su estilo tumultuoso y desordenado de ejecución.

En esa temporada nos tocó oír á los violinistas Fritz Kreisler[189], cuya expresión se distinguía ya por su sereno refinamiento, y Jan Kubelik[190], que apareció entonces, con extraordinario éxito, y á quien nos arriesgamos á visitar; al incomparable violoncellista Jean Gérardy; á Paderewski[191], y á otros pia [nistas: el holandés Eduard Zeldenrust, el ruso Ossip **10 bis**
Gabrilowitsch, el polaco Josef Hofmann[192], el alemán Harold Bauer[193] (en la temporada anterior me había tocado oír a Teresa Carreño)[194], y, en concierto, á algunos cantantes, entre ellos el tenor Antonio Paoli, puertorriqueño de origen, el barítono Emilio de Gogorza, hijo de cubanos y nacido en los Estados Unidos, y cosa más importante– Lilli Lehmann[195], la reina del canto wagneriano, que pasaba ya de los cincuenta años, pero aún conservaba espléndida voz: le oí, además de fragmentos del *Tristán,* la Inmolación de Brunehilda, del *Ocaso de los dioses,* trozo que me hizo presentir la riqueza de ese drama musical, y que Lilli Lehmann cantó con poderosa elocuencia. Asistí por primera vez á los conciertos sinfónicos de la Sociedad Filarmónica de Nueva York, cuya orquesta la dirigía entonces Emil Paur[196], y de la Orquesta de Boston, dirigida por Gericke[197]; en estos me tocó oír por primera vez los *poemas tonales* de Richard Strauss,

Muerte y transfiguración y *La vida de un héroe;* el primero me gustó totalmente, el segundo me desconcertó á ratos y á ratos me sedujo[198]. Comencé entonces, también, á familiarizarme con las obras maestras del género sinfónico: oí un buen número de oberturas y sinfonías de Beethoven, entre las últimas la *Novena.* Oí además conciertos del cuarteto Kneisel, uno de ellos consagrado á Beethoven[199]; y los domingos en la tarde fui casi siempre á la South Church, donde semanalmente se canta un oratorio; formaban entonces el cuarteto de voces Mrs. Gerrit Smith, esposa del organista director, Margaret Hall, excelente contralto, Elison Van Hoose y Heinrich Meyn. Durante casi tres años, rara vez falté á los oratorios de la South Church, y en ese período oí varias veces *El Mesías* y el *Sansón* de Händel[200], el *Oratorio de Nochebuena* y *La Pasión según San Mateo* de Bach[201], *El Huerto de los Olivos* de Beethoven, *La Creación* de Haydn[202], *Elías* de Mendelssohn[203], el *Stabat Mater* de Pergolessi[204], el *Stabat Mater* de Rossini[205], y algunas obras menos importantes, como *La ciudad santa* de Gaul[206]. Por lo demás, en los conciertos de la Sociedad del Oratorio oí también *El Mesías,* y *El Paraíso y la Peri* de Schumann[207].

La temporada del Metropolitan fue corta ese año. En la compañía figuraban la Sembrich[208], cuyo arte incomparable se me reveló ese año, Milka Ternina, á quien vi entonces una Elsa inolvidable, la Calvé[209], con su eterna Carmen[210], Emma Eames[211], Sibyl Sanderson[212], quien solo cantó una vez, en *Romeo y Julieta* de Gounod[213], (no recibí de ella ninguna especial impresión), Johanna Gadski y Lucienne Bréval; la Schumann-Heink; Van Dyck[214], Dippel[215], Albert Alvarez[216], Von Bandrowski[217], y Demarchi[218], entre los tenores; barítonos, Scotti[219], Campanari[220], Bispham[221] y el wagneriano Van Rooy[222]; bajos Edouard de Reszke, Blass y Journet[223]. Como directores de orquesta, Damrosch[224], Flon y Seppilli[225]. Las óperas que oí fueron *Las bodas de Fígaro* y *La flauta mágica* de Mozart[226], cantadas por la Sembrich y la Eames, *Romeo y Julieta, Carmen, Los Hugonotes, La hija del regimiento* de Donizetti[227], *La Traviata, Aida, Otello, Lohengrin, El oro del Rhin* de Wagner, y los dos estrenos

del año: *Messaline* de Isidore de Lara[228], y *Manru* de Paderewski, que estuvo allí presente. También *Cavalleria rusticana*, con la Calvé. En la función de despedida cantó la Ternina el Liebestod de *Tristán*, la Sembrich el segundo acto de *La hija del regimiento*, la Calvé el primer acto de *Carmen*, y la Eames los actos finales de *Otello* y *Fausto*.

En teatros dramáticos, me tocó ver á Sir Henry Irving[229] y Miss Ellen Terry[230], con su compañía del Liceo de Londres, en *Carlos I*, obra medianísima de William G. Wills[231] donde Ellen Terry brillaba más que Irving; *El Mercader de Venecia*, *Luis XI* y *El judío polaco* (*The bells:* arreglo de una *nouvelle* de Erckmann-Chatrian)[232], las tres creaciones que todavía conservaba Irving en su plenitud; y la comedietta *Nance Oldfield* de Charles Reade[233]. Llegó entonces por primera vez á América Mrs. Patrick Campbell[234], la creadora de *La segunda Mrs. Tanqueray* de Pinero, y dio, además de esta obra, *La notoria Mrs. Ebbsmith*, á mi juicio el mejor drama del mismo autor[235]; *El hogar* de Sudermann[236] *(Magda)*; la *Mariana* de Echegaray, que fue un fracaso; *Por encima de las fuerzas humanas*, de Björnson; y *Peleas y Melisenda* de Maeterlinck. Recuerdo, además, entre los espectáculos dramáticos á que concurrí esa temporada, *La Dubarry* de David Belasco[237], interpretada por Mrs. Leslie Carter; Mrs. Fiske[238], en *The unwelcome* [*Mrs.* 11
Hatch, obra de Mrs. Burton Harrison[239]; *Tess of the D'Urbervilles*, arreglo de la magna novela de Thomas Hardy[240]; *Divorçons* de Sardou[241], *Little Italy* del americano Horace B. Fry[242], y *Casa de Muñecas* de Ibsen; Sothern[243], en *Richard Lovelace*, de Lawrence Irving (hijo de Sir Henry)[244] y *If I were king*, de Justin Huntly McCarthy[245] (obra cuyo protagonista era François Villon)[246]; Maud Adams[247], en *Quality street* de Barrie[248]; Richard Mansfield[249], en *Beaucaire*, arreglo de una novelucha romántica de Booth Tarkington[250]; Henrietta Crosman[251], en *As you like it*, de Shakespeare; Otis Skinner[252], en *Francesca da Rimini*, hermosa tragedia del poeta norteamericano George H. Boker[253]; Josef Jefferson[254], ya con más de setenta años encima, en su legendario *Rip van Winkle* y en *Los rivales* de Sheridan[255]; y dos obras del dramaturgo yankee Clyde Fitch[256]: *The*

way of the world (menos que mediana) y *The climbers (Los Trepadores)*, muy interesante y fuerte. Los teatros baratos (Murray Hill, American, algunos de Brooklyn) solían dar obras clásicas ó modernas de importancia, y con frecuencias asistí á sus representaciones; durante tres temporadas cuyos recuerdos se me confunden, vi muchas obras, no siempre mal representadas: *Hamlet*, *Othello*, con Daniel E. Bandmann[257], *Macbeth*, con Elita Proctor Otis, *As you like it*, *Twelfth night*, *The merry wives of Windsor*, de Shakespeare; *The school for scandal*, de Sheridan, con Marie Wainwright[258]; *David Garrick*, que en español se conoce con el título de *Sullivan: Dora*, arreglo dramático por Charles Reade, de un poema de Tennyson[259]; el *Cyrano* de Rostand; *El abanico de Lady Windermere* de Oscar Wilde; *The gay Lord Quex*, *Trelawney of "The Wells"* y *Sweet lavender* de Pinero; y *Aristocracy* del norte-americano Bronson Howard. Si no me equivoco, ese mismo año ví *La hermana gemela* del alemán Ludwig Fulda[260] y *The wilderness* del joven inglés Esmond, con Margaret Anglin[261] y Charles Richman[262]; á Ethel Barrymore[263] en *Captain Jinks* de Fitch, á Hackett[264] y á Faversham[265] en versiones de *Don César de Bazán*.

Concurrimos también, aunque no sabíamos alemán, al Teatro de Irving Place, á ver ciertas obras conocidas: *Casa de muñecas*, de nuestro venerado Ibsen, representada por la Compañía residente; y *El Rey Lear*, con el famoso austríaco Adolph von Sonnenthal[266] y el alemán Ferdinand Bonn[267], así como *La toga roja* de Brieux[268], con Sonnental, Bonn, Helena Odilon, y Conried[269], el director del teatro, que después lo fue del Metropolitan Opera House, y que entonces solía aparecer como actor. A fines de aquella temporada, ya entrado el verano, fue cuando entró la moda del actor italiano Antonio Majori, descubierto en los teatruchos del Bowery: fuí á verle en *Hamlet*, *Othello*, y *El Rey Lear*.

Había avanzado ya en el inglés, y comencé á comprar y leer literatura inglesa: Shakespeare, los poetas, los novelistas modernos, Carlyle[270], Emerson[271], Ruskin[272]. Me sirvieron para el caso las ediciones baratas de grandes autores que abundan en los Estados Unidos.

6. De pronto, un suceso para nosotros inesperado cambió de manera definitiva nuestra suerte. Horacio Vásquez, el vice-presidente de Santo Domingo, se levantó en armas contra el presidente Jimenes, el 26 de Abril de 1902; y á principios de Mayo, el gobierno había cambiado. La noticia me llenó de estupor; y luego recibimos las cartas de mi padre en que nos decía que era necesario pensar en economías: mientras estuvo en el gobierno, gastó lo que su permanencia en el Cabo Haitiano le había producido. Teníamos todavía algún dinero, que nos permitiría seguir viviendo en Nueva York hasta bien entrado el año de 1903; pero debíamos pensar en cambiar de vida, pues ya no nos podríamos dedicar al estudio, y desde luego debíamos cambiar de residencia. Una serie de dificultades estuvo á punto de impedirnos este último sencillo propósito; dificultades que puso Mrs. Fournier, antes (y todavía después) tan amable con nosotros, lo mismo que los encargados por mi padre de suministrarnos fondos. Pero no nos desanimamos grandemente; y convinimos en quedarnos en Nueva York, y ensayar trabajar en el comercio. Comenzó una lucha casi diaria; pero aún esto tuvo para nosotros interés y animación. Al mismo tiempo, la necesidad de cambiar de lugar y régimen nos proporcionó elementos de novedad. Fuimos á vivir en la parte baja de la ciudad cerca de Madison Square; y en la casa que escogimos, cuya dueña era Mrs. Pichetti, había muchas mujeres, más ó menos jóvenes, pero todas joviales y amables; así es que bien pronto hicimos amistad con ellas, y durante un año tuvimos reuniones y paseos, aún después de haber cambiado dos veces de casa.

11 bis [Ya entrado el verano, llegaron á Nueva York mi tío José Henríquez con su esposa Dolores Moreno, quien iba á consultar médicos neoyorkinos por enfermedad. Consultó á uno, quien le recomendó un viaje á Saratoga: allí les acompañé, y estuvimos diez días; ya había terminado la temporada de carreras hípicas, pero en la ciudad no se hablaba de otra cosa que de caballos; el clima, por lo demás, es delicioso, y yo gusté de tomar las aguas, aunque no tuviera necesidad de ellas. Al regresar á Nueva York, mi tía decidió ver á otro médico, uno de bastante nota, el Dr. Andrew McCosh; y este

declaró que el caso era serio y requería operación, aunque también presentía que la misma operación sería ineficaz; fue necesario llevar á mi tía al Presbyterian Hospital, cuyo mecanismo conocí entonces de cerca, acostumbrándome á presenciar operaciones ejecutadas con admirable pericia por el Dr. Elliott y el Dr. McCosh. Mi tía fue llevada á la sala de operaciones; pero al practicar la incisión, el Doctor se convenció de que se trataba de un cáncer, y declaró incurable el caso. Mis tíos, pues, regresaron á Santo Domingo unos dos meses después de haber llegado; si bien á ella se le dijo que sanaría con el tiempo, bajo cierto régimen, el cual solo la hizo vivir dos años más.

7. Mientras tanto, buscábamos nosotros trabajo en el comercio de Nueva York; pero nos convencimos de que sin conocimientos previos se tropezaban con dificultades, y solo se encontraban puestos ínfimos, y decidimos mi hermano mayor y yo concurrir al curso comercial, de tres meses, en la Escuela de Gaffey, situada en la calle 23. Concurrimos, pues, á fines de ese año; dábamos cinco horas diarias de clases, y antes de tres meses logré escribir rápidamente en máquina, escribir unas cien palabras por minuto taquigráficamente, en inglés, y conocer la teneduría de libros en detalle. Seguí entretanto contestando anuncios de los periódicos; y logré un empleo de seis dólares semanales en la Nicholls Tubing Company, situada en la Décima avenida, cerca de la calle 54. Mi sueldo aumentó pronto hasta siete y luego ocho dólares; pero las horas de trabajo eran largas, desde las siete y media hasta las seis, con solo media hora para el *lunch,* y el carácter del dueño era irascible y su educación casi nula. Era un Jerry Cruncher *(A tale of two cities)*[273]. Vi entonces de cerca la explotación del obrero; la mayoría de los allí empleados eran mujeres y niños; los pocos hombres que había eran casi todos italianos que acudían á mí para hacerse entender; y el promedio de salarios era cuatro dólares por semana. Aquellos fueron días amargos; ni siquiera adquirí experiencia comercial, pues aquellos libros adolecían de antiquísimo desorden, había cuentas imposibles de rectificar, y nunca se había hecho balance. Hasta me tocó presenciar un conato de incendio, al cual

acudieron los bomberos para inundar de agua los cuatro pisos del edificio; hubo rumores de que el incendio fue intencional, pero las Compañías de seguros pagaron los daños estrictos y Mr. Nicholls no salió ganancioso. Al fin, hube de salir de allí, en Julio de 1903, molido de cuerpo y fatigado de espíritu.

8. En ese tiempo, rara vez me alcanzó el tiempo para la lectura, ni menos para escribir. Pero mi interés por el teatro continuaba, y concurría asiduamente. En la temporada de 1902 á 1903 oí, en el Metropolitan, la Compañía de ópera de Mascagni[274], dirigida por él, que cantó *Cavalleria, Zanetto* é *Iris*. Figuraban en la Compañía Elena Bianchini-Capelli, María Farneti[275], Amelia Pinto[276], la Mantelli[277], Paoli[278], Schiavazzi, Bellatti, y el bajo Navarrini[279]. Mascagni dio algunos conciertos, en los cuales cometió algunos desacatos: por ejemplo, con la obertura de *Tannhäuser*. Vino después la temporada formal del Metropolitan: las estrellas fueron Marcela Sembrich, Lillian Nórdica, Emma Eames y Johanna Gadski, la Schumann-Heink, Louise Homer[280] y la Kirby-Lunn, Demarchi, Alvarez, Anthes[281] y Burgstaller[282], Scotti, Campanari, Van Rooy y Bishamp, Edouard de Reszke, Journet y Blass. La temporada fue larga, y para mí fue la más agradable: oí *El Barbero de Sevilla, Don Juan* (que desgraciadamente solo se cantó una vez), *Tannhäuser, Lohengrin, Tristán é Isolda, Los maestros cantores, La valkiria, Siegfried, El ocaso de los dioses* (dos veces); *El profeta* de Meyerbeer[283]. *Fausto*, cantado por la Nórdica. *El trovador* (cantado también, admirablemente, por la Nórdica), *Ernani, Otello, Don Pasquale* de Donizetti[284], *Tosca, Cavalleria;* y la ópera en un acto, de la compositora inglesa Ethel Smyth[285], que estuvo presente, [intitulada *Der Wald (El bosque)*, y 12
Ero e Leandro de Mancinelli[286], que era entonces director de orquesta. (Como director wagneriano figuraba ahora Alfredo Hertz[287], de Breslau). En la función de despedida se cantó el primer acto de *La hija del regimiento*, por Fritz Scheff[288], el segundo de *El holandés errante (El buque fantasma)* de Wagner, con la Gadski, Burgstaller y Van Rooy, el primero de *Traviata* por la Sembrich, el quinto de *Fausto* por la Eames, el cuarto de *Hugonotes* por la Gadski y Al-

varez, y el primero de *Lohengrin* por Louise Reuss-Belce (á falta de la Nórdica, enferma á última hora) y Anthes.

En teatros dramáticos vi entonces á Eleonora Duse[289], en *La Gioconda, La Cittá Morta* y *Francesca da Rimini,* de D'Annunzio; y entre los artistas ingleses y americanos, Mrs. Patrick Campbell en *Viva la vida* de Sudermann, Sothern de nuevo en *Hamlet,* Mansfield en *Julio César* de Shakespeare, Margaret Anglin y Charles Richman, en el Empire, en *The unforeseen* de Robert Marshall y *The importance of being earnest* de Oscar Wilde, John Drew[290], en no recuerdo qué obra, Jessie Millward, en un arreglo de la *Batalla de damas* de Scribe[291], Stuart Robson[292] en *The Henrietta,* del norteamericano Bronson Howard y la *Comedia de equivocaciones* de Shakespeare, Clara Bloodgood[293], en *The girl with the green eyes* de Clyde Fitch, Arnold Daly[294] en *Vieja Heidelberg* del alemán Meyer Forster[295], Mary Shaw[296] en *Los espectros* de Ibsen, Julia Marlowe[297] en *When knighthood was in flower,* arreglo de una novela sobre María Tudor[298], de A. E. W. Mason[299], y el judío Jacob Adler[300], hablando en dialecto del Ghetto, junto con compañía inglesa, en el Shylock *(El Mercader de Venecia).* No recuerdo si en esta ó en la anterior temporada vi dos obras del romanticismo inglés: *The hunchback* de James Sheridan Knowles[301], con Viola Allen[302], y *The Lady of Lyons,* de Lord Lytton[303], con Mary Mannering[304]. Olvidaba á William Gillette[305], en su arreglo de *Sherlock Holmes;* y la *Iris* de Pinero interpretada por Virginia Harned. En esa temporada se inició también un movimiento *antiquista,* que no tuvo gran éxito por ser principiantes los actores que en él figuraron: el proyecto era representar con escenario, y hasta parte del público, en estilo *elizabethiano,* obras de Shakespeare; vi solamente *Romeo y Julieta,* en el cual mostró talento Fernando Eliscu. Pero poco después llegó á Nueva York, desde Inglaterra, la Compañía de Ben Greet[306], en la cual figuraba Edith Wynne Mathison, y representó con gran éxito, en la misma forma, *Everyman,* moralidad del siglo XV, y más tarde el *As you like it* de Shakespeare, al aire libre, en los terrenos de la Universidad de Columbia.

9. Como dije antes, aunque nuestra amistad con las jóvenes de la casa Pichetti duró más de un año, no siempre vivimos allí desde que abandonamos la ciudad alta, pues Mrs. Pichetti solo en verano recibía huéspedes que no comieran en la casa, y dentro de nuestro plan nuevo de vida estaba el comer en restaurants. Pasamos, primero, á una casa en el mismo barrio, donde la patrona era una francesa extravagante que en la intimidad *confesaba* ser ella la Condesa de la Gardie, de la familia de los Valois du Perret; y como la extravagancia de la pobre señora se traducía en algunas incomodidades, optamos por trasladarnos á otra casa cercana cuyas dueñas eran americanas muy tranquilas. Mientras tanto nuestras relaciones nos proporcionaban esparcimiento frecuente; además de la casa Pichetti, concurríamos á la casa de una señora irlandesa, donde conocimos á una joven pianista bostoniana Miss Gallagher, y así mismo á los hoteles y casas donde se hospedaban los dominicanos que veraneaban en Nueva York, y que cada año iban en mayor número; por aquel tiempo se encontraba allí, precisamente, D. Juan Isidro Jiménez, ex-presidente del gobierno caído, con su familia. Las reuniones con familias norte-americanas ó hispano-americanas fueron, pues, frecuentes para nosotros en aquel verano; y en el cultivo de unas u otras amistades nos ayudaban Virgilio Ortega, sobrino de Altagracia Frier que había ido á Nueva York á trabajar también en el comercio, y muy adicto á toda clase de diversión, *Lico* García, como familiarmente llamábamos á Manuel García Saviñón, barítono dominicano, y Pericles Nikolaievitch Vekyroff, joven búlgaro que había abandonado un puesto entre los servidores del Príncipe Fernando por buscar fortuna en América, y que hablaba seis ó siete lenguas y tenía aficiones literarias y facilidad, ya que no *felicidad*, para escribir.

De pronto, llegó á la casa de Mrs. Pichetti una mujer rara, que se hacía pasar por descendiente de españoles y se hacía llamar Dolores de Armas, aunque [no sabía sino palabras **12 bis**
sueltas de castellano. Era morena, esbelta, elegante, y cantaba acompañándose al piano muchas romanzas sentimentales. Pronto se definió para nosotros su carácter; y ella misma ideó que tomáramos un *flat* ó vivienda, en la cual figuraría

ella como *hermana* nuestra, aunque en realidad fuera amante de Max; y lo más extraño es que en todo esto no obtenía ninguna ventaja, sino que abandonaba á un raro amante judío, de barbas rojas y elegante traje. Tomamos, pues, un *flat* en la calle 15, al Oeste; y este nuevo plan de vida nos resultó más barato que ningún otro, pues todo se hacía en la casa. Las Pichetti, que á pesar de su afición á fiestas y paseos y su ningún empacho en salir solas con nosotros, eran buenas burguesas, se percataron de lo ocurrido, y nos lo tomaron á mal: con lo cual nuestra amistad se enfrió. Pero entonces organizamos reuniones en nuestro *flat*, adonde concurrían á veces mujeres de teatro y muchachas más ó menos alegres. Dolores, sin embargo, no duró mucho con nosotros; bien pronto declaró que se iba, y agregó que iba á casarse, con un novio rubio que hasta nos presentó. Tomamos esto á guasa; pero más de dos años después supimos por el *New York Herald* que Dolores (cuyo retrato aparecía publicado) había sido llevada á los tribunales por delito de poligamia. Por lo demás, creo que no se llamaba Dolores, sino Eloísa, pues un día se le escapó este nombre hablando consigo misma, y lo explicó diciendo que su nombre íntegro era: Eloísa Madonna Carmen Dolores.

Con nosotros fue á vivir al *flat* Virgilio Ortega, y poco después llegó de Santo Domingo su hermano Julio[307], á quien su familia enviaba á *americanizarse*. Nuestro *flat*, ya sin Dolores, se compuso de cinco personas, y en él vivimos desde Mayo de 1903 hasta enero de 1904.

Mientras tanto, como la situación de Santo Domingo se hacía difícil, mi padre había salido á fines de 1902 para Cuba, y estuvo en la Habana varios meses, con la idea de radicarse allí; llegó hasta presentar examen como Doctor en Medicina ante la Facultad de la Habana, que no admite otra forma de revalidación de título, y llamó á Max para que lo acompañara durante dos meses[308]. Max regresó en Marzo de 1903 á Nueva York, y fue poco después cuando tomamos el *flat*.

10. Pero de pronto cambió la situación en Santo Domingo. Una revolución estalló en la misma capital el 23 de Marzo, contra Horacio Vásquez; la lucha duró un mes y fue cruenta.

A fines de Abril, el gobierno de Vásquez había caído; y como la revolución se hizo so color de favorecer á D. Juan Isidro Jiménez, se creyó que habría elecciones en favor de este; pero las intrigas políticas favorecieron el encumbramiento de D. Alejandro Woz y Gil, que había sido presidente en 1885. Aunque Woz y Gil es uno de los hombres cuya amistad ha sido para mí más interesante, debo confesar que su gobierno fue un desastre. Mi padre juzgó necesario volver á Santo Domingo tanto por atender á su esposa Natividad, que tuvo un hijo, como por instancias de sus amigos políticos, que pedían su presencia en el país y su intervención en los asuntos públicos. Mi padre, una vez en Santo Domingo, se abstuvo de toda intervención en aquel desorden; y nosotros le escribimos que regresara cuanto antes á Cuba. Como desde lejos veíamos empeorarse cada vez más la situación, llegamos á enviar á Max á Santo Domingo en Octubre, para que lo convenciera de que debía partir; pero Max llegó ya tarde.

Poco más de seis meses después del 23 de Marzo, una nueva revolución había estallado contra Woz y Gil. El jefe de ella fue Carlos F. Morales, ex-sacerdote; y el objeto aparente de ella era fundir de nuevo los partidos *jimenista* y *horacista* contra la corrupción administrativa, y devolver la presidencia, como acto de justicia, á Jiménez. Por supuesto, que una vez triunfante la revolución después de una lucha bastante larga, se echó á un lado á Jiménez, y subió al poder el mismo Morales, dando la preferencia á los *horacistas:* su vicepresidente fue Ramón Cáceres[309], primo de Horacio Vásquez y matador de Ulises Heureaux. La situación en Santo Domingo, entre Octubre de 1903 y Enero de 1904, llegó a ser complicadísima y mi padre tuvo que salir de allí, cuando ya no había otro remedio.

11. Mientras tanto, desde Julio de 1903 yo había quedado sin trabajo en Nueva York; y no logré encontrar otro empleo. Volví á leer y á escribir; Max formaba cada año un libro con los programas de los teatros y conciertos á que hubiera asistido, y en él escribíamos al final de la temporada un resu [men 13
de esta, incluyendo aun las obras que no hubiéramos visto, según las opiniones de la prensa. La temporada de 1901 á 1902 la resumió él, en lo musical, y yo en lo teatral; la de

1902 á 1903 la resumí yo solo en ambas ramas, pues él pasó una buena parte de ese tiempo en Cuba.

A fines de 1903 concurrí casi diariamente á la Biblioteca Astor. Concebí el proyecto de escribir un estudio sobre tres escritores jóvenes como representativos de las llamadas *razas* europeas: D'Annunzio, por la latina; Kipling[310], por la sajona; Gorki[311], por la eslava. Solo llegué á escribir íntegro el D'Annunzio, del cual publiqué más tarde la porción relativa á sus versos.

De Santo Domingo nos llegó la noticia de la muerte de Hostos, en aquellos momentos de verdadera angustia ante la desastrosa situación del país. No escribí sobre él, sin embargo, sino un pálido artículo[312].

12. El barrio en que vivíamos pululaba de dominicanos desterrados, que ahora se aventuraban hasta Nueva York. Hubo uno de ellos, Pedro Julio Gantreau, que pasó por la metrópoli solo dos días, presenció las elecciones municipales y el gran entusiasmo nocturno, y embarcó inmediatamente para unirse á una expedición revolucionaria en la que debía morir. Otros dos amigos íntimos aunque separados en tendencias políticas, por las cuales habían luchado ya, Miguel Angel de la Rocha y Aníbal Pichardo, llegaron á verse en tan precaria situación que nosotros les acogimos en nuestro *flat*.

El invierno llegó crudísimo; y en Diciembre, tanto por el frío como por la fatiga de mi organismo, caí en cama con un reumatismo que durante quince días me impidió casi moverme. Después de tan larga serie de casos tristes como se habían aglomerado en los últimos meses de 1903, vi llegar el año 1904 cuando me hallaba enfermo, inmóvil, y moralmente adolorido.

A principios de Enero comencé á mejorar, y hacia el día 10 pude levantarme. Por fortuna, mi padre llegó entonces á Nueva York; se deshizo el *flat* y fuimos á vivir con él á una casa de huéspedes francesa, donde con un régimen de sobre-alimentación recuperé rápidamente mis fuerzas.

13. Por supuesto, que la mala situación pecuniaria y aun física nunca fue para mí impedimento en lo relativo al teatro y los conciertos, que habían llegado á ser para mí un ritual

inevitable; y así ese año concurrí á la ópera, al Metropolitan, que ahora había pasado á la dirección de Conried, y en cuya Compañía figuraban la Sembrich, la Ternina, la Gadski, la Calvé y Aino Ackté; Olive Fremstad[313], Edith Walker[314] y Louise Homer; Caruso[315] (debutó ese año), Dippel, Burgstaller, Ernst Kraus[316] y Fran Naval; Van Rooy, Goritz, Scotti, Campanari; Plançon, Blass y Journet. Era director de orquesta wagneriano Félix Mottl[317] con Hertz como ayudante, y de óperas italianas Arturo Vigna[318]. Oí entonces *Rigoletto, Lucia, El elixir de Amor, Bohemia, Tosca*[319]; *La flauta mágica* de Mozart; *La dama blanca* de Boieldieu[320]; *Fidelio* de Beethoven; *Lohengrin, Tristán é Isolda, Valkiria, Siegfried, El ocaso de los dioses,* y el estreno sensacional del año, *Parsifal,* que oí dos veces. A la Castle Square Opera Company le oí, antes de comenzar el Metropolitan, *Lohengrin, Aida, Otello,* y algunas otras obras; y á una Compañía francesa que llegó después, *La hebrea* de Halévy[321] y *Mignon.* En materia de conciertos, los sinfónicos ofrecieron esa temporada singular interés; pues la Orquesta Filarmónica hizo venir de Europa siete directores para que cada uno dirigiera dos conciertos en Nueva York: Henry Wood[322], de Londres; Gustav Kogel, de Frankfort; Safonoff[323], de Moscow; Edouard Colonne[324], de París; Richard Strauss y Félix Weingartner. Colonne no me entusiasmó, aunque gusté mucho de su concierto y su batuta; Strauss, que al fin dirigió toda una serie de conciertos, me hizo conocer todos sus *poemas tonales,* y me convirtió á su tendencia; pero el que como director me pareció hallarse por sobre todos fue el *olímpico* Weingartner[325], quien dirigió los preludios de *Lohengrin* y *Los maestros cantores,* la obertura de *Tannhäuser,* su propio poema sinfónico *El Rey Lear,* y el concierto *Emperador* de Beethoven, en el cual ejecutó la parte de piano, soberbiamente, Alfred Reisenauer[326]. Además, la dirección de Félix Mottl en el Metropolitan tuvo también mucha significación: por primera vez oía una batuta wagneriana realmente magistral; y Arturo Vigna, en el género italiano, también superaba á sus predecesores. Como ejecutantes, oí además de Reisenauer, á la gran [pianista norte-americana Fannie 3 bi
Bloomfield-Zeisler[327], á la estimable francesa Mme. Roger

Miclos, y á Raoul Pugno[328]; al violinista Jacques Thibaut[329]; al violoncellista español Pablo Casals[330], que tomó parte en la ejecución del *Don Quijote* de Strauss (á quien también acompañaba como soprano, su esposa Paulina d' Ahna); á la Patti[331], hecha una ruina lamentable; á la Nórdica, que dio varios conciertos wagnerianos, y á la Melba, que cantó con la Orquesta Sinfónica de Boston el aria, llena de dificultades de *coloratura*[332], de *L'allegro, il penseroso e il moderato* de Händel.

En teatros vi á Mrs. Fiske en *Hedda Gabler;* á Ada Rehan[333] y Otia Skinner en *The taming of the shrew* (La fierecilla domada); á Mansfield en *Vieja Heidelberg;* á Corona Riccardo en *Tierra baja* de Guimerá, presentada con el título de *Marta of the lowlands;* á Maxine Eliot en *Her own way*, pieza endeble de Clyde Fitch; á William Gillette, en *The admirable Crichton,* del admirable Barrie; á Eleanor Robson en *Merely Mary Ann* de Israel Zangwill[334]; á Nat Goodwin[335] en *Midsummer night's dream,* representado con la música de Mendelssohn, en el teatro New Amsterdam, de estilo *art nouveau:* estrenado entonces, á Arnold Daly, en *Candida* de Bernard Shaw, cuya boga americana comenzó en esa representación[336]; y á Forbes Robertson[337] en *The light that failed* de Kipling y en su *Hamlet,* el Hamlet del siglo XX, como lo ha llamado John Corbin[338]. Vi nuevamente al alemán Ferdinand Bonn en *Ricardo III;* y antes á Eduard S. Willard, en *The middleman* de Henry Arthur Jones[339].

Notas

[123] En 1900, P. H. U. había terminado sus estudios secundarios en el Liceo Dominicano, con el diploma de Bachiller en Ciencias y Letras. Tenía dieciséis años. A principios de 1901, su padre, Ministro de Relaciones Exteriores de Santo Domingo bajo la Presidencia de Jiménes– fue enviado a Estados Unidos para obtener de una de las compañías norteamericanas acreedoras de la R. Dominicana, un arreglo

financiero que separara a la Improvement Co. de los otros acreedores, como una de las formas de llegar a un arreglo definitivo del problema. Este fue el motivo del viaje emprendido el 16 de enero de 1901.

[124] Enrique Henríquez y Alfau. Ver n. 90.

[125] Enrique Apolinar Henríquez y Castro (1884- ?). Político y poeta dominicano. Primo de P. H. U. Hijo de Enrique Henríquez Alfau. Ver n. 58. P. H. U. aplicó a su primo el seudónimo de "Phocas", sacado del poema de Rubén Darío, "A Phocas, el campesino" (*Cantos de vida y esperanza,* 1905), quien, a su vez, se habría inspirado en el personaje de una novela del escritor francés Jean Lorrain (1855-1906), *Monsieur de Phocas,* que representaba la figura de un libertino. P. H. U., a su vez utilizará alguna vez el mismo seudónimo de Phocas. Cfr. Alfonso Reyes/Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia. I. 1907-1914. Edición de José Luis Martínez.* (México: Fondo de Cultura Económica, 1986), n. 8, p. 82. Enrique Apolinar Henríquez fue también periodista y traductor y colaboró con muchos trabajos de su primo P. H. U.

[126] Barrio de Nueva York que aún hoy se caracteriza por ser el refugio de ebrios y marginales sociales.

[127] Alejandro Woz y Gil (1856-1932). Político, militar y escritor dominicano. Vice-Presidente (1885) y Presidente (1902) de la República Dominicana. Max Henríquez Ureña escribe su nombre como "Woss".

[128] Abelardo A. Moscoso. Político y escritor dominicano. Gran opositor al tirano Heureaux, dejó el testimonio de su vigorosa personalidad en *Para la historia de mi patria* (1896).

[129] Tulio Manuel Cestero (1877-1955). Poeta, novelista, crítico literario y político dominicano Modernista, de intensa actuación en las campañas anti-imperialistas de comienzos del siglo.

[130] Francisco García Cisneros (1877- ?). Escritor, periodista y crítico literario cubano.

[131] Virginia Harned (1868-1946). Actriz norteamericana.

[132] Nathaniel C. Goodwin (1875-1919). Actor norteamericano.

[133] Maxine Elliot. Nombre artístico de Jessie Dermal. Actriz norteamericana.

[134] Sarah Bernhardt (1841-1923). Actriz francesa, quizás la más famosa y celebrada de su tiempo.

[135] Edmond Rostand (1868-1918). Dramaturgo francés. Su teatro en verso gozó de gran acogida en su tiempo, especialmente *Cyrano de Bergerac* (1898), *L'Aiglon* (1900) y *Chantecler* (1910).

[136] Leon Gozlan (1803-1866). Periodista, novelista y comediógrafo francés.

[137] Benoit Constant Coquelin (1841-1909), actor francés, llamado "ainé", para distinguirlo de su hermano Ernest (1848-1909), el "cadet".

[138] "Le père Duval" es un personaje de *La dama de las camelias*. Ver n. 110.

[139] Metropolitan Opera House. El principal teatro de Nueva York; famoso por sus representaciones de óperas.

[140] Jean de Reszke. Nombre artístico de Jan Mieczislaw (1850-1925). Tenor polaco que actuó en la escena de París y Nueva York.

[141] Edôard de Reszke o Mieczislaw (1855-1917). Cantante polaco. naturalizado francés.

[142] Lillian Nórdica. Nombre artístico de Lillian Norton (1859-1914). Soprano norteamericana.

[143] Milka Ternina (1863-1941). Soprano croata que actuó mucho en los Estados Unidos, especialmente en el Metropolitan Opera House.

[144] Nellie Melba. Nombre artístico de Helen Porter Mitchell (1861-1931). Cantante australiana que realizó numerosas giras por los Estados Unidos.

[145] Ernestine Schumann-Heink (1861-1936). Cantante austriaca.

[146] Paul Plançon (1854-1914). Bajo francés.

[147] Johanna Gadski (1872-1932). Soprano alemana que hizo numerosas giras por los Estados Unidos.

[148] Lucienne Bréval. Nombre artístico de Berthe-Agnés Lisse Schilling. (1869-1935). Mezzo-soprano alemana que hizo giras por los Estados Unidos.

[149] Albert Saléza (1867-1916). Tenor francés, de larga actuación en el Metropolitan Opera House.

[150] Ernest Van Dyck (1861-1923). Tenor belga.

[151] Johann Andreas Dippel (1866-1933). Tenor alemán; también empresario y director teatral.

[152] Giuseppe Cremonini. Nombre artístico de Giuseppe Bianchi (1866-1903). Tenor italiano.

[153] Giuseppe Cleofonte Campanari (1860-1931). Cantante y director de orquesta italiano.

[154] Antonio Scotti (1866-1936). Barítono italiano.

[155] Theodor Bertran (1869-1907). Cantante alemán.

[156] David Scull Bispham (1857-1921). Barítono norteamericano.

[157] Walter Johannes Damrosch (1862-1950). Director de orquesta alemán.

[158] Luigi Mancinelli (1848-1921). Director de orquesta italiano.

[159] Ernest Louis Etienne Reyer (1823-1909). Compositor francés.

[160] Ricardo Wagner (1817-1883). Músico y compositor alemán. Sus óperas, como *Tannhaüser, Lohengrin, Las Valquirias, Sigfrido, Tristán e Isolda,* revolucionaron el género y representaron un cambio profundo en el gusto musical, del cual participó P. H. U., como lo manifestaría luego en varios ensayos.

[161] Giuseppe Verdi (1813-1901). Uno de los más famosos compositores de óperas italiano. Su *Misa de Requiem* fue escrita en 1874.

[162] Peter Ilich Tschaikowski (1840-1893). Músico y compositor ruso. Su *Sinfonía patética* sólo fue interpretada después de su muerte.

[163] *Ernani* (1844) y *Rigoletto* (1851) son dos óperas de G. Verdi.

[164] William Archer (1856-1924). Crítico y dramaturgo inglés. Tradujo *Los pilares de la sociedad* de Henrik Ibsen al inglés en 1880 y con ello introdujo la obra del dramaturgo noruego en la escena inglesa.

[165] Eugenio de Castro (1869-1944). Escritor portugués. Su obra *Belkiss* (1894) fue traducida al castellano por el argentino Luis Berisso en 1897, y editada con un prólogo de Leopoldo Lugones.

[166] G. D'Annunzio. Ver n. 115. Autor del drama *La Gioconda* (1898) y la novela *El triunfo de la muerte* (1894).

[167] Björnstern Björson (1832-1910). Escritor y dramaturgo noruego. Premio Nobel en 1903.

[168] Jonas Lie (1833-1908). Escritor, dramaturgo y novelista noruego.

[169] Alexander Lange Kielland (1840-1906). Dramaturgo y novelista noruego.

[170] Jens Peter Jacobsen (1847-1885). Poeta y novelista danés.

[171] Georg Morris Brandés (Cohen, de nombre original) (1842-1927). Historiador y crítico literario danés. Autor de numerosos libros sobre estética y literatura de inspiración Positivista y fuertemente anti-religiosos por su materialismo radical. Su obra *Las principales corrientes de la literatura del siglo XIX* (1872-1890) tuvo gran influencia en el planteo del proceso histórico y literario. Muy leído en Hispanoamérica, desempeñó una función importante en la configuración de las ideas histórico-literarias de Pedro Henríquez Ureña.

[172] Maurice Maeterlink (1862-1949). Poeta, dramaturgo y ensayista belga, de tendencia Simbolista. Premio Nobel en 1911.

[173] Ernest Heinrich Haeckel (1834-1919). Biólogo y filósofo alemán. Materialista y evolucionista.

[174] Pintura norteamericana: James Abbott MacNeill Whistler (1834-1903); John Singer Sargent (1856-1925); George Innes (1825-1894); Homer Dodge Martin (1836-1897); Alexander Helwig Wyant (1836-1892); Elihu Vedder (1836-1923); Winslow Homer (1836-1910); Edwin Austin Abbey (1852-1911); William Merrit Chase (1849-1926); John White Alexander (1856-1915); John La Farge (1835-1910); Frederick Remington (1861-1909); Horatio Walker (1858-1938); Frances Davis Millet (1864-1912); George De Forest Brush (1855-1941); Lockwood De Forest (1850-1932); Cecilia Beaux (1863-1942); Henry Ossawa Tanner (1859-1937); Mary Cassatt (1845-1926), de larga residencia y actuación en Francia; Julius Gari Melchers (1860-1932); Kenyon Cox (1856-1919); Howard Pyle (1853-1911); Charles Dana Gibson (1867-1944), ilustrador que acuñó la imagen de la muchacha norteamericana típica; Maxfield Parrish (1870- ?). Escultura: Augustus Saint-Gaudens (1848-1907), irlandés pero radicado en los Estados Unidos; Frederick William MacMonnies (1863-1937); Charles Grafly (1862-1929); Daniel Chester French (1850-1931); Paul Wayland Bartlett (1865-1925); George Grey Barnard (1863-1938).

[175] María Bashkirtseff (1860-1884). Escritora rusa. Su *Journal* (1887) y *Letters* (1891) la hicieron famosa por sus dotes de observación psicológica.

[176] Su referencia a Mercedes Mota (ver n. 54) y al Congreso Feminista de Buffalo, pone de relieve su constante aprecio e interés por este tipo de actividades de las mujeres. Ver n. 43.

[177] Nicanor Bolet Peraza (1838-1906). Escritor venezolano, autor de ensayos, crítica literaria y artículos sobre viajes y costumbres. Residió en los Estados Unidos entre 1880 y 1906.

[178] Pedro Luis Ogazón (1873-1929). Pianista y artista mexicano. Residió en los Estados Unidos pero su mayor actividad tuvo lugar en México entre 1905 y 1910.

[179] A. Woz y Gil (ver n. 127) era prestigioso en lo político y social.

[180] F. García Cisneros. Ver n. 130. Su mujer, Eleanora, con el nombre artístico de "Eleonore de Broadfoot" fue cantante y a ella se refiere P. H. U.

[181] Isaac Franklin Russell (1857-1931). Jurista y profesor norteamericano. Estos estudios de derecho muestran el interés de P. H. U. por la carrera de abogado, la que hará más adelante en México, más por exigencias de tener un título universitario que por vocación auténtica.

[182] Percival Lowell (1855-1916). Naturalista y astrónomo norteamericano.

[183] Jacques Loeb (1859-1929). Biólogo alemán radicado en los Estados Unidos.

[184] Gastón Deschamps (1861-1931). Escritor y periodista francés. Sus artículos en el "Journal de Debats" y "Le Temps", sobre crítica literaria le dieron mucha fama en su tiempo.

[185] Huges Leroux (1860-1925). Nombre literario de Henri Le Roux, periodista, ensayista y novelista francés.

[186] André Michel (1853-1925). Escritor y profesor francés.

[187] William Butler Yeats (1865-1939). Poeta irlandés.

[188] P. H. U. conservó, sin editarlas en libro, estas poesías juveniles. "Mariposas negras", en *Poesías juveniles* (1949), 27-28. Fechada en 1903.

[189] Fritz Kreisler (1875-1962). Músico y violinista austríaco, radicado durante largo tiempo en los Estados Unidos.

[190] Jan Kubelik (1880-1940). Músico y violinista checo.

[191] Ignace Jan Paderewsky (1860-1941). Músico, pianista y estadista polaco.

[192] Josef Casimir Hofmann (1876-1957). Músico polaco.

[193] Harold Bauer (1873-1951). Músico y pianista inglés, famoso por sus dúos con el pianista ruso Ossip Gabrilowitsch (1878-1936).

[194] Teresa Carreño (1853-1917). Pianista venezolana. Discípula de maestros como Louis Gottschalk y Arthur Rubinstein. Hizo giras por los Estados Unidos, como todos los músicos nombrados por P. H. U., pero alcanzó su mayor fama en su propio país.

[195] Lilli Lehmann (1848-1929). Soprano alemana; celebrada por sus interpretaciones de las óperas wagnerianas en el Metropolitan Opera House, de New York.

[196] Emil Paur (1855-1932). Violinista y director de orquesta austríaco.

[197] Wilhelm Gericke (1845-1925). Músico y director de orquesta austríaco.

[198] Richard Strauss (1864-1949). Músico y compositor austríaco. La renovación musical de sus "Poemas tonales" impresionó a P. H. U., quien les dedicó un estudio: *Música nueva. Richard Strauss y sus poemas tonales* (1904), recogido en su libro *Ensayos críticos* (1905).

[199] Ludwig van Beethoven (1770-1827). Músico y compositor alemán.

[200] Georg Friedrich Händel (1685-1759). Músico y compositor alemán.

[201] Johan Sebastian Bach (1685-1750). Músico y compositor alemán.

[202] Franz Joseph Haydn (1732-1809). Músico y compositor austríaco.

[203] Jakob Ludwig Félix Mendelssohn-Bartholdi (1809-1847). Músico y compositor alemán.

[204] Giovanni Battista Pergolesi (1710-1736). Músico y compositor italiano.

[205] Gioacchino Antonio Rossini (1792-1868). Músico y compositor italiano.

[206] Harvey Bartlett Gaul (1881- ?). Músico y compositor norteamericano.

[207] Robert Schumann (1810-1856). Músico y compositor alemán.

[208] Marcela Sembrich. Nombre artístico de Práxedes Marcelline Kochanske (1858-1935). Cantante austríaca.

[209] Rosa Emma Calvé (1858-1942). Cantante francesa.

[210] Ópera de Georges Bizet (1838-1875). Músico y compositor francés.

[211] Emma Eames (1865-1952). Cantante norteamericana.

[212] Sybil Sanderson (1865-1903). Cantante norteamericana.

[213] Charles François Gounod (1818-1893). Músico y compositor francés.

[214] Ernest Van Dyck (1861-1923). Tenor belga.

[215] Johann Andreas Dippel (1866-1933). Cantante y director alemán.

[216] Albert Alvarez (1861-1933). Cantante francés.

[217] Aleksander von Brandrowski (1860-1913). Tenor polaco.

[218] Emilio Demarchi (1861-1917). Tenor italiano.

[219] Antonio Scotti (1866-1936). Barítono italiano.

[220] Giuseppe Campanari (1858-1927). Barítono italiano.

[221] David Scull Bispham (1857-1921). Barítono norteamericano.

[222] Anton Van Rooy (1870-1932). Barítono holandés.

[223] Marcel Journet (1867-1933). Bajo francés.

[224] Walter Johannes Damrosch (1862-1950). Director de orquesta alemán.

[225] Armando Seppilli (1860-1931). Director de orquesta italiano.

[226] Wolfgang Amadeus Mozart (1756-1791). Músico y compositor austríaco.

[227] Gaetano Donizetti (1797-1848). Músico y compositor italiano.

[228] Isidore de Lara. Nombre artístico de Isidor Cohen (1858-1935). Músico y compositor inglés.

[229] Sir Henry Irving. Nombre artístico de John Henry Brodribb (1838-1905). Actor y director teatral inglés y famoso intérprete de Shakespeare.

[230] Dame Ellen Alice Terry (1847-1928). Actriz inglesa.

[231] William Gorman Wills (1828-1891). Dramaturgo y poeta irlandés.

[232] Erckmann-Chatrian. Nombre literario de Emile Erckmann (1822-1899) y Alexander Chatrian (1826-1890). Novelistas franceses.

[233] Charles Reade (1814-1884). Novelista y dramaturgo inglés.

[234] Mrs. Patrick Campbell. Nombre artístico de Beatrice Stella Tanner (1867-1947). Actriz inglesa.

[235] Sir Arthur Wing Pinero (1855-1934). Dramaturgo inglés cuyos méritos literarios provocaron la admiración de P. H. U., quien le dedicó uno de sus primeros estudios: *Tres escritores ingleses* (1904), en *Ensayos críticos* (1905). Se refería a Wilde, Pinero y Shaw.

[236] Hermann Sudermann (1857-1928). Novelista alemán.

[237] David Belasco (1857-1931). Autor y director teatral norteamericano.

[238] Minnie Maddern Fiske (1865-1932). Actriz norteamericana.

[239] Burton Norvell Harrison (1867-1904). Comediógrafo inglés.

[240] Thomas Hardy (1840-1928). Novelista inglés.

[241] Victorien Sardou (1831-1908). Comediógrafo francés.

[242] Horace B. Fry. Comediógrafo norteamericano.

[243] Edward Hugh Sothern (1859-1933). Actor norteamericano.

[244] Lawrence Irving. Nombre artístico de Sidney Brodribb (1872-1914). Comediógrafo y empresario teatral inglés. Hijo de Sir Henry Irving.

[245] Justin Huntly MacCarthy (1861-1936). Novelista, historiador y dramaturgo irlandés.

[246] François Villon (1431-1489). Poeta francés.

[247] Maud Adams. Nombre artístico de Maude Kiskadden (1872-1953). Actriz norteamericana.

[248] James Matthew Barrie (1860-1937). Novelista y comediógrafo inglés.

[249] Richard Mansfield (1854-1907). Actor inglés radicado en los EE.UU.

[250] Newton Booth Tarkington (1869-1946). Novelista norteamericano.

[251] Henrietta Crossman (1870-1944). Actriz norteamericana.

[252] Otis Skinner (1858-1942). Actor norteamericano.

[253] George Henry Boker (1823-1890). Poeta y dramaturgo norteamericano.

[254] Joseph Jefferson (1829-1905). Novelista norteamericano.

[255] Richard Brinsley Sheridan (1751-1816). Dramaturgo inglés.

[256] William Clyde Fitch (1865-1909). Dramaturgo norteamericano, admirado por P. H. U., quien escribió sobre él uno de sus primeros ensayos: *Clyde Fitch* (1909), recogido en *Horas de estudio* (1910).

[257] Daniel Eduard Bandmann (1840-1905). Actor germano-norteamericano.

[258] Marie Wainwright. Actriz norteamericana.

[259] Alfred Tennyson (1809-1892). Poeta inglés.

[260] Ludwig Fulda (1862-1939). Dramaturgo alemán.

[261] Margaret Mary Anglin (1876-1958). Actriz canadiense.

[262] Charles Richman (1870-1940). Actor norteamericano.

[263] Ethel Barrymore (1879-1959). Actriz norteamericana, hermana de los famosísimos John y Lionel Barrymore.

[264] James Keteltas Hackett (1869-1926). Actor canadiense radicado en EE.UU.

[265] William Faversham (1868-1940). Actor norteamericano.

[266] Adolph von Sonnenthal (1834-1909). Actor austríaco.

[267] Ferdinand Bonn (1861-1933). Actor alemán.

[268] Eugene Brieux (1858-1932). Dramaturgo francés.

[269] Heinrich Conried (1855-1909). Actor y director austríaco, radicado en los EE.UU., donde fue director del Metropolitan Opera House (1903-8).

[270] Thomas Carlyle (1795-1881). Ensayista e historiador inglés.

[271] Ralph Waldo Emerson (1803-1882). Filósofo norteamericano.

[272] John Ruskin (1819-1900). Ensayista y filósofo inglés, cuya estética interesó mucho al joven P. H. U.

[273] Jerry Crunch: personaje de la novela *A tale of two cities* (1859), del novelista inglés Charles Dickens (1812-1870).

[274] Pietro Mascagni (1863-1945). Músico y compositor de óperas italiano.

[275] María Farnetti (1877-1955). Soprano italiana.

[276] Amelia Pinto (1878-1946). Cantante italiana.

[277] Eugenia Mantelli (1860-1926). Contralto italiana.

[278] Evelina Paoli (1878 - ?). Cantante italiana.

[279] Francesco Navarrini (1855-1923). Bajo italiano.

[280] Louise Dilworth Beatty Homer (1872-1947). Contralto norteamericana.

[281] Georg Anthes (1863-1922). Tenor alemán.

[282] Alois Burgstaller (1871-1945). Tenor alemán.

[283] Jakob Liebmann Beer Meyerbeer (1791-1864). Músico alemán.

[284] *Don Pasquale*, de Donizetti, pero *Ernani* es de Verdi y *Otello* de Verdi o Rossini.

[285] Dame Esther Mary Smyth (1858-1944). Música y escritora inglesa; activa en el movimiento feminista británico.

[286] Luiggi Mancinelli (1848-1921). Director de orquesta italiano.

[287] Alfred Hertz (1872-1942). Director de orquesta alemán. Dirigió el Metropolitan Opera House entre 1902 y 1915.

[288] Fritz Scheff (1882-1954). Actriz y cantante austríaca.

[289] Eleonora Duse (1859-1924). Actriz italiana, de fama mundial entonces.

[290] John Drew (1853-1927). Actor norteamericano.

[291] Auguste Eugene Scribe (1791-1861). Comediógrafo francés.

[292] Stuart Robson (1836-1903). Actor norteamericano.

[293] Clare Sutton Bloodgood (1870-1907). Actriz norteamericana.

[294] Arnold Daly. Nombre artístico de Peter Christopher Arnold (1875-1927). Actor norteamericano.

[295] Wilhelm Meyer-Förster (1862-1934). Novelista y comediógrafo alemán.

[296] Mary G. Shaw (1854-1929). Actriz norteamericana.

[297] Julia Marlowe. Nombre artístico de Sarah Frances Frost (1866-1950). Actriz inglesa.

[298] Mary Tudor (1516-1558). Reina de Inglaterra. Católica y casada con Felipe II de España.

[299] Alfred Edward Woodley Mason (1865-1948). Novelista y comediógrafo inglés.

[300] Jacob P. Adler (1855-1926). Actor norteamericano. Fundador y promotor del teatro judío en idisch en los Estados Unidos.

[301] James Sheridan Knowles (1784-1862). Comediógrafo inglés.

[302] Viola Allen (1869-1948). Actriz inglesa.

[303] Edward George Earle Lytton Bulwer (1803-1873). Político. novelista y dramaturgo inglés.

[304] Mary Mannering. Nombre artístico de Florence Friend (1876- ?). Actriz inglesa.

[305] William Gillette (1855-1937). Actor norteamericano.

[306] Ben Greet. Nombre artístico de Sir Philip Ben Greet (1857-1936). Actor y director teatral inglés; gran intérprete de Shakespeare.

[307] Julio Ortega Frier (1888 - ?). Político, escritor y pedagogo dominicano. "Flat": en inglés, piso de la casa de departamentos.

[308] Después de realizar gestiones en los Estados Unidos para arreglar el problema de la deuda pública dominicana, Francisco Henríquez y Carvajal, a comienzos de 1901 había regresado a Santo Domingo y el proyecto de contrato que había preparado a ese efecto, fue rechazado por el Congreso, ante el cual lo presentó. Renunció al Ministerio de Relaciones Exteriores pero el Presidente Jiménez lo mantuvo en Correos y Telégrafos. Entre tanto continuó con su intensa labor de periodista político bajo los seudónimos, ya mencionados, de "Cayacoa" y "Cotubanama". Pero a mediados de 1902, la revolución del Vice-Presidente Horacio Vásquez depuso a Jiménez, y Henríquez y Carvajal volvió a exiliarse en Cuba, donde revalidó su título de médico, profesión que ejerció, la mayor parte del tiempo, en Santiago de Cuba. De allí las dificultades económicas de Pedro y Max en los Estados Unidos. Además, Henríquez y Carvajal, después de enviudar, se había vuelto a casar con Natividad Lauransón y comenzaba una familia nueva en Cuba.

[309] Ramón Cáceres (1868-1911). Político dominicano que había asesinado personalmente al tirano Ulises Heureaux y alcanzado, por fin, la Vicepresidencia de la República.

[310] Rudyard Kipling (1865-1936). Poeta inglés; se lo consideraba el portavoz poético del Imperio británico en la hora de su mayor gloria.

[311] Máximo Gorki (1868-1936). Novelista y cuentista ruso.

[312] Se refiere al artículo "Hostos" (1903); en *Obras Completas*, I, 97-99.

[313] Anna Olive Fremstad (1870-1951). Soprano sueca radicada en los EE.UU. y celebrada por sus interpretaciones de las óperas de Wagner.

[314] Edyth Walker (1867-1950). Cantante norteamericana.

[315] Enrico Caruso (1873-1921). Tenor italiano; el más famoso de su tiempo.

[316] Ernest Kraus (1863-1941). Cantante alemán.

[317] Félix Mottl (1856-1911). Director de orquesta austríaco.

[318] Arturo Luiggi Aurelio Vigna (1863-1927). Director de orquesta italiano.

[319] Conocidas óperas de Verdi, Donizetti y Puccini.

[320] François Adrien Boieldieu (1775-1834). Músico y compositor francés.

[321] Ludovic Halévy (1834-1908). Dramaturgo francés.

[322] Henry Joseph Wood (1869-1944). Director de orquesta inglés.

[323] Vasili Ilich Safonoff (1852-1918). Director de orquesta ruso. Radicado (1906-9) en los EE.UU., dirigió el National Conservatory y la Orquesta Filarmónica de New York. Fue uno de los maestros del ruso A. Scriabin.

[324] Jules Edouard Juda Colonne (1838-1910). Violinista y director de orquesta francés.

[325] Félix von Weingartner (1863-1942). Director de orquesta alemán.

[326] Alfred Reisenauer (1863-1907). Pianista alemán.

[327] Fannie Seisler-Bloomfield (1863-1927). Pianista polaco-norteamericana.

[328] Raoul Pugno (1852-1914). Pianista francés.

[329] Jacques Thibaut (1880-1953). Violinista francés.

[330] Pablo Casals (1876-1973). Violoncelista español.

[331] Adelina Patti (1843-1919). Soprano italiana.

[332] Coloratura, palabra italiana del léxico musical: Trozo musical rápido con muchos adornos.

[333] Ada Rehan (1857-1916). Actriz norteamericana.

[334] Israel Zangwill (1864-1926). Escritor inglés; sionista y difusor de la temática judía.

[335] Nathaniel Carli Goodwin (1875-1919). Actor norteamericano. "Art nouveau": Formas renovadas de la decoración europea posteriores a 1890.

[336] George Bernard Shaw (1856-1950). Ensayista y comediógrafo irlandés cuya importancia en las letras inglesas fue advertida muy tempranamente por P. H. U., quien le dedicó uno de sus primeros estudios: *III. Bernard Shaw* (1904), recogido en *Ensayos críticos* (1905). También le interesaron sus ideas sociales y políticas, sobre todo su socialismo reformista y pacifista, el "fabianismo", con su crítica de la sociedad puritana y el feminismo. Esta simpatía con el pensamiento de Shaw lo llevó a participar en el "Grupo solidario del movimiento obrero", que inspirado en estas ideas, se formó en México en abril de 1922. Por último, ya en la Argentina P. H. U. dedicó a Shaw un cursillo en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires: *I. Bernard Shaw. Vida y obra* y *II. Bernard Shaw y la economía política*, en la revista *Cursos y Conferencias*, 3, 6, dic. 1933, 593-608 y 3, 8, feb. 1934, 787-795; sobre apuntes de su discípulo Enrique Anderson Imbert, quien ha profundizado en este tema, de acuerdo con el magisterio de P. H. U.

[337] Sir Johnston Forbes Robertson (1853-1937). Actor inglés.

[338] John Corbin (1870-1959). Crítico teatral norteamericano.

[339] Henry Arthur Jones (1851-1929). Comediógrafo inglés.

III

1. En Marzo de 1904, mi padre decidió que abandonáramos Nueva York, y partimos á Cuba, donde pensaba radicarse[340]. No dejé Nueva York con pena; sentía que la gran ciudad me había enseñado cuanto debía enseñarme y que ahora su enseñanza, moral é intelectual, debía servirme para vivir entre mis gentes. Al salir, recuerdo que vi con curiosidad cómo la metrópoli adquiría á la distancia una tonalidad gris, cómo se envolvía por fin en niebla gris, y cómo desaparecía al fin, perdiéndose entre el color del horizonte.

Tres días después, sintiendo penetrar en mí el calor del trópico, llegamos á la Habana, la cual se ofreció á mi vista llena de color y de luz. Cada casa mostraba un color distinto, y el efecto, en contraste con el gris neoyorkino, me parecía espléndido. Ya en la ciudad, hube de encontrar muchos defectos: los paseos son hermosos, pero la estrechez de las calles y la falta de estilo en los edificios me chocaron como vulgaridades.

2. Mi padre tenía ya en la Habana muchas amistades, y nos presentó á ellas: las principales eran el General Máximo Gómez, nuestro compatriota; la familia de D. Manuel Hierro y Mármol, á cuyas hijas dedicó el eximio gallego Curros Henríquez[341] (residente en la Habana desde hacía largos años) una de sus más hermosas poesías castellanas, si nó la más hermosa; la familia Billini[342], dominicana, una de cuyas hijas Adriana, es pintora, y dirige una academia

de arte; el prominente hombre público Dr. Eusebio Hernández[343]; Lola Rodríguez de Tio[344], la poetisa puertorriqueña, con su esposo D. Bonocio Tio y su hija Patria, casada con el Dr. Fernando Sánchez de Fuentes; el poeta Pichardo[345], director de *El Fígaro;* y D. Manuel Silveira, jefe de una importante casa comercial. Este ofreció á nuestro padre colocarnos á mi hermano mayor y á mí en la millonaria casa de Silveira y Compañía; y así lo hizo: en esa casa trabajé desde Abril de 1904 hasta Diciembre de 1905.

3. Mi padre, entre tanto, quería establecerse en la Habana, pero como esto requería gastos no pequeños, decidió ensayar primero Santiago de Cuba, á reserva de pasar más tarde á la capital: lo que hasta este momento no ha realizado. Quedamos, pues, mi hermano mayor y yo en la Habana, dizque provisionalmente en aquella situación; y mi padre partió á Santiago, donde hizo trasladarse á la familia, y con ella á Max, quien había permanecido en Santo Domingo.

Apenas llegó Max á Santiago, fundó una revista con el nombre *Cuba literaria.* La revista era semanaria; de pocas páginas, no muy bien impresa, y sí mal ilustrada; la colaboración seria no abundaba tanto como era de desear, pero la insistencia de Max logró que allí escribieran, con más o menos frecuencia, Lola Tio, Pichardo, Enríque Hernández Miyares[346], Francisco Díaz Silveira[347], y otros [literatos 14
habaneros. La colaboración de Santiago de Cuba, por supuesto, aunque allí no abundan los escritores, era bastante frecuente; y la de Santo Domingo era bastante numerosa.

Para *Cuba literaria* comencé á escribir con frecuencia. Antes solo había publicado con intermitencias en los periódicos de Santo Domingo; y, por deferencia á mi padre, *El Fígaro* de Pichardo había publicado mi retrato, con el de mi padre y el de Max, y un artículo elogioso de Tulio M. Cestero. Escribí algunos versos; ante todo, muchas postales, pues era la época de ellas (aunque ya en postrimerías) y tuve que escribirlas para muchas cubanas y dominicanas, y hasta para algunas argentinas; *La Serpentina,* que publiqué en *Cuba musical* con un dibujo modernista de mi compatriota Bienvenido Iglesias; *Todo lo que pasa es bello. . .* dedicada á Rosa Anders Causse, joven linda y semi-intelectual, de

Santiago de Cuba, á quien traté pocos días en la Habana; unos versos de recordación a una Irene, que conocí en Nueva York en los últimos días de 1903, los versos *Hacia la luz*, paralelo de pesimistas y optimistas; y el poema *Lux*, inspirado en un dibujo de Patten Wilson. Pero escribí sobre todo en prosa, y en crítica, algunos trabajos sobre música, como *Richard Strauss* y *La profanación de Parsifal*[348], que publiqué en *Cuba musical*, revista dirigida por el músico Marín Varona[349]; otros sobre literatura, que publicaba, ya en *Cuba literaria* de Max (*José Joaquín Pérez*, *Ariel* la obra de Rodó– *Rasgos de un humorista* –Bernard Shaw–, el fragmento sobre D'Annunzio como poeta), ya en *La Cuna de América* de Santo Domingo (*Reflorescencia*, sobre Gastón Deligne, *Sobre la Antología* proyectada por Américo Lugo)[350], ya en *La Discusión* de La Habana (*Pinero*, *El modernismo en la poesía cubana*, *La sociología de Hostos*). Estos artículos, si en Cuba no eran muy leídos, sí lo fueron en Santo Domingo, donde comenzaron á ocuparse de mí.

4. Pero aquella situación, aunque segura, no me agradaba. Tenía amistades, y ciertas relaciones sociales, pero no me interesaban gran cosa los deberes que me imponían; tuve por primera vez amigos verdaderamente escogidos por mí: dos dominicanos, uno, Bienvenido Iglesias, aficionado al dibujo y algo tímido en sociedad; otro, Romano E. Pérez Cabral, de gran talento pedagógico y juicio atrevido y mordaz, ambos de esas inteligencias que da nuestro país, pero que no las forma ni educa, y que por falta de ciertas ventajas permanecen largo tiempo, á veces siempre, en la sombra. El empleo en la casa de Silveira me tomaba mucho tiempo; y para estudiar algunas cuestiones tenía que pasarme las horas de mediodía y los domingos, á veces íntegros, en la Biblioteca Nacional. No tenía verdaderas amistades literarias, salvo Lola Tio y su familia, á quienes visitaba de tarde en tarde y más social que intelectualmente; Juan Guerra Núñez[351] y un corto grupo de sus amigos (Gonzalo Ruiz Zamora y Gabriel de la Campa eran jóvenes despiertos); y el poeta Pichardo, á quien muy de tarde en tarde veía.

Ya á mediados de 1905, Max decidió salir de Santiago de Cuba, abandonar *Cuba literaria*, y radicarse con nosotros

en la Habana. Así lo hizo; y su llegada me relacionó un poco con otros literatos cubanos; hice especialmente amistad con José López Goldarás, versado en cuestiones gramaticales, y Arturo R. de Carricarte, turbulento y audaz[352].

5. La Habana, por lo demás, como ciudad de mucha actividad social, hubiera ofrecido mayor interés á quién no hubiera visto en todo ello superficialidad incurable. Sus paseos, ciertamente, permiten pasar agradablemente cuantas horas se desee al aire libre; las fiestas son frecuentes, y durante mi permanencia allí vi batallas de flores, luchas de Carnaval, carreras de automóviles, y fiestas sociales. En los bailes y en los teatros, las habaneras son siempre ornamentales. Los teatros solían ofrecer espectáculos y conciertos interesantes: en materia musical, no era mucho lo que se obtenía, aunque sí lo que pretendían los organizadores: una orquesta de menos de cincuenta músicos daba conciertos en los cuales pretendía tocar oberturas de Beethoven; la banda de la Policía, por empeños de su director Tomás, se atrevió á tocar, en una serie de conciertos históricos, la *Muerte y transfiguración* de Richard [Strauss. ¡Lástima de esfuerzos! El estimable pianista asturiano Benjamín Orbón y el flautista domínico-cubano Emilio Puyans dieron conciertos á los que asistí: á Puyans lo conocí personalmente, por ser su padre residente de Santiago de Cuba y amigo del mío. En ópera, oí á Luisa Tetrazzini[353], que había enloquecido á la Habana, antes de ser famosa, pero que yo juzgué desde luego inferior á la Sembrich y á la Melba; y más tarde, una compañía en que figuraban Elda Cavalieri[354], Fede Fassini, Angelini Fornari, Perelló de Segurola, y otros, á quienes oí *Manon* de Puccini[355], *La Favorita*, y algunas obras más. En cuestión de drama, pasaron por allí Teresa Mariani[356] (*Divorçons* de Sardou), Italia Vitaliani[357] (*Hedda Gabler, Magda, La segunda Mrs. Tanqueray; Come le foglie* de Giacosa[358], *La locandiera* de Goldoni[359], *Zaza*, etc.), Virginia Reiter[360] (*La moglie di Claudio, Mme. Sans Géne*), la Réjane[361] (*Sapho* de Daudet[362], *Zaza, Amoureuse* de Porto-Riche[363], *La douloureuse* de Donnay[364], *Lolotte* de Meilhac[365] y Halevy, *L'hirondelle* de Darío Niccodemi[366], argentino acompañante de la actriz), y algunas

14 bi

compañías de castellano, especialmente la de Francisco Fuentes[367], por quien comencé á conocer el teatro de Benavente[368], los Quintero[369], y Rusiñol[370].

Como muestra de la magnitud que alcanzan los actos públicos para la gente de la Habana, recordaré la muerte de Máximo Gómez[371], á cuyo entierro acudió toda la ciudad, pudiéramos decir: nunca he visto multitud tan enorme.

En cuestiones intelectuales, la juventud cubana da poco de sí; pero entre los viejos hay todavía eminencias indiscutibles y magníficos oradores. Pude oír hablar á tres principales: Sanguily[372], Montoro[373], González Lanuza[374]; á D. Enrique José Varona[375], el primer intelectual de Cuba; y á Alfredo Zayas[376], y á los Dolz[377], y á Juan Gualberto Gómez[378], y á tantos otros.

6. De todos modos, me parecía estrecho campo el de Cuba; detalles de las costumbres y las tendencias cubanas me chocaban, y hacia fines de 1905 mi mayor deseo era salir de allí. Deseaba al mismo tiempo publicar un libro, y reuní dinero y coleccioné trece artículos que publiqué en un folleto de ciento veinte páginas: los asuntos eran: D'Annunzio poeta; Tres escritores ingleses (Oscar Wilde, Pinero, y Bernard Shaw); El modernismo en la poesía cubana; José Joaquín Pérez; Rubén Darío; *Ariel* (La obra de Rodó); Sociología: la obra de Hostos y *La evolución super-orgánica* de Enrique Lluria; La música nueva: la escuela italiana y Richard Strauss; la profanación de *Parsifal*.

Al fin, vino á decidirme á salir de Cuba el ejemplo de Carricarte, el cual se había ido á instalar á Veracruz como periodista, y nos había escrito pintándonos una brillante situación. Creí en su dicho, y me alisté á partir, sin avisarle á mi padre, quien sabía yo que se opondría. El 28 de Diciembre de 1905 me fue entregado mi libro *Ensayos críticos*[379]; y el día 4 de Enero me embarqué para Veracruz. Ese mismo día había escrito á mi padre comunicándole mi resolución, á fin de que la carta le llegara cuando me encontrara yo en alta mar; así sucedió en efecto, pero mi padre hizo un último esfuerzo telegrafiando á mis hermanos para que impidieran mi viaje si aún no me había embarcado.

Notas

[340] Instalado en Cuba, Francisco Henríquez y Carvajal, aparte del ejercicio de la medicina en Santiago de Cuba, colaboró mucho en la revista "Cuba literaria", junto con su hijo Max, quien también está ligado estrechamente al desarrollo de las letras y la cultura cubana.

[341] Manuel Curros Enríquez (1852-1908). Poeta español popular en su tiempo por obras de tema y en idioma gallego. Residió en La Habana entre 1894 y 1908. La colonia gallega era una de las más grandes de América.

[342] La familia Billini estaba ligada íntimamente al desarrollo político y cultural de Santo Domingo. Francisco Gregorio Billini y Aristy (1844-1898) fue Vice-Presidente de la República y otros miembros de dicha familia se destacaron en las artes, las letras, la política y la educación.

[343] Eusebio Hernández y Pérez (1853-1933). Escritor, militar e historiador cubano, radicado en Santo Domingo.

[344] Dolores Rodríguez de Tio (1863-1924), conocida como "Lola Tio". Poetisa puertorriqueña, con largas residencias en Santo Domingo y Cuba y activísima en las luchas independentistas del Caribe.

[345] Manuel Serafín Pichardo Moya (1866-1937). Poeta y periodista cubano. "El Fígaro" fue fundado en La Habana en 1885 y apareció hasta la década de 1940. Con un contenido general, era co-director Ramón A. Catalá (1866-1941) y colaboraron importantes escritores cubanos como Federico Uhrbach (1873-1932) y José Manuel Poveda (1888-1926).

[346] Enrique Hernández Miyares (1859-1914). Escritor cubano.

[347] Francisco Díaz Silveira (1871-1924). Escritor cubano.

[348] Parte de esta producción de P. H. U. está en la mencionada edición de sus *Poesías juveniles* (1949). Otros textos en *Ensayos críticos* (1905). Como era habitual, colaboraba en numerosos periódicos de toda América.

[349] José Marín Varona (1859-1912). Músico y compositor cubano, en cuya revista *Cuba musical,* aparecieron muchos de los textos de P. H. U.

[350] Américo Lugo (1871-1952). Ensayista, crítico, historiador y poeta dominicano.

[351] Juan Guerra Núñez (1883-1943). Poeta cubano.

[352] Arturo R. de Carricarte (1880-1948). Escritor y periodista cubano que se radicará en Veracruz, México, donde se relacionará

más estrechamente con las actividades de P. H. U., cuando éste llegue a dicho país.

[353] Luisa Tetrazzini (1874-1940). Soprano italiana.

[354] Elda Lina Cavalieri (1874-1944). Soprano italiana.

[355] Giacomo Puccini (1858-1924). Músico y compositor de óperas italiano.

[356] Teresa Mariani (1871-1914). Actriz italiana.

[357] Italia Vitaliani (1866-1938). Actriz italiana.

[358] Giuseppe Giacosa (1847-1906). Escritor y poeta italiano.

[359] Carlo Goldoni (1707-1793). Comediógrafo italiano.

[360] Virginia Reiter (1858-1937). Actriz italiana.

[361] Réjane. Nombre artístico de Gabrielle Charlotte Regu (1856-1920). Actriz francesa de gran fama en su tiempo.

[362] Alphonse Daudet (1840-1897). Novelista y comediógrafo francés.

[363] Georges de Porto-Riche (1849-1930). Comediógrafo francés.

[364] Charles Maurice Donnay (1859-1945). Comediógrafo francés.

[365] Henri Meilhac (1831-1897). Comediógrafo francés; autor de operetas.

[366] Darío Niccodemi (1874-1934). Escritor y comediógrafo italiano. Vivió en la Argentina desde su niñez, por lo cual P. H. U. lo cree argentino.

[367] Francisco Fuentes (1870-1934). Actor español. Famoso por sus representaciones del teatro de Galdós. En la compañía con que vino a Hispanoamérica figuraban actores como Ricardo Calvo y Margarita Xirgu.

[368] Jacinto Benavente (1866-1954). Comediógrafo español. Premio Nobel 1922.

[369] Serafín (1871-1938) y Joaquín (1873-1944) Álvarez Quintero. Comediógrafos españoles famosos en el "género chico": comedias y sainetes.

[370] Santiago Rusiñol (1861-1931). Escritor, novelista, poeta, comediógrafo y pintor español. Famoso por su obra en español y catalán y por su pintura. La minuciosa crónica de las actividades artísticas neoyorquinas que hace P. H. U., lo mismo que las de Cuba y México, muestra la riqueza de su experiencia como espectador, al cual las grandes compañías de teatro y ópera y los intérpretes musicales más prestigiosos, le ofrecieron las mejores obras clásicas y

modernas en sus versiones originales y en el nivel de la calidad más exigente.

[371] El 25 de junio de 1905, ante la muerte del prócer, P. H. U. escribió su poema "Máximo Gómez", recogido en *Poesías juveniles* (1949), ya citado.

[372] Manuel Sanguily (1849-1924). Escritor y político cubano.

[373] Rafael Montoro (1852-1933). Escritor, historiador y político cubano.

[374] José Antonio González Lanuza (1865-1917). Jurista y político cubano.

[375] Enrique José Varona (1849-1933). Ensayista y filósofo cubano. A pesar de sus reservas sobre ciertas opiniones literarias, fue una de las grandes admiraciones intelectuales de P. H. U., quien apreciaba su escepticismo activo, es decir, una incredulidad que no significaba quietismo sino acción renovada en favor del progreso y el bien. Cfr. P. H. U. *El maestro de Cuba,* en "La Nación", de Buenos Aires, 15, marzo, 1936.

[376] Alfredo Zayas (1861-1934). Historiador, poeta y político cubano; fundador del Partido Liberal y Presidente de la República (1921-1925).

[377] Marco Antonio Dolz (1884-1940). Periodista, escritor y poeta cubano.

[378] Juan Gualberto Gómez (1854-1933). Periodista y político cubano; famoso por sus actividades independentistas.

[379] Los *Ensayos críticos* de P. H. U. fueron publicados en la Imprenta de Esteban Fernández, La Habana, 1905, 120 páginas.

IV

1. Llegué a Veracruz el 7 de enero de 1906. Gusté del paisaje, (la vista del Orizaba nevado) desde el buque, pero la población me produjo impresión desastrosa; no había coches, las calles casi se parecían á las de Cabo Haitiano, las casas eran en su mayoría de aspecto pobre, y en suma, todo el caserío tenía un aspecto de pobreza al cual no estaba yo acostumbrado. Y para colmo, la brillante situación pintada por Carricarte era fantasía; y ni siquiera había gentes con quien tratar de cuestiones intelectuales, pues los periodistas del lugar no son ilustrados y apenas si D. José Luis Prado[380] tiene la ilustración suficiente para que su conversación sea agradable á cualquier persona culta.

Carricarte, además, era todo un tipo; hasta sus amistades eran cosa singular. Para muestra un botón: el poeta colombiano Israel Vásquez Tepes, individuo abandonado y perezoso, á quien Carricarte mantenía. Sin embargo, como por su indicación había ido allí, tuve con él intimidad y afecto; pues sus *rarezas* no las descubrí enseguida.

[2. Me resigné, mientras tanto, á vivir con el dinero que 15
tenía (afortunadamente, al salir de Cuba me había hecho un regalo la casa de Silveira y Cía.), y hasta me arriesgué á emprender una idea de Carricarte: la publicación de una *Revista crítica*. La idea tenía mucho de fantástica, en una ciudad como Veracruz y para un público tan poco crítico como el hispano-americano; pero Carricarte había calculado

un costo mínimo, el cual, sin embargo, creció hasta duplicarse; obtuvo un buen número de anuncios en la misma Veracruz, y, apenas estuvo listo el primer número, en la imprenta de *El Dictamen,* emprendió (y me hizo emprender) una extensa labor de correspondencia: primero, á los periódicos de México, todos los cuales (excepto *El Imparcial*) dieron cuenta de la Revista en términos elogiosos; luego, á una multitud de personajes tanto de México como de América y aun de Europa. Nuestro atrevimiento llegó hasta nombrar corresponsales, sin previo aviso, y escribirles en seguida rogándoles aceptaran y enviándoles el primer número: algunos, como Fitzmaurice Kelly[381], no contestaron; pero la mayoría aceptó: por ejemplo, Johann Fastenrath[382], en Colonia; y no se diga de los de Hispano América. Nos dirigimos á Roosevelt[383], quien contestó por medio de su secretario que le era imposible, en su carácter de presidente, dar opinión sobre una publicación; en cambio, contestaron elogiosamente, en México, Porfirio Díaz[384] como presidente y Justo Sierra[385] como Ministro de Instrucción; y entre las cartas importantes que recibimos, recuerdo las de Charles Leonard Moore[386], el crítico norte-americano (carta tan hermosa que la tradujimos y publicamos), Rafael Altamira[387] (otra carta no menos interesante, en la cual hablaba de la influencia hispano-americana en España), Enrique José Varona, (con valiosos consejos) y Aurelia Castillo de González.

En realidad, si la intención era alta, el periódico dejaba mucho que desear. El artículo-programa, escrito por Carricarte, contenía demasiada divagación; seguía un artículo mío sobre *Cuba* (notas de psicología literaria) en el cual quise sostener que "el espíritu cubano es más filosófico que poético"; y una larga serie de notas, en las cuales Carricarte desparramó elogios á diestro y siniestro. Como á mí personalmente, no me agradaba el sistema de elogios, convine en que desde el siguiente número pusiéramos cada uno nuestras respectivas iniciales al pie de nuestras notas; y así lo hicimos en el segundo número, cuya aparición nos costó no poco trabajo.

3. Mientras tanto, mi libro *Ensayos críticos* había corrido buena suerte. La prensa de Cuba, si no se ocupó en él como en otros libros cuyos autores tenían allí más amistades que yo, habló de él, sin embargo, lo suficiente; solo un artículo, de un joven Napoleón Gálvez, me trató con cierta sorna por haber concedido demasiada atención á los jóvenes de Cuba en mi artículo sobre *El modernismo en la poesía cubana*[388] (el articulista se atrevió á llamar á Casal "diamante de *doublé*"); pero hasta el español *Ruy Díaz* (Enrique Corzo) á quien se temía por sus críticas gramaticales, afirmó que el libro "haría época en la literatura cubana" (cosa que no ha sucedido, ciertamente). En México sólo hablaron del libro unos cuantos periódicos de importancia secundaria: *La Patria,* en artículo de Carlos González Peña[389]; *El Correo Español,* por boca de José Escofet[390]; *El Progreso latino,* en nota bibliográfica del terrible Ciro B. Ceballos[391]. Lo que más me satisfizo fueron las cartas de estímulo que recibí de algunas personalidades: Ricardo Palma[392] (Lima), Juan Zorrilla de San Martín (Montevideo), José S. Chocano[393] (desde Madrid), Ricardo Jaimes Freire[394] (desde Tucumán), Numa Pompilio Llona[395] (Quito), José Enrique Rodó (Montevideo), Justo A. Facio[396] (San José de Costa Rica), Gil Fortoul[397] (desde Berlín), y otros. La Academia Española me acusó recibo. En España le consagró un artículo excesivo Andrés González-Blanco (*Luis de Vargas*)[398] en *Nuestro Tiempo,* y otro muy templado, la revista *Cultura española,* dirigida por Altamira. En Hispano América se ocuparon de él *La Quincena* de San Salvador y *El Cojo Ilustrado* de Caracas.

4. Pero, si mi éxito literario parecía asegurado, mi situación económica iba á ponerse complicada. Mi padre me escribió censurando mi partida; pero yo logré convencerle á medias, con razones, sobre todo diciéndole que mi idea no era quedarme en Veracruz, sino pasar a México, y acabó por contentarlo la aparición [de la *Revista crítica.* No tenía **15 bis**
trabajo al principio; pero antes de terminar el mes de Enero, el director de *El Dictamen,* José Hinojosa, que era al mismo tiempo agente del Ministerio público, me encomendó la Secretaría de su cargo, puesto que, aunque mal retribuido,

me permitiría gastar menos aprisa el dinero que tenía. A fines de Febrero, Carricarte marchó á Orizaba; así es que su compañía solo me duró mes y medio, y luego tuve motivos serios para considerar necesario abandonar la *Revista Crítica* y tratar de lejos á mi antiguo compañero.

Al irse él, Hinojosa me encomendó la redacción de algunos artículos de *El Dictamen,* especialmente las Crónicas de la semana, de las que llegué á escribir seis u ocho; pero la retribución era cortísima, llegó á acarbárseme el dinero, y así llegué a encontrarme casi atado al comenzar mi *primera salida.* Sin embargo, nunca me desanimé; recordaba un dicho de Máximo Gómez, el cual aseguraba haberse visto alguna vez, desterrado y sin recursos para mantener la familia, y en esa situación había dicho á su mujer angustiada: "Hemos llegado á la peor situación; como esto ya no puede empeorar, es inevitable que mejore". Durante mi adolescencia, mi temperamento había sido melancólico y me sumía largas horas en tristeza, que en verdad nunca fue motivada, salvo en el año de la muerte de mi madre; pero desde que entré á la verdadera lucha, había visto desaparecer mis tristezas, llegué á preguntarme por qué me entristecía antes, y concebí un optimismo que llevaba yo al extremo en mis escritos. Todavía en Nueva York, en el primer año en que tuve que ganarme la vida, como no había sentido cambiar radicalmente la situación, no noté que mis estados de ánimo cambiaran; y á fines de 1903, cuando la situación del país dominicano y la mía propia llegaban á verdadera crisis, escribí la *Íntima*[399] dedicada á mi tía Ramona, que es la composición más triste de las mías, más que la alegórica de *Mariposas negras.* Pero en Cuba, si la lucha material no fue tan dura como algunos momentos de mi permanencia en Nueva York, la lucha contra la estolidez ambiente era mucho mayor; me sofocaba á veces; y sin embargo, nunca tuve allí un momento de pesimismo; tanto en verso como en prosa, me convertí al optimismo más franco, creí en el progreso, en el porvenir de la humanidad, y otras fantasías muy en boga en estos tiempos. En Veracruz mi optimismo tampoco cedió; me hallaba en deplorable situación económica; sin la probabilidad de trasla-

darme á México, como deseaba; sin deseos de regresar á Cuba, puesto que de allí había querido alejarme, y mi regreso implicaría una derrota, y á falta de un puesto en la Habana, habría tenido que refugiarme con mi padre; no tenía aquí amistades que me estimularan intelectualmente; acababa de tener que desprenderme de una que llegué á estimar; y á pesar de ello, me reía del caso.

5. Fue entonces cuando una de esas amistades de quienes no se suele esperar grande ayuda vino á servirme inesperadamente. En *El Dictamen* figuraba como redactor, modesto y empeñoso, un joven cubano, pero ya más bien mexicano, pues desde la infancia residía en Veracruz: Arturo G. Mugica; y éste, cuando yo me hallaba lejos de sospechar tal solución, me ofreció interponer su influencia para que me trasladara á México; escribió á un amigo suyo de la capital, el cual habló al Dr. Luis Lara Pardo[400], jefe de redacción del poderoso diario *El Imparcial,* y en quince días de gestiones logró que se me llamara á formar parte de esa redacción. Escribí á Cuba pidiendo algunos recursos á mi padre; recibí lo pedido, y emprendí viaje á México, después de haber pasado tres meses y medio, singularísimos, en Veracruz.

6. Llegué á México en la noche del 21 de Abril. Había viajado de día, por el Ferrocarril Mexicano, y observé la famosa vía, que no me causó el asombro esperado. Obtuve en Veracruz informes para no tener que ir á ningún hotel ni hacer gastos inútiles; y al bajar en la estación, sabía que los tranvías me llevarían al centro; tomé un de ellos, bajé en la plaza de la Constitución, y de ahí logré encaminarme á una modesta casa de huéspedes cuya dirección traía. Esa misma noche me dirigí solo al Teatro Arbeu, donde se estrenaba *Buena Gente* de Rusiñol por la Compañía de Francisco Fuentes; quería encontrar allí á personas con quienes había cruzado cartas desde Veracruz, pero nadie supo indicármelas. Al día siguiente, domingo, me dirigí al *Imparcial;* pero recibí encargo de volver al siguiente día. Decidí, pues, pasearme; anduve á pie [hasta la Reforma; fui de nuevo al 16
Teatro Arbeu á ver el *Don Francisco de Quevedo* de Florentino Sanz[401], y por la noche al Hidalgo á oír *Un baile de*

máscaras con una modesta Compañía de ópera. Rara vez he sentido tan intensa sensación de felicidad como ese día; si en Veracruz mi mala situación no me había quitado el optimismo, el llegar á México ya en buenas condiciones y sentirme —cosa peculiar— sin lazos con nadie ni más obligaciones que las que habría de imponerme mi trabajo periodístico me producía un placer lleno de tranquilidad.

El lunes 23 entré al *Imparcial*, y en seguida me encomendaron trabajos. Los primeros días estuve á gusto; el trabajo era poco, y las gentes eran amables. Busqué á José Escofet, el joven escritor español que había hablado de mis *Ensayos* y á Carlos González Peña, con quienes hice amistad inmediata; y Escofet me hizo trasladarme á su casa, ofreciéndome que no gastaría más que en la casa de huéspedes donde me instalé la primera noche; así lo hice. Vivía Escofet con su joven esposa y su suegra, mexicana ambas; la suegra era mujer bastante perspicaz.

7. La peculiar sensación de hallarme desligado hasta de amistades cercanas, y el placer que en ello sentía, me indujeron á no buscar relaciones durante un mes. Mi tío Federico, que había estado en México como delegado de Santo Domingo al Congreso Pan-americano en 1901, me dio cartas para D. Quintín Gutiérrez, comerciante español y Cónsul de Santo Domingo, y para D. Telesforo García[402], español ilustrado que en su juventud había estado en mi país cuando la re-anexión á España; pero mi trato con ellos fue de pura fórmula. De los literatos mexicanos, tenía noticias inciertas y, después lo vi, inexactas; de los jóvenes, me dieron malos informes.

8. Sin embargo, en *El Imparcial* hube de conocer á Carlos Díaz Dufoo[403] y á Luis G. Urbina[404]; y á fines de Mayo me decidí a ensayar conocer el círculo de la *Revista moderna*. Así, un día me dirigí á casa de D. Jesús E. Valenzuela[405]; y de pronto me encontré en medio de la juventud literaria de México. Aquel día estaban allí, junto con Valenzuela y su hijo Emilio[406], Rafael López[407], Manuel de la Parra[408] y el yucateco Álvaro Gamboa Ricalde[409]. Valenzuela me recibió muy bien, y muy *sans façon;* me invitó á comer para dos días después, y los literatos jóvenes me invitaron á la nueva revista, fundada por Alfonso Cravioto[410] (entonces

en Europa), con el nombre de *Savia moderna*. Allí estuve al siguiente día; recité y me aplaudieron de manera inesperada; y en suma, al cabo de diez días conocía á los principales literatos jóvenes de México: Rafael López, Manuel de la Parra y Roberto Argüelles Bringas[411], tres poetas que me parecieron desde luego los más originales; Alfonso Reyes[412], hijo del ex-ministro de la Guerra y candidato á la Presidencia, General Bernardo Reyes[413]; tenía entonces diecisiete años y llamó la atención en el círculo juvenil su *Oración pastoral;* Ricardo Gómez Robelo[414], quien me reveló, el primero, a cuanto alcanzaba la ilustración de algunos jóvenes mexicanos, pues me habló, con familiaridad perfecta, de los griegos, de Goethe, de Ruskin, de Oscar Wilde, de Whistler[415], de los pintores impresionistas, de la música alemana, de Schopenhauer[416]. . .; Antonio Caso[417], á quien oí un discurso en la velada del centenario de Stuart Mill[418], discurso que me reveló una extensa cultura filosófica y una *manera* oratoria incorrecta todavía, pero prometedora; el joven dramaturgo José J. Gamboa[419]; los poetas Nemesio García Naranjo[420], Luis Castillo Ledón[421], Eduardo Colín[422], Jesús Villalpando[423]; y otros jóvenes que rondaban por las redacciones de *Revista moderna* y *Savia moderna* con aficiones más o menos intelectuales: Rodolfo Nervo, hermano de Amado; Benigno Valenzuela, Fernando Galván, y los pintores: Gonzalo Argüelles Bringas[424], Gerardo Murillo[425], Diego Rivera[426], Francisco de la Torre[427], pues *Savia moderna* acababa de hacer una exposición pictórica no deslucida. También conocí al poeta yucateco Luis Rosado Vega[428], de paso en la capital, á raíz de la publicación de su libro *Alma y sangre*.

El que actuaba como secretario de *Savia moderna*[429], José María Sierra, era un pobre joven consumido por el alcohol (vicio adquirido literariamente, tal vez), y como su gestión era ineficaz, se me propuso ocupara yo su plaza. Temía yo provocar enojos y aparecer como solicitador de un puesto ajeno; pero se me aseguró que ya era resolución definitiva quitar de allí al pobre Sierra, y [acepté aquel puesto, que **16 bis**
solo me duró tres meses, pues *Savia moderna* murió poco

después. En ese período traté de darle forma según mis ideas; pero la colaboración era escasa y poco importante.

Poco después que á los otros jóvenes escritores conocí a Rubén Valenti[430], que se ocupaba de filosofía, á Juan Palacios[431], que había publicado un correcto artículo de crítica, sobre Pereda[432], en *Savia moderna,* y á Jesús T. Acevedo[433], arquitecto que precisamente en esos días obtuvo el premio en el Concurso para Escuelas Normales, y de quien me hizo estupendos elogios Ricardo Gómez Robelo.

Al entrar yo á *Savia moderna,* acababa de morir Ibsen, y dí la idea de que se hiciera una velada en su honor; se invitó á Salvador Díaz Mirón[434] para que recitara su oda inédita á Ibsen, pero el poeta veracruzano no contestó, y la velada no se llevó a cabo. Poco después ideamos dar comidas íntimas, cuya idea surgió también de una que dí á los que me eran conocidos el día de mi cumpleaños, el 29 de Junio de ese año: asistieron Gómez Robelo, López, Manuel de la Parra, Emilio Valenzuela, González Peña, Escofet, Castillo Ledón y algunos más; luego dimos una comida, muy concurrida, en el Restaurant de la Paix, en honor de Rafael López, por la poesía que recitó en honor de Juárez[435], el 18 de Julio; y otra al mes siguiente, en honor de Ricardo Gómez Robelo, que acababa de publicar su desafortunado libro de versos, y de Abel C. Salazar, otro poeta joven que regresó de Jalapa con el título de abogado. Pero todo esto terminó al morir *Savia moderna.*

9. Recordaré, de paso, que Ricardo Gómez escribió un artículo sobre mi libro *Ensayos críticos,* que me parece el mejor de los que sobre él se escribieron, aunque no apoya mis ideas (por entonces también escribió sobre mí un artículo muy florido Francisco García Cisneros, desde Milán). Ricardo Gómez era devoto de Schopenhauer y le era intolerable el positivismo. Yo, en cambio, estaba en plena época positivista y optimista; y muchas veces discutimos, sin que yo cediera en mis trece. Con Rubén Valenti también comencé á discurrir sobre filosofía, y él, que leía revistas italianas y gustaba del naciente movimiento pragmatista, me despertó la afición por las nuevas tendencias, que yo veía ya mencionadas en las revistas europeas.

También por entonces llegó a México el escritor panameño Darío Herrera[436], de cuya llegada me avisó Luis Urbina; fui á verlo, y nos hicimos amigos en los meses que pasó aquí antes de salir para la Habana.

10. Mientras tanto, mi labor en *El Imparcial* era poco trabajosa; pero mi situación comenzó á ser difícil. Escribía lo que me señalaran, ir á buscar noticias á los Ministerios, hacer reseñas de las Cámaras, escribir trabajos breves de actualidad, hacer crónicas de teatro. En esto último tuve bastante qué hacer, con la Compañía dramática de Fuentes y la ópera de Lambardi (compañía menos que mediana) que estuvo primero en el Teatro Hidalgo y luego en el Orrin, y que estrenó la *Germania* de Franchetti[437] y el desacato intitulado Chopin de Orefice. Hubo luego conciertos entre sinfónicos y populares en el Teatro Arbeu, con la orquesta del Conservatorio dirigida por el maestro Meneses[438]; se ejecutó la Quinta Sinfonía de Beethoven y varios trozos de Wagner; pero yo preferí desde luego la batuta de Julián Carrillo[439], á quien ví dirigir una de las Oberturas de Leonora, de Beethoven, y la de *Der Freyschutz*, en el concierto de presentación de la joven pianista Ana María Charles, discípula del maestro mexicano Luis Moctezuma. Las crónicas de estos conciertos las compartía conmigo Ángel de Campo (*Micrós* y *Tick-Tack*)[440], el costumbrista, en quien ví una extensa cultura literaria y artística que lo mismo abarcaba lo sajón que lo latino. (Por entonces también conocí á Tablada[441], a quien tenía desconfianza por lo que de él me contaban; pero lo cierto es que mi amistad con él no me ha producido nunca molestia). Pero hacia Octubre llegó al Arbeu una compañía de ópera en la cual figuraban Demarchi, á quien había oído en el Metropolitan, la contralto Virginia Guerrini[442], el barítono Magini-Coletti[443], el joven tenor Pintucci, la soprano Giuseppina Piccoletti, y la joven mezzo-soprano Teresina Ferraris[444]. Esta compañía dio un repertorio muy aceptable: *Aida, Rigoletto, Los Hugonotes, Carmen, Bohemia, Tosca, Payasos, Germania, Lohengrin, Sansón y Dalila* de Saint-Saëns[445], *Werther* de Massenet[446], *La condenación de Fausto* de Berlioz[447] (espléndidamente montada), y *La leyenda de Rudel*, del compositor mexicano Ricardo Cas-

tro[448], recién regresado de Europa. (Sobre [esta escribí un artículo que publiqué en *El Imparcial* firmado "Un dilettante")[449]. Coincidió esta Compañía con la de la soprano española María Barrientos[450], que fue vencida en la lucha, pues el público de México declaró preferir la música contemporánea á la italiana de antes de 1850: la Barrientos cantó *Barbero de Sevilla, Sonámbula, Los Puritanos, Lucía, Don Pasquale,* la *Dinorah* de Meyerbeer, *Rigoletto.* 17

Precisamente las crónicas de estas funciones fueron el origen de mis dificultades. Rafael Reyes Spíndola, el director de *El Imparcial*[451], á quien no conocí sino meses después de trabajar en su periódico, tomaba á pechos la cuestión teatral; y tuvo cierto enojo porque no expresé en una de mis crónicas una opinión que él quiso sugerirme, pero que yo no había entendido; esto aparte de que tiene por norma desconfiar de sus empleados, excepto de aquellos á quienes salva un trato de largos años ó una preferencia personal. Estuve á punto de salir de *El Imparcial,* aunque sin saber qué debería hacer; pero permanecí allí gracias á los buenos oficios del Dr. Lara Pardo, si bien con la eterna dificultad presente. Mi trabajo aumentó; llegó á hacerse durísimo: tuve á mi cargo la traducción de noticias del *Mexican Herald*[452], que se entregaban al *Imparcial* en pruebas de imprenta, en inglés, y había que estar traduciéndolas hasta las 2 de la mañana; y á pesar de ello, todavía se me encargaban noticias que había que obtener muchas veces antes del mediodía. Por último, se instaló una sección de traducciones, para llenar grandes páginas dominicales y algunas diarias; y á ella pasé con Miguel Ordorica, joven exmilitar muy sincero y entusiasta, con quien hice bastante buena amistad.

11..Como á poco de establecerme en México, mi situación pareció hacerse buena, sobre todo en punto de relaciones literarias (al grado de que Carricarte, –quien llegó a México poco después que yo, queriendo establecerse, lo que no logró, y cuya amistad esquivé prudentemente,– concibiera odios contra mí), mi padre había quedado satisfecho, y luego Max se empeñó en pasar á México. Cuando esto intentó, ya no estaba yo en el caso de hacerme ilusiones sobre

mi situación, y así le escribí; pero él rompió con *La Discusión*, el diario habanero donde trabajaba, fue á Santo Domingo, donde presentó un examen final de bachillerato que había dejado pendiente, y regresó á la Habana, y se empeñó en venir a México.

Por fortuna, en México se acababa de fundar *El Diario*, empresa semi-extranjera; el director era el diputado Juan Sánchez Azcona[453]. Dije á Max que viniera, y al llegar logró entrar á la redacción de *El Diario*, en situación mucho mejor que la mía en *El Imparcial*.

12. Max me trajo nuevas de Santo Domingo. Desde principios de 1904, los disturbios habían cesado; Carlos Morales, que ocupaba la presidencia con Ramón Cáceres como vicepresidente, había parecido hombre enérgico desde el principio, y su gobierno se sostuvo, aunque con algunas violencias. Pero á fines de 1905 Morales se convenció de que su siuación con el partido *horacista*, al que había tenido que afiliarse, era falsa, y se fue del país sin explicar su conducta. Cáceres ocupó el poder pacíficamente, según la ley; y en elecciones posteriores fue nombrado presidente. Mientras tanto, el *jimenismo* había muerto; habían muerto sus caudillos guerreros y sus protectores ricos; quedaba D. Juan Isidro Jiménez, en cuyo nombre ya no era posible intentar otra revolución, y mi padre, cuya actitud nunca podrá servir de bandera á tendencias revolucionarias. El *horacismo*, pues, quedaba en plena posesión del poder; y la presidencia en manos de Cáceres: al cabo de seis años de muerto Heureaux, el poder venía á manos de su matador, á quien el pueblo había aclamado y coronado de palmas en 1899. ¿No habría sido más lógico que el poder pasara desde entonces á sus manos? Recuerdo que Ulises Heureaux, el hijo del tirano, opinaba alguna vez en lo privado, diciendo á amigos íntimos: Yo comprendo el prestigio de Cáceres; se le enfrentó al *hombre;* pero ¿de donde le ha salido esta aureola á Horacio Vásquez? Ello es que del mismo Jiménez podría decirse que su aureola era ficticia; su único mérito era haber sido hombre de grandes negocios, hostilizado por Heureaux, y, como adición, haber pretendido derrocar al tirano, desde el año de 1898, en una intentona fracasada. El pueblo, por

supuesto, lo aceptó con gusto, pues se le dijo que era el candidato de los hombres [que derrocaron la tiranía; y puesto que todos parecían estar de acuerdo, nada mejor podía desearse. Pero luego se vio que el acuerdo era fingido, y que la intriga había sembrado profundamente en el grupo de Vásquez y Cáceres la noción de que a ellos correspondía el poder: lo cual no era del todo falso, dentro de la lógica de nuestras revoluciones. De todos modos, al morir Heureaux y caer sus descendientes, subió Jiménez, subió luego Horacio Vásquez, no pudo sostenerse; los elementos del grupo de Heureaux reaparecieron bajo el gobierno de Woz y Gil; derrocó á este un caudillo improvisado, y, por fin, este se escapa prudentemente para dejar el puesto á quien debió apoderarse de él, acaso, desde el principio. Ello es que desde principios de 1904 hay paz en Santo Domingo; y que desde la partida de Morales esa paz no ha necesitado de violencias para continuar. ¡Gracias sean dadas á los dioses! **17 bis**

13. Max llegó á México en Febrero de 1907; y tomamos una casa, en unión de Luis Castillo Ledón y de su hermano Ignacio, en la séptima calle de Soto, en la Colonia Guerrero. Su posición en *El Diario* llegó á parecer brillante; y Sánchez Azcona me hizo también á mí proposiciones para que pasara á aquel periódico. Vacilé un poco, porque *El Diario* era entonces enemigo acérrimo de *El Imparcial*, pero la oferta de Sánchez Azcona me presentaba condiciones muy superiores, y á la verdad, yo nada debía á *El Imparcial* sino disgustos y exceso de trabajo y mala retribución. Declaré el caso á Reyes Spíndola, quien desde entonces ordenó que mi nombre no se mencionara nunca en su periódico (su disgusto no fue pequeño; aunque al hablar conmigo estuvo muy sereno en apariencia, después dijo que yo lo había *insultado*); para colmo, el Dr. Lara Pardo había salido ya de aquella redacción; y pasé á *El Diario*, pero con la intención, que cumplí, de no escribir en contra de *El Imparcial;* hice el cambio á fines de Mayo.

14. Fue aquella una hermosa época de actividad juvenil en México. Un periodista viejo, con pretensiones de crítico y poeta, Manuel Caballero[454], lanzó al público una *Revista*

Azul, muy mal escrita y con un programa en que se atacaba á los escritores *modernistas*, pretendiendo así continuar la *Revista Azul* que dirigió Gutiérrez Nájera[455]: la iniciadora, en México, del movimiento *modernista*. La juventud se indignó, y organizó un acto de protesta: el 17 de Abril, en la tarde, se hizo una procesión desde el jardín de la Corregidora Domínguez hasta la Alameda Juárez; como insignia se llevaba un estandarte con el lema *Arte libre*, y nos acompañaba la Banda de un regimiento tocando marchas. Al llegar á la Alameda Juárez, dijo una poesía Rafael López, un discurso Max, otro Ricardo Gómez Robelo, y leyó un soneto de D. Jesús E. Valenzuela, Alfonso Cravioto, que ya había regresado de Europa. La procesión fue seguida por una gran multitud estudiantil que vitoreó los discursos. En la noche, se dio una velada en el Teatro Arbeu. Iba á hablar Urueta[456], y la excitación por oírle era grande. Así es que la música que se ejecutó fue oída sin mucha atención; ni tampoco se pararon largas mientes en el *Pax animae* de Gutiérrez Nájera, leído por Luis Urbina, ni en los versos escritos para la ocasión por Roberto Argüelles Bringas. Al aparecer en escena Elena Marín, la soprano mexicana (á quien precisamente había atacado Manuel Caballero), radiante de elegancia, hubo un breve suspenso; la soprano cantó con entusiasmo, y con entusiasmo se le aplaudió. Y llegó entonces, por fin, Urueta: no dijo un nuevo discurso, sino que repitió uno pronunciado en honor de Gutiérrez Nájera años atrás; pero rara vez habrá *dicho* Urueta tan magistralmente. Las ovaciones á cada párrafo hacían estremecer el teatro, lleno de juventud revolucionaria. Por fin, cuando intercaló una frase de desdén para Caballero, aquello alcanzó proporciones de estrépito. Al día siguiente, *El Imparcial* habló entre mal y bien del acto; elogió mucho á Max, y pidió su discurso para publicarlo, pero Max lo negó, alegando no estar conforme con los ataques hechos á nuestros compañeros; otro detalle que enconó el rencor de Reyes Spíndola.

15. A seguidas, nos lanzamos á organizar una serie de conferencias ideadas por el Arquitecto Acevedo. Estas se efectuaron en el Casino de Santa María, en este orden: 29 de Mayo, Alfonso Cravioto sobre *La obra pictórica de Carriere*[457],

de la cual expusimos un conjunto de fotografías parisienses; como complemento, Max tocó el Scherzo 2 de Chopin y recitó Nemesio García Naranjo; 12 de Junio, Antonio Caso sobre *Nietzsche*[458], con la Señorita Carmen Rebollado y la Señora María Enriqueta Camarillo de Pereyra[459] (la poetisa) como ejecutantes musicales y Manuel de la Parra como poeta; 26 de Junio, mi [conferencia sobre *Gabriel y Galán*[460], con 18
Roberto Ursúa como pianista y una poesía de Luis Castillo Ledón recitada por la Señorita María Mauleón; 10 de Julio, Rubén Valenti sobre *La evolución de la crítica literaria,* con Roberto Ursúa y Max como pianistas y una poesía recitada por Roberto Argüelles Bringas y una de *María Enriqueta* recitada por María Mauleón; 31 de Julio, Jesús T. Acevedo sobre *Aspectos de la arquitectura doméstica,* Aurelio López como pianista y Abel C. Salazar[461] y Eduardo Colín como poetas; y 14 de Agosto, Ricardo Gómez Robelo sobre *Edgar Poe*[462], con Aurelio López como ejecutante y Alfonso Reyes como poeta, con una serie de sonetos á Chenier[463] que tuvieron gran éxito.

En nuestra casa dimos varias reuniones y tés con ocasión de las conferencias; el 29 de Junio, segundo cumpleaños que pasé en México, la reunión estuvo concurridísima: los quince o veinte literatos del grupo, varios pintores y músicos, y algunas otras amistades. El Dr. Lara Pardo, que concurrió ese día, observaba humorísticamente: "De seguro que ni en Santo Domingo ni en Nueva York tuvo V. un *círculo de amigos* tan grande". Cravioto é Isidro Fabela[464] (joven de buena posición aficionado a las letras) dieron también sendos tés.

16. Darío Herrera, que había estado en la Habana unos cuantos meses y había sufrido allí un acceso de locura, se empeñó en regresar á México, y Max quiso que viniera á vivir á nuestra casa. Llegó, en efecto, en Abril, precisamente el día de un temblor fuerte, y allí estuvo con nosotros hasta la disolución de la casa, después de la cual pasó algún tiempo en México y se marchó por fin á la América del Sur. A principios de Julio llegó el poeta colombiano Julio Florez[465], á quien Darío se empeñó en llevar á nuestra casa; pero no estuvo allí sino una semana, al cabo de la cual se fue á vivir

á la casa de Ignacio Reyes[466], joven y rico pariente del General Reyes. En honor de Florez dimos un té, para el cual nos resultó estrecha la casa, pues no solo concurrieron los amigos de costumbre, sino también otros literatos mayores, como Luis Urbina, Rafael de Alba[467], Ciro B. Ceballos, Alberto Leduc[468]; y el Cónsul de Colombia, el arquitecto Julio Corredor Latorre, y periodistas, que llevaron fotógrafos. . . Pocos días después se dio otra fiesta, menos literaria, pero más costosa, en honor de Julio Flórez, en la casa de Ignacio Reyes.

17. Pero esta actividad y esta alegría juvenil sostenida á través de conferencias y reuniones debía cesar bruscamente. *El Diario* no era lo que creíamos; Sánchez Azcona, como Director, no era más que una apariencia[469]; y á la empresa pareció demasiado gasto el de los sueldos y extras que se nos pagaban á Max y á mí, y decidieron que saliera yo de allí; Sánchez Azcona logró que Max fuera dejado en su puesto. Pero Max renunció inmediata é irrevocablemente, y quedamos los dos sin trabajo. Yo me dediqué á buscarlo en el comercio, y á los tres días obtuve un empleo en la Compañía de Seguros *La Mexicana,* cuyo subdirector, D. Ramón Sáenz y Botello, me había mostrado estimación desde que me conoció en la casa de Valenzuela, y cuyo director, Emilio Berea, á quien aún no conocía, es cuñado de Isidro Fabela. Volvía, pues, á entrar al trabajo de oficina, con sus horas largas y sus impedimentos. Como mi padre habría querido que yo fuese abogado, y yo mismo comprendía que entre las carreras de estudio era la más adecuada para mí, quise estudiar desde que llegué á México; logré revalidar mi bachillerato, y comencé á asistir á algunos cursos en la Escuela de Jurisprudencia; pero el trabajo de *El Imparcial* me quitaba el tiempo y no me permitió continuar. Ahora al entrar á un trabajo de oficina se me imposibilitaba más ese deseo. Desde que entré á "La Mexicana", á fines de Julio de 1907, no he logrado encontrar otro empleo que me deje libre más horas, á pesar de que me he empeñado en buscarlo; y por fortuna, mi situación ha sido aquí siempre buena, los empleados de las oficinas corteses y reservados, mi sueldo aumentó, mi trabajo no es excesivo y sí indepen-

diente y he contado siempre con la buena voluntad del director, aunque el sub-director Sáenz murió á principios de este año 1909[470].

18. Max, mientras tanto, quiso continuar en el periodismo; no logró nada en México, y aceptó irse como jefe de redacción á *La Gaceta* de Guadalajara[471], periódico de extensa circulación; luego, por temor á ciertas dificultades que amenazaban, aunque no llegaron á presentarse, se trasladó á Monterrey, donde por influencia del General Reyes entró como editorialista del *Monterrey News*, diario [con ediciones en inglés y castellano[472]; luego, tuvo un acceso de neurastenia, se creyó enfermo y propenso á la tuberculosis, fue á ver á mi padre á Cuba (en 1908), regresó á Monterrey, pero allí volvió á creerse enfermo y se trasladó nuevamente á Cuba, para pasar varios meses en Santiago, con mi padre, reponiéndose de salud; hasta que hace dos meses decidió volver al periodismo en la Habana, donde se encuentra ahora, en la redacción de *La Unión Española*. 18 bis

19. Nuestra salida de *El Diario*, la partida de Max poco después, y la poca atención que parecieron prestarnos los amigos antes tan asiduos á nuestras fiestas, me produjo cierto estupor moral. Además, ya me había acostumbrado á las comodidades de la casa que era nuestra, y donde vivíamos á gusto; al irse Max, y como la razón de Darío Herrera había comenzado á afectarse de nuevo, y el sostener una casa habría sido más costoso siendo ya menos nosotros, tuvimos que tomar cada cual por su lado; con lo cual me fui yo á vivir al número 5 de la calle de Jesús, donde he vivido hasta ahora.

20. El curso de mi vida se ha hecho desde entonces más tranquilo. Sin embargo, á principios de 1908 hubo un suceso sensacional en el cual me tocó figurar. El Dr. Francisco Vásquez Gómez[473] escribió un folleto contra la enseñanza positivista en la Escuela Preparatoria, y los diarios católicos *El Tiempo*[474] y *El País*[475] (éste sobre todo) secundaron el ataque. Un grupo de jóvenes, de quienes aparecieron como representantes José María Lozano[476], Jesús Acevedo y Antonio Caso, organizó una manifestación contra Vásquez Gómez y en honor de Barreda[477], fundador de la Prepara-

toria. Se pensó en invitar á Salvador Díaz Mirón para que fuese orador en la ocasión, y al efecto fuimos á buscarlo á Jalapa y Veracruz Lozano, Acevedo, Gómez Robelo y yo. (Jalapa me pareció deliciosa, con su valle, sus nieblas matinales, su aire fresco y la limpieza de sus casas con frentes de azulejos en los patios; le observaba entonces á Gómez Robelo: "Para nosotros, cualquier viaje es un viaje á Italia". Veracruz estaba algo distinta: asfaltada, con tranvías, y una multitud de urracas estrepitosas en el Parque Ciriaco Vásquez). Díaz Mirón se negó á hablar, alegando razones de oratoria. Pero la manifestación se organizó en forma triple, para el domingo 22 de Marzo. Se obtuvo la contribución de los hombres del gobierno y de otras personas, y se invitó á las escuelas y á las sociedades del país á que enviaran representantes. Se obtuvo bastante dinero; pero poco contingente de representación. Hubo, no obstante, mucho público. Por la mañana, fui á la Estación del Ferrocarril Nacional, á recibir á Max y á Alfonso Reyes que llegaban de Monterrey. Nos dirigimos á la Escuela Preparatoria, donde debía comenzar la manifestación, y encontramos el gran salón de actos ya lleno de gente, y Ricardo Gómez Robelo diciendo el discurso inicial. A éste seguí yo, y luego habló Alfonso Teja Zabre[478]. Nuestros discursos fueron principalmente literarios y conmemorativos, con algunas críticas incidentales al positivismo. El Dr. Porfirio Parra[479], emocionadísimo, contestó á nuestros discursos como director de la Preparatoria; y la manifestación partió por las calles céntricas rumbo al Teatro Virginia Fabregas[480]. Allí llegamos á las diez, y comenzaron los discursos ante un público numerosísimo. Habló Enrique Rodríguez Miramón, brevemente; le siguieron, como representantes de diversas sociedades, Alberto Cañas, el profesor Adolfo Olmedo y el Dr. Alonso, de San Luis de Potosí: Cañas, que habló poco, fue aplaudido por cortesía; pero el público allí reunido era despierto y mordaz, y los otros dos desconocidos oradores recibieron burlas: el Dr. Alonso, porque se equivocaba en las pronunciaciones; Olmedo, porque leía lentamente y en voz baja; alguien del público le gritó: "No se oye, padre". La burla debía alcanzar á uno de nuestros compañeros, Rubén

Valenti, á quien el temor hizo cometer varios dislates de gesto y voz. En cambio, Hipólito Olea, con un discurso de burlas al clero, fue aclamado, y Alfonso Cravioto, con una brillantísima oración, no fue menos aplaudido. Pero el *clou* de la fiesta lo constituyeron dos sensacionales discursos políticos, en los cuales Barreda figuró poco, pero recibieron duros ataques sus discípulos como falsificadores de su obra: los discursos de Rodolfo Reyes[481], hijo del General, y de Diódoro Batalla[482]. Si el de Rodolfo se caracterizó por sus atrevidos ataques á la situación política del país, el de Batalla brilló por una serie de ironías, toscas ó finas, dirigidas á todas l partes: al régimen colonial español, al clero, á los 19
positivistas, á la política financiera. . . El público entró en delirio con estos discursos. Salimos del teatro á la una y media; y después de comer, fui con Max al Bosque de Chapultepec. Faltaba la tercera parte, la velada académica de la noche, presidida por Porfirio Díaz: hubo música de la Orquesta del Conservatorio, dirigida por Meneses; un discurso largo y fácil, pero no profundo, de Antonio Caso, una poesía de Rafael López, y un memorable discurso de D. Justo Sierra: el propio Ministro de Instrucción Pública hacía la crítica del positivismo, sin olvidar hacer mención de Nietzsche.

Al día siguiente, la prensa toda se lanzó en contra nuestra. Solo quedó ilesa la fiesta de la noche, y uno que otro discurso de la mañana: el de Cravioto, por ejemplo. Los católicos y los positivistas (cuya preponderancia en el gobierno de México es ya antigua) se sintieron atacados, y unos y otros arremetieron á insultos. Yo no recibí sino una grosería de *El Heraldo,* edición vespertina de *El Imparcial. El País* se limitó á encontrar malo mi discurso[483]. Pero lo que más interesaba eran los ataques de Rodolfo y Batalla; y por desgracia, la actitud del primero, que se lanzó á explicar y atenuar su discurso en cartas, quitó mucho prestigio á la manifestación.

21. En esos mismos días se organizó una segunda serie de **1908**
conferencias, ahora en el Teatro del Conservatorio Nacional. Fueron una profunda y brillante de Caso sobre *Max Stirner*[484]; una de Max sobre *La influencia de Chopin en la música moderna;* una de Jenaro Fernández MacGregor[485]

sobre *D'Annunzio* y una, menos que mediana, de Isidro Fabela sobre *Pereda.* En esta ocasión suprimimos á los poetas, pero dejamos el número musical: los ejecutantes fueron la Señorita Alba Herrera y Ogazón[486], Roberto Ursúa y Manuel Tinoco. Max pasó entonces cuatro días en México: llegó el día de la manifestación, y dijo su conferencia al miércoles siguiente.

22. En orden á espectáculos, durante mi permanencia en México he podido ver, además de los consuetudinarios, como la Compañía dramática de Virginia Fábregas, que estrena obras españolas y francesas, los conciertos de la Orquesta del Conservatorio, en los que se han ejecutado las sinfonías V y Heroica de Beethoven, la Patética de Tschaikowski, y algunos oratorios, algunas compañías extranjeras: la de María Guerrero[487], en obras del teatro clásico español, la de Novelli[488] y la de Mimí Aguglia[489]; el Cuarteto Bruselas, que da ahora su segunda temporada de México; y algunos ejecutantes, como los pianistas Josef Hofmann y Josef Lhevinne[490] y los violinistas Fritz Kreisler y Willy Burmester[491].

23. He escrito en México menos que antes. Al principio, escribí bastante en *Savia moderna* y otros periódicos. Después he tenido períodos de poco producir: mis principales artículos han sido en 1906, *Edith Wharton*[492]; en 1908, *La Catedral,* escrito á propósito del proyecto de ponerle la torre que le falta á la Catedral de Santo Domingo (lo escribí por instancias de mi primo Enrique Ap. Henríquez, *Phocás,* quien estuvo en México durante Abril y Mayo de ese año, **1908** por el solo deseo de pasar algún tiempo conmigo y conocer á la juventud mexicana, que le inspiró afecto entusiasta), y *Galaripsos,* sobre el libro de versos de Gastón Deligne; en este año, un extenso artículo de la comprobación de cómo abundó el endecasílabo de corte provenzalesco en la versificación castellana, una nota sobre *Nietzsche y el pragmatismo,* y un artículo sobre el feminismo, á propósito del libro de un Sr. Romera Navarro. He publicado también un ensayo de tragedia al antiguo modo griego; casi todo va en la *Revista moderna* y al mismo tiempo lo hago publicar en Santo Domingo, en la *Cuna de América,* salvo

algún artículo, como *Genus platonis*, sobre Alfonso Reyes (1907), que salió en el *Listín Diario*[493].

24. En 1907 tomaron nuevos rumbos mis gustos intelectuales. La literatura moderna era la que yo prefería; la antigua la leía por deber, y rara vez llegué á saborearla. Pero, por la época de las conferencias, mi padre había ido á Europa, como delegado de Santo Domingo á la conferencia de La Haya; y le pedí me enviara una colección de obras clásicas fundamentales y algunas de crítica: los poemas homéricos, los hesiódicos, Esquilo, Sófocles, Eurípides, los poetas bucólicos, en las traducciones de Leconte de Lisle[494]; Platón, en francés; la Historia de la literatura griega de Otfried Muller[495], los estudios de Walter Pater (en inglés)[496], los *Pensadores griegos* de Gomperz[497], la [*Historia de la filosofía* **19 bis**
europea de Alfred Weber, y algunas otras. La lectura de Platón y del libro de Walter Pater sobre la filosofía platónica me convirtieron definitivamente al helenismo. Como mis amigos (Gómez Robelo, Acevedo, Alfonso Reyes) eran ya lectores asiduos de los griegos, mi helenismo encontró ambiente, y pronto ideó Acevedo una serie de conferencias sobre temas griegos: serie que hasta ahora no se realiza, pero que nos dio ocasión de reunirnos con frecuencia á leer autores griegos y comentadores. Hice entonces una bibliografía extensa sobre Grecia, para obtener los libros principales; y en poco más de un año, comprando aquí mismo libros ó encargándolos á Europa ó á los Estados Unidos, he completado mi colección de autores griegos y aumentado la de latinos, y he conseguido la *Historia de Grecia* de Curtius[498], la *Historia de la literatura griega* de los Croiset[499], el *Pour mieux connaitre Homére* de Bréal, la *Historia de la filosofía* de Windelband[500], *La teoría platónica de las ciencias* de Elie Halevy[501], y otras obras especiales, amén de las obras en que extensamente ó de paso tratan de Grecia Lessing[502], Goethe, Schiller[503], Hegel[504], Schopenhauer, Heine[505], Nietzsche, Matthew Arnold[506], Ruskin, Oscar Wilde, Renan[507], Taine[508], Fouillée[509]. Mis amigos también se han dedicado á reunir obras semejantes; Perrot y Chipiez, Collignon, Cox, Henri Weil[510], Jules y Paul Girard[511], Couat, Gilbert Murray[512], Andrew Lang[513], y otros más. Hasta

ahora, solo hemos hecho con estos elementos una fiesta griega: el 25 de Diciembre celebramos el nacimiento de Dionisos, en la casa de Ignacio Reyes, con un ensayo de tragedia mío, al modo de Frínico[514], *El nacimiento de Dionisos*, y un coro de sátiros de Alfonso Reyes: hubo luego palabras improvisadas por Caso y Valenti. Agregaré que desde hace un año estoy traduciendo y publicando por entregas en la *Revista moderna* el libro de *Estudios griegos* de Walter Pater: primera traducción castellana de una obra suya[515].

25. En el orden filosófico, he ido modificando mis ideas, á partir, también, del mismo año 1907. Mi positivismo y mi optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill y Haeckel; las páginas que había leído de filósofos clásicos y de Schopenhauer y Nietzsche no me habían arrastrado hacia otras direcciones. Sobre todo, no trataba yo sino con gentes más o menos positivistas, ó, de lo contrario, creyentes timoratos y anti-filosóficos. El positivismo me inculcó la errónea noción de no hacer metafísica (palabra cuyo significado se interpretó mal desde Comte)[516]; y á nadie conocía yo que hiciera otra metafísica que la positivista, la cual se daba ínfulas de no serlo. Por fortuna, siempre fui adicto á las discusiones; y, después que los artículos de Andrés González-Blanco y Ricardo Gómez Robelo me criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro *Ensayos críticos*), tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y Valenti esas mismas ideas; las discusiones fueron minando en mi espíritu las teorías que había aceptado. Por fin, una noche á mediados de 1907 (cuando ya el platonismo me había conquistado, literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo; Valenti alegó que aun la ciencia estaba ya en discusión: y con su lectura de revistas italianas nos hizo citas de Boutroux[517], de Bergson[518], de Poincaré[519], de William James[520], de Papini[521]. . . Su argumentación fue tan enérgica, que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo. Precisamente entonces iba á comenzar el auge de éste, y la tarea fue fácil. En poco tiem-

po, hicimos para nosotros la crítica del positivismo; compramos James, Bergson, Boutroux, Jules de Gaultier[522], y una multitud de expositores menos importantes, de los que pululan en la biblioteca Alcan; volvimos á leer los maestros: Caso poseía desde entonces una biblioteca bastante completa de filósofos; yo me dediqué á obtener, en Europa, en los Estados Unidos, en México, y hasta pidiendo algunos libros de la biblioteca de mi padre, las obras maestras de la filosofía moderna. Bacon[523], Descartes[524], Pascal[525], Leibniz[526], Spinosa[527], Kant[528], Hegel, Fichte[529], Schelling[530], Schopenhauer, hasta Comte. Pero hasta ahora tampoco he producido con estos elementos sino uno que otro trabajo, como el de *Nietzsche y el pragmatismo*[531].

[Antes de 1907, mis amistades en México no eran íntimas; trataba con relativa intimidad á Escofet y á Carlos González Peña, y frecuenté bastante la casa de D. Jesús E. Valenzuela, así como alguno de los jóvenes escritores de *Savia moderna,* principalmente Gómez Robelo, Acevedo, Valenti y Castillo Ledón. A partir de mediados de 1907, un tanto decepcionado, pensé que era mejor circunscribir mi grupo; el resultado fue una intimidad mayor con Alfonso Reyes, que fue el más adicto á nosotros después de la disolución de nuestra casa[532], luego con Acevedo y por último con Caso. Llegamos á formar un trío Caso, Alfonso y yo, y durante todo el año de 1908 y la primera parte de este, la casa del primero fue el centro de nuestra reunión y nuestras disquisiciones filosóficas y literarias. 20

La amistad con Caso debía, sin embargo, llegar á alterarse. Desde principios de este año, la política de México es un mar de leva; mientras los adictos al gobierno y al partido *científico*[533] trabajan por la reelección de Porfirio Díaz y de su vice-presidente Corral, ha surgido un corto partido de oposición que se llama anti-reeleccionista, y ha cobrado inusitado auge el partido del General Reyes. Los re-eleccionistas han formado clubs, fundado periódicos, organizado excursiones; y una de sus manifestaciones primeras fue la postulación, el día 2 de Abril, de sus candidatos Díaz y Corral[534]. Caso se dejó atraer por el Maquiavelo del partido *científico,* Rosendo Pineda[535], y accedió á ser orador en la

velada del 2 de Abril, y á ser director del semanario *La Reelección*. Antes de aceptar estos cargos, me consultó; yo le recomendé que se abstuviera de ellos, y en mi presencia llegó á redactar una carta de renuncia; pero no se atrevió á enviarla, y aceptó ambas cosas. La opinión de los independientes le fue desfavorable; no se diga la de las revistas. Yo, por mi parte, le había aconsejado independencia absoluta; es decir, continuación de sus actitud anterior, pues Caso había pronunciado varios discursos ante Porfirio Díaz y se había distinguido por no haber hecho ninguna alusión elogiosa á él, como la mayoría de los oradores, y además, en lo privado, se manifestaba siempre enemigo del actual orden de cosas, aunque en manera alguna partidario de Reyes. Esta flaqueza de Caso me hizo entibiarme con él. Por lo demás, la renuncia á la dirección del periódico tuvo que presentarla después de haber aparecido su nombre allí durante algunas semanas: porque Ramón Prida[536], el socio de Pineda, escribió un artículo contra Diódoro Batalla, para publicarlo anónimo en *La Reelección*, Caso quiso que se suprimiera un párrafo insultante del artículo, y así se le prometió; pero á escondidas se hizo imprimir el artículo íntegro. Ante esta conducta, Caso se vio obligado á renunciar; ¡y todavía Pineda le dijo que hacía mal! Ahora ha comenzado Caso á dar una serie de conferencias en la Escuela Preparatoria, sobre la historia del positivismo.

En esta situación política, por supuesto, no tengo lazos algunos. Soy siempre amigo íntimo de Alfonso Reyes; pero la mayoría de mis amigos son ó independientes ó empleados del gobierno, por lo cual algunos se muestran sus adictos. Los reyistas son pocos, pues no es en las clases intelectuales donde más florece este partido, sino entre la clase media comercial y en el pueblo obrero y el ejército. Claro está que algunos me señalan como necesariamente *reyista*, por el simple hecho de mi amistad con Alfonso y en parte con Rodolfo; pero estoy tan lejos de gustar de este partido como de encontrar bueno el otro.

Mis amistades literarias con el exterior no han ido en aumento. En 1906 llevaba una correspondencia activa con muchos literatos de América y aun de España; pero esto

me cansó pronto. He conservado, sin embargo, relaciones con García Cisneros, quien me escribe con largas intermitencias y á veces muy seguido, desde los más diversos puntos de Europa; adonde va según las contratas de su mujer Eleonora: Londres, Berlín, Lisboa, San Petersburgo, París, Milán; con Francisco García Calderón[537], joven pensador peruano, amigo de los pragmatistas, residente en Londres, quien me tiene siempre al corriente de muchas novedades filosóficas; y más de tarde en tarde, con Manuel Ugarte[538] y con José Enrique Rodó. De este hicimos publicar el *Ariel*, pidiendo al General Reyes que costeara la edición; en carta firmada por Caso, Acevedo, Gómez Robelo, Cravioto, Rafael López, Valenti, Max y yo. La edición estuvo lista á principios [de 1908, en Monterrey; tuvo gran éxito[539], y en la Escuela Preparatoria fue leído á los alumnos, y el director Porfirio Parra ordenó otra edición. Posteriormente, he recibido libros enviados por Marinetti, el inventor del *futurismo* literario[540], y del portugués Eugenio de Castro, quien respondió con el envío de su *Fonte do Satyro* á los ejemplares que le envié de la *Revista moderna* conteniendo su drama de asunto helénico *El anillo de Polícrates* y mi ensayo de tragedia *El nacimiento de Dionisos*[541].

20 bis

Notas

[380] José Luis Prado (1857-1915). Maestro y periodista mexicano, radicado en Veracruz y con residencias en Cuba.

[381] James Fitzmaurice-Kelly (1857-1923). Crítico e historiador inglés, famoso por ser uno de los primeros hispanistas ingleses.

[382] Johan Fastenrath (1839-1908). Crítico e historiador alemán. Otro de los más conocidos hispanistas europeos de su tiempo.

[383] Theodore Roosevelt (1858-1919). Político norteamericano y Presidente de los Estados Unidos. Por su activa participación en la guerra entre España y los Estados por la libertad de Cuba, se lo suponía interesado en los asuntos hispanoamericanos.

[384] Porfirio Díaz (1830-1915). Militar y político mexicano. Fue Presidente de la República en varios períodos. La mayor personalidad pública de su tiempo y su país, dio su sello ideológico a toda una etapa de la evolución política, social, económica y cultural del México moderno. Cuando P. H. U. llegó a México, su régimen, el "Porfiriato" –como se lo ha llamado– estaba en el punto más alto de su apogeo.

[385] Justo Sierra (1848-1912). Escritor, historiador, jurista y catedrático mexicano. Uno de los pilares del régimen de Díaz, en el cual fue Ministro de Instrucción Pública, Rector de la Universidad y tuvo muchos otros altos cargos y dignidades. Gran propulsor del progreso intelectual de México, su vasta obra escrita y su acción educativa le dieron un prestigio indiscutido.

[386] Charles Leonard Moore (1840-1930). Crítico e historiador del arte norteamericano.

[387] Rafael Altamira (1866-1951). Catedrático e historiador español. Uno de los animadores principales de la relaciones culturales entre España y América, desde la Universidad y sus libros, pero sobre todo a través de los viajes, cursos y conferencias que dio por toda Hispanoamérica en las primeras décadas del siglo XX.

[388] Se refiere P. H. U. a *El Modernismo en la poesía cubana*, contenido en su ya citado libro *Ensayos críticos* (1905). Julián del Casal (1863-1893). Poeta cubano y uno de los fundadores del Modernismo literario hispanoamericano.

[389] Carlos González Peña (1885-1955). Escritor, novelista y crítico mexicano. Su *Historia de la literatura mexicana* (1928 y siguientes) se considera la más orgánica y completa en el tema.

[390] José Escofet (1884-1939). Escritor español radicado en México desde joven. Participó intensamente en la renovación intelectual y periodística de México al comenzar el siglo. También realizó estudios sobre la obra de Sor Juana Inés de la Cruz, hasta su partida de México en 1912. En Barcelona cumplió una gran actividad política y periodística.

[391] Ciro B. Ceballos (1873-1938). Periodista y crítico literario mexicano. Dirigió el periódico "El intransigente" y publicó libros de crítica.

[392] Ricardo Palma (1833-1919). Escritor peruano. Su obra y especialmente, las *Tradiciones peruanas*, le otorgaron el magisterio literario en el Perú de su tiempo.

[393] José Santos Chocano (1875-1934). Poeta peruano. Uno de los líderes del movimiento Modernista.

[394] Ricardo Jaimes Freire (1868-1933). Ensayista, político y poeta boliviano y otra de las figuras capitales del Modernismo. Residió

en Buenos Aires y Tucumán entre 1894 y 1921 y participó activamente en la vida cultural argentina e hispanoamericana.

[395] Numa Pompilio Llona (1832-1907). Ensayista y poeta ecuatoriano, de gran significación en su país en el tránsito del Romanticismo al Modernismo.

[396] Justo A. Facio (1859-1932). Ensayista y crítico costarricense.

[397] José Gil Fortoul (1860-1943). Ensayista, crítico, historiador, político y diplomático venezolano.

[398] Andrés González Blanco (1888-1924). Periodista y crítico literario español. Con su nombre y con seudónimos como el de "Luis de Vargas", se ocupó mucho de la literatura hispanoamericana, con libros, artículos y ediciones que le dieron muchísimos lectores en Hispanoamérica.

[399] "Íntima" (1904), también recogida en *Poesías Juveniles*, ya cit. 29-31.

[400] Luis Lara Pardo (1873-1959). Periodista mexicano. Fue secretario de redacción de "El Imparcial", donde comenzó a escribir P. H. U.

[401] Eulogio Florentino Sanz (1822-1881). Periodista y dramaturgo español. Además de su obra de teatro *Francisco de Quevedo* (1848), se lo conoce por sus traducciones al castellano de las poesías de Heinrich Heine, versiones que influyeron en Gustavo Adolfo Bécquer.

[402] Telésforo García (1844-1918). Periodista español radicado en México, con una intensa actividad en la política y la cultura, en razón de su filiación positivista y liberal.

[403] Carlos Díaz Dufoo (1861-1941). Periodista, narrador, dramaturgo y político mexicano.

[404] Luis Gonzaga Urbina (1868-1934). Escritor, poeta, periodista y diplomático mexicano. Sus crónicas y estudios históricos sobre la literatura mexicana son siempre mencionados y no han perdido vigencia. Estará ligado a la vida de P. H. U. en esta primera estadía en México.

[405] Jesús E. Valenzuela (1856-1911). Escritor, abogado y poeta mexicano. Tuvo influencia en los primeros pasos de P. H. U. en la literatura y el periodismo de México. Junto con Bernardo Couto Castillo, fundó en 1898 la *Revista moderna* que dirigió hasta 1903. En la segunda etapa de dicha publicación –1903 a 1911– contó con la co-dirección de Amado Nervo (1870-1919), uno de los principales poetas mexicanos del Modernismo. En dicha revista hubo una activa colaboración de P. H. U.

[406] Emilio Valenzuela (1884-1947). Escritor, poeta y diplomático mexicano. Hijo de Jesús U. Valenzuela.

[407] Rafael López (1875-1943). Escritor y poeta mexicano.

[408] Manuel de la Parra (1878-1930). Escritor y poeta mexicano.

[409] Álvaro Gamboa Ricalde. Escritor y poeta mexicano.

[410] Alfonso Cravioto (1883-1955). Escritor y poeta mexicano. En 1906 fundó la revista *"Savia moderna"*, en compañía de Luis Castillo Ledón y otros escritores jóvenes que representaban una promoción nueva en la vida cultural mexicana. En su propia obra manifestó la voluntad de restaurar temas y valores de la tradición de México. por lo cual se lo ha considerado dentro del grupo de los "colonialistas". Uno de sus libros de poesías: *El alma nueva de las cosas viejas* (1921).

[411] Roberto Argüelles Bringas (1875-1915). Escritor y poeta mexicano.

[412] Alfonso Reyes (1889-1959). Escritor mexicano. Ensayista, poeta, narrador, crítico y diplomático mexicano. Por su extensa y variada obra, por su personalidad de humanista y por la jerarquía estética e intelectual de su obra, es el escritor más grande del México contemporáneo, y no hay tema o aspecto de la literatura, desde la historia y la crítica hasta la creación en prosa y verso, que no haya sido abordado magistralmente por Reyes. Desde su juventud estuvo estrechamente ligado a la vida y la obra de P. H. U., de quien fue su mejor amigo, como lo atestiguan los volúmenes de la correspondencia mantenida por ambos a lo largo de su existencia.

[413] Bernardo Reyes (1850-1913). Militar, político y escritor mexicano. Padre de Alfonso Reyes. El General Reyes fue Ministro de Guerra durante el Porfirismo y una de sus principales figuras políticas. También fue candidato a la Presidencia de la República y murió trágicamente en la última de sus fallidas empresas políticas. Como Gobernador de Monterrey confirmó sus dotes de estadista y los intereses culturales que le preocupaban.

[414] Ricardo Gómez Robelo (1884-1924). Escritor, poeta y ensayista mexicano. P. H. U. y sus amigos le llamaban "Rodion", como el personaje de *Crimen y castigo*, de F. Dostoievsky. Cfr. J. L. Martínez, *Correspondencia*, ya cit., 70, n. 9.

[415] James Abbott McNeill Whistler (1834-1903). Pintor norteamericano.

[416] Arthur Schopenhauer (1788-1860). Filósofo alemán.

[417] Antonio Caso (1883-1946). Filósofo y profesor mexicano. Una de las principales figuras de la filosofía mexicana e hispanoamericana contemporánea. Su obra como maestro de pensamiento original y fundado, significó una renovación de las ideas mexicanas, a partir de la superación del dogmatismo positivista que había imperado durante el Porfirismo.

[418] John Stuart Mill (1806-1873). Filósofo inglés.

[419] José Joaquín Gamboa (1878-1931). Dramaturgo mexicano.

[420] Nemesio García Naranjo (1883-1962). Escritor, poeta, ensayista y político mexicano.

[421] Luis Castillo Ledón (1879-1944). Escritor mexicano.

[422] Eduardo Colín (1880-1945). Escritor, ensayista y poeta mexicano.

[423] Jesús Villalpando (1886- ?). Escritor, periodista y maestro mexicano. Utilizó el seudónimo de "Tiliches". Colaborador de *"Savia Moderna"*, según J. L. Martínez, Reyes-H. Ureña, *Correspondencia*. . . ya cit. 130, n. 11.

[424] Gonzalo Argüelles Bringas (1877-1942). Pintor y dibujante mexicano.

[425] Gerardo Murillo (1875-1964). Pintor, escritor, poeta, ensayista, crítico y cuentista mexicano; más conocido por su seudónimo de "Dr. Atl".

[426] Diego Rivera (1886-1957). Pintor mexicano, uno de los fundadores de la pintura muralista que caracterizará a la cultura de la Revolución Mexicana y a una línea ideológica de extrema izquierda.

[427] Francisco de la Torre (1883-1943). Pintor y dibujante mexicano.

[428] Luis Rosado Vega (1873-1958). Novelista y poeta mexicano.

[429] *Savia moderna* apareció entre marzo y julio de 1906. Ver n. 410.

[430] Rubén Valenti (1879-1915). Escritor, novelista, poeta y ensayista filosófico mexicano. Fue Subsecretario de Instrucción Pública durante el régimen de Victoriano Huerta.

[431] Enrique Juan Palacios (1881-1953). Escritor y crítico mexicano.

[432] José María de Pereda (1833-1906). Novelista español.

[433] Jesús T. Acevedo (1892-1918). Escritor y arquitecto mexicano.

[434] Salvador Díaz Mirón (1853-1928). Poeta mexicano. Uno de los más importantes del Modernismo mexicano e hispanoamericano.

[435] Benito Juárez (1806-1872). Político mexicano. Presidente de la República y la más grande figura del Liberalismo mexicano.

[436] Darío Herrera (1870-1914). Escritor, cuentista y poeta panameño.

[437] Alberto Boron Franchetti (1860-1942). Dramaturgo y músico italiano; compositor de óperas y oberturas.

[438] Carlos J. Meneses (1863-1929). Músico y director de orquesta mexicano. Precursor de las orquestas sinfónicas en México y en 1902 creador de la Orquesta del Conservatorio nacional.

[439] Julián Carrillo (1875-1965). Músico, violinista, compositor y director de orquesta mexicano.

[440] Ángel de Campo. Nombre literario de Ángel Efrén de Campo y Valle (1868-1908). Periodista y crítico mexicano, conocido por sus seudónimos de "Micrós" y "Tick-tack".

[441] José Juan Tablada (1870-1945). Escritor y poeta mexicano.

[442] Virginia Guerrini (1872- ?). Cantante italiana.

[443] Antonio Magini-Coletti (1855-1912). Barítono italiano.

[444] Teresina Ferraris. Nombre artístico de Inés María Ferraris (1883- ?). Cantante italiana.

[445] Camille Saint-Saëns (1835-1921). Músico y compositor de óperas francés.

[446] Jules Emile Massenet (1842-1912). Músico y compositor de óperas francés.

[447] Louis Héctor Berlioz (1803-1869). Músico y compositor francés.

[448] Ricardo Castro (1864-1907). Músico, pianista y compositor mexicano. Alumno de Teresa Carreño (ver n. 194), con una gran actividad en el Conservatorio Nacional de México, como compositor de óperas, etc.

[449] El artículo al que se refiere P. H. U. está recogido como *La leyenda de Rudel* en su libro *Horas de estudio* (1910).

[450] María Barrientos (1884-1946). Cantante española.

[451] Rafael Reyes Espíndola o Spíndola (1860-1922). Periodista y político mexicano. Fundador, en 1896 del diario *"El Imparcial"*, que renovó el periodismo mexicano con su maquinaria moderna y que se publicó hasta 1914.

[452] *"The Mexican Herald"*: diario mexicano escrito en inglés, fundado en 1895 por Frederick R. Guernsey y publicado hasta 1913, cuando fue suspendido y reapareció, en castellano, para concluir en 1915.

[453] Juan Sánchez Azcona (1876-1938). Jurista, político y periodista mexicano. Fue secretario particular del Presidente Francisco I. Madero.

[454] Manuel Caballero (1851-1925). Escritor, crítico, poeta y periodista mexicano.

[455] Manuel Gutiérrez Nájera (1859-1895). Escritor y poeta mexicano, uno de los iniciadores del Modernismo y fundador, en compañía de Carlos Díaz Dufoo (ver n. 403), de la *"Revista Azul"*, organo literario de dicho movimiento en México que se publicó entre 1894 y 1896.

[456] Jesús Urueta (1868-1920). Escritor, poeta y político mexicano. Fue Secretario de Relaciones exteriores en el gobierno del General Venustiano Carranza y murió en Buenos Aires mientras se desempeñaba como Ministro de México.

[457] Eugene Carriere (1849-1906). Pintor francés; impresionista.

[458] La difusión y crítica de la obra del filósofo alemán Federico Nietzsche (1844-1900) fue uno de los núcleos de la renovación de la filosofía mexicana e hispanoamericana, desde fines del siglo XIX.

[459] María Enriqueta Camarillo de Pereyra (1872-1968). Escritora, novelista y poetisa mexicana. Su nombre literario era "María Enriqueta" y estuvo casada con el historiador mexicano Carlos Pereyra.

[460] José María Gabriel y Galán (1870-1905). Escritor y poeta español de tono regionalista. El trabajo de P. H. U. fue recogido en su libro *Horas de estudio* (1910).

[461] Abel C. Salazar (1876-1925). Escritor, poeta y profesor mexicano.

[462] Edgar Allan Poe (1809-1849). Escritor y poeta norteamericano.

[463] André Marie Chénier (1762-1794). Poeta francés.

[464] Isidro Fabela (1882-1964). Escritor, político y diplomático mexicano. Desarrolló una importante actividad en la elaboración de la política y las relaciones internacionales de los gobiernos surgidos después de la Revolución de 1910.

[465] Julio Florez (1867-1923). Poeta colombiano. Muy popular en su país por su poesía romántica.

[466] Ignacio Reyes. Hermano del Gral. B. Reyes (ver n. 403) y tío de Alfonso. P. H. U. lo nombra a veces con su sobrenombre de "Nacho" o "Nachito".

[467] Rafael de Alba (1866-1913). Escritor, abogado y profesor mexicano.

[468] Alberto Leduc (1867-1908). Escritor y novelista mexicano.

[469] P. H. U. alude al hecho de que "El Diario" era un órgano simplemente sensacionalista y no daba lugar a las inquietudes literarias e intelectuales de él y sus amigos.

[470] P. H. U. indica que el año en que comenzó sus *Memorias* era 1909, y que todavía seguía empleado en la Compañía de Seguros "La Mexicana".

[471] "La Gaceta" de Guadalajara fue fundada en Jalisco en 1903, por Lucio M. y A. Rojas y después de varias alternativas, se cerró en 1914.

[472] Bernardo Reyes era, a la sazón, Gobernador de Nueva León, en cuya capital, Monterrey, se publicaba el "Monterrey News", cuya versión en castellano contaría con M. H. U. como editor. Cfr. J. L. M. *Correspondencia*, cit. 51, n. 6.

[473] Francisco Vásquez Gómez (1860-1933). Médico, periodista y político mexicano. Como muchas figuras de la época cambió a menudo de posición política. Fue médico de Porfirio Díaz (J. L. M. *Corresponden.* ya cit., 71), luego maderista y después zapatista. Su ataque al positivismo –filosofía oficial del Porfirismo– indica que ya se encaminaba a la posición anti-reeleccionista de Díaz, que luego cundiría en México.

[474] "El Tiempo", diario católico, había sido fundado en 1883 y lo dirigía Victoriano Agüeros. Publicó un Suplemento literario: "El tiempo ilustrado", que duró hasta 1912.

[475] "El País", diario católico, estaba dirigido por Trinidad Sánchez Santos (1859-1933), periodista conservador y luego por José Elguero (1887-1939), de la misma orientación. Cfr. J. L. Martínez, *Correspondencia*, ya cit., 71 y 208.

[476] José María Lozano (1878-1933). Escritor y político mexicano.

[477] Gabino Barreda (1810-1881). Político y pedagogo mexicano. Reformador y organizador de la educación mexicana, sobre la base de la filosofía positivista y una de las principales personalidades del Porfirismo.

[478] Alfonso Teja Zabre (1888-1962). Escritor, novelista y político mexicano.

[479] Porfirio Parra (1855-1912). Médico, ensayista y político mexicano. Discípulo de G. Barreda, dirigía la Escuela Preparatoria y también fue diputado.

[480] Dicho teatro de México lleva ese nombre en homenaje a Virginia Fábregas, nombre artístico de María Barragán (1880-1950), artista mexicana, famosa en el teatro y en el cine.

[481] Rodolfo Reyes (1878-1954). Escritor, jurista y político mexicano; hijo del General B. Reyes y hermano de A. Reyes. Fue profesor universitario y Ministro de Justicia en el régimen de Victoriano Huerta, a cuya caída se exilió en España, donde desarrolló una intensa actividad periodística, intelectual y política.

[482] Diódoro Batalla (1867-1911). Político mexicano.

[483] El discurso de P. H. U. fue recogido como *Barreda*, en su libro *Horas de estudio* (1910).

[484] Max Stirner. Nombre literario de Kaspar Schmidt (1806-1856). Filósofo y religioso alemán, de quien interesaba su crítica anarquista del liberalismo.

[485] Genaro Fernández MacGregor (1883-1959). Escritor, político y catedrático mexicano. P. H. U. escribe su nombre con "J".

[486] Alba Herrera y Ogazón (1885-1931). Música, pianista y crítica musical mexicana.

[487] María Guerrero (1868-1928). Actriz española, de gran prestigio en su tiempo y en Hispanoamérica, por las giras que realizó su compañía, que también integraba su marido Fernando Díaz de Mendoza.

[488] Ermete Novelli (1851-1919). Actor y director de teatro italiano, famoso por sus interpretaciones del teatro de Shakespeare.

[489] Mimi Aguglia (1884- ?). Nombre artístico de Girolama Aguglia, actriz italiana, especializada en teatro siciliano.

[490] Josef Lhévinne (1874-1944). Pianista ruso que realizó giras por América.

[491] Willy Burmester (1869-1933). Músico y violinista alemán.

[492] Edith Wharton (1862-1937). Ensayista y novelista norteamericana.

[493] Los ensayos *La Catedral, Galaripsos* (como *Gastón F. Deligne*) y *Genus platonis* (corregido como *El espíritu platónico*) serán editados en su libro *Horas de estudio* (1910), ya citado. El primo "Phocas" o sea Enrique Apolinar Henríquez: ver n. 125.

[494] Charles Leconte de Lisle (1818-1894). Poeta francés. Parnasiano. Sus traducciones literarias de los poetas clásicos griegos tuvieron gran acogida en los medios intelectuales franceses e hispanoamericanos.

[495] Karl Otfried Müller (1797-1840). Arqueólogo, historiador y filólogo alemán, de reputada actividad como helenista. Autor de una *Historia de la literatura griega* y de otras obras, algunas de ellas traducidas al castellano. Platón (427-347 A. C.). Filósofo griego.

[496] Walter Pater (1839-1894). Escritor y ensayista inglés. Sus *Estudios griegos* (1895) fueron traducidos al castellano por P. H. U. en 1908, en edición de la "Revista Moderna".

[497] Theodor Gomperz (1832-1912). Filósofo y filólogo alemán. Su obra sobre los *Pensadores griegos* fue traducida y tuvo amplia difusión en Hispanoamérica. El auge de los estudios sobre la Grecia

clásica corresponde a una etapa en el desarrollo del pensamiento hispanoamericano y también se produjo en otros países de América que siguieron en este aspecto al movimiento de las ideas en Europa.

[498] Ernest Curtius (1814-1896). Historiador alemán. Especializado en historia de la antigüedad, su *Historia de Grecia* (1861), fue traducida al castellano en España y se difundió ampliamente en Hispanoamérica.

[499] Marie-Joseph Alfred (1845-1923) y Maurice Croiset (1846-1935). Historiadores, helenistas y latinistas franceses.

[500] Wilhelm Windelband (1848-1915). Filósofo alemán.

[501] Elie Halevy (1870-1937). Filósofo, historiador y ensayista francés.

[502] Gotthold Ephraim Lessing (1729-1781). Filósofo, poeta y dramaturgo alemán. Su libro *Laocoonte* (1766), tuvo gran importancia en la estética y en las relaciones entre la literatura y las artes plásticas.

[503] Friedrich Schiller (1795-1805). Filósofo, poeta y dramaturgo alemán.

[504] Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831). Filósofo alemán; la más importante personalidad de la filosofía idealista moderna.

[505] Heinrich Heine (1797-1856). Ensayista y poeta alemán.

[506] Matthew Arnold (1822-1888). Poeta, ensayista y crítico literario inglés.

[507] Ernest Joseph Renan (1823-1892). Filósofo e historiador francés, de gran prestigio en su tiempo y en Hispanoamérica por sus libros sobre religión e historia, dentro de la corriente de racionalismo cientificista. Fue uno de los principales animadores de la restauración de la antigüedad clásica en Francia.

[508] Adolphe Hypolitte Taine (1828-1893). Escritor, filósofo e historiador francés. Su obra, de orientación positivista, tuvo influencia determinante en los estudios sociales e históricos en Hispanoamérica.

[509] Alfred Jules Emile Fouillée (1838-1912). Filósofo francés. Sus libros sobre historia de la filosofía fueron traducidos al castellano y muy leídos en Hispanoamérica.

[510] Henri Weil (1818-1909). Filólogo y helenista alemán radicado en Francia.

[511] Jules Augustin (1825-1902) y Paul Frederic (1852-1925) Girard. Helenistas franceses.

[512] George Gilbert Aimé Murray (1866-1957). Crítico literario y helenista inglés.

[513] Andrew Lang (1844-1912). Historiador, crítico literario, novelista y poeta inglés; traductor de Homero y Teócrito.

[514] Frínico: poeta griego clásico. En sus obras hacía predominar el coro y en cada episodio del drama sólo se hacía intervenir un actor.

[515] W. Pater, *Estudios griegos.* Ver n. 419.

[516] Auguste Comte (1798-1857). Sociólogo francés, fundador del sistema Positivista, de tanta influencia en Europa e Hispanoamérica.

[517] Etienne Emile Marie Boutroux (1845-1921). Educador y filósofo francés, crítico del determinismo y el Positivismo.

[518] Henri Bergson (1859-1941). Filósofo francés; también crítico del Positivismo.

[519] Jules Henri Poincaré (1854-1912). Científico y filósofo francés.

[520] William James (1842-1910). Filósofo norteamericano; creador del Pragmatismo.

[521] Giovanni Papini (1881-1956). Poeta, novelista, ensayista y filósofo italiano.

[522] Jules de Gaultier (1858-1942). Ensayista y filósofo francés, de inspiración nietzscheana. Según J. L. Martínez, su libro *Le Bovarysme; essai sur le pouvoir d'imaginer* (1902) influyó sobre el ensayo de Antonio Caso, "El bovarismo nacional", contenido en su libro *Discursos a la nación mexicana* (1922). Cfr. *Correspondencia,* 140, ya cit.

[523] Francis Bacon (1561-1626). Filósofo inglés, de gran importancia para el pensamiento político y científico.

[524] Rene Descartes (1596-1650). Filósofo francés; iniciador de la filosofía idealista moderna.

[525] Blaise Pascal (1623-1662). Filósofo y moralista francés.

[526] Gottfried W. von Leibniz (1646-1716). Filósofo y científico alemán.

[527] Baruch Spinoza (1632-1677). Filósofo judeo-holandés.

[528] Immanuel Kant (1724-1804). Filósofo alemán; principal figura del idealismo filosófico.

[529] Johann Gottlieb Fichte (1762-1814). Filósofo alemán.

[530] Friedrich Wilhelm Johann Schelling (1775-1854). Filósofo alemán.

[531] El estudio de P. H. U., *Nietzsche y el pragmatismo,* fue recogido en su libro *Horas de estudio* (1910), ya citado, donde también recopiló otros ensayos sobre temas filosóficos: *El positivismo de Comte, El positivismo independiente* y *La sociología de Hostos.* La

preocupación filosófica fue constante en P. H. U., aunque más tarde no escribiera tan asiduamente sobre esta materia, pero la filosofía le interesó siempre, más que como fundamentación de la estética por su relación con la ética y la política.

[532] La relación con Alfonso Reyes fue la más íntima y permanente que mantuvo P. H. U. Sobre los años que corresponden a esta parte de sus *Memorias* resulta, por ello, imprescindible, la consulta del primer volumen de la correspondencia que ambos mantuvieron, en la edición de J. L. Martínez, que ya hemos citado.

[533] "Científicos" fue la calificación irónica que recibieron los miembros del grupo de políticos e ideólogos que rodeaban al Presidente Porfirio Díaz, en alusión al cientificismo que profesaban por su inspiración en el positivismo.

[534] Ramón Corral (1854-1912). Político mexicano. Vice-Presidente de la República en el período 1904-1910. Al aproximarse el final del período presidencial de Díaz, se formaron en México dos tendencias políticas. La primera reclamaba un cambio completo en la fórmula de gobierno. Era el *antireeleccionismo* franco que recogía el cansancio general que se experimentaba en México del largo régimen porfirista. Ya había habido signos de oposición como la que proclamó el Partido Liberal, en el cual militaban los hermanos Ricardo (1873-1922) y Jesús (1871-1930) Flores Magón. En el mismo sentido actuaba el Centro Anti-Reeleccionista, presidido por Emilio Vázquez Gómez (1858-1926) y que, fundado en mayo de 1909, agrupaba a figuras como Félix F. Palavicini (1881-1952), Luis Cabrera (1876-1954), José Vasconcelos (1882-1959), filósofo, político y ensayista que será una de las figuras más importantes del México contemporáneo, y sobre todo Francisco Indalecio Madero (1873-1913), quien surgido de una familia porfirista se convertirá en el líder de la Revolución de 1910 y su primer Presidente, después de una primera elección presidencial en 1910, cuyos resultados fueron falseados por el gobierno en contra de Madero, lo cual decidió el estallido de la revolución contra Díaz. En 1908 había aparecido el libro de Francisco I. Madero *La sucesión presidencial de 1910,* que representó la definición anti-reeleccionista de esta corriente política.

La otra tendencia era la del Partido Democrático, el cual, desde el oficialismo, aspiraba a la reelección de Díaz pero moderada con un candidato a la Vice-presidencia que no fuera del círculo porfirista. Había dos figuras propuestas: una era la de Ramón Corral y otra postulaba al General Bernardo Reyes.

[535] Rosendo Pineda (1855-1914). Periodista y político mexicano.

[536] Ramón Prida (1862-1937). Escritor, periodista, abogado, diplomático y político mexicano.

[537] Francisco García Calderón (1883-1953). Escritor, ensayista y crítico literario peruano. Desde el Perú y luego en su larga residen-

cia europea, desarrolló una intensa actividad como difusor y renovador en las ideas hispanoamericanas de su tiempo.

[538] Manuel Ugarte (1874-1951). Escritor, poeta, ensayista y político argentino. Vinculado al Modernismo, residió mucho tiempo en Europa pero alcanzó fama por sus campañas continentales en contra de la política imperialista norteamericana.

[539] Bajo el patrocinio del General Bernardo Reyes, *Ariel,* de José Enrique Rodó, apareció en Monterrey (Nuevo León), en los Talleres Lozano, en 1908, con una *Nota* preliminar de P. H. U.

[540] Emilio Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944). Poeta italiano; fundador del "Futurismo".

[541] *El nacimiento de Dionisos. Esbozo trágico a la manera antigua,* de P. H. U. fue publicado en la "Revista moderna" en febrero de 1909 y hacia finales de diciembre del mismo año se hizo una fiesta en la casa de Ignacio Reyes para festejar "el cumpleaños de Dionisos", oportunidad en la cual se leyeron los textos de P. H. U., quien, finalmente, lo imprimió en un folleto que apareció en New York, en 1916, y en la Imprenta del diario "Las Novedades".

DIARIO

Agosto 5 de 1909[542].

Durante el mes y días transcurridos desde que escribí las anteriores notas han ocurrido mil sucesos. Esperaba yo que á partir de este nuevo año fiscal obtendría por obra de mis amigos, según me habían prometido, algún puesto que me concediera más tiempo para el estudio, y aun para el estudio de una carrera. Pero el mes transcurrido ha deshecho toda esperanza. Por primera vez desde hace más de quince años, hubo *déficit* en el Presupuesto del Gobierno de México; y ascendió, según se dice (aún no se publica), á 18 millones ó más. De ahí que muchos puestos gubernativos que iban á crearse se hayan suprimido. El historiador González Obregón[543] iba á ocuparse en reorganizar el Archivo, y esperaba poder ocupar yo el puesto que dejaría, la dirección del Boletín de la Biblioteca Nacional, puesto que tuvo antes Luis Castillo Ledón cuando vivía con nosotros en Soto; pero se dejó para más tarde la reorganización del desmantelado Archivo. Supe, aunque no por él mismo, que Antonio Caso habló con D. Justo Sierra para que se me diera la Secretaría de la Nueva Escuela Superior Nocturna, la cual él dirige; pero D. Justo alegó que ya se le había recomendado á Juan Ruiz Esparza[544], joven que acaba de recibir su título de abogado, y que, siendo éste mexicano, tenía que darle la preferencia. Luis Urbina me ofreció encargarme de un trabajo literario oficial: la selección de poesías y artículos mexicanos escritos durante el siglo de independen-

cia, para formar una antología que apareciera en el Centenario; pero es de suponer que este gasto no se haga, puesto que se economiza en otros más importantes. Y mientras esto sucede en México, en Santo Domingo las cosas no nos son más favorables. Se había hablado de que darían á mi padre la Legación en París, que se acaba de crear; aunque él no pertenecía al partido que ahora gobierna, estando ya realmente extinto el *jimenismo* y poseyendo él dotes especiales para el caso, se consideraba justa la designación. Pero precisamente el gobierno de Cáceres acaba de atravesar una crisis política; hubo intentona revolucionaria, que logró sofocar pronto, y además un grupo de los que gobiernan está en disensión con el Presidente. De ahí que se juzgara prudente darle al jefe de la facción, Leonte Vásquez, el puesto diplomático recién creado, para así tenerlo lejos y grato. Aquí sin embargo, recibí una oferta que parecía capaz de aclarar mi situación. Se ha fundado una revista, bajo la dirección de Manuel Puga y Acal[545], para apoyar la política reeleccionista, tratando de atraer al público con el material literario, científico y comercial; y se me propuso, por indicación de Carlos Pereyra[546], que me encargara de la sección literaria, sin responsabilidad alguna en el orden político, prometiéndoseme además conseguirme una clase ú otro empleo cómodo del gobierno. En apariencia, no me resultaba ningún compromiso; la *Revista Universal* iba á ser seria, yo no tenía que tocar en nada á la política, ganaría el doble de lo que ahora gano, tendría doble tiempo. . . Pero yo imaginé que bien pronto surgirían las imposiciones. Un día que hiciera falta un orador, sé que no habrían tenido escrúpulo en exigirme que saliera en excursión política, pues no cuentan con bastante gente para tales empresas y á un periodista extranjero (Diógenes Ferraro) lo hicieron intervenir de manera poco honrosa en la chismografía política. Esto, sin contar con la posición un tanto equívoca que resultaría de ser yo amigo de Alfonso Reyes y trabajar en un periódico que ataca á su padre; pero yo habría sabido aclarar este punto y me habría decidido á aceptar el cargo si hubiera estado seguro de que me dejaban en absoluta libertad. Más tarde, he visto que acaso las ventajas no eran tantas; es cierto que

en la *Revista Universal* hay dinero, pero el periódico, aunque serio, es insulso, y nadie lo compra, y en cuanto al empleo gubernativo, dudo que se me hubiera dado alguno, vistas las suspensiones ordenadas por el gobierno.

[Así, no me queda más recurso que continuar trabajando como empleado de oficina, por ahora; y escudriñando á ver qué puede hacerse en orden á mejora. 21

La política mexicana sigue agitadísima; tras los motines del *reyismo*[547] en Guanajuato y Guadalajara contra los oradores reeleccionistas, el gobierno ha comenzado á tomar medidas preventivas que ya se van dirigiendo contra el mismo General Reyes. No se habla sino de política; y el carácter mexicano está perdiendo sus pocas ventajas, de las cuales la mayor era su serenidad.

Agosto 6. – Estuve anoche en la casa de D. Jesús Valenzuela, quien sufrió un nuevo ataque cerebral, el cuarto desde fines de 1905, fecha desde la cual ha ido decayendo mentalmente. Hace ya una semana del ataque, y ya ha mejorado bastante, aunque no puede hablar todavía. Cosa curiosa: nunca ha sido Valenzuela tan *literario* como lo es desde su enfermedad. De joven escribió mucho y estudió bien; pero fue siempre un temperamento desordenado, y así como derrochó sus millones desaprovechó su talento. Siempre ha sido incorrecto, y, en general, mediano poeta; solo unas cuantas poesías suyas pueden recordarse y aun guardarse en las antologías de América, que nunca podrán ser impecables. En verdad, ha tenido más talento en la conversación y en los *gestos* de su vida que en sus obras literarias. Era inagotable en chistes, se cuenta; y todavía hace tres años divertía grandemente; así mismo era original en opiniones y despreocupado para el dinero, aun en estos últimos años que ha vivido arruinado. Antes de enfermar, publicó su único libro de versos que puede leerse con gusto, *Almas y Cármenes;* después de la enfermedad publicó otros dos, desastrosos, *Lira libre* y *Manojo de rimas,* y ahora estaba escribiendo sus *Memorias,* que me encargó le hiciera copiar. Estas memorias, escritas en mejor condición mental, habrían sido

interesantísimas, originales y chispeantes; pero ahora han resultado pueriles y confusas.

En la casa había reunión política juvenil; Emilio Valenzuela ha organizado un club *corralista,* con el cual quiere hacer campaña serena, pues la prensa gobiernista, por lo común, ha adoptado el sistema del insulto y la befa para el *reyismo,* el cual contesta en términos parecidos por boca de algunos de sus órganos. Yo, por supuesto, me abstuve de acercarme al lugar de la reunión, y tuve que ponerme á conversar con los parientes que atienden á D. Jesús. Allí estaba la singular Josefa Valenzuela, casada en segundas nupcias con un campesino, después de haber coqueteado con medio Parnaso mexicano. Toda la familia Valenzuela parece haber sido rara; dicen que eran doce hermanos, y de ellos uno murió loco, otro se suicidó, y quien sabe qué fin tendrían los otros. Aunque la esposa de D. Jesús, Juana González, fue mujer de gran seriedad, según opinión de todos los que la conocieron, tampoco la rama González brilla por su cordura. La extravagancia de carácter de Emilio y de su hermano Pepe, que se suicidó hace pocos meses, no deriva solo de los excesos de su padre, sino también de todo el desequilibrio de ambas ramas; pero hay que tomar en cuenta no menos la ineducación en que los dejó su padre. Tiene D. Jesús otros tres hijos, varones y menores; como estos han crecido en tiempos de ruina, el padre ha pensado un poco más en su suerte, y los ha hecho educar, en parte en los Estados Unidos, en parte aquí, donde asisten á las escuelas oficiales: estos, aunque adolescentes, son juiciosos.

Hoy aparece en los periódicos la noticia, no segura todavía, de que el General Reyes abandonará el gobierno de Nuevo León y será nombrado Presidente de la Suprema Corte de Justicia militar, en la Capital. A sustituirlo en Monterrey dicen que irá el General José María Mier[548], actual sub-secretario de Guerra; á quien había precedido ya el viejo General Jerónimo Treviño[549], enemigo de Reyes, enviado como jefe de las armas en la frontera Nordeste, como para prevenir contra cualquier movimiento del candidato popular. Esto, á pesar de que Reyes publicó una carta larguísima, dirigida á los clubs reyistas que le pedían que hablara, mani-

festando que por secundar la política de orden iniciada por su jefe Porfirio Díaz y por atender á lo que este mismo le manifestaba en cartas personales, apoyaría la candidatura oficial, la de Corral, y les recomendaba acataran el deseo del presidente; aunque al final decía que no le era posible impedirles que pensaran y obraran como quisieran.

21 bis [De Santo Domingo recibí hoy una carta de mi tía Ramona, fechada el 21 de Julio. Me dice que mi padre estuvo en esos días en Santo Domingo, adonde fue á dejar á *Lico* Rodríguez, marido de mi prima Clotildita, quien había ido á verle á Santiago de Cuba para someterse á su curación pero parece encontrarse ya sin remedio. Se confirma la no consecución del puesto en Europa. Mi tía opina que acaso sería lo mejor volver á Santo Domingo, como alguna vez lo he pensado y lo piensa también ahora mi padre; ó si no, trasladarme á la Habana, donde viven mi hermano mayor y casado y también Max, que ha obtenido excelente posición en los periódicos habaneros. (*La lucha*, donde reemplazó a Valdivia, y *El Fígaro*).

Mimí Aguglia se despidió anoche de México. No estuve en la función. Su arte elemental, aunque á veces intenso, me cansó, y concurrí á muy pocas de sus últimas funciones; además, el repertorio se iba haciendo intolerable por lo brutal y lo poco variado. Su principal interpretación es la Iana de *Malía*, obra de Luigi Capuana[550] que representa siempre para iniciar las temporadas. Gusta en momentos de *La figlia de Iorio* de D'Annunzio; pero no hace gran cosa en *Cavalleria Rusticana*. Lo demás vale poco la pena de verse.

Agosto 11. — Estuve anoche á visitar á Carlos Pereyra, que parte esta semana para Washington, donde formará parte de la Legación Mexicana. Su mujer, la poetisa María Enriqueta, no estuvo presente, á causa de indisposición. Pereyra estuvo agradable en su conversación, aunque no tan buen humorista como otras veces: se muestra contento por su viaje (hasta ahora nunca había estado fuera de México, sino, según creo, en el Sur de los Estados Unidos); hablamos de autores ingleses y americanos: de Jane Austen[551], de Emily Brontë[552], de Bernard Shaw, de Mark Twain[553], de Gilbert

Chesterton[554]. No conozco otro mexicano cuyo conocimiento de la literatura inglesa lo ponga tan "at home" en ella, indicándole los "cozy corners". Ángel de Campo *(Micrós),* que murió hace más de un año, era quizás el único que conocía esos aspectos interiores de la literatura inglesa y norteamericana. Hay aquí muchos fervorosos del espíritu inglés (Gómez Robelo, Acevedo, Jenaro Fernández, y demás) pero sus lecturas nunca salen del círculo de los grandes idealistas: Shelley[555], Keats[556], Carlyle, Ruskin, Pater, Wilde, Swinburne[557], Edgar Poe, Emerson. Pereyra es sin duda uno de los mexicanos de más variada cultura; además, una de las inteligencias más perspicaces; pero hay en él no sé qué desequilibrio que lo trunca todo. Ha escrito mucho, y no ha hecho una *obra;* sus libros históricos, ó han sido polémicos, ó de texto; sus otros escritos han sido siempre cortos, ocasionales, y no creo que de ellos pueda formarse un todo armónico. Parece que sufre cierta debilidad mental, á la que que le he oído aludir, refiriendo una prohibición médica de trabajo excesivo; pero lo más visible en él es la debilidad de carácter. En lo privado, es el hombre de ideas más libres; pero en público es á la vez timorato é imprudente; ello es que su carrera pública presenta una serie de contrasentidos. Podría decirse que su escepticismo crítico, que á todo se aplica, lo incapacita para la acción; no porque el escepticismo incapacite necesariamente, pues hay escepticismos activos, pragmáticos, sino porque el suyo es exclusivamente analítico, atomizador, y hace presa en una voluntad débil[558]. Anoche comentaba con verdadera fruición el librito de Loriaux, *La autoridad de los Evangelios,* declarando que nada cierto sabíamos de Jesús; no menos gusto le daba recordar todos los indicios que hacen creer que Shakespeare, el residente de Stratford-on-Avon, no haya sido el autor de las obras que se le atribuyen. Por supuesto, que no es *baconiano;* le basta saber que probablemente sea imposible averiguar el nombre del verdadero autor de las obras shakesperianas; si, al contrario, se demostrara que son de Bacon, esto le mortificaría: ya está encariñado con la negación absoluta[559].

Agosto 12. Corren rumores desde anoche de que en la capital del Estado de Coahuila, Saltillo, hay motines de carácter revolucionario, originados por el hecho de que Porfirio Díaz enviara al viejo General Treviño á pedir al Gobernador Cárdenas que renunciara a su puesto. Desde el principio pensaron los avisados que el envío de Treviño como jefe de la Zona militar en los Estados de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, para contrarrestar los efectos del *reyismo,* no era medida tan hábil como parecía y como pregonaban los gobiernistas. [El Gobernador Cárdenas estuvo en México 22
y declaró á los periodistas que Treviño había ido á pedirle su renuncia, en forma de licencia, para poner en Coahuila autoridades anti-reyistas; y que él, en vez de pedir licencia, había venido á hablar con Díaz sobre su renuncia formal. Ayer llegó de regreso al Saltillo. No se sabe qué ocurre. *El Imparcial* dice en editorial de hoy que la renuncia de Cárdenas convenía para evitar desórdenes. ¿Evitar?[560].

Agosto 24. — La cuestión política presenta apariencia de calma; pero la realidad sigue siendo la misma: agitación. Se ha llenado de tropas todo el Norte, y se tiene cercado al general Reyes; en Coahuila se impuso al fin el cambio de gobierno ordenado por el centro, y no llegó á haber verdaderos disturbios: las noticias de motines resultaron erróneas; en Sinaloa se hizo el *chanchullo* electoral para declarar electo al candidato oficial, Diego Redo[561], aunque el pueblo se atrevió á votar, y se asegura que en votos efectivos hubo mayoría para el oposicionista Ferrel[562] (periodista de combate sin otros títulos al de ejercicio de un gobierno); pero en Yucatán ha comenzado otra agitación por las elecciones de gobernador. Puede esperarse que cada elección de Gobernador de Estado implicará oposición ruda a los deseos del gobierno federal. El General Reyes sobrelleva con extraordinaria paciencia las medidas y los ataques que contra él dirige el gobierno; su situación es enigmática; fuera de México, y de las peculiares contradicciones que hacen que aquí todo se realice teniendo como condición á Porfirio Díaz, sería inconcebible.

Se comenta ahora un discurso del General de Brigada Félix Díaz[563], pronunciado en la noche del sábado último para cerrar las conferencias de la Asociación del Colegio Militar. Asistió Porfirio, y el sobrino dijo frases significativas: indicó que su obra solo duraría lo que su vida; que en México no habría guerra extranjera, ni tampoco revolución, porque no había nadie capaz de oponerse á la voluntad del pueblo, la cual triunfaría. . . Se comenta con extrañeza el discurso; pero parece que los antecedentes de Félix Díaz, son suficientes para justificar su despego para su tío: la conducta dudosa de éste con su padre, el General Félix Díaz; las ambiciones personales; la liga con el ejército actual; y por último, la amistad con Rodolfo Reyes, que ha intervenido en negocio suyo importante. El hecho de que el discurso se haya publicado en *México Nuevo,* y no en la prensa oficiosa, es significativo. Además, supe por Acevedo, el arquitecto, que en una entrevista que tuvo con Félix Díaz, este le instó á trabajar en pro de Reyes.

Agosto 25. – Estuve anoche en una reunión en casa de Marcelino Dávalos[564], el dramaturgo, que acaba de regresar de Quintana Roo, donde era secretario del jefe militar. Concurrió todo el grupo de los *catecúmenos* de Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón; catecúmenos admirativos, pues por fortuna no se lanzan a producir, contentándose con concurrir a toda manifestación que juzguen *artística.* Son, por supuesto, gentes de gustos medianos, que se entusiasman con Tina di Lorenzo[565] y Mimí Aguglia; y cuyas lecturas se orientan por el gusto de Carlos en el sentido de la novela realista francesa. En general, no tienen personalidad marcada en ningún sentido, y de ninguna cosa medianamente difícil (cuestiones sociales, políticas, mucho más las intelectuales) se atreven á opinar sino apoyando opiniones ya expresadas. En política mexicana, por supuesto, todos tienden al oposicionismo y aun al *reyismo.* No sé si esta unificación de pareceres y de modestias ha sido causada por la larga influencia de Carlos y Luis, á la cual se suma la de Marcelino Dávalos, cuando éste se halla aquí: tres influencias que concurren en el mismo sentido, exclusivismo en la literatura realista y

aplauso indiscriminativo á la música alemana y á toda música que no caiga en la *populachería* de la ópera italiana, antigua y contemporánea. No estuvo en la reunión Luis Castillo, pero en cambio estuvo Escofet, á quien encuentro ahora libre de cierto prejuicio anti-hispano-americano que antes *pervadía* todo su hablar. Escofet tiene menos talento creador que Carlos, ó tal vez menos capacidad de trabajo sostenido; pero en orden á gusto es mucho más amplio: entre él y Carlos se nota la diferencia que existe siempre, [en igualdad de condiciones, entre el europeo y el americano. Diríase, también, que la libertad en el orden familiar ha influido favorablemente en el carácter de Escofet: cuando yo lo conocí, vivía con su mujer y su niña y su suegra; la preocupación de la familia la tenía siempre encima; pero como ahora, aunque son mexicanos, envió á las dos mujeres y á la niña á Barcelona, con el fin de que la esposa se curara de la vista, la antigua preocupación se ha convertido en obligación de enviar dinero; y como, por fas ó por nefas, ni él ha logrado marcharse á España ni ellas volver á México, y además ha comenzado á ganar más dinero, su situación resulta bastante holgada y sobre todo libre: ¡buenas razones para recobrar el buen genio! 22 bis

La casa de Marcelino Dávalos, en la colonia Guerrero en que tuvimos Max y yo nuestra casa con los Castillo, y donde estos han vuelto á vivir, es un *coin*[566] curioso. Dávalos, que goza de poco prestigio entre la juventud exigente de México (Gómez Robelo, Acevedo, Caso, y demás), tiene el defecto de ser una de esas gentes que "hacen de todo": pinta, canta, toca el piano, compone música, hace versos, recita, escribe cuentos, estrena dramas... Y no vive de ninguna de estas habilidades. La sala donde recibe está atestada de pinturas suyas, de dibujo relamido y color falso, afeminado; los muebles son barrocos é incómodos; los inevitables Apolo y Venus ocupan sendos rincones; dos libreros pequeños contienen literatura, casi toda francesa; y lo único que tiene carácter propio son algunos objetos traídos de Quintana Roo: plantas marinas; plumajes de garza y de pavo real; caracoles sobre los cuales han crecido pólipos. Tuvimos que "hacer el gasto" de la reunión Dávalos, Fernando González Peña (muchacho

inexperto, que tiene aptitud musical, y toca y canta), y yo. Escofet y Carlos casi nada saben de memoria para recitar. Por supuesto, que el centro de las ovaciones es siempre Dávalos. Canta mal, mucho peor que Fernando González; su recitación es conocida por cursi entre las amistades que no lo admiran; pero en realidad sus aptitudes histriónicas son buenas, y su recitación sería agradable si no cayera con frecuencia, en los pasajes delicados ó patéticos, en la afectación y el afeminamiento: quiere ser siempre realista, y su realismo del sentimiento es cursi. En lo demás se le puede oír con agrado, por la naturalidad bien estudiada. Acaso lo mejor de Marcelino sean sus poesías, una que otra; pues en drama no logra nada fuera de cierta técnica escénica; y tal vez dedicándose á un género de poesía artificiosa lograría ser un reflejo estimable de Tablada. Claro es que este no ha hecho gran cosa; pero es un temperamento hecho para el buen gusto, capaz de todo refinamiento, y al mismo tiempo incapaz de hacer *obra* por culpa suya y del medio. Marcelino Dávalos nunca podría acercarse á los momentos culminantes de Tablada, pero sí sostenerse en una estimable medianía si estuviera guiado por mejor educación. Tuvo, sin embargo, el buen gusto de leer anoche una escena de *Cuando despertemos* de Ibsen.

Con Dávalos vive una hermana suya, idiota; al verla, se la supone una sirviente, pues el traje que usa es burdo y el tipo es de mestiza del pueblo; pero á poco se advierte la semejanza entre ella y Marcelino. Después de todo, mucho hay que conceder á quien, con tan pobre origen, ha logrado colocarse en posición estimable. Pues, á pesar de las desventajas sociales é intelectuales que todavía previenen á muchos contra Marcelino, éste ha trabajado como pocos y, si no le aceptan los jóvenes refinados, ha logrado grande estimación entre las *gentes* respetables, consagradas, de no muy buen gusto, pero de prestigio popular. El año pasado se le dio un banquete, por el estreno de su drama *Así pasan. . .*, y á él concurrieron Federico Gamboa[567], López Portillo[568], Salado Alvarez[569], Rafael de Alba, Rodolfo Reyes, Puga y Acal y otros tantos.

La *Revista Universal,* que dirigía Manuel Puga, con dinero de los reeleccionistas, murió al fin, al cabo de tres números.

La víspera de haberse decidido su muerte me pidió Puga que le escribiera alguna sección, para lo cual no tenía que abandonar mi trabajo actual; y quedamos en vernos para tratar, siempre sobre la base de una verdadera independencia por mi parte. Mien [tras tanto, Fernando Galván se empeñó en 23
que yo aceptara la dirección de una página literaria semanal en el nuevo diario *El Anti-reeleccionista.* Como este diario es órgano de un partido *independiente* y serio, y conozco á algunos de sus miembros (especialmente José Vasconcelos, joven abogado y aficionado á los estudios filosóficos), acepté. La retribución es corta, pero me prometen que será progresiva. La primera "página literaria", que apareció el lunes, no pude hacerla muy interesante, por la premura del tiempo.

Septiembre 6. - Me escribe mi padre pidiéndome que pase á la Habana, adonde va á enviar á mi hermana Camila, con dos de los niños de su segunda esposa, y acompañada por su cuñada Amalia, á estar dos meses en compañía de Max, de Fran y de la esposa de éste. Es cierto que hace ocho años que dejé de verla, y entre tanto Camila ha crecido hasta ser ya una joven (ahora tiene quince años), y ahora le convendría mi influencia; pero he decidido irme á Europa á principios del año próximo, para lo cual estoy ya reuniendo el dinero necesario, y después de un año o más que pase allá, regresar á Santo Domingo. Ya había dicho á mi padre que me parece aceptable la proposición que se le hace de aceptar la Rectoría del Instituto Profesional de Santo Domingo, porque así podrá trabajar poco y la familia volverá al país, que ya está en paz; y por último, al cabo de un año yo me les reuniría. Ir á la Habana ahora sería incurrir en gastos que me harían retardar mi viaje á Europa, y, por lo tanto, mi regreso á Santo Domingo.

Septiembre 9. Hubo otra reunión en la casa de Marcelino Dávalos, á la que asistí. Estuvieron ahora Carlos y Fernando González Peña, Luis Castillo y *Pepe* Escofet. Marcelino leyó un cuento suyo, de Quintana Roo, no muy bien escrito, pero sí animado: da idea de la extraña vida que se hace en aquella región de indios en lucha contra soldados y de

destierro para los que el Gobierno quiere castigar. Más que la poesía, me parece ahora género adecuado para Dávalos el cuento; pero él quiere seguir siendo poliartista. . .

Recibí carta de Francisco García Calderón (quien pasa de Londres á París) diciéndome que la casa Ollendorff[570] está de acuerdo en publicarme un libro, sin pagármelo, pero sin cobrarme nada tampoco. Voy á reunir ya los artículos, pues solo puedo ahora hacer libros á pedazos.

Septiembre 13. – Visité ayer á Luis Urbina, y me reiteró la oferta, hecha tres meses atrás, de encomendarme el trabajo de selección para una antología de poetas y prosistas mexicanos del siglo de independencia. Promete ahora un sueldo menor que el que prometía antes: hay que hacer economías. . . Ya no serían doscientos pesos mensuales, sino ciento cincuenta. De todos modos, aunque el trabajo sería tanto como el que ahora tengo, al fin y al cabo sería verdaderamente literario, y no había de ser la misma tiranía de las horas. Veremos si no es uno de tantos espejismos. Esto me permitiría reunir una suma de dinero algo mayor para la fecha de mi viaje á Europa.

Han salido ya tres lunes literarios del *Anti-reeleccionista*, además del primero. La página es de tan reducidas dimensiones que muy poca cosa es lo que cabe; pero he publicado versos míos[571] y de Max, dos trabajos que me ha dado Alfonso Reyes, con el seudónimo de Teodoro Malio, y he reproducido cosas de D'Annunzio, Remy de Gourmont[572], Oscar Wilde. No cobro.

Ayer vi también (lo encontré en la noche en el Café Inglés) á José María Lozano, á quien traté mucho durante los días de organización de la fiesta en honor de Barreda. Desde que se había *pasado* del *reyismo* á las filas de la reelección no había hablado con él sino de paso. Estuvo informándose de literatura en que se tratara el caso del honor y de los celos, pues quiere aprovechar alguna lectura literaria para un próximo asunto criminal en que será defensor (para él, los juristas no han profundizado este problema); luego hizo confesiones de justificación política, declarando que él no ve promesas de gobierno sino en los mismos que ahora están

junto á Porfirio Díaz; y acabó diciendo que tenía deseos de mexicanizarme. ¡Curiosa actitud! No es el primero que desea arraigarme; los otros amigos, los más íntimos, vienen dicien [do lo mismo desde hace dos años; pero no han hecho un solo movimiento eficaz. 23 bis

Septiembre 17. – Las fiestas de la independencia mexicana se celebraron sin disturbios. Mucha soldadesca por las calles. Menos gente que en años anteriores, y, sobre todo, menos ruido.

Estuve ayer en la casa de Valenzuela. Sigue empeorando. Estaba allí, con Emilio, Enrique Escobar. Es éste uno de los ejemplos típicos del talento desperdiciado por falta de carácter y de disciplina, caso que tanto abunda en nuestra América. Es un verboso de imaginación tartarinesca, de percepción clara y rápida, á quien la falta de método y de perseverancia han convertido en mero hablador barato, que acepta toda clase de seudo-ciencia para apoyar sus razonamientos y que inventa toda clase de historias para corroborar sus asertos. Su traje intelectual no se renueva hace dos o tres años: sigue con algunos nombres y algunos temas: criminología, Tarde[573], Garofalo[574], economía de Vilfredo Pareto[575], psicología social, Gustave Lebón, y hasta las teorías sobre el genio y la locura, de Lombroso[576] y Nordau[577]. Sus charlas de asuntos intelectuales son ya, por lo tanto, fatigosas y huecas. En cambio, su imaginación sigue siendo acrobática, y su temperamento le hace prestar fe á sus propias mentiras: así como el año pasado aseguraba la virtud de la tiple María Conesa[578], hoy proclama el talento de Ramón Corral y su familia. Su última afición es la política gobiernista, y, una vez entrado en ella, la ha tomado á pechos. Tuvimos ayer un breve *passage-aux-armes*[579] por una intrusión suya queriendo censurar mi entrada al *Anti-reeleccionista*. Como tiene la desventaja de ser sensible á los ataques, se desconcertó con tan sencilla burla como la de decirle que á él iba dedicado el "Celui qui ne comprend pas" de Remy de Gourmont[580], que publiqué en la página literaria del diario en cuestión. Bajó el tono, y, continuamos hablando sobre diversas cosas; habló, como de costumbre, de los

criminalistas italianos y franceses, demostrando no haber leído nada nuevo en ese respecto desde hace por lo menos un año. Según Rubén Valenti, la sabiduría del manco (pues Escobar lo es, del brazo derecho, sin lo cual sería un buen tipo físico) es meramente axilar: con llevar los libros debajo del brazo, se considera sabio; su axila es erudita, dice Rubén. Cousin[581], decía Heine, había estudiado la *Crítica de la razón pura* de modo semejante, intuitivo, pues dizque no sabía alemán. ¡Lástima de cabezas! Es incalculable la cantidad de talento que se pierde entre nosotros. Aquí en México, á la verdad, sólo conozco, aparte de Alfonso, un joven laborioso: Carlos González Peña. Los que antes me daban idea de perseverancia y estudio, como Acevedo, Caso, y uno que otro más, no aprovechan ni la mitad de lo que pudieran hacer.

Septiembre 20. - Estuve anoche en el Teatro Virginia Fábregas, donde se estrenaba una comedia insignificante, de la cual hice crónica para *El Anti-reeleccionista.* Había público elegante, y Virginia estaba elegantísima en traje siglo XVIII: está muy gruesa, y su descote recordaba los exuberantes bustos de las mujeres de Rubens[582], según observó Valenti. Este concurre siempre á los teatros, por ver más las mujeres que las obras dramáticas.

Me habló anoche de su proyecto de publicar un libro de cuentos, como si no fuera ya suficiente el haber publicado los desdichados *Poemas amatorios.* No comprendo cómo nadie se atreve á advertirle á Rubén que ya es tiempo de que abandone la literatura imaginativa. Lo cierto es que yo, probablemente uno de los amigos que tienen con él más intimidad, dentro de la intimidad relativa que con él cabe, no me he atrevido. Habla él con tanta seguridad de su literatura. . . Durante algún tiempo creí que optaría por escribir sobre asuntos serios, y ciertamente cuando lo conocí, era uno de los individuos de más claro razonar en México, aunque con frecuencia se dejaba llevar de los impulsos anarquistas. Estaba, además, bastante enterado, á través de las revistas italianas, del movimiento intelectual; y él fue quien nos llamó la atención enérgicamente, á Caso y á mí, sobre las nuevas

tendencias filosóficas. Es cierto que tenía la desventaja, cuando quería escribir en serio, de escoger temas inadecuados: su conferencia, en la primera serie de nuestra Sociedad, fue sobre la "Evolución de la crítica", asunto que no domina; en la segunda serie anunció que [iba á hablar sobre "Ciencia, 24
arte y filosofía": al fin no lo hizo. Pero de un año á esta parte ya no lee; solamente escribe literatura de imaginación, y habla de política y de *gentes*. Tiene momentos de rareza; para mí, hay en él un desequilibrio mental producido por su larga lucha en la capital por ascender hasta la posición desahogada de que hoy disfruta; acaso tiene algún hábito pernicioso (tengo sospechas de que gusta del éter); pero lo raro es que á veces está exaltadísimo, divagador, intratable, y en otras ocasiones está lleno de perspicacia y de ingenio. Es típica su actitud en la política: unas veces vocifera (antes contra el gobierno, últimamente contra los oposicionistas, dada su filiación "reeleccionista"), otras discurre tranquilamente como si se tratara de la política europea. Anoche, salvo su alusión al libro de cuentos, estuvo tratable[583].

Septiembre 21. Es curioso el caso de mi página literaria en *El Anti-reeleccionista*. Han dado, los concurrentes á la redacción, en discutirla; los cultos, como Vasconcelos y Fernando Galván, la aprueban; los demás la encuentran ininteligible. La insistencia en este sentido es ya fatigosa. Comprendo que encontraran difícil el primer trabajo de Alfonsito, firmado Teodoro Malio; acaso el segundo; pero ahora les hice un trabajito ligero sobre *"Los mejores libros"*[584] á propósito de la selección del Dr. Eliot, de Harvard[585], y todavía claman. Yo creo que ya se trata de prejuicio, y que sin leer declaran no entender; pero me figuro que ya desearían que cesara la página literaria (por lo menos en mis manos) pues creen "que su público" se va á disgustar. Estas gentes que creen conocer al público y lo suponen inmensamente bruto, no piensan que quien se decide á leer la página literaria de un periódico ha de estar algo acostumbrado á lo que ellos llaman *ininteligibilidad*. Para ellos, lo único inteligible es el cuento; Reyes Spíndola me dijo un

día que era *ininteligible* el artículo de Juan Maragal[586] sobre Beethoven.

Septiembre 25. Estuve anoche en la casa de María Enriqueta, para entregarle un ejemplar de *Rufinito* que García Godoy[587] me remitió con dedicatoria para Pereyra. Aunque era viernes y día de recibo, no había nadie de visita. María Enriqueta habló largamente como cualquier mujer conversadora: que Carlos le escribe todos los días, con frecuencia varias veces en un mismo día; que ella no sale y está á punto de perder todas sus amistades; que le tiene miedo al mar y ni siquiera lo conoce, por lo cual, si se decide á ir á los Estados Unidos á acompañar á Carlos, no irá por mar, como él le propone, para que conozca la Habana, ciudad que le pareció encantadora por su animación veraniega ó carnavalesca (aunque él sabía de antemano que ella se negaría y en la carta le dice que la oía exclamar: "¿Yo? ¡Dios me ampare!"); que la mala salud de su madre, y el no haber otra mujer de la familia que pueda acompañarla, la tiene en incertidumbre sobre el viaje; que tener casa propia es un encanto y una molestia. . . Protesta ella de cuando en cuando ser inculta, y en realidad no tiene afectación alguna; á veces dice cosas interesantes: "No me muevo de la casa, –declara–, más aún, ni siquiera me muevo gran cosa dentro de ella; no paso de las habitaciones interiores; la sala y el jardín los veo poco. Algunas personas me dicen que eso no es vida. Pero es que se figuran que estoy inactiva. Inactiva, corporalmente, sí; pero siempre estoy leyendo, pensando, escribiendo. . . No muevo los piés, pero con la cabeza viajo tánto. . . Hasta creo que corporalmente me aprovecha, pues ya ve V. que esta vida sedentaria no impide que mi salud sea buena." –¿Y no le gustaría á V. viajar realmente?– le pregunté. –Sí. . . mejor dicho, me gustaría haber viajado; como yo vivo más de recuerdo que de presente ó de esperanzas, todo lo saboreo recordándolo; la misma música es para mí un placer retrospectivo.

Septiembre 29. Ayer en la mañana fue suprimido el diario *El Anti-reeleccionista* por orden de autoridad. Dícese que llevaron presos á todos los que se encontraban en la redacción: á Fernando Galván, contratante de anuncios, á Joaquín Piña, *reporter*, a los operarios, inclusive los norteamericanos, á la taquígrafa, á pesar de que sufrió un síncope, y hasta al pobre demente Zúñiga y Miranda, que se sueña candidato á la Presidencia y había ido allí á pedir se publicara su retrato. Es de suponer que ya dejaran libres á los extranjeros, á la muchacha y al inofensivo candidato. El director, Palavicini, está oculto. ¡Y ahora, precisamente, el periódico acababa de instalar su prensa de 30.000 pesos, é [iba á salir en buena forma! No parece que se haya librado orden de aprehensión contra los colaboradores, pues estuve anoche con Vasconcelos y Federico González Garza, y nada sabían al respecto. 24 bis

Anoche leyó Escofet un drama suyo, sin título, en la casa de Marcelino Dávalos. Es obra muy superior á las de Dávalos; en realidad, es todo un drama psicológico, desarrollado con habilidad, aunque con demasiada *literatura*. Hay mucho Benavente al principio, en el diálogo y en la *presentación* psicológica; en general, hay poca acción, aunque en apariencia no decae el interés (mucho varía de la lectura á la escena). Con un arreglo del tercer acto, en el cual las escenas no están bien distribuidas y el final parece un anti-clímax, y con recortar el exceso de *literatura* y *filosofía* que hay en algunas escenas, la obra puede salir *redonda*.

Septiembre 30. — Sigue en pie el conflicto del *Anti-reeleccionista*. El motivo dicen que fue un artículo sobre la entrevista Taft-Díaz en el que se acusaba al presidente de efectuar transacciones contra la integridad del territorio. La acusación ha sido, según dicen, por "injurias al primer magistrado". Vi anoche nuevamente á Vasconcelos y González Garza[588]; poco después encontramos á Ignacio Galván, quien les informó que se hallaban en lista (lo mismo que Emilio Vásquez, el presidente del Club Anti-reeleccionista), probablemente para ser aprehendidos, y nos contó que había estado á punto de sacar libre á su hermano Fernando, sino que éste, al ser

interrogado, declaró que, aunque no era sino agente de anuncios del periódico, era *anti-porfirista*, y por eso volvieron á encerrarlo. Ya salieron los tipógrafos y demás empleados inferiores; solo quedan presos el jefe de la imprenta, el administrador y el repórter Piña. Había cuatro ó cinco mujeres presas, no solo la taquígrafa. Tres horas más tarde me dijo Rubén Valenti que habían prendido á Vasconcelos. No sé si será cierto. Félix Palavicini sigue oculto[589].

Asistí anoche al concierto anual de los discípulos del pianista Luis Moctezuma. No sabía el programa, y tuve la sorpresa, al llegar, de encontrarlo espléndido: los Conciertos op. 37 (Do menor) y op. 58 (Sol mayor) de Beethoven, el Concierto op. 11 (Mi menor) de Chopin y el op. 25 (Mi menor) de Rubinstein[590]. La orquesta fue la "Beethoven" de Julián Carrillo. Es una empresa extraordinaria en México dar un concierto de discípulos con cuatro obras de ese calibre. Quizás por lo inesperado del programa, además del valor de las obras, lo escuché con singularísimo deleite. Acaso también los problemas humanos que en este momento me intriga observar y juzgar, los sentía reducirse á sus elementos esenciales y traducirse á aquella música trascendental, llena de conflictos espirituales.

Octubre 1°. – Soltaron ayer á Fernando Galván. Según él narra, la cordura estuvo de su parte (de lo cual habíamos dudado los que le conocemos) y no de parte de su hermano Ignacio, que fue quien gestionó su salida. Dice él que desde el principio comprendió que no se trataba de un juego, y que si lo aprehendieron fue porque incidentalmente se hallaba allí á esa hora, con intención de volver á salir en seguida. Que luego sus declaraciones, á pesar de que las del repórter y el jefe de imprenta estuvieron á punto de comprometerle, fueron lógicas y claras; y que solo cuando su tío Pérez Figueroa, militar, se puso a vociferar en la oficina policiaca que un hijo de D. Pedro Galván, sobrino de tales y cuales generales, no podía ser enemigo de Porfirio Díaz, y le preguntó pidiendo su asentimiento, él se vio obligado á decir que sí era anti-reeleccionista; que por último Ignacio quiere que le escriba una carta á D. Porfirio, (quien precisa-

mente es su padrino, de bautismo), dándole gracias por su salida, cuando él no está seguro de que se deba á orden presidencial, y él, naturalmente, se niega.

Encontré á Nemesio García Naranjo con Rubén Valenti é Hipólito Olea, y conversamos toda la prima noche. No sé si es porque ya pasó el furor político, pero ello es que hablaron con serenidad sobre los asuntos públicos, y llegaron á afirmar que probablemente, muerto Díaz, el porvenir es de Reyes. También hablé con García Naranjo sobre literatos mexicanos, y encuentro que su juicio se hace cada vez más serio. Y sin embargo, no me atrevería á asegurar que tiene talento; por lo pronto, talento poético, no lo tiene; no es sino un mal orador en verso. En el cuarto en que vive con Hipólito había (lectura de este último) el más reciente libro de Bonafoux[591]. ¡Y todavía si en la jus [ticia y en 25
lo certero del insulto, siquier grosero (¡nada más grosero que ese libro *Bilis*!), se pareciera á Bonafoux.

Octubre 4. – La cuestión de los anti-reeleccionistas sigue *statu quo*. Vasconcelos y González Garza están escondidos fuera de México; me figuro que acaso estén en la hacienda de Isidro Fabela.

Estuve ayer tarde en el concierto de la orquesta *Beethoven* el último. Poco público, como de costumbre; además, ahora se inauguraba la temporada formal de toros, y dicen que estuvo atestada la plaza, con ser los toreros de tercera clase. Asistió, sin embargo, Doña Carmen Romero Rubio de Díaz[592], á quien se dedicó el concierto, con su hijastra Amada Díaz de de la Torre. El *clou* del programa fue la Cuarta Sinfonía de Beethoven. Se ejecutaron además la obertura de *Oberón* de Weber, el Allegro ma non troppo de la *Pastoral* de Beethoven, una sinfonía concertante para violín y viola, de Mozart (Pedro Valdés Fraga y Francisco Baltazares), el allegro maestoso del Concerto en Mi menor de Chopin (Alberto Valdés, discípulo de Moctezuma), y dos fragmentos de un Concerto de Golterman[593], para violoncello, por una señorita Pérez de León, acaso hija del Juez que instruye la causa contra los anti-reeleccionistas.

Octubre 6. – Es increíble que tantas gentes piensen *ayudarme,* y nadie lo realice. Ayer se me dijo que era segura la promesa de Urbina, aunque él me indicó que había que esperar algún tiempo todavía; y ¡cosa inesperada! Ignacio Galván, que va de Cónsul á Europa, probablemente á Saint Nazaire[594], me instó á que me fuera con él como canciller, y promete arreglarlo todo. Sería curioso. . .

Se estrenó anoche, con beneficio y despedida de Virginia Fábregas, el drama *Jardines trágicos* de Marcelino Dávalos. Un desastre. Y sin embargo, hay allí drama; drama difícil, y, por lo tanto, imposible para Marcelino; los dos actos primeros, aunque tienen efectismos crudos, hubieran podido pasar, pero el tercero es detestable. Echegaray traducido á mala prosa de pretensiones literarias.

Por supuesto, los *catecúmenos* estuvieron alborozados, y aun Carlos (que antes me había confesado las faltas de la obra) se entusiasmó. Sólo Escofet y yo fuimos inmunes á la seducción de la amistad y al delirante entusiasmo del público.

Octubre 14. *Actualidades*, el semanario del Dr. Lara Pardo, se convierte desde mañana en diario. Reyes Spíndola quiere hacerlo fracasar á todo trance, y ha fundado un tercer diario, *El Resumen*, también semanario hasta hace poco. Pero este *Resumen* valdrá un centavo, y, como periódico de Spíndola, no será independiente; así es que la competencia que haga á *Actualidades* será casi nula, pues el diario del Dr. Lara valdrá cinco centavos.

Quiso el Dr. Lara que fuese yo su cronista teatral, y le escribí ya una impresión sobre Rosario Pino[595], á quien he visto en *La loca de la casa* de Pérez Galdós[596], *Las flores* de los Quintero, y *Rosas de otoño* de Benavente. Es Rosario Pino una personalidad verdaderamente *elusiva;* mi impresión la condensé así:

"Mujer distinguida, con distinción cuyos toques cosmopolitas no han borrado el carácter nativo, español; actriz de escuela contemporánea, bajo cuyo arte persiste, so capa de realismo al modo francés é italiano, un espíritu genuinamente español: en suma, un tipo de española refinada. No

diré que en eso pueda resumirse su personalidad. La personalidad de la Pino resulta inasible al principio, y todavía, después de cinco ó seis funciones, muchos no hemos llegado, ó no nos hemos atrevido, á definirla. Personalidad, eso sí, la tiene. Su arte no es solo arte de escuela contemporánea, arte realista y psicológico: todo él lleva un sello peculiar, indiscutiblemente personal. Rosario Pino lleva la sencillez á extremos: no tiene *pose* de estrella; no distribuye en escena á los actores de su compañía, como lo hacen muchos artistas, para decir á voces al público: "yo soy la primera actriz". Modestia, dicen algunos; yo digo: buen gusto. Para mí, su concepto del realismo escénico le dicta ese procedimiento. Confía en que su arte lleno de insinuación debe ganar poco á poco las simpatías del auditorio, en que él solo basta á distinguirla, y no se equivoca.

"Psicológicamente, sus interpretaciones son profundamente femeninas. . . En ella, la energía interior, se manifiesta bajo dos formas típicamente femeninas: [dulzura y constancia. Con ellas insinúa lenta pero firmemente el carácter de los personajes que interpreta (no muy diversos hasta ahora), y llega á dar el tono al ambiente moral en que se desarrolla cada obra. 25 bis

"¡Y los recursos de expresión! El manejo de la voz, siempre en tono menor, con modulaciones de viola, con pianissimos en que llega á desvanecerse, con articulación distinta, sin que por eso falte á la ley primordial del *legato,* convierte el idioma castellano, "no en oro y púrpura, pero sí en algo más que plata", como se ha escrito á propósito de la dicción del insigne Forbes Robertson. Habíamos oído nuestro idioma, con sonidos de arpa, con esplendores de tono mayor, en los labios de María Guerrero; pero nos faltaba saber adonde podía llegar en insinuaciones y suavidad. ¡Gracias sean dadas á los dioses, que nos conceden oír nuestro idioma modulado según las leyes apolíneas!"[597].

Octubre 26. – Estoy mal de la vista. Un dolor, al parecer nervioso, en el ojo derecho. El Dr. Carreón, médico de "La Mexicana", lo atribuye al trabajar de día con luz. ¡Naturalmente! Y todavía nada se arregla para que pueda yo salir

de este trabajo. Luis Urbina sigue con sus promesas, pero lleno de reticencias y demoras. Hoy estuvo á ver al Lic. Luis Gorozpe, que quería emprender ciertos estudios técnicos de agricultura y deseaba quien le tradujera de inglés y francés, prometiendo hasta llevar á Europa al empleado, quien, según él, debe ser "de confianza"; y me dijo que aplaza sus proyectos, y que elimina el viaje á Europa, y que de todos modos no emprenderá nada antes de dos meses. Me recomendó á él Adelita Vásquez Schiaffino, la joven *tapatía* que fue traductora (y creo ha vuelto á serlo) en la sección literaria dominical de *El Diario.*

Octubre 27. — Esta mañana me telefoneó Alfonso que su padre, el General, llegó á México, y que marchará al exterior, probablemente á Francia. Él le irá á acompañar en las vacaciones. Poco después llegaron á las oficinas con ejemplares de las hojas que se reparten por las calles, invitando á los *reyistas* á ir en manifestación á saludar al General. Me temo que no le encuentren á la hora que lleguen[598].

Esta mañana murió en Cuernavaca Hipólito Olea. Aunque joven, murió tarde. Hace un año se hubiera hablado mejor de él; aunque nunca se hubiera hablado muy bien, pues su palabra grotesca y grosera no agradaba, defendiera la causa que defendiera. Al convertirse al re-eleccionismo, sumó, al odio de los católicos tantas veces insultados por él, el de los reyistas. Esto, sin contar el odio de *El Imparcial*, que solo por compañerismo en la causa del Gobierno condescendía ya en mencionar su nombre, y el enojo de otras gentes, mayores y menores. Sin embargo, él vivía ilusionado; tenía su círculo, el "grupo de Belem", los abogadillos encabezados por José María Lozano; y siempre que hablaba ante el populacho (y hablaba todas las semanas en los Juzgados de Belem) era muy aplaudido. Un día se le oyó decir: "Como á mí la gente culta me odia. . .". Llegó á creer, á lo que parece, que era cuestión de clases. Esto no obstante, en el Club Reeleccionista asentía al disparate de que la reciente lucha pre-electoral era cuestión de educación social: los cultos apoyaban al gobierno, el populacho estaba por Reyes. . . Y entonces, y sin duda desde antes, cuando fue á defender en

el Estado de Morelos al candidato millonario Pablo Escandón, debió de figurarse Hipólito estar en el partido de la gente culta.

En realidad, Hipólito no tenía mucho talento, ni siquiera palabra fácil, pues sus discursos *importantes* eran aprendidos de memoria. Se hizo notorio porque lo empujó su grupo y él se empeñó en *subir*, no importa por qué medios. Si la enfermedad le hubiera permitido ir á Europa, á estudiar criminología en Italia, como pensaba, acaso hubiera podido ser un elemento útil. Sin embargo, moralmente Hipólito era todo lo contrario de lo que parecía como orador. No era intemperante, sino tolerante con los amigos; no era audaz sino tímido é irresoluto; no era ambicioso, sino desprendido. ¡Lo que pueden las influencias!

Octubre 28. – Se instaló anoche, en el incómodo Salón de Actos de la Escuela de Jurisprudencia, el "Ateneo de la Juventud", inventado por Caso[599], y para el cual [invita- 26
mos Rafael López, Acevedo, Alfonsito y yo. Concurrieron Ignacio Bravo Betancourt[600], Carlos González Peña, Luis Castillo Ledón, Isidro Fabela, Manuel de la Parra, Juan Palacios, Vasconcelos, Jenaro Fernández, Eduardo Pallares[601], Emilio Valenzuela, Alfonso Cravioto, Guillermo Novoa; estuvimos los cinco firmantes; faltaron, por ausencia, Ricardo Gómez Robelo, que vive en Chilpancingo, Marcelino Dávalos, que ha ido á Guadalajara al estreno de su drama *Jardines trágicos,* por la Compañía Fábregas, Nemesio García Naranjo y José María Lozano, que se hallan en Cuernavaca; y por no sé qué razones, Rubén Valenti, Francisco J. César (creo que tienen resentimientos, el uno con Nacho Bravo, el otro con Lozano), Enrique Escobar (el manco), Evaristo Araiza[602], Abel Salazar, Roberto Argüelles, Eduardo Xicoy, el Dr. Barajas[603], y Eduardo Colín. Se discutió hora y media; se nombró comisión de estatutos, no sin protestas previas de Vasconcelos, que deseaba no hubiera organización, ó la menos posible, y se eligió mesa directiva, resultando Caso presidente, *Nacho* Bravo tesorero y yo secretario[604]. Tipo curioso, este Nacho Bravo, que antes era objeto de críticas y hoy comienza á serlo de envidias; en cambio, lo ha sido

siempre de admiraciones fáciles. Hijo de padres pobres, dotado de inteligencia práctica, aunque plegable á muchas cosas, educado primero por curas, después en la Preparatoria, tesorero ambicioso, Nacho Bravo comenzó deslumbrando á sus compañeros de escuela por la feliz aplicación de sus dotes, y bien pronto suscitó desafectos: quien, le criticaba su falta de refinamiento; quien, le achacaba servilismo. . . Ello es que, con sus cualidades y sus defectos, explotando unos y otros, Bravo se conquistó la admiración algunos compañeros suyos entre quienes era *leader*, se hizo estimar por los profesores, se graduó de abogado con extraordinario éxito, ha trabajado enormemente, y á estas horas es rico, explota á los demás, *presume*, y se va á casar con una joven millonaria que ¡oh colmo! lo admira. Caso es de los que *creen* en él; pero yo, sea porque no lo alcancé en sus buenos tiempos, sea porque intrínsecamente nunca haya tenido alto valor, no puedo ver en Bravo sino una mediocridad hábil, que triunfa sobre talentos superiores, por su capacidad para el trabajo y su deseo de ascender á toda costa.

Noviembre 2. - No pude arreglar ningún paseo en estos tres días de fiesta, y hoy he tenido que venir á trabajar medio día. Ya me urge salir de este trabajo, pero nada logro todavía. No he podido mejorar de la vista, y tengo que soportar esto y la incómoda posición que me obliga á adoptar el escribir en máquina.

Sigo haciendo crónicas teatrales para *Actualidades;* pero el Dr. Lara tomó en serio la chanza de que lo haría gratis, y no promete ninguna remuneración. Ahora tiene ese diario una lucha contra los de Spíndola, quienes fracasaron en la idea de hacer diario *El Resumen;* era un periodiquito tan diminuto y desprovisto de interés que nadie lo compró, y tres días después de su aparición hubo de suspenderse. La táctica de los periódicos de Spíndola es atacar á las gentes que ayudan á *Actualidades* con dinero, y á sus empresas particulares, sobre todo el negocio de corrida de toros. La campaña de insultos por parte de los periódicos *espindolescos* y al de rechazo por parte de *Actualidades* ha sido formidable; como de costumbre, quedando mal ante la opinión Spín-

dola. No sé si por causa de esta campaña, ó por motivos personales del poeta Núñez y Domínguez[605], me han atacado en *El Heraldo*, cambiando mi nombre por el de *Menox*, por contraposición al de mi hermano Max, según un chiste que hizo el pobre José María Sierra, quien según Luis Castillo tuvo talento en su adolescencia y anda hecho una miseria desde hace cinco años, por causa de la alcoholización, cuyos efectos ha resistido por milagro, pues ya ha sufrido hasta *delirium tremens*. Sierra, según creo, no hizo el chiste con mala intención, si bien no es él un arca de intenciones buenas. En particular, me han informado que Núñez y Domínguez está resentido porque no se le invitó al *Ateneo*, y, atribuyéndome la omisión, me insultó al hablar en *El Heraldo* de la fundación de la sociedad, llamándome *Menox* y escritor *haitiano*. ¡Para lo que me importa á mí Núñez y Domínguez, y los periódicos en que escribe, aunque sean espindolescos!

[Noviembre 19. Hoy me llamó Urbina para avisarme que estaba arreglado el trabajo de la antología para que comenzáramos. Sin embargo, como esto ha llegado tan tarde en el año, y yo esperaba recibir gratificación en "La Mexicana", le advertí que salía perdiendo, y convino en que esta decena siguiente la trabajara á medias con él, continuando aquí, de manera de recibir los dos sueldos por estos diez días. Así, como el sueldo del trabajo antológico es mayor que el de "La Mexicana", compenso la pérdida de la gratificación. Por este nuevo trabajo me dan $ 150.00 mexicanos al mes. Dirige el trabajo Urbina, y le ayudamos un señor Nicolás Rangel[606], que dizque es bibliófilo y yo. **26 bis**

El *Ateneo* recién fundado parece próximo á perecer. Debió haber reunión de debate el sábado pasado, y no asistieron los oradores. Y ahora Caso parece dispuesto á no ocuparse de la asociación.

Noviembre 30. Mañana dejaré por fin el trabajo de "La Mexicana".

Caso volvió á ocuparse del *Ateneo*, y anoche hubo sesión de lectura. Leyó Parrita un cuento de hadas; lástima de la parte final. Alfonso leyó un estudio sobre los poetas parnasianos (so

protesta del cubano-francés Augusto de Armas)[607], que causó sensación entre los ateneístas, para quien él seguía siendo un poeta bucólico.

Diciembre 1°. - Al fin pude, hoy en la tarde, después de mucho trabajo, entregar mi sección de Siniestros en "La Mexicana". Con su carácter peculiar, el Director no ha decidido aún quien se encargue de mi trabajo; así es que tuve que entregárselo á él directamente.

Al ir á trabajar en la antología, me ha parecido que no trabajo realmente. ¡Cómo que una labor del propio género no nos parece trabajo!

Estoy en el período de independencia, y tengo que echarme á cuestas el *Diario de México* desde 1805 hasta 1816.

[Del 1° de Diciembre de 1909 al 29 de Marzo de 1910 se interrumpen las notas.]*

[Marzo 29 de 1910. Tuve pereza para continuar mis notas, aunque mucho habría podido anotar desde Diciembre. 27

Vino Altamira en ese mes, estuvo unos días, partió á los Estados Unidos, y regresó en Enero. Dio multitud de conferencias, con éxito extraordinario, y se le obsequió con banquetes y fiestas hasta dos veces por día. Claro es que *sotto voce* ha habido comentarios desfavorables, como si se hubieran arrepentido los entusiastas de su entusiasmo excesivo de al principio, y *El País*, con sus prejuicios católicos, le dirigió algunos ataques; pero el efecto general de la campaña ha sido benéfico.

El *Ateneo de la Juventud*, después de algunas pacíficas sesiones de lectura (en las que tomamos parte Vasconcelos, Alfonsito, Parrita, Carlos González, Marcelino Dávalos, Roberto Argüelles y yo) organizó una gran velada en honor del Altamira. Se celebró el 26 de Enero, en la Escuela Preparatoria, presidiéndola, con nosotros, D. Justo Sierra, Ezequiel Chávez[608] y Porfirio Parra: Caso dijo las palabras de bienvenida, muy entusiastas y justas; Alfonso leyó un

* Agregado con una letra que no parece de P. H. U.

trabajo sobre *La estética de Góngora*, que fue recibido con frialdad por el enorme y heterogéneo público; Rafael López dijo unos breves versos á Campoamor[609], y yo leí un estudio sobre Hernán Pérez de Oliva[610], en el cual trabajé dos meses: tuve que leer á salto de mata, porque el público ya no quería más, y tosía y aplaudía para callarme. Afortunadamente, no me impresiona el hallarme frente á un público, y acorté la lectura como pude. Altamira (á quien se dirigían todos los deseos del público) leyó un cuento largo, que no interesó: así es que resultaron decepcionados los que esperaban su turno. D. Justo me celebró mi trabajo; y Acevedo, que lo acompañó en automóvil, con Lozano y García Naranjo, hasta dejarlo en el teatro Arbeu, donde se estrenaba la *Salomé* de Oscar Wilde, me contó que les había dicho, comentando mi trabajo: "¡Cuántas cosas sabe Ureña!"; y luego hizo una pausa y repitió: "¡Cuántas cosas!"

Los miembros del Ateneo fuimos en seguida á un banquete que dimos en el Restaurant Sylvain en honor de Altamira. Frente á él se sentó Chávez, y á sus lados Caso y yo; conversamos con él largamente. El brindis, desgraciadamente, lo pronunció *Nacho* Bravo, en estilo hinchado y ridículo; Altamira contestó de manera breve, afable y sencilla. Chávez habló como de costumbre: deshilachado y familiar. Luego se le ocurrió á José María Lozano pronunciar un brindis en el que habló de España á su modo: de Cortés[611], de los frailes, de los empeñeros, de sus propias aficiones taurinas, de Fuentes y de Montes, de la música de Quinito Valverde. . . Aquello fue un desastre. Todo el mundo salió disgustado. Días después, algunos periódicos censuraron el brindis de Lozano, aunque había sido dicho en lo privado.

D. Justo organizó una reunión privada en obsequio de Altamira, á la cual asistí. Había mucha gente; toda la intelectualidad oficial; no estaba Casasús[612], por enfermedad, pero sí las mujeres de su familia; Federico Gamboa, Jenaro García[613], Salado Alvarez, Carlos Pereyra y *María Enriqueta;* Leopoldo Batres[614], *conservador* de monumentos; Ezequiel Chávez; Urbina; Rafael López, Roberto Argüelles, García Naranjo, Jorge Enciso[615]; el Dr. Zárraga[616] y Guillermo, un hijo suyo que recita versos; el recitador y sedi-

cente poeta romano Gino Calza; el Ministro de España, Cólogan, y su familia mexicana; D. Telesforo García, en cuya casa se hospedó Altamira, y toda su familia; Gonzalo de Murga[617], español y literato y hombre de negocios; Urueta, á quien se invitó por especial empeño de D. Justo, á pesar de sus ataques á la reelección. De la familia de D. Justo, estaba una multitud, además de las Casasús y de Urueta y mujer: los hijos, y las hijas con sus maridos, y las hijas de D. Santiago Méndez, y la elegante y provocativa Cristina Méndez de Regil, con su marido yucateco, y Mercedes MacGregor, hijastra de D. Luis Méndez, y no sé cuántos más. La música estuvo en manos de Artemisa Elizondo, de Manuel M. Ponce[618] y de Carlos Lozano[619], pianistas; Rocabruna[620], violinista, y su mujer la hermosa soprano María Luisa Escobar. *Tina* Méndez cantó romanzas en francés. Los números literarios estuvieron algo flojos: Urueta leyó su *Dulcinea,* que pasa por ser el mejor de sus trabajos, pero que á mí me parece bastante revuelta; D. Justo leyó unos de sus versos recientes, que comienzan admirablemente, pero que luego se engolfan en el acostumbrado *hugonismo* de los astros y del infinito; Paz García, hija de D. Telesforo, recitó con agradable estilo, mezcla de la voz de su padre y de la *manera* de María Guerrero, versos españoles de todos estilos: de Moreto[621], de Zorrilla[622], de Vicente Medina[623]. . . Lo demás no significó gran cosa. D. Justo quería invitar á Alfonsito, afirmando que su casa era campo libre; pero [se le hizo ver que el invitado estaría un tanto incómodo entre gentes enemigas de su padre, y al fin desistió de su propósito. La familia misma de D. Justo es curiosa muestra de esa libertad: pues hay gentes de todos los partidos: mientras él ocupa un ministerio y pasa por *científico,* uno de sus hijos, Chano J., escribe una biografía de Corral, uno de sus yernos, Miguel Lanz Duret[624], escribe en *El Debate* á favor de Corral y contra Reyes, otro, Manuel Calero[625] figura en el Partido Democrático, aunque luego se le conquista con el interinato en la sub-secretaría de Fomento, otro, José Barros, que es personalmente rico, escribe contra los reeleccionistas y es atacado por el mismo *Debate,* Urueta, marido de una sobrina, hace campaña contra la reelección, á nombre del Partido Demo- **27 bis**

crático, y con afinidades hacia el *reyismo*, Tablada canta himnos á D. Porfirio y escribe *tiros al blanco* contra la oposición (Tablada es marido de otra sobrina)[626], y el sobrino Chano K. se dice *reyista* en lo privado. Los que no se afilian á ningún partido son sus hijos Justito, cuya poca salud y costumbres inglesas lo hacen ver con despego la política si bien es diputado, y Manuel[627], que parece inclinarse á asumir la actitud de Casasús. . . quien todavía no asume públicamente ninguna actitud (aunque se le clasifica como *científico* prominente) en la cuestión reeleccionista, por ó contra Corral[628].

Altamira, á quien visité varias veces en casa de D. Telesforo, es un hombre de trato fácil y vivo; no parece *gachupín*[629] en su modo de hablar, que es americano salvo en la pronunciación de las *zetas* y *elles*. Tiene parecido, físicamente, con William James, y presumo que también en su trato, por lo que de James cuenta García Calderón. Su resistencia es extraordinaria; pues una labor de uno ó dos discursos y uno ó dos banquetes cada día (la cual tuvo que realizar desde que llegó á la Argentina hasta que se embarcó en Cuba para España) difícilmente se resiste. Pero él observa buen régimen; y además, aunque está cano (sólo tiene cuarenta y tres años), dice que en las vacaciones se echa siempre *medias suelas*, yéndose al campo y al mar, á hacer ejercicio constante.

Pocos días después de fundado el *Ateneo*, partió Acevedo á Europa, en compañía del joven arquitecto francés Godard y del mexicano Enrique Fernández Castelló, quien llevaba como adláteres personales á Mario Bulnes, hijo del célebre D. Francisco[630] y a un Miguel González. Enrique Fernández, que suple con la influencia que ha adquirido como hijo del Ministro de Justicia y primo de la presidenta su nulidad profesional, consiguió que el gobierno encomendara á la Compañía Bancaria, de la que es él director y propagandista en lo relativo á obras arquitectónicas, la construcción de un Museo de Artes y de un Palacio de Justicia, no recuerdo si penal ó civil, y tuvo la ocurrencia de que los proyectos de estos dos edificios los hiciera un arquitecto francés de fama, Déglane, de preferencia; y á ese fin se lleva á Acevedo, á uno de los Ituarte y al francés Godard, que vino á México

con Bénard y se quedó aquí desde entonces, para que ayuden con indicaciones prácticas los trabajos de proyectos en Europa. El viaje le convenía á Acevedo, especialmente en estas condiciones, pues nunca ó difícilmente habría sido capaz de reunir dinero para irse por su cuenta; y mientras tanto se iba enredando en la vida rutinaria de México. Su debilidad por las mujeres *de vida airada* (y cuenta que el género anda en México de capa caída, física y moralmente) lo habían llevado hasta poner casa á una profesional vulgar, y hacerse con ella no sé qué ilusiones: ahora, al irse, le ha dejado la casa, y piensa volver á reunirse con ella. ¡Quieran los dioses que París le quite esas ilusiones! Aunque a la verdad, Acevedo, aunque gusta de ver á las mujeres *chic*, no las prefiere en el trato; y aquí mismo, entre las profesionales, gusta solo de las que lo son francamente, y no de las más caras, entre quienes predomina el elemento extranjero, sino de las de precio intermedio: los consabidos cinco pesos. ¡Y va diferencia de esas á las de precio doble, que fingen modales señoriles y reciben en traje de baile! Hay en Acevedo no sé qué dualidad: por un lado, gusta de las cosas más refinadas y elegantes: las mujeres *very smart*[631], la literatura de Oscar Wilde, de D'Annunzio, de Verlaine[632], de Mallarmé[633], de Rodenbach[634], la música de cámara, la pintura impresionista, las obras de los grandes retratistas, los modales cultos, la charla llena de *esprit*, la buena comida, el *sport* vigorizador; y por otro lado, se inquieta por las prostitutas de burdel, y le gusta el ambiente de esos lugares, y la charla de ellas, y lee á Willy con deleite, y se apasiona por los toros. Algo de infantil, de curiosidad no saciada todavía, á pesar de cuatro ó cinco años de experiencia, hay en ese amor por las mujeres públicas. . . de México. Pero es que en Acevedo hay no sé qué elemento de origen que lo ata á las cosas bajas. Entiendo que sus padres son muy honorables y modestos, pero sé que algunos de sus hermanos se han descarriado.

[Su carrera profesional quizás hubiera podido ser de las 28
mejores, pero su carácter le ha impedido hacer más. Cuando conocí á Acevedo, Ricardo Gómez me había hecho de él tan extraordinarios elogios que yo lo creía un sabio y algo

así como un trabajador solitario. Pero no: la actitud de soledad que asumía Acevedo era en gran parte una *actitud* y lo demás era conjunto de circunstancias. Vivía alejado de su familia, pero por gozar de mayor libertad, y yéndola á ver diariamente; y si no se mezclaba en círculos, era tanto por el disgusto que le causaban los tontos desconocidos como por la falta de ocasión. Después ha andado en grandes grupos de amigos, y no ha estado descontento, aunque sigue tan escéptico como siempre respecto del mérito de las gentes. Pero ha tenido la vida fácil, por lo menos en los últimos años, y no aspira con vigor á nada, y por eso prefiere trabajar lo menos posible. Algo pueden haber influido los desengaños, pues su primer proyecto, el de Escuela Normal, le fue premiado en concurso, y luego, se le hizo modificarlo para que costara menos su construcción, y este nuevo proyecto le fue escamoteado por Porfirio Díaz hijo: quien tomó el de Acevedo, entregado á la Secretaría de Hacienda, le hizo ligeras modificaciones y lo firmó. En el concurso de monumento á Juárez fue derrotado con malas artes.

Acevedo pensaba encontrarse en Nueva York con mi primo Enrique Ap., *Phocás*, y visitar con él la ciudad; pero ni uno ni otro me han escrito sobre cómo lo pasaron. Acevedo llegó á París hace más de un mes[635].

Mientras tanto, Caso tuvo un hijo, á quien tendrá la debilidad de ponerle *Antonio*, porque así lo quiere su mujer[636]. En su casa vamos á leer la *Crítica de la razón pura*, dos veces á la semana, Vasconcelos y yo, y algunas veces Alfonso Cravioto y Alfonso Reyes[637]. Después de mi reconciliación –muda, por supuesto– con Caso, nuestras relaciones parecen ser las mismas de antes; pero hay siempre un matiz de diferencia. Yo me había negado á ir á su casa; una vez me invitó, pero no fui; sin embargo, el día en que, hallándome todavía esclavizado en el trabajo de "La Mexicana" renuncié las proposiciones que se me hacían para entrar al periódico *corralista* de Puga y Acal, ofreciéndome protegerme con una clase ú otra cosa gubernativa, volví a visitarle, sintiendo no sé qué sensación de fuerza y como queriendo hacer alarde de ella.

La política se ha calmado, gracias á que se emplearon procedimientos represivos en toda su variedad. Hasta destierros. . .

En este momento, no queda un periódico independiente: *Actualidades* fue suprimido de orden superior, y el Dr. Lara Pardo marchó á Nueva York, donde ahora trabaja en el *New York Herald; El Antireeleccionista* suprimido y presos los que lo hacían (últimamente todo se arregló, Félix Palavecini pidió perdón, y anda por las calles); *México Nuevo,* que usaba de singular prudencia, fue suprimido en forma comercial, por embargo. *El Debate,* no teniendo á quien combatir, se ha convertido en semanario semi-literario. El General Reyes, cuya actitud nadie llegó á definir, abandonó al fin el gobierno de Nuevo León, y fue enviado en comisión á Europa. Su célebre partidario Barrón fue desterrado por haber dicho demasiadas claridades, desde Nueva York lanzó su propia candidatura á la presidencia, y últimamente dizque se ha declarado *corralista.* D. José López Portillo y Rojas fue envuelto en un antiquísimo lío judicial, se le quitó el fuero de diputado, y está en la cárcel. Y así por el estilo.

Envié los artículos que deben formar mi libro á García Calderón, ya recibí muestras de las primeras 144 páginas: están bien impresas, como todos los trabajos de la casa Ollendorff, y con pocas erratas[638]. A Carlos González Peña le llegó su nueva novela, impresa en la casa Sempere, *La Musa Bohemia*[639]; y Escofet estrenó en el teatro Virginia Fábregas el drama que nos había leído, con el título de *La tragedia de las rosas.* Perdió mucho en la representación (y ¡qué representación!), especialmente el tercer acto. Me pidió que le escribiera un juicio, y tuve que hacerlo á toda prisa la misma noche del estreno; se lo entregué para que se publicara en *El Imparcial,* pero, naturalmente, Reyes Spíndola puso pretextos en contra, y Escofet tuvo que publicar el articulito en *El Correo Español.* El mismo día del estreno llegó de España la familia de Escofet: la mujer ya ciega, la niña crecida, y la suegra como siempre. El golpe que debía de recibir me lo imaginé terrible; pero afortunadamente, la mujer viene resignada y al mismo tiempo refinada, y la vida parece que se les hará llevadera.

[Dimos á Escofet y á Carlos un banquete, en el cual me 29
hicieron tomar la palabra para ofrecerlo, y lo hice con la mayor sencillez posible, pero sin saber cómo acabar aprisa:

en suma, bastante mal. Pero este detalle á nadie descontentó, y todo hubiera salido bien, si no es que a un amigo de Carlos, un abogadillo de la villa de Lagos que tiene la originalidad de haber estudiado alguna filosofía, se le ocurre tomar a mal una frase del amable *gachupín* (muy poco *gachupín* en realidad) Federico Morales Albo. Hubo cruce de frases, lo que se dijo para calmar las cosas resultó contraproducente, y al fin hubo que dejar que el abogado Muñoz se marchara solo, y se quedaron los demás comentando el caso. La cuestión fue, naturalmente, que el abogado se sintió tenido á menos en el orden intelectual, aunque no era un intelectual quien le dirigió la frase mal interpretada.

De Europa llegó Roberto Montenegro[640], a quien encontré con Enciso el día mismo de su llegada. Ha llegado a dibujar con elegancia; publicó en Europa un cuaderno de dibujos con *prólogo,* en francés, de Henri de Regnier[641]. Por estos días me ha tocado conocer á algunos escritores extranjeros: al poeta colombiano Ricardo Arenales (de nombre verdaderamente es Miguel Angel Osorio)[642], con quien, residiendo él en Monterrey y dirigiendo allí la *Revista Contemporánea,* había cruzado algunas cartas: la última de las cuales le disgustó porque a sus frases de retórica sentimental le contesté (enterado como estaba yo de los incidentes a que sus cartas daban lugar, o comentarios cuando no incidentes) que fuera más prudente aquí y que el carácter de los mexicanos no se prestaba a estas confianzas rápidas, mucho menos a distancia. Al venir a México quiso indagar largamente sobre la cuestión, pero pretendiendo haberse quedado en su criterio: su conversación no tiene ningún sabor particular, excepto el dejo de vanidad, de constante preocupación en sí mismo, que se le advierte a la larga. Después he conocido a otros dos, colombianos y semi-literatos, uno llamado Noah H. Gans (no sé por qué usa en idioma extranjero todo su nombre) y otro llamado Tiberio Hormechea: el primero se ocupa en trabajos comerciales, pero el segundo anda buscando protección y carece de iniciativa y hasta de conversación: le he dado una recomendación para que Caso trate de colocarlo en *El Diario,* pues las gestiones de Urbina en *El Imparcial* solo dieron por resultado la declara-

ción de Reyes Spíndola de que no quiere más sur o centro americanos. También conocí a últimas fechas a Gonzaló de Murga, que de vista, y algo de obras, me era bien conocido, y a quien siempre advertí como concurrente en las fiestas en que yo tomaba parte: parece que le halagaban mis temas españoles. Es persona, eso sí, de trato exquisito.

En los primeros meses del año estuvieron aquí, en el teatro Arbeu, Ruggero Ruggeri[643] y Lyda Borelli[644] (antes que ellos me ha tocado ver en México a Novelli, a Tina di Lorenzo (dos temporadas), al español Fuentes, a María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza[645], a Borrás[646], y a Rosario Pino con Thuillier[647]); ópera ha habido poca, y, —con excepción de la Compañía de Barilli, en 1906, y la del año siguiente, que tuvo deplorable éxito—, nada que valga la pena, pero ha habido todos los años música sinfónica, con la Orquesta del Conservatorio dirigida por Meneses, y en ocasiones con otra orquesta dirigida por Julián Carrillo, y varias veces música de cámara por cuarteto mexicano y dos temporadas del excelente Cuarteto de Bruselas. Ruggeri está lejos de ser un actor de genio, pero tiene talento y cultura, y sus interpretaciones son inteligentes; Lyda Borelli tiene mcuho talento natural, pero poca escuela. La compañía, como todas las italianas: gentes de muy pocas facultades en general, pero muy bien dirigidas. Dieron excelente repertorio: *Los Espectros* de Ibsen, *Salomé* de Oscar Wilde (para la cual tenía la Borelli la edad, —tiene veintiún años o poco más—, el tipo pre-rafaelista, —se parece singularmente a la mujer que pintaba Edward Burne-Jones[648] y aun a la que pintaba Dante Gabriel Rosetti[649],— y el cuerpo, el cuerpo de Sarah Bernhardt, algo más lleno), *Les romanesques* de Rostand, *Amantes* de Maurice Donnay, *L'ami des femmes* de Dumas hijo, y otras cosas buenas, aunque mezcladas con Sardou y Bernstein. Tuvieron muy poco éxito pecuniario.

[En la Semana Santa aproveché los días de fiesta para hacer una excursión al Popocatépetl[650], de la cual regresé ayer. Había combinado la ida con Fernando Galván, pero no le ví la noche del día en que nos concertamos, y en la mañana del jueves 24, después de haber dormido apenas tres horas, tuve que irme solo. Llegué á la estación del Ferrocarril In- 29 bis

ter-oceánico, á las siete de la mañana; había una multitud de gentes, y no se podía comprar pasajes. Me decidí á esperar que cediera la multitud, y, en efecto, media hora después estaba despejada la ventanilla y el tren, que debía salir antes de las 8, no había salido aún. Salimos á las 8.30; anduvimos lentamente. El valle de México produce siempre efectos raros por la delgadez del aire. Atravesamos junto al lago de Texcoco[651]. El valle está lleno de conos volcánicos. El valle de Amecameca[652], al cual pasamos, tiene poca vegetación, como todas estas regiones de la llamada *mesa central*, y aun algunas más bajas, como la de Cuernavaca[653], pero tiene muchos cultivos. Llegamos á las 11.30. Bajé del tren, esperando encontrarme con Gerardo Murillo, el pintor: en efecto, oí que del tren (un tren enorme) lo llamaba Pablo Prida[654], y fui hacia él. Andaba vestido de blanco, al modo inglés, y descalzo en medio de los arenales que forman las calles del pueblo de Amecameca. Me uní á él, y en seguida ordenó que llevaran mi maleta á su casa. Mientras tanto, noté que iban en otros carros del tren algunos conocidos, como José Adrián Palomo, hijo del que fue director de "La Mexicana" antes de mi entrada en esa compañía, y dos de los *catecúmenos* del grupo de González Peña: Manuel Cataño y Luis Henríquez Guzmán (uno de los pocos Henríquez con H que hay en México). Llamé á estos, quienes dijeron iban al "Popo Park", lugar cercano, al cual se llega desde Amecameca, en tren, en unos quince minutos, y en donde *yankees* han fabricado para *yankees* un hotel con jardín y ruinas artificiales y otras tonterías. Me fui, pues, con Murillo, cuya casa se halla situada en el *Zócalo* (plaza extensa) del pueblo. La casa no es pequeña, pero solo vale diez pesos al mes: no hay sillas, ni mesas, ni camas; Murillo, que vive según la naturaleza, así como no usa zapatos, duerme en el suelo y come sentado en él. Le acompaña un joven que le ayuda á fabricar colores con su mujer, que cocina: los dos tienen la única cama de la casa. Un indio le sirve para trabajos rudos. Esta gente que vive con Murillo parece estar muy contenta y ser muy servicial. Él no vive precisamente en Amecameca, sino en los nevados, donde pinta paisaje. Pinta constantemente, y tiene multitud de dibujos al *crayon*

y de pinturas al óleo apastelado que inventó: cuyos colores dan la impresión de pastel, aunque son de óleo, y no se desgastan ni borran como los de pastel. Como de costumbre en Murillo, tiene cosas notablemente vistas de color, otras muy bien dibujadas, pero otras muy insignificantes. Vive hablando de ir á Londres, donde ciertamente podría despertar la atención, y aun ser la moda de un día, por la originalidad de colorido que muestra en algunos trabajos. Su desigualdad le impedirá ser un maestro; y su especialidad es no poder *acabar* nunca los cuadros: los que acaba resultan los peores. Por ahora piensa hacer en México una exposición de cuadros y dibujos exclusivamente de los nevados, y titularla *El Popocatépetl y el Ixtlaxíhuatl.* Por eso vive en las alturas; á Amecameca baja de cuando en cuando; el día que yo llegué esperaba á varios amigos, de los cuales no llegó ninguno. Como yo debía emprender la excursión con Fernando Galván, le telegrafié á la redacción de *El Imparcial* (pues ya, desilusionado de las campañas de oposición política, ha entrado como jefe de anuncios de *El Heraldo*, el diario vespertino de Reyes Spíndola, si bien sigue encontrando mal todo lo *de arriba*), y efectivamente, llegó por la noche, á las siete. Mientras tanto, comí en la casa de Murillo, en el patio primero, transformado en *estudio* gracias á un lienzo blanco que sirve de techo y unifica la luz, sentado en el suelo y poniendo la comida sobre cajones. La comida, afortunadamente, no era vegetariana, como lo acostumbraba Murillo cuando vivía en Xochimilco; pero los vegetales abundaban notablemente. Dormí siesta en el suelo. Después fui con Murillo á ver la iglesia; tiene ésta su cementerio delante, y Murillo quiere pintar uno de estos cementerios, con un fondo de naturaleza enérgica y un nevado en el último término, y titular á este cuadro *México:* la tristeza humana en medio de la naturaleza vívida. Las tumbas no son muy viejas, pero lo parecen, pues en los pueblos se conserva el estilo de letras y formas del siglo XVII. La iglesia, para un pueblo de México, no tiene mucho carácter. Pero dentro [de la iglesia tenían, acostado en un sepulcro, un Cristo negro, el *Señor de Amecameca*, cuya iglesia habitual no es ésta, sino la del Sacro Monte; pero en Semana Santa entiendo 30

que lo desclavan de su cruz (los brazos tienen goznes) y lo traen á la iglesia del pueblo. En ésta hay, además, un santo de madera que, según Murillo, es viejo y acaso pertenece á la escuela cordobesa. Da idea de retrato de un tipo del siglo XV ó XVI, aunque de seguro no es de tan lejano tiempo. El pueblo está lleno de indios, pues éste es un lugar de devoción famoso en toda la República; pero el hecho de que sea Semana Santa no impide que el pueblo hierva de diversiones. En el Zócalo hay docenas de puestos donde se venden frutas, ropas, y toda clase de objetos utilizables en estos lugares casi campestres. Hay *caballitos* que no paran nunca, ruletas, y exhibición de serpientes y de cosas por el estilo. La Semana Santa no es nada triste para estos indios. Noto además, que entre sí no hablan castellano sino idiomas indígenas, otomí[655], quizás.

Subimos después al Sacro Monte, cuya pendiente es empinadísima. La cuesta tiene quince postes anchos de piedra, á modo de altares, indicando las *estaciones* de Jesús, con sus inscripciones relativas. En este monte hay dos iglesias, la del Cristo y la de Guadalupe[656]; frente á esta última hay tumbas, y detrás de ella toda la cumbre es un cementerio. El Sacro Monte ocupa el centro del valle de Amecameca, y mirando hacia Occidente se ve una gran extensión, casi toda cultivada. En el valle se ven pocos árboles, pues la tala de bosques en toda la República ha sido enorme, y donde la tierra no es muy fértil –no lo es en estas alturas– el recrecimiento es lentísimo. El Sacro Monte conserva muchos hermosos árboles, pero una mitad de él ha sido talada, y tiene árboles pequeños. Mirándolo de lejos, se nota la diferencia entre un lado y otro: hacia el Sur ha sido talado. Su altura es de unos cientos cincuenta metros quizás sobre Amecameca.

Al caer la tarde nos colocamos frente á la iglesia de Guadalupe, entre las lápidas de las tumbas. El viento hacía un rumor como de mar entre las encinas. El crepúsculo comenzó, no rico en colores, pero con aspectos típicos de estas regiones montañosas, de aire sutil. El sol descendió rápidamente con amplios efectos de luz. Las nubes se veían recortadas por líneas de fuego, como un papel que ardiera por los bordes. Los nevados se volvieron brillantes. Al ponerse el sol, la

nieve adquirió un tono de raso. En el instante mismo, la luna apareció, sin luz, completamente ambarina, sobre el pico de Ameyalco, que tiene forma de boca. Los nevados adquirieron entonces un vago tinte róseo; en seguida volvieron al blanco puro, con ligeros tonos azules, y luego con tonos verdes. El Popocatépetl lanzó, por un momento, una ligera columna de humo oscuro.

Bajamos al pueblo; recibimos á Galván en la estación; cenamos por el Zócalo, comidas populares, y encontramos á Cataño y á Luis Henríquez, que habían regresado del Popo Park, desilusionados. Quedamos en vernos al día siguiente, temprano, para emprender alguna excursión. Dormí en la casa de Murillo, en el suelo; cerré los ojos á las 12 y desperté á las 5 de la mañana. Dicen que en las alturas se duerme poco los primeros días. Amecameca está á unos 2500 metros sobre el nivel del mar (México sólo á 2277).

Salimos de excursión á las 7 de la mañana, hacia el Nordeste. El campo está cultivado. Hay plantíos de trigo, de maíz y otros vegetales. Hay riachuelo por todo el camino; sus bordes amanecen siempre helados. Hay pinos y encinas; muchas flores, violadas, róseas, blancas y particularmente amarillas. En uno de los más anchos arroyos nos bañamos; el agua es pura y terriblemente fría; no se puede permanecer en ella más de medio minuto. El agua helada sobre ramas de plantas forma unos como bordados de cristal. El camino muestra muchos montoncillos de tierra excavada: son las moradas de las *tusas*[657], roedores que, según me dicen, tienen costumbres algo semejantes á la de los topos. Los *coyotes*[658] las cazan escarbando los montones recientes, y dicen que la lucha se entabla en el sentido de la excavación, á quien cave más a prisa. Abundan los pájaros; pechi-rrojos unos, otros de espalda blanca; gorriones, y otros más. Llegamos hasta una cervecería que parece medio abandonada: está en medio de un corte de montaña abrupta, de un lado se ven acantilados de corte brusco, del otro un cerro lleno de pinos espesos. Junto á la cervecería hay un salto, pequeño, pero pintoresco, que sirve para dar fuerza motriz.

Estuvimos de regreso en Amecameca á las 12 del día: comimos; Cataño [se volvió á México en la tarde, y entre **30 bis**

tanto nos visitaron Cuéllar[659], secretario de redacción de *El Mundo Ilustrado*[660], los Garduños, uno de los cuales, Alberto, es pintor y dibujante del mismo periódico (él hizo mi máscara para *El Diario* cuando mi conferencia sobre Gabriel y Galán), y Juan de Dios Arellano, uno de esos poliartistas que nada son en resumen: iban también de excursión. En la comida se me quiso hacer beber el *tlachique*[661] ó pulque tierno; aunque no es tan desagradable como el pulque verdadero, no me pareció que valía la pena beberlo. A los demás, que lo bebieron y ponderaron, les hizo daño; así es que resulté inesperadamente justificado.

Convinimos en ir al Popocatépetl, por el lado sur, al día siguiente: en el lado sur, donde la nieve comienza después de 5000 metros de altura, es donde tiene Murillo su choza y donde pinta: allí decidió fijarse después de haber recorrido el volcán por diversos puntos. Por el lado norte, como los vientos fríos no derriten la nieve, ésta comineza á 4000 metros de altura, unos 100, ó poco más, sobre la aldea de Tlamacas; por allí, sin embargo, es mucho más fácil la subida hasta la cúspide, porque la pendiente es menos empinada. Volvimos al Sacro Monte para hacer más ejercicio, y regresamos á hacer preparativos. Dormí nuevamente en el suelo, en la casa de Murillo, como quería hacerlo para *endurecerme* un poco; pero, habiéndome dormido á las 11, desperté antes de las 4 de la mañana, todo magullado, doliéndome la cabeza, y el cuello, y el pecho. Desde las 5 llegaron los caballos, pero, con los preparativos, no pudimos salir sino á las 6 y media. Antes de las 7 estábamos fuera del pueblo, el cual, como está formado por casas grandes de un piso, tiene una enorme extensión. Íbamos Murillo, Galván, Henríquez y yo; el indio sirviente de Murillo, que es práctico en estos caminos, y otros dos indios cargando una enorme tela para pintar. Murillo y sus indios, á pié; él no iba ya descalzo, sino con *cactlis*[662]. A las nueve de la mañana, habiendo desayunado ya en el pueblo de San Pedro (pueblo de indios, lleno de perros vigilantes y ladradores), me sentía ya perfectamente: el magullamiento pasó, y todo el día estuve ya bien.

Como á las diez comenzamos á subir montañas, y sólo por intervalos de cinco minutos dejó de ser pendiente empinada el camino. El bosque debiera ser exuberante, pero se incendió en 1872, y además se han cortado muchos troncos, así es que casi todos los árboles son jóvenes. El sol quemaba como en las tierras bajas del trópico; y yo me quemé como si a ellas hubiera bajado. Como á la una de la tarde llegamos á un *améyatl*[663], lugar de agua, y nos bañamos; Murillo, al modo ruso ó turco, primero se introduce en la tierra caliente y luego se lanza al agua helada. A las dos llegamos á la cabaña de Murillo; prendimos lumbre, y comimos. La carne asada sabía espléndidamente. Anduvimos sobre la montaña: el lugar está á una altura entre 4700 y 4800 metros, y á 50 metros más ya no hay vegetación; allí mismo, los árboles vivos son poquísimos; todos tienen las ramas torcidas hacia el Nordeste, pues el viento que sopla del Sudoeste los ha deformado, y aun los que no tienen hojas conservan sus palos vueltos en esa dirección. Cuando la vegetación se acaba, todo es arenal: arenal que arde de día y se hiela de noche. Por esos arenales anduvimos, cada uno á su modo, y llegué hasta *la puerta*[664]: de allí se divisan los valles, de tierra cálida, ó semi-cálida, del Estado de Morelos[665]; las pendientes son enormes. El ascenso por entre la arena es penosísimo; y al llegar arriba, me fue necesario bajar inmediatamente, pues iba cerrando el crepúsculo y se desencadenaba el viento helado. El descenso fue rapidísimo, —como unos quince minutos— y llegué á tiempo para observar despacio la puesta del sol sobre el Nevado de Toluca[666], al Oeste, algo hacia el Sur, á unos 125 kilómetros de distancia: el sol se hundió como dentro del enorme cráter, mucho más ancho que él. Con espacios claros, se hubiera visto México, por lo menos de noche (la distancia es de unos 70 kilómetros); pero la atmósfera estaba cargada de polvo (al subir la montaña, nuestros caballos iban levantando polvaredas; siete meses hace que allí no llueve) y México no se distinguía sino como una mancha de polvo más espesa que las otras. Los colores del crepúsculo eran violentos; rojos, violetas terrosos, negruzcos. . .

Murillo, después de devolver los caballos y el burro de carga con los dos indios que trajeron su tela, formó, con sus cuadros, una nueva choza junto á la que allí tiene, hecha de palos y *zacatos*[667]. Comenzó á soplar el viento frío; prendimos hoguera, é hicimos la cena. A las ocho se pensó en dormir, y Galván Murillo y su criado indio se fueron á la [choza 31
formada con telas de pintar. Henríquez y yo nos quedamos un rato fuera; cesó el viento, y pudimos pasearnos algo por la montaña, y ver la salida de la luna, cerca de las nueve. No había una sola nube, ni la hubo en todos los días de nuestra excursión, sobre la cumbre de los nevados.

Al fin entramos en la choza, la tapamos con un cuadro, y nos envolvimos en todos los cobertores que teníamos y en el *zacate*, yerba seca que conserva el calor por modo extraordinario. En toda la noche no sentimos frío, sin duda porque había cesado el viento; pero no pudimos dormir, por la escasez de aire. Dormíamos media hora, y despertábamos de nuevo. La choza en que estuve era pequeña, y sólo caben dos personas en ella, y esas sólo sentadas; en cambio, la choza temporal que estaba junto de ésta ni siquiera permitía sentarse. Galván pasó la noche nervioso por esa imposibilidad, y por los ronquidos del indio, y no quiso dormir allí la noche siguiente, como habíamos pensado. Nos decidimos, pues, á ensayar subir hacia el límite de las nieves, y trepamos nuevamente los arenales, con enorme esfuerzo; llegamos hasta el pico de Hueyatlaco[668] (5000 ó más metros de altura): desde allí se divisa un inmenso panorama: se ve el descenso de las tierras frías hacia las tierras calientes, de Amecameca á Cuautla[669], una extensión de 150 kilómetros en semi-círculo (más bien un tercio de círculo). Frente á Hueyatlaco se levanta el Espinazo del Diablo[670], cuya punta está, según las medidas de Sonntag (en 1857) á 5240 metros sobre el nivel del mar: doscientos metros más arriba está la cúspide del volcán: para subir al Espinazo, basta con descender de Hueyatlaco unos cincuenta metros y subir luego unos trescientos: sólo allí había grandes cantidades de nieve. Donde nos hallábamos, sólo había pequeñas cantidades de nieve entre los huecos de las rocas. Desde Hueyatlaco hicimos rodar una enorme peña: pareció rodar medio kilómetro, pero al fin

se enterró entre la arena. Debajo de ella había una multitud de insectos pardos, quizás ciegos, que corrieron á esconderse. Estos animales, y los cuervos, que volaban en evoluciones rapidísimas y variadas, el cuerpo negro blanquéandoles en el sol, y graznando á ratos, con voz *gangosa,* fueron los únicos seres vivos que encontramos.

Descendimos, y emprendimos la bajada á las 12 del día. En un recodo de monte, frente al nuestro, estaba ardiendo un tronco, que se había incendiado el día anterior, al parecer por alguna hoguera que hubo allí días antes, y que habíamos divisado desde Amecameca, creyendo la hubieran encendido junto á la choza de Murillo. Murillo nos acompañó hasta el *améyatl,* donde nos bañamos y comimos, y regresó á su choza á quedarse completamente solo, pues su indio venía como guía nuestro. Descendimos á pie, rápidamente, por entre las pendientes llenas de polvo; del améyatl salimos á las 2, y llegamos á Amecameca poco después de las 7. Yo hubiera deseado quedarme todavía el día siguiente; pero Galván y Henríquez querían regresar á México, y regresamos ayer lunes en la mañana. ¡Qué extraña sensación de angustia produce abandonar la naturaleza en que se ha vivido activamente para volver al imperfecto artificio de las ciudades! Yo ni siquiera había experimentado necesidades intelectuales: en los cuatro días sólo leí unas cien páginas de Henry James[671]. Al regreso, México se veía envuelto en nubes de polvo. . .

Abril 11. – Ayer hice otra excursión, esta vez á Xochimilco[672], lugar que no conocía no obstante su proximidad á México. La noche del sábado estuve desveladísimo, con González Peña, Escofet y sus *catecúmenos;* me acosté á las 4, pero había quedado con el *gachupín* Federico Morales en ir á Xochimilco á remo, y á las 6 me fue á despertar. A las 7 estábamos en Jamaica, y alquilamos el bote: un bote ligerísimo, de bajo bordo, con dos remos; no podría ser más pesado, pues el canal es de poquísimo fondo, y durante la mayor parte del camino se está tocando fondo con los remos. En las dos horas que siguen á la salida, cuando se va á remo, se encuentran pueblos: uno de ellos, el célebre

de Santa Anita, donde se celebran las fiestas populares, de flores y canoas, el viernes de Dolores[673]. Después, el camino es solitario: el canal es de igual anchura, hasta que se está cerca de Xochimilco; en los bordes hay [largas arboledas, **31 bis**
que parecen plantadas especialmente para sombrear el canal, pues lejos de la orilla hay pocos árboles; el agua es lodosa, pero por eso mismo refleja constantemente los paisajes y el cielo. En el agua hay peces y serpientes; éstas nadan, naturalmente, con la cabeza fuera del agua. Por el campo hay pájaros, á veces en grandes bandadas; hay gorriones y cuervos; vi también las primeras golondrinas de esta primavera. Los indios recorren constantemente el canal en toda clase de barcas: *trajineras*[674] enormes á veces (balsas con bordo), cargadas de comestibles, de madera y aun de piedras; piraguas diminutas, que apenas se ven sobre el agua: parece que los que en ellas van se sostienen sobre la superficie acuática, como Jesús. Los medios de locomoción son variados: los remos, dos, ó bien uno para ir vadeando, las palas que empujan, el tiro con cuerdas, por la orilla, por gentes ó por animales: como recomendaba Hernán Pérez de Oliva que se hiciera para llevar las cargas por el Guadalquivir hasta Córdoba. El ascenso es lento, pues la corriente del canal va hacia México. A las 11 de la mañana llegamos á un sitio donde el canal se bifurca: por un lado se hace ancho y profundo, por el otro estrecho y de poca profundidad; pero el canal estrecho es muchísimo más corto que el ancho (es una cuarta parte de lo que es aquel). La mayor dificultad está en entrar en él: su entrada está llena de lodo, y el bote encalla, á pesar de su extraordinaria ligereza. Tuve que saltar yo á tierra, y Morales (que tiene sus puntas de marino, pues nació en la costa cantábrica, en el Ferrol)[677] hizo, con grande esfuerzo, entrar el bote en las aguas navegables: en una de las vueltas que dio, hizo salir sobre las aguas una semi-circunferencia de lodo. Anduve una hora á pie, paralelamente al bote, y volví á él cuando el canal se hizo algo más profundo. Poco después de una hora llegábamos á Xochimilco: pueblo primitivo, cuyas casas están á orillas de canales, y cuya vida se debe á los pequeños plantíos (cuadros encerrados en agua) de frutos y flores, que llevan el nombre de *chinampas*[678].

No saltamos á tierra al pueblo; así es que no vimos el centro, algo poblado, sobre tierra. La gente de Xochimilco vive en el agua; encontramos multitud de niños bañándose, algunos de ellos con *flotadores* fabricados de cañas, que se atan á las espaldas, y por la enorme pluralidad de canales hay siempre barcas. Fuimos hasta el llamado *ojo*[679], el lugar donde brota el agua, limpia y profunda: yo esperaba cosa mucho mayor, como *los ojos de agua*[680] que hay en Santo Domingo, dentro de cavernas, vastos y claros. Había un buen número de gentes de México; la mayor parte había ido en lanchitas de vapor. Nos entramos en un remanso, y nos bañamos rápidamente para recuperar fuerzas: el baño nos hizo espléndido efecto. Buscamos comida, y nos la dieron mala, y nos quisieron cobrar como á *yankees:* fue imprevisión no llevar la propia.

Eran ya pasadas las cuatro de la tarde; desde las dos el cielo amenazaba lluvia, pero de pronto parecía suspender sus amagos. De todos modos, queríamos llegar á tiempo, antes de las 7, hora en que se recogen los botes, y pedimos se nos atara á una de las lanchas de vapor para ser remolcados. Nos ataron á la lancha de unos *yankees,* pero los tales protestaron que tenían que llegar á prisa; la mujer que nos hablaba temblaba de indignación, y el hombre que iba con ella amenazaba fríamente con cortar la cuerda. La razón era toda de ellos, pues la empresa cometía un desacato al querer que nos remolcaran sin siquiera haberles pedido permiso. Desatamos, y nos ataron entonces á una *trajinera* que á su vez iba remolcada por un bote de vapor: el pobre llevaba buena carga. En la lancha de vapor y en la trajinera iba un gran número de personas; iban chiquillos, y estos se sintieron intrigados por nuestro bote; comenzaron á dirigirnos preguntas, y á observar cómo estaba atado el bote á la lancha, y á discurrir que tirando ellos de la cuerda se disminuiría el peso que tenía que arrastrar la barquilla de vapor: la cual ciertamente iba despacio, y máxime teniendo que echar por el camino largo y ancho, no por el atajo que nosotros habíamos recorrido en la mañana. Este camino, aunque más largo, ofrece muchos más paisajes: los nevados, el Popocatépetl y el Ixtaxíhuatl, se ven cercanos en apariencia (ahora estaban

igualmente cubiertos de nieve por Norte y Sur: Murillo ha quedado en plena nieve), se ven mayores perspectivas de campo y de agua. Poco antes de ponerse el sol, comenzó á llover con estupenda fuerza; nuestro bote iba descubierto, y como la trajinera y la barca de vapor iban cubiertos, se compadecieron de nuestra chistosa situación, y un joven que iba en la primera, [simpático, algo distinguido y afable, 32
nos hizo pasar con ellos, y hasta nos obsequió cerveza. Tuvimos que sostener conversación con él, y recurrimos al tema de las excursiones: el jovenzuelo no parecía tener cultura extensa, y, aunque lo ensayé, no fue fácil llevar la conversación á temas variados. Eché mano del tema del Popocatépetl, é hice creer que lo había subido por todos los lados y que había bajado por el Norte, rumbo á Tlamacas, resbalando sobre la nieve sentado en *petate* indígena. Los chicuelos, cuando el joven dejaba de hablar, nos abrumaban á preguntas; y al fin se les ocurrió entrarse en nuestro bote á remar. No podíamos menos que permitírselo, y allá se fueron, á poco de estar en el bote, advirtiendo que con el remo llegaban a sobrepujar el límite que la cuerda marcaba al bote, discurrieron soltar la amarra y remar solo. Pero una vez sueltos, como en realidad no sabían remar, el bote comenzó á dar volteretas y á correr de una orilla á otra encallando constantemente: bien pronto los dejamos atrás, y fue necesario detener la barca de vapor y recogerlos al cabo de algunos minutos. La lluvia cesó, ó continuó á intervalos; era luna nueva, y en todo el canal no había una luz, y las barcas de los indios, especialmente las enormes trajineras, que iban rumbo á Xochimilco y Chalco[682] cargadas de mercancías (dentro de su apariencia primitiva, estas trajineras llevan dentro grandes comodidades, y en el lenguaje popular las han apodado *pullmans*)[683], amenazaban chocar con nosotros: mi compañero Morales temía constantemente que nuestro bote, flojo al extremo del tren de barcas, fuese la víctima de las que pasaban. Poco antes de caer la noche, en uno de los intervalos sin lluvia, vimos venir hacia nuestras barcas á los chicuelos indios de un diminuto caserío, pidiéndonos centavos (la presencia de viajeros, especialmente *yankees,* ha fomentado la codicia de toda la población de Xochimilco y de su canal): Morales comenzó á

arrojarles lo que pedían, y los chicuelos vinieron corriendo tras nosotros, por la orilla, durante un cuarto de hora, tan á prisa como nuestro tren de barcas, todos vestidos de harapos, desgreñados, gritando peticiones de dinero, aunque el dinero no parezca que tenga para ellos mucho uso.

Al fin, á las ocho de la noche, recia ya la oscuridad, preferimos bajar en Santa Anita, después de tres horas de trayecto de regreso, y dejar el bote en manos del maquinista de la barca de vapor, empleado de la empresa de barcas.

Lunes 25 de Abril de 1910. - Ayer Domingo fui nuevamente á Xochimilco, en excursión ideada por Isidro Fabela, para la cual nos facilitó un bote con motor de gasolina el Licenciado Ilizariturri, compañero de estudios de Isidro. Fuimos, además de los citados, Carlos González Peña y Escofet. Salimos tarde, á las diez, y llegamos á Xochimilco después de la 1. Comimos cerca del ojo, y volvimos en seguida. En general, el paseo valió mucho menos que el anterior; se comió y bebió demasiado, se discutieron tonterías, y no se gustó lo bastante del paisaje. El paisaje estaba menos claro que en la ocasión anterior; y aunque tomamos por el camino largo, no vimos los volcanes.

Leí en estos días el *Chantecler* de Rostand. Es obra muy animada y divertida, y con algunos versos acaso más intensos que lo anterior de Rostand; no tiene muchas buenas *tirades*, pero sí mucha habilidad de rima y de *esprit*. *Doña María la Brava*, de Marquina[684], que ahora leí también, está bien versificada; pero hay un exceso de violencia romántica en el movimiento de la obra: casi parece aquello el Duque de Rivas[685]. A su modo, sin embargo, es enérgica y vívida. *La cena delle beffe*, de Sem Benelli[686], que Richepin[687] ha traducido al francés y tuvo éxito en París, es también obra hábil dramáticamente; se ha celebrado su versificación por inafectada. Sin embargo, de todo este teatro poético de los últimos ocho ó diez años, nada he leído que alcance la altura de *La Nave* de D'Annunzio[688].*

* Hasta aquí el original estaba escrito a máquina. P. H. U. comienza ahora a escribir a mano (Nota del Editor).

[México, Marzo 25 de 1911. – 32 bis

Anoche íbamos á celebrar sesión en el *Ateneo de la Juventud*. Alfonsito iba á leer la segunda parte de su estudio sobre *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*, trabajo extensísimo que acometió, por encargo del *Ateneo*, y que leyó fragmentado en la serie de conferencias de la Academia de Jurisprudencia y Legislación[689]. No hubo al fin sesión, por falta de quórum; pero cuando nos íbamos llegó Carlos González Peña, agitadísimo, á declararnos lo que acababa de comunicarle Salado Alvarez, Subsecretario de Relaciones Exteriores: la renuncia de todo el gabinete de D. Porfirio. La noticia produjo excitación; se comentó como un gran paso, y, por algunos, por los más, mejor dicho, como un signo de debilidad, de que el gobierno cedía ante la revolución de Madero. A mí no me pareció que significara gran cosa, fuera de lo último[690].

Nos fuimos todos los ateneístas después al Restaurant Gambrinus, y allí fueron juntándose después muchos que no habían ido á la sesión. Acevedo inició entonces la idea de que fuésemos inmediatamente á saludar á D. Justo [Sierra. 33
Caso, que acababa de estar con éste, apoyó la idea, y hacia allá nos encaminamos. No fueron con nosotros algunos, Carlos González Peña y Luis Castillo Ledón, porque habían quedado en ir al restaurant y no llegaron á tiempo; Colín y Parrita, que se habían despedido desde la Escuela de Jurisrudencia; Escofet, que tenía que ir á trabajar en su empleo de traductor de telegramas en *El Imparcial;* y Vasconcelos, que no quiso exponerse á la posibilidad de que se le viera en alguna relación con cosas del gobierno de D. Porfirio, ya que él está relacionado con la revolución y hasta piensa irse á los Estados Unidos á trabajar por ella (consideración algo pueril). Fuimos al fin á ver á D. Justo nueve ateneístas: Caso, Cravioto, Acevedo, Alfonso Reyes, Gómez Robelo, Fabela, Bravo Betancourt, Guillermo Novoa y yo; se agregaron dos cuasi-ateneístas, el dramaturgo Pepito Gamboa[691] y Martín L. Guzmán[692], muchacho inteligentísimo, hijo del Coronel muerto por la revolución, y además Miguel Alessio [Robles[693], 33 bis
abogado que escribe muy mal y fracasó en su propósito de entrar al *Ateneo,* pero que anoche logró su propósito de apa-

recer entre los socios. Nos recibieron D. Justo y sus hijos Justo y Manuel. D. Justo se mostraba contrariado en el fondo, pero estuvo hablando humorísticamente, como siempre (así estuvo aun el día en que le fui á dar el pésame por la muerte de su hija Luz, la esposa del abogado Manuel Calero).

Se habla poco de candidatos á los ministerios. Se temen cambios en muchas cosas, pero dudo que los haya muy radicales. No creo que la Universidad desaparezca, como quieren los malquerientes. La *Antología del Centenario* sí se extinguió este mes, sin necesidad del cambio del gabinete[694].

[México, Abril 6 de 1911. – 34

Ayer terminé los cursos del primer año en la Escuela de Jurisprudencia, con el *reconocimiento* hecho por D. Julio García[695] (subsecretario de Instrucción Pública recién nombrado) en su clase de Derecho Civil. El año escolar ha sido larguísimo: comenzó el 8 de Mayo de 1910, y se prolongó, tanto por ser de una serie de años escolares á los que se aumenta un mes para llegar á poner el año escolar á nivel del año fiscal como por haberse concedido de vacaciones el mes de Septiembre, el mes del centenario.

El sistema de la Escuela de Jurisprudencia es enojosísimo: son cinco años (antes seis) de estudios, con poquísimas materias (tres ó cuatro) en cada año, y con dificultad para que se permita *doblar*. Se aprende, por lo tanto, á perder el tiempo: lo poco que hay que estudiar incita á estudiar menos aún. No hubiera yo emprendido estos estudios, tan largos y tan poco fructuosos, si no fuera porque teniendo ahora tiempo de hacerlos, me ha parecido conveniente rea [lizar la 34 bis carrera que mi padre me propuso y obtener siquiera un título, que aquí, por desgracia, sólo es de *Licenciado en Derecho*.. En el primer año sólo se estudian Derecho Civil (con D. Julio García), Economía Política (con Luciano Wiechers) y Sociología (con Antonio Caso). El profesor más exigente es Caso; pero por nuestra vieja amistad, y su convencimiento de mis anteriores estudios sociológicos, –como también porque, de haberse ocupado en mí, que no lo necesitaba, hubiera robado tiempo á los demás, - no me exigía las lecciones. Así es que nunca estudié el pobre texto de Worms;

mis únicos deberes en esta clase fueron los cinco *reconocimientos* del año (temas escritos en clase á la vista del profesor) y un tema para desarrollar, para el cual fuí escogido, por votación de los alumnos, junto con otros cinco conferencistas. Mi tema fue *Las ideas sociales de Spinosa*[696]. Los otros fueron: la *Política* de Aristóteles (por Manuel Herrera
[y Lasso[697], el alumno de primer año que tiene más facul- 35
tades literarias y más amplia educación filosófica, porque gozó á la vez de la escolástica –es católico– y del positivismo); la *Sociología* de Comte (por Manuel A. Chávez), hijo de la Directora de la Escuela Normal de Maestras y sobrino de Ezequiel A. Chávez, el ex-subsecretario de Instrucción, muy bien educado á la manera positivsta, aunque no partidario del *comtismo*), la concepción sociológica de Gabriel Tarde (por Enrique Jiménez Domínguez[698], tema excelente como los otros dos); la *Introducción á la Sociología* de Spencer (por Juan B. Rojo, Jr., joven sinaloense que vino á recibirse de abogado en la capital y sólo ha estudiado aquí sociología, no incluida en el programa que cursó: su tema fue mediano, no muy bien documentado, aunque bien hecha la exposición [del libro); y *Les lois sociologiques* 35 bis
de De Greef[699] (por Alberto Campero, jovenzuelo educado por los jesuitas de Mascarones: su tema fue menos que mediano en la crítica, aceptable en la exposición).

En las otras dos asignaturas tampoco tuve mucho que hacer, pues Luciano Wiechers es perezoso y no se ocupaba ni en contar la asistencia ni en leer siempre los temas de reconocimiento: es, sin embargo, inteligente, si bien de cultura limitada, y explica con claridad y amenidad. Don Julio García enseña dogmáticamente y por preguntas; es bondadosísimo, más de lo debido, pues pone pocas faltas y altas calificaciones. A mí me tocó despedirle con discurso, á nombre de los alumnos, según la costumbre que se practica á final de curso; se emocionó, según dicen que le sucede siempre. Wiechers fue despedido por Herrera y Lasso, y Caso por Manuel Chávez.

Caso se queja de que la actual Escuela de Jurisprudencia
no vale lo [que la anterior; que *en su tiempo* había más mu- 36
chachos inteligentes. Es probablemente un espejismo el que

sufre Caso. Como dice Mr. Slosson en su libro sobre las *Grandes Universidades Americanas*[700], todo graduado universitario afirma que estas instituciones están en decadencia y señala como fecha en que comenzaron á decaer el año en que él terminó sus estudios. Caso quizás juzga según el mismo prejuicio, y nos lo hizo concebir á Alfonso y á mí. Alfonso, que tiene resentimientos personales por muchas actitudes y hechos de irreflexión de sus compañeros, accede con demasiada facilidad á la tesis de Caso. Yo he hecho una comparación de grupos, y veo que no hay una diferencia real: á la distancia, parece que algunos grupos (años) de la época de Caso
eran brillantes; pero [en realidad la mayor parte de las personalidades cuyos nombres figuran allí se ha hecho después de haber pasado por la Escuela: por ejemplo, Vasconcelos. No hay razón para suponer una decadencia: es cierto que hay muchos muchachos que no saben ó no entienden lo que aprendieron en la Preparatoria; pero ¿eran menos, antes, los que se hallaban en el mismo caso? Sino que entre compañeros, y no estando demasiado *hecho,* formado, el que juzga, se perdonan muchas cosas, y más tarde el tiempo las borra. **36 bis**

En fin, que no hay razón de suponer una decadencia (por muy deficiente que sea la enseñanza); Acevedo, que se interesa siempre por saber *quiénes hay* entre la juventud que surge, encontrará sin duda gentes interesantes que sumar á las que ya conoce.

Lo que sí puede notarse es una [transformación del espíritu estudiantil. La época de Caso es la época en que enseñaba Pallares: la Escuela de Jurisprudencia era entonces turbulenta, palabrera y patriotera; los alumnos se dejaban guiar por *leaders* oradores, políticos, periodistas. Papel, más ó menos importante de *leaders* tuvieron en esa época Rodolfo Reyes, José María Lozano, el mismo Caso en cuanto orador, no en cuanto estudiante de filosofía. Ese grupo salió de la Escuela á fines de 1908, cuando figuraban en el último año Hipólito Olea, Nemesio García Naranjo, Alfonso Teja Zabre. Sobrevino entonces un grupo de gente anodina; y ahora, á partir del grupo que entró á los cursos de primer año en el escolar de 1908-1909 y que ahora acaba de terminar tercer [año, parece iniciarse un nuevo modo de ser: los **37** **37 bis**

alumnos son más serios en su conducta, metódicos y reposados generalmente, con ideales de cultura seria ó de burguesía. Los frutos de aquella generación eran *meetings;* los de ésta son el Casino y el Restaurant de Estudiantes, el Congreso Estudiantil, cosas un poco burguesas, mutualistas y limitadas, pero que acaso sirvan como base de cosas mejores.

El grupo de compañeros de Alfonso no es muy brillante: figuran Torri[701] y Mariano Silva[702], con sus aficiones clásicas poco amplias; Oscar Menéndez, yucateco, *chiflado* y desordenado, bohemio, único que aún, hoy, se parece á los de la época de Pallares; Luis MacGregor Romero, con sus triviales aficiones científicas, y otros que no son sino *buenos muchachos.* El curso siguiente es el que lleva la batuta en la escuela, y el que prefiere Caso, quien los aficionó á la filosofía: en él figuran Gonzá [lez Zuñiga, *hombre de* 38
acción, organizador del Casino de Estudiantes; un grupo de aficionados á la filosofía: Emilio Carvi, Benjamín Elías, y Carlos Díaz Dufoo, jr. (este último muy fácil en trato y discurso); Emilio Castañares, recientemente premiado por un trabajo histórico sobre D. José María Luis Mora[703]; José Benítez[704], espíritu lento pero tenaz (ahora proyecta irse á estudiar en Alemania); José Pereyra Carbonell, veracruzano parlanchín y ligero, con aficiones literarias mal dirigidas.

En mi año no se manifiestan, como individuos salientes, sino algunos estudiosos. Es excepción Manuel Herrera y Lasso, quien, por sus facultades naturales, es más bien descuidado. Los otros dos que revelan mayores facultades intelectuales son Manuel A. Chávez —que quizás nunca se intelectualice, ni tome muy á pecho la labor de cultura, pues está muy *penché sur la practique*— y Enrique Jiménez Domínguez. Este ha entrado con verdadero *furore* á los
es [tudios filosóficos, y ha juntado en breve tiempo una 38 bis
pequeña y escogida biblioteca que comprende desde Platón hasta Bergson.

Lo que sí puede notarse ya es lo que temía Acevedo: que la nueva juventud no toma muy en serio á nuestro grupo (el del *Ateneo*), como sucedía en ese mismo grupo respecto del anterior (el de la *Revista Moderna*). A eso ha contribuido

(junto con la inevitable tendencia á la emancipación) el carácter enojoso de publicidad y aun de combate que se le ha dado al *Ateneo*. Habrá que trabajar bastante contra este prejuicio, si se quiere establecer relaciones con los que llegan.

Fuera de la Escuela de Jurisprudencia, hay dos jóvenes, amigos nuestros, de gran capacidad intelectual: Martín L. Guzmán, hijo del Coronel muerto en la actual revolución, y Pablo Martínez del Río[705], hijo del famoso abogado y educado en Inglaterra al modo clásico.

Notas

[542] A partir de la página 89 del original mecanografiado, P. H. U. covierte sus *Memorias* en un *Diario*, cuya fecha de iniciación corresponde al 5 de agosto de 1909.

[543] Luis González Obregón (1865-1938). Historiador mexicano.

[544] Juan Manuel Ruiz Esparza (1886-1947). Abogado, escritor y poeta mexicano.

[545] Manuel Puga y Acal (1860-1930). Historiador, escritor, poeta y periodista mexicano.

[546] Carlos Pereyra (1871-1942). Escritor, sociólogo e historiador mexicano. Fue la más importante figura de la historia mexicana e hispanoamericana de su tiempo. Renovó las perspectivas sociológicas y económicas en su campo y tuvo actuación política hasta su exilio en España, a la caída del gobierno de Huerta, con el cual colaboró. La revalorización del legado hispánico y la crítica del imperialismo norteamericano son dos de las principales tendencias de su vasta obra historiográfica.

[547] Partidarios del Gral. B. Reyes.

[548] José María Mier. Militar mexicano.

[549] Jerónimo Treviño (1836-1914). Militar mexicano.

[550] Luigi Capuana (1839-1915). Escritor, novelista, crítico y dramaturgo italiano; cultor del realismo y el regionalismo siciliano.

[551] Jane Austen (1775-1817). Novelista inglesa.

[552] Emily Jane Brontë (1818-1848). Novelista inglesa.

[553] Mark Twain. Nombre literario de Samuel Langhorne Clemens (1835-1910). Novelista norteamericano.

[554] Gilbert Keith Chesterton (1874-1936). Novelista, poeta y ensayista inglés. Renovó la literatura y las ideas inglesas, desde una polémica posición católica. El conocimiento de Chesterton muestra la actualidad de la información de P. H. U. y sus amigos en esta materia, ya que la difusión de la obra de Chesterton en Hispanoamérica apenas comenzaba. Tanto P. H. U. como Alfonso Reyes se ocuparán repetidas veces de este autor.

[555] Percy Bysshe Shelley (1792-1822). Poeta y ensayista inglés.

[556] John Keats (1795-1821). Poeta inglés. Con el anterior, figura central del Romanticismo.

[557] Algernon Charles Swinburne (1837-1909). Ensayista y poeta inglés.

[558] El juicio negativo sobre Pereyra se funda en observaciones sobre el carácter del historiador, pero sobre todo en su conducta política. Esta opinión adversa no impide que P. H. U. advierta otros valores de la personalidad y la cultura de Pereyra cuya obra principal, sin embargo, estaba aún por escribirse, lo que ocurrirá en su exilio posterior, circunstancia que, naturalmente, P. H. U. no pudo tener en cuenta.

[559] Se refiere al largo debate sobre la auditoría de las obras de W. Shakespeare, que cierta corriente crítica atribuyó a Francis Bacon.

[560] La popularidad creciente del Gral. Reyes y las posibilidades de que se fortaleciera el movimiento de sus partidarios obligó a Díaz a hostilizarlo enviando a Monterrey al Gral. Treviño y a intrigar con políticos como el Gobernador de Coahuila Miguel Cárdenas, pero el Gral. Reyes se resistía a encabezar una oposición frontal a Porfirio Díaz.

[561] Diego Redo. Político mexicano. Porfirista.

[562] José Ferrel y Félix (1865-1954). Periodista y político mexicano; editor de "El Demócrata", periódico anti-porfirista.

[563] Félix Díaz (1868-1945). Militar y político mexicano, sobrino de Porfirio Díaz, de quien fue seguidor; como General, opositor a la reelección de su tío. Tuvo gran importancia en la política y en las luchas de su tiempo. Acompañó al General Bernardo Reyes y, en razón de su amistad con la familia Reyes –especialmente con el hijo del General, Rodolfo Reyes– cuando aquél murió agrupó a los reyistas y fue candidato a la Presidencia de la República.

[564] Marcelino Dávalos (1871-1923). Cuentista y dramaturgo mexicano.

[565] Tina Di Lorenzo, nombre artístico de Concettina Di Lorenzo (1872-1930). Actriz italiana.

[566] "Coin": rincón.

[567] Federico Gamboa (1864-1939). Novelista, periodista, dramaturgo y diplomático mexicano, cuya exitosa novela *Santa* (1903) suele ser considerada como la iniciación de la moderna narrativa mexicana.

[568] José López Portillo y Rojas (1850-1923). Periodista, narrador y poeta mexicano.

[569] Victoriano Salado Álvarez (1867-1931). Periodista, diplomático, historiador, ensayista y narrador mexicano.

[570] La Librería de Paul Ollendorff, de París, editaba una colección de libros dedicada a los autores hispanoamericanos, bajo el título de "Sociedad de ediciones literarias y artísticas", asesorada por intelectuales de lengua española radicados en aquella ciudad; editorial que tuvo gran importancia en su tiempo tanto para la publicación como la difusión de los autores hispanoamericanos. Francisco García Calderón era uno de esos asesores y así pudo recomendar la edición del libro de P. H. U.

[571] Se refiere a la poesía "A un poeta muerto" (en memoria de René López), recogida en la ya mencionada edición de *Poesías juveniles.*

[572] Remy de Gourmont (1858-1915). Ensayista, crítico y poeta francés.

[573] Gabriel Tarde (1843-1904). Sociólogo y criminólogo francés positivista.

[574] Raffaele Garofalo (1851-1934). Jurista, sociólogo y criminólogo italiano positivista.

[575] Vilfredo Pareto (1848-1923). Sociólogo y economista suizo-italiano.

[576] Cesare Lombroso (1836-1909). Médico, jurista y criminólogo italiano; positivista.

[577] Max Nordau. Nombre literario de Max Simon Südfeld (1849-1923). Médico, ensayista y novelista húngaro. Activo en el movimiento sionista se hizo famoso sobre todo por dos obras: *Las mentiras convencionales de la civilización* (1883) y *Degeneración* (1892-3), en la cual consideraba "degenerados" a grandes figuras de las letras y las artes, por lo cual se convirtió en blanco de los ataques de los escritores y artistas hispanoamericanos.

[578] María Conesa (1892-1978). Cantante española radicada en México desde niña. Celebrada por sus actuaciones como actriz de zarzuela, por las cuales mereció el apodo de "La gatita blanca".

[579] "Passage-aux-armes": pasaron a las armas, expresión figurada para indicar una escaramuza a raíz de un entredicho.

[580] "Celui qui ne comprend pas": El que no entiende o sea el burgués insensible e ignaro, en la terminología difundida por los modernistas. R. de Gourmont. Ver n. 572.

[581] Victor Cousin (1792-1867). Filósofo francés; ecléctico, fue uno de los primeros difusores de la filosofía alemana en Francia y en especial de Kant.

[582] Peter Paul Rubens (1577-1640). Pintor flamenco.

[583] Los Poemas amatorios de R. Valenti fueron publicados en 1908. En 1913 editó una novela: *Rojo y negro*. Es muy interesante el reconocimiento que hace P. H. U. de la importancia de Valenti como incitador de la renovación filosófica que impulsarán los intelectuales de esta promoción.

[584] P. H. U. se refiere a su trabajo "Los mejores libros", publicado el 15 de octubre de 1908 en "El Anti-reeleccionista", bajo el seudónimo de Lilius Giraldus, según E. S. Speratti Piñero, *Crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña*, ya cit., 763.

[585] Charles William Eliot (1834-1926). Científico y educador universitario norteamericano, largamente vinculado a la Universidad de Harvard. En repetidas oportunidades P. H. U. preparó listas de obras y autores llevado por su gusto de ordenar los conocimientos y facilitar el acceso de los lectores a un saber organizado.

[586] Joan Maragall (1860-1911). Ensayista y poeta español, famoso por su obra en catalán.

[587] Se refiere a la novela *Rufinito* (1908) del ensayista, crítico y novelista dominicano Federico García Godoy (1857-1924), enviada por su autor a Carlos Pereyra.

[588] Federico González Garza (1876-1951). Periodista y político mexicano, de intensa actividad como maderista y revolucionario.

[589] Es curioso observar que P. H. U. fecha en el día 30 de septiembre de 1909 esta parte de su *Diario* donde se refiere a la entrevista que tuvo lugar entre Porfirio Díaz y el Presidente de los Estados Unidos, William Howard Taft. Pero dicha reunión, que se concretó en la frontera entre ambos países, según los historiadores, se realizó en octubre de 1909, en el marco de los intentos que hizo Díaz para apuntalar su posición política con aperturas internacionales hacia Gran Bretaña, Japón y Alemania, aparte de otras manifestaciones diplomáticas que pudieran alarmar a los Estados Unidos para que, preocupados por la actitud de Díaz, le prestaran apoyo. No hemos podido consultar directamente la colección de "El anti-reeleccionista", de modo que sólo podemos señalar la diferencia de fechas entre la anotación del

Diario y la mencionada entrevista. Es probable que P. H. U. redactara estas páginas después de octubre pero que las fechara en septiembre para abarcar otros acontecimientos. Cfr. Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer, *México frente a Estados Unidos; Un ensayo histórico. 1776-1980.* (México: El Colegio de México, 1982, 112). Otra posibilidad, más remota, es que P. H. U. confunda esta entrevista entre los presidentes, con la que el periodista norteamericano James Creelman le hizo a Porfirio Díaz, en enero de 1908, en el periódico "Pearson's Magazine" y que fue muy difundida en México y otros países y que muchos consideran como una especie de testamento político del anciano gobernante.

[590] Anton Rubinstein (1829-1894). Músico y compositor ruso.

[591] Luis Bonafoux (1855-1918). Periodista y crítico literario español, famoso por sus crónicas agresivas y sarcásticas.

[592] Carmen Romero Rubio de Díaz (1864-1943). Esposa de Porfirio Díaz.

[593] George Goltermann (1824-1898). Músico y violoncelista alemán.

[594] Saint Nazaire. Ciudad portuaria de Francia.

[595] Rosario Pino (1870-1933). Actriz española, radicada en México, era celebrada por sus representaciones del teatro de Benavente (ver n. 407).

[596] Benito Pérez Galdós (1843-1920). Novelista y dramaturgo español.

[597] P. H. U. escribió este texto sobre Rosario Pino en las crónicas aparecidas en "Actualidades" los días 15, 16 y 17 de octubre y 15 de noviembre. Cfr. E. S. Speratti Piñero, *Ob. cit.*, 763 sg.

[598] El General B. Reyes partió de México ese mismo día 27 de octubre, rumbo a Europa. Las circunstancias lo habían obligado a renunciar a su candidatura a la Presidencia de la República: era bien conocida la animadversión y los recelos de Porfirio Díaz ante la actitud opositora del General y por esa razón lo sacaba del país, con la excusa de una misión para estudiar cuestiones militares en Europa. Regresó a México el 9 de junio de 1911, cuando ya se había producido la Revolución y la caída de Porfirio Díaz.

[599] Es importante la rotunda afirmación de que fue A. Caso el "inventor" del Ateneo de la Juventud.

[600] Ignacio Bravo Betancourt. Abogado y político mexicano.

[601] Eduardo Pallares Portillo (1889-1972). Abogado y profesor mexicano.

[602] Evaristo Araiza (1854-1965). Ingeniero mexicano.

[603] Carlos Barajas (1875-1918). Médico y escritor mexicano.

[604] Además de los nombrados, en la Comisión Directiva del Ateneo de la Juventud y en el primer año, actuaron G. Fernández MacGregor como Secretario de actas y, a su renuncia, Isidro Fabela. P. H. U. fue designado Secretario de correspondencia.

[605] José de Jesús Núñez y Domínguez (1887-1959). Poeta mexicano.

[606] Nicolás Rangel (1864-1935). Historiador, bibliógrafo y crítico literario; realizó estudios sobre la biografía de Juan Ruiz de Alarcón.

[607] Augusto de Armas (1859-1891). Poeta cubano radicado en París desde 1890 y donde escribió, en francés, la casi totalidad de su obra. *Rimes byzantines* (1891) lo coloca en la escuela parnasiana y en la literatura francesa.

[608] Ezequiel A. Chávez (1868-1946). Abogado, historiador, pedagogo y filósofo mexicano. Sub-Secretario de Instrucción Pública en el Ministerio de Justo Sierra (1905-1911).

[609] Ramón de Campoamor (1817-1901). Poeta español.

[610] Hernán Pérez de Oliva (1494-1533). Humanista español. El estudio de esta figura del Renacimiento español fue uno de los favoritos de P. H. U., quien reeditó varias veces su trabajo y lo recogió, finalmente en su *Plenitud de España; estudios de historia de la cultura* (Buenos Aires: Losada, 1940).

[611] Hernán Cortés (1485-1547). Conquistador español de México.

[612] Joaquín Casasús (1858-1916). Escritor y humanista mexicano.

[613] Jenaro García (1867-1920). Historiador, escritor y político mexicano.

[614] Leopoldo Batres (1852-1926). Arqueólogo y profesor mexicano.

[615] Jorge Enciso (1879- ?). Pintor e historiador mexicano. Realizó estudios sobre la pintura mexicana primitiva.

[616] Ángel Zárraga (1886-1946). Pintor mexicano de larga residencia en Europa.

[617] Gonzalo de Murga (1869-1934). Escritor español radicado en México desde 1894.

[618] Manuel M. Ponce (1886-1948). Pianista y músico mexicano; de gran popularidad en su país.

[619] Carlos Esteban Lozano (1888-1918). Músico y pianista mexicano.

[620] José Rocabruna Valdivieso (1879-1957). Músico y violinista español, radicado en México desde 1903. Casado con la cantante mexica-

na María Luisa Escobar, descolló por su larga actuación como maestro de violín.

[621] Agustín Moreto (1618-1669). Escritor y dramaturgo español.

[622] José Zorrilla (1817-1893). Poeta y dramaturgo español; uno de los famosos escritores del Romanticismo.

[623] Vicente Medina (1866-1936). Poeta español; muy popular por su obra regionalista murciana.

[624] Miguel Lanz Duret (1878-1942). Abogado, político y periodista mexicano.

[625] Manuel Calero y Sierra (1868-1929). Abogado, periodista, diplomático y político mexicano. Más tarde será Secretario de Relaciones Exteriores y Embajador en Washington en 1912.

[626] J. J. Tablada. Ver n. 510. P. H. U. se refiere a la serie de notas satíricas que bajo el título común de *Tiros al blanco* publicaba Tablada en "El Imparcial" y que serían editadas en 1910.

[627] Manuel J. Sierra (1882-1970). Jurista, profesor y diplomático mexicano. Otro de los hijos de Don Justo Sierra.

[628] A través de las referencias de P. H. U. se advierte las prevenciones que en él despertaban los partidarios de Corral –es decir del Porfirismo– y adversarios del Gral. Reyes, padre de su amigo Alfonso y líder de una corriente que aspiraba a renovar la política mexicana. Además, P. H. U. subraya la doblez o ambigüedad de muchos de los personajes nombrados, características que muchos de ellos confirmarán, más tarde, cuando sobreviene la trágica Revolución de 1910 y los obliga a las diversas aventuras políticas e ideológicas.

[629] "Gachupín": término mexicano para designar, despectivamente, al español.

[630] Francisco Bulnes (1847-1924). Historiador, sociólogo y político mexicano; formó parte del Porfirismo pero su obra y su actividad polémica lo mantuvieron vigente durante los años posteriores a la Revolución.

[631] "Very smart": muy elegantes.

[632] Paul Verlaine (1844-1896). Poeta francés; una de las principales figuras del Simbolismo.

[633] Stéphane Mallarmé (1842-1898). Poeta francés. Otros de los líderes del movimiento Simbolista.

[634] George Rodenbach (1855-1898) Poeta belga; Simbolista.

[635] A pesar del juicio negativo que la vida privada de Acevedo le merece a la severidad moral de P. H. U., cabe señalar que aquél colaboró efectivamente con el francés L. Bénard en la construcción del

Palacio Legislativo de México. En efecto, fue reacio a escribir, pero impulsó la restauración de los valores del pasado arquitectónico colonial mexicano y, más tarde, se publicó *Disertaciones de un arquitecto* (1920), reunidas y prologadas por su amigo Federico E. Mariscal.

[636] El disgusto de P. H. U. con Caso es otro ejemplo del conflicto que las luchas políticas provocaron entre el grupo de jóvenes intelectuales.

[637] A estas reuniones de los amigos que se reunían para leer libros de filosofía se han referido, el mismo P. H. U. (*La cultura de las humanidades* –1914–, en *Obra crítica,* ya citada, 598) y Alfonso Reyes (*El suicida.* 1917. En: *Obras completas,* [México: Fondo de Cultura Económica, 1956], III, 302).

[638] Ese mismo año de 1910 apareció el libro de P. H. U., *Horas de estudio* (Paris: Ollendorff, s. e.) 304 pgs.

[639] La novela *La musa bohemia* (1908) de C. González Peña fue editada en Valencia por F. Sempere y Cía., una popular editorial que tradujo al español una gran cantidad de autores europeos en materias sociales, políticas, filosóficas y literarias así como también libros de españoles e hispanoamericanos.

[640] Roberto Montenegro Nervo (1887-1968). Dibujante y pintor mexicano. Becado por Justo Sierra en París en 1906, se vinculó con el surrealismo y aprendió la pintura mural. Cuando Vasconcelos fue Ministro de Educación en el gobierno del Gral. Álvaro Obregón (1920) contribuyó al surgimiento del muralismo mexicano y reformó la enseñanza artística sobre la base de rescatar el arte popular mexicano. En 1934 fue designado Director del Museo de Arte Popular Mexicano.

[641] Henri de Régnier (1864-1936). Crítico, novelista y poeta francés; importante figura en el Simbolismo.

[642] Miguel Ángel Osorio (1883-1942). También utilizó los nombres literarios de "Ricardo Arenales", "Main Ximénez" y, sobre todo, "Porfirio Barba Jacob". Poeta y periodista colombiano. De vida aventurera y hábitos extravagantes, residió varias veces en México practicando un periodismo mercenario y escandaloso. En 1909 había llegado a Monterrey, donde dirigió la "Revista Contemporánea" y en 1910, el diario "El Espectador", ambos al servicio del Porfirismo. Después de la Revolución regresó a México y participó, desde el periodismo, en las luchas políticas hasta su expulsión por el Presidente Plutarco Elías Calles.

[643] Ruggero Ruggeri (1871-1953). Actor italiano.

[644] Lyda Borelli (1884-1960). Actriz italiana.

[645] Fernando Díaz de Mendoza (1862-1930). Actor español.

[646] Enrique Borrás (1869-1957). Actor español.

[647] Emilio Thuillier (1868-1940). Actor español.

[648] Edward Coley Burne-Jones (1833-1898). Dibujante y pintor inglés. Participó del movimiento artístico "Pre-rafaelista".

[649] Gabriel Charles Dante Rossetti (1828-1882). Poeta y pintor inglés; con Burne-Jones, William Morris y otros lanzó el "Pre-rafaelismo", que renovó la pintura, la decoración y las artes gráficas victorianas en Inglaterra.

[650] Popocatépetl. Volcán situado al Sud-este de México, de 5.452 metros de altura.

[651] Texcoco. Lago del valle de México.

[652] Amecameca. Valle en el Municipio del Estado de México.

[653] Cuernavaca. Ciudad capital del Estado de Morelos.

[654] Pablo Prida Santacilia (1886-1973). Abogado y comediógrafo mexicano.

[655] Otomí: lengua indígena de los aborígenes que vivían al Sur del Anahuac y que actualmente quedan en el centro del país.

[656] Guadalupe: Advocación e imagen de la Virgen María que se venera en México, del cual es patrona y que se conserva en la Basílica de Guadalupe, en la capital de México.

[657] Tusa: Mexicanismo que designa un tipo de roedor pequeño.

[658] Coyote: Mexicanismo de raíz azteca que designa un tipo de lobo.

[659] Podría ser Ramón Cuéllar (1839-1917). Periodista y político mexicano.

[660] "El Mundo Ilustrado" fue fundado en México por R. Reyes Spíndola y apareció entre 1900 y 1914; durante mucho tiempo fue dirigido por L. G. Urbina.

[661] Tlachique: Mexicanismo que designa una especie de pulque, bebida sacada del fruto del maguey, pero sin fermentar, liviana y fresca y de baja calidad.

[662] Cactli: Mexicanismo que designa una sandalia de cuero tosco.

[663] Améyatl: Mexicanismo que designa el estanque o depósito que se forma al lado de un manantial.

[664] Puerta: Tranquera de una propiedad agraria.

[665] Morelos: Estado de México, vecino al Distrito Federal.

[666] Nevado de Toluca: Volcán apagado en el Estado de México, de 4.570 m.

[667] Zacatos: Mexicanismo; paja con la cual se construyen las chozas campesinas.

[668] Hueyatlaco. Monte de México de 5.000 metros de altura.

[669] Cuautla. Pueblo en el Municipio de Cuautla, Estado de Morelos.

[670] Espinazo del diablo. Cerro próximo a la ciudad de México, de 5.240 metros de altura; situado en las estribaciones del Popocatépetl.

[671] Henry James (1843-1916). Novelista norteamericano pero radicado en Inglaterra.

[672] Jardines lacustres situados al sur de la ciudad de México.

[673] Viernes de Dolores: Se refiere al Viernes Santo.

[674] Trajinera. Canoa grande, de unos 8 metros de largo por 2 de ancho.

[675] Guadalquivir. Río de Andalucía, España, de 560 km de largo.

[676] Córdoba, ciudad de España, situada al margen del río Guadalquivir y capital de la Provincia del mismo nombre, en Andalucía.

[677] El Ferrol. Ciudad portuaria de España, situada en la Provincia de La Coruña, en Galicia.

[678] Chinampa: Mexicanismo de origen azteca que designa un terreno flotante, de extensión reducida, donde se cultivan flores y verduras.

[679] Ojo: Lugar por donde fluye el agua del manantial.

[680] Ojos de agua: Manantiales de mayor caudal y extensión.

[681] Petate. Mexicanismo de raíz azteca que designa la estera o alfombra tejida con hojas de palma.

[682] Chalco. Ciudad en el Municipio de Chalco, Estado de México.

[683] Pullman. Vagones de ferrocarril fabricados en los Estados Unidos, dotados de asientos acolchados y extensibles, de gran comodidad y lujo.

[684] Eduardo Marquina (1879-1946). Poeta, novelista y dramaturgo español cuyas obras de teatro en verso eran muy populares en el repertorio de las compañías hispanoamericanas de la época. *Doña María la Brava* había sido estrenada en ese año de 1909.

[685] Ángel de Saavedra, Duque de Rivas (1791-1865). Poeta y dramaturgo español; uno de los principales del Romanticismo hispánico.

[686] Sem Benelli (1877-1949). Comediógrafo italiano. *La cena delle Beffe* es de 1909.

[687] Jean Richepin (1849-1930). Dramaturgo y poeta francés. En 1910 se representó en París su traducción de la obra de Benelli, *La Beffa*.

[688] Un fragmento del Prólogo de *La Nave* (1909) fue traducido por P. H. U. y publicado en la "Revista Moderna" en febrero de 1909.

Cfr. E. S. Speratti Piñero, *Cronobibliografía,* ya cit. 763. Hasta aquí el original estaba escrito a máquina. Ahora comienza el manuscrito.

[689] El estudio a que alude P. H. U. fue presentado en representación del Ateneo de la Juventud, dentro del marco del Concurso científico y artístico del Centenario de la Independencia, promovido por la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación y fue editado en 1911. Cfr. J. L. Martínez, *Correspondencia,* ya cit., 160.

[690] El *Diario* de P. H. U., interrumpido el 25 de abril de 1910, es retomado el 25 de marzo de 1911. No se registran, por lo tanto, los acontecimientos puntuales relativos al estallido de la Revolución, que tuvo lugar en el Norte de México a partir del 20 de noviembre de 1910. Los primeros reveses sufridos por las tropas del gobierno hicieron que Porfirio Díaz buscara alguna forma de mantenerse en el poder, razón por la cual el 24 de marzo renovó su gabinete, del cual salió Justo Sierra, que ocupaba la cartera de Instrucción Pública. Eran los últimos momentos del Porfirismo.

[691] José Joaquín Gamboa (1878-1931). Dramaturgo mexicano.

[692] Martín Luis Guzmán (1887-1976). Abogado, novelista, ensayista, periodista y político mexicano. P. H. U. se refiere a la muerte de su padre, militar de carrera y profesor del Colegio Militar, muerto en los primeros combates contra los revolucionarios. Pero M. L. Guzmán se sumó a los maderistas y participó activamente en todos los sucesos de la Revolución, especialmente acompañando a Francisco Villa. Por sus actividades políticas debió exiliarse en repetidas oportunidades y vivió largos años en España, donde se desarrolló parte de su vida literaria y política. Sus obras *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929) confirman su primacía en la narrativa y la literatura mexicana contemporánea.

[693] Miguel Alessio Robles (1884-1951). Escritor y político mexicano. De intensa actuación política en la época post-revolucionaria. Su libro *Mi generación y su época* (1949), es de gran relevancia para el tema, desde su particular óptica.

[694] La referencia a la terminación de la *Antología del Centenario* corresponde a la preparación de una obra que implicaba un trabajo de larga duración y muchos volúmenes. Colaboraba Nicolás Rangel y P. H. U. recibía por su trabajo un sueldo mensual. Este encargo sin duda finalizaba con los acontecimientos revolucionarios, pero en el año 1910 ya habían aparecido los dos primeros tomos bajo el título de *Antología del Centenario; Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de la Independencia. Compilada bajo la dirección de Justo Sierra por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. Primera parte* (México: Imprenta de Manuel León Sánchez, 1910) 2 tomos. P. H. U. preparó los estudios sobre Fray Manuel de Navarrete, J. M. Sartorio, José Agustín de Castro,

Anastasio de Ochoa, Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, Luis de Mendizábal, José Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel de Lardiazábal y Uribe, José Miguel Guridi y Alcocer, Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Francisco Ortega y un Índice Biográfico de la época. Esta parte de la obra cubría sólo los escritores de la época de Independencia y el resto que faltaba, sobre el siglo XIX, quedó inconcluso.

[695] Julio García (1858-1940). Abogado, profesor y político mexicano. Fue Secretario de Relaciones Exteriores en el Gobierno de Madero (1912-1913).

[696] Este estudio de P. H. U. fue publicado, luego, en diversos lugares y está recogido en sus *Obras Completas*, ya cit., II, 167-173.

[697] Manuel Herrera y Lasso (1890-1967). Jurista y profesor mexicano.

[698] Enrique Jiménez Domínguez (1891-1952). Abogado, profesor y escritor mexicano.

[699] Guillaume de Greef (1842-1924). Sociólogo belga. *Les lois sociologiques* (1893).

[700] Edwin Emery Slosson (1865-1929). Científico, profesor universitario, ensayista norteamericano.

[701] Julio Torri (1889-1970). Abogado, ensayista, crítico literario y narrador mexicano. Figura principal en la literatura mexicana actual.

[702] Mariano Silva y Aceves (1886-1937). Ensayista, narrador y catedrático mexicano.

[703] José María Luis Mora (1794-1850). Jurista, historiador, ensayista, político y diplomático mexicano. Uno de los fundadores del liberalismo y el anti-clericalismo en México.

[704] José Benítez (1882-1957). Jurista, ensayista e historiador mexicano.

[705] Pablo Martínez del Río (1892-1963). Ensayista, historiador, arqueólogo y antropólogo mexicano. Realizó importantes estudios sobre las antigüedades mexicanas.

BIBLIOGRAFÍA

Sólo se menciona la bibliografía utilizada en la Introducción y las Notas de la presente edición; es decir, la que únicamente se refiere a los años de la vida de P. H. U. que cubren las *Memorias* y el *Diario*. Para una bibliografía activa y pasiva de aquél, corresponde consultar las obras de Rodríguez Demorizi, E. S. Speratti Piñero, J. J. de Lara y la antología preparada por R. Gutiérrez Girardot y Ángel Rama que a continuación se mencionan.

I

Pedro Henríquez Ureña. *Antología; Selección, prólogo y notas de Max Henríquez Ureña.* Ciudad Trujillo, Librería Dominicana, 1950.

Ensayos críticos. La Habana, Imprenta Esteban Fernández, 1905.

Horas de estudio. Paris, Ollendorff, s. a. [1910].

Literatura de Santo Domingo. En: Santiago Prampolini. *Historia universal de la literatura.* Buenos Aires, UTEHA, 1941,Tomo IX, 77-85.

Memorias. En: Alfredo Roggiano. *Las Memorias de Pedro Henríquez Ureña. (Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, 142, ener-mar. 1988, 331-357).

Notas de viaje [*A Cuba*] (*Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, 130-131, ene-jun. 1985, 321-343).

Obras completas; Recopilación y prólogo de Juan Jacobo de Lara. Santo Domingo, Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", 1976-1980. 10 tomos.

Obra crítica; Ensayos críticos - Horas de estudio - En la orilla. Mi España - Seis ensayos en busca de nuestra expresión - La cultura

y las letras coloniales en Santo Domingo - Plenitud de España - Antología de artículos y conferencias; Edición, bibliografía e índice onomástico por Emma Susana Speratti Piñero; Prólogo de Jorge Luis Borges. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Poesías juveniles; Colección de E. Rodríguez Demorizi. Bogotá, Ediciones Espiral, 1949.

La República Dominicana desde 1873 hasta nuestros días. En: Ricardo Levene, Ed. *Historia de América.* Buenos Aires, Editorial Jackson, 1940. Tomo XII.

Alfredo A. Roggiano. *Pedro Henríquez Ureña en los Estados Unidos.* México, Cultura, 1961.

Pedro Henríquez Ureña. *La utopía de América. Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot. Compilación y cronología: Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot.* Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

En colaboración:

Antología del Centenario; Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia; Compilada bajo la dirección de Justo Sierra por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel; Primera parte. México, Imprenta de Manuel León Sánchez, 1910.

Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y otros. *Conferencias del Ateneo de la Juventud.* México, Imprenta Lacaud, 1910.

Correspondencia:

Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. *Epistolario íntimo (1906-1946) Prólogo de Juan Jacobo de Lara.* Santo Domingo, Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", 1981-1983. 3 tomos.

Zenaida Gutiérrez-Vega. *Pedro Henríquez Ureña. Maestro continental. Cartas a José María Chacón y Calvo, Francisco José Castellanos y Félix Lizaso (1914-1919, 1935). (Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, 94, mar. 1976, 103-134).

Alfonso Reyes / Pedro Henríquez Ureña. *Correspondencia. I. 1907-1914; Edición de José Luis Martínez.* México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Carlos Ripoll. *Pedro Henríquez Ureña y Félix Lizaso; Cartas de un maestro (1917-1924). (Revista Iberoamericana,* Pittsburgh, 65, ene-abr. 1968, 123-164).

Emilio Rodríguez Demorizi. *Archivo literario de Hispanoamérica.* [Cartas entre P. H. U. y personalidades literarias de su época. Seleccionadas y publicadas por el E. R. D]. (*Revista dominicana de cultura.* Ciudad Trujillo, nov. y dic. 1955 y ene. 1956).

Serge I. Zaitzeff. *El arte de Julio Torri.* México, Oasis, 1983.

Camila Henríquez Ureña. *Estudios y conferencias.* La Habana, Letras cubanas, 1982.

Max Henríquez Ureña. *Breve historia del Modernismo.* México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954.

Hermano y maestro (Recuerdos de infancia y juventud). En Pedro Henríquez Ureña. *Antología.* . . ya cit., X-LIV.

Panorama histórico de la literatura cubana. New York, Las Américas Pub. Co., 1963. 2 tomos.

Panorama histórico de la literatura dominicana. Río de Janeiro, s. e., 1945.

Los Yanquis en Santo Domingo; La verdad de los hechos comprobados por datos y documentos oficiales. Madrid, Aguilar, s. a. [1030].

Salomé Ureña de Henríquez. *Poesías completas.* 5 ed. Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, 1975.

II

Emilio Carilla. *Pedro Henríquez Ureña (Tres estudios).* Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1956.

Pedro Henríquez Ureña; Biografía comentada. (Revista Interamericana de bibliografía, Washington, 3, jul-sept. 1977, 227-239).

El tema esencial de Pedro Henríquez Ureña. (*Thessaurus,* Bogotá, XXXV, 1980, 122-135).

Raúl H. Castagnino. *El Nacimiento de Dionisos; Tragedia esquiliana de Pedro Henríquez Ureña.* (*Nuestra América,* México, 10, ene-abr. 1984, 97-102).

Rafael Gutiérrez Girardot. *La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña. Promesa y desafío.* En su: *Aproximaciones; Ensayos.* Bogotá, Procultura, 1986, 65-86.

Juan Jacobo de Lara. *Pedro Henríquez Ureña: Su vida y su obra.* Santo Domingo, Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña", 1975.

Álvaro Matute. *Henríquez Ureña, Ateneísta.* (*Los Universitarios,* México, 16, ag. 1984, 9-11).

Pedro Henríquez Ureña y la Universidad de México. (Revista de la Universidad de México, 42, oct. 1984, 14-18).

Marcelino Menéndez y Pelayo. *Historia de la poesía hispanoamericana. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes.* Santander, Aldus, MCMXLVIII, 287-324.

Flérida de Nolasco. *Pedro Henríquez Ureña; Síntesis de su pensamiento.* Santo Domingo, Ed. El Caribe, 1966.

Eugenio Pucciarelli. *Pedro Henríquez Ureña, humanista.* Buenos Aires, Centro de estudios filosóficos, 1984.

Alfonso Reyes. *Evocación de Pedro Henríquez Ureña.* En su: *Obras completas.* México, Fondo de Cultura Económica, 1960. Tomo XII, 163-171.

Pasado inmediato. En: *Idem,* 175-278.

Emilio Rodríguez Demorizi. *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña.* En: *Homenaje a Pedro Henríquez Ureña.* Ciudad Trujillo, Universidad de Santo Domingo, 1947, 17-86.

Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas. Ciudad Trujillo, 1960.

Josefina Zoraida Vázquez y Lorenzo Meyer. *México frente a Estados Unidos; Un ensayo histórico. 1776-1980.* México, El Colegio de México, 1982.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 11

MEMORIAS 33

DIARIO 159

BIBLIOGRAFÍA 223

Este libro se imprimió en agosto de 1989
en RIVOLIN HNOS. S.R.L.
Artes Gráficas
Salta 236 - (1074) Buenos Aires